



voces y rostros
de líderes campesinas cubanas



EDICIÓN

Marcel Lueiro Reyes

DISEÑO

EG

FOTOGRAFÍA

Juan Carlos Loyola Florat; Elio Delgado Valdés; Yohanka Valdés Jiménez
y Yuliet Cruz Martínez

© Yohanka Valdés Jiménez

© Yuliet Cruz Martínez

© Oxfam

© ANAP

© Sobre la presente edición: Editorial Caminos, La Habana, Cuba, 2009

305.4

Val

Valdés Jiménez, Yohanka

50 voces y rostros : de líderes campesinas cubanas /

Yohanka Valdés Jiménez, Yuliet Cruz Martínez. -- La Habana :

Editorial Caminos, 2009.

256 p.

ISBN 978-959-303-007-6

1. CUBA-MUJERES

2. MUJERES CAMPESINAS

3. LÍDERES CAMPESINAS

I. Cruz Martínez, Yuliet, 1981-

II. t.

Editorial Caminos

Ave. 53, no. 9609, entre 96 y 98, Marianao,

Ciudad de La Habana, Cuba. C.P. 11 400

Teléf.: (537) 260 3940 / 260 9731 Fax: (537) 267 2959

Correo electrónico: editorialcaminos@cmlk.co.cu

Sitios web: www.ecaminos.org / www.cmlk.org

Agradecimientos

Es justo reconocer que la idea de hacer un libro sobre líderes campesinas surgió de dos organizaciones muy vinculadas a ellas y que han apostado por su reivindicación: la ANAP y OXFAM. En particular, agradecemos la colaboración de Juan Carlos Loyola, Eli Rodríguez, Reynaldo Pena, Beat Schmid, Yolidia Hernández y María González, por sus aportes en la concepción y elaboración de este texto.

Nuestra gratitud a las protagonistas de estas páginas y a sus familias. También, a quienes participaron en su selección y ayudaron a contactarlas: coordinadores y coordinadoras de Proyectos en todo el país, miembros de los Buroes Provinciales de la ANAP, así como a las y los trabajadores que facilitaron nuestra transportación a las diferentes localidades y la estancia en ellas.

Reconocemos a los dirigentes que accedieron a las entrevistas y contribuyeron, con sus experiencias y reflexiones, a ofrecer una mirada más integradora sobre el trabajo de la ANAP en la temática de género.

Agradecemos a las personas que ayudaron a transcribir las historias y entrevistas: Mayté Pérez, Zelaida Rodríguez, Alejandro García, Maritza Molina, Daimel López, Silvia Padrón, Aleida García, Mirta Alarcón, Ileana García, Rolando Hurtado, María Caridad Morales, Ana María Chao, Neury Rodríguez, Mariela Jiménez y Yadiley Estévez. Igualmente, a Marcel Lueiro, Leonel León y Eduardo Rodríguez por facilitarnos el trabajo y velar por su calidad.

A nuestras familias, muchas gracias por cubrir nuestras responsabilidades cotidianas, a veces pospuestas por la dedicación a este trabajo.

Presentación de la ANAP

Las mujeres campesinas han escrito hermosas páginas de gloria en la historia de nuestra patria, llenas de valentía y heroísmo.

Por ello siempre las consideraremos audaces, compartiendo en la manigua redentora junto a los mambises las luchas por la independencia, activas en su participación por la conquista de la tierra, decididas como valientes combatientes en la sierra y en el llano durante la última etapa por la liberación del país, y consagradas al trabajo en la producción de alimentos como abnegadas cooperativistas o junto al campesino en cada finca.

Hoy podemos afirmar que cada producto que sale de nuestros campos lleva las huellas de las manos laboriosas de una mujer anapista y federada, cederista y milliciana, esposa y madre.

Pero ciertamente, como dijera nuestro Héroe Nacional José Martí, *«Ser culto es el único modo de ser libre»*; ese será el modo en que nos libraremos de la herencia histórica social de la discriminación de la mujer. No es posible transformar la realidad si no somos capaces de apreciarla como se nos presenta en el contexto donde vivimos.

Se trata de modificar la práctica social de hombres y mujeres en torno al género. Debemos comprender a profundidad todas sus aristas y formar hombres y mujeres que sólo tengan como diferencia el sexo, logrando así la equidad y la igualdad sobre la base de la transformación consciente y no por cifras, meta nada fácil, pero alcanzable.

Siempre hablamos de las capacidades de la mujer: que son más organizadas, persistentes y exigentes. Aprovechemos entonces lo que hemos proclamado hasta hoy como diferencias de género ¿Qué por ciento dejamos de producir por no tener incorporadas en cantidad y condiciones más mujeres a las cooperativas?, ¿cuán organizados y exigentes seríamos si dirigieran más mujeres a todos los niveles?

En este libro se exponen importantes ideas y conceptos que nos permitirán reflexionar sobre la realidad que hoy vivimos y transformarla; es una invitación a pensar, accionar y a trabajar para eliminar las brechas de género que aún existen en nuestra organización.

Cada historia de vida es un reto para revolucionar el trabajo de género, para perfeccionar cada vez más nuestro socialismo, y un reto para la conquista de toda la justicia con la fuerza de la sabiduría adquirida.

ORLANDO LUGO FONTE
Presidente de la ANAP

Un homenaje a la mujer campesina

Desde hace varios años, OXFAM ha acompañado a la ANAP en sus esfuerzos por promover una mayor participación de las mujeres a todos los niveles de la organización y relaciones más equitativas entre hombres y mujeres en el campo cubano. Se trata de un proceso a largo plazo que se debe basar en la convicción de todos y todas, y que tiene la suerte de ser empujado con decisión desde los más altos niveles de la Organización. OXFAM apoya ese esfuerzo porque estamos convencidos y convencidas de que las relaciones equitativas entre hombres y mujeres son un elemento clave e imprescindible para una sociedad justa.

En pocos años, se han realizado múltiples asambleas, talleres y reuniones en cooperativas, municipios, provincias y a nivel nacional. Miles de personas se han formado y se han diseminado por todo el país materiales informativos y de capacitación. Desde la intrincada comunidad «La Matilde», en la Sierra Maestra santiguera, hasta la Ciudad de La Habana, donde se eligió a la primera mujer presidenta provincial de la ANAP, las mujeres y los hombres hablan del tema, reflexionan en conjunto, se cuestionan y cambian.

La Organización no duda en retomar temas delicados como la distribución del trabajo en la casa, el alcoholismo, la tenencia de la tierra, la violencia intrafamiliar, y los plantea con fuerza desde la base.

Los cambios de valores y actitudes requieren de mucho tiempo. Varios visitantes extranjeros preguntan cómo ha sido posible, en relativamente tan poco tiempo, que muchas comunidades cubanas «no se cuestionen que el hombre barra, sino que no lo haga». La atención focalizada ha sido un factor facilitador, pero la causa fundamental radica en la historia de los últimos 50 años del país y en una estructura organizativa con profundas raíces sociales. Una población instruida, que tiene una profunda preocupación por la justicia, reaccionó rápidamente al percatarse que cosas «que siempre han sido así» no son correctas necesariamente, sino injustas, y se pueden y deben cambiar. Se dan importantes pasos,

no obstante, queda mucho camino por recorrer, como reconoce la propia ANAP.

El proyecto «Implementación de la Estrategia de Género de la ANAP en las cinco provincias orientales», que contó con el apoyo del Fondo de Iniciativas Comunitarias Canadá-Cuba (CCDF) de ACIDI Canadá, ha sido parte de ese proceso de acompañamiento sumamente rico y permitió la elaboración y publicación de este libro que, por razones de espacio, no puede exceder los 50 testimonios. También pudieran estar los cientos de miles de mujeres de todas las edades y provincias del sector campesino cubano que tienen mucho que compartir.

Las seis comunidades en las que el proyecto focalizó su trabajo no constituyen una muestra representativa, ni son una fuente exclusiva para reconocer el tremendo potencial de liderazgo que tienen las mujeres en el sector cooperativo campesino en Cuba. En cada cooperativa y comunidad los procesos promovidos por la ANAP, como parte del proyecto, visibilizaron mujeres líderes que no tenían protagonismo, pero que en poco tiempo se convirtieron en figuras activas y reconocidas en la comunidad, y empezaron a ocupar cargos no solo locales, sino también en sus municipios. Se demostró el enorme potencial del liderazgo femenino para la Organización campesina y para la consolidación de un proyecto social justo. Pero también compartimos la preocupación respecto a la sobrecarga de las mujeres, ya que su incorporación creciente al trabajo remunerado, en la ANAP implica fortalecer y adecuar modelos de atención a menores y servicios colectivos de calidad.

Muchos serían los puntos a resaltar, pero, sin lugar a duda, las mujeres que nos cuentan sus historias a través de la pluma de dos talentosas y jóvenes entrevistadoras, lo hacen mucho mejor que yo en estas páginas. Por eso, la invitación a disfrutar este libro, que llegará a cada una de las más de cuatro mil cooperativas del país y será leído por decenas de miles de personas del sector.

50 voces y rostros de líderes campesinas cubanas nos cuenta la historia más reciente de Cuba y constituye una modesta contribución a este proceso de construcción de mayores niveles de justicia social que ha emprendido la ANAP, como una parte muy relevante del tejido social cubano.

Seguir acompañando a la ANAP en este camino es para OXFAM no sólo un compromiso, sino también una oportunidad para compartir y aprender mutuamente.

BEAT SCHMID
Coordinador de Oxfam en Cuba

Nota de las autoras

El liderazgo femenino en la ANAP es una realidad. Voces y rostros de líderes campesinas rompen el silencio y dejan ver el valor de su trabajo en los campos cubanos.

Mucho se habla, en los últimos tiempos, de la crisis alimentaria que vive el planeta. Más que un tema en boga, se trata, lamentablemente, de una realidad. Este panorama, unido a las potencialidades que tiene el sector agrícola en nuestro país, determinó el énfasis que el Estado cubano ha puesto en la revitalización del papel de la agricultura para el desarrollo socioeconómico de la isla. Dichos propósitos se encarnan en el objetivo esencial de la ANAP y se expresan en la implementación de su Estrategia de Género. A la luz de estas realidades se concibió este libro, cuyas páginas se proponen aportar, modestamente, a la reivindicación del rol social de las campesinas cubanas.

Continuar el camino de sensibilización y profundización sobre las cuestiones de género en nuestro país, constituye una de las principales motivaciones que impulsaron la realización de este trabajo.

En sólo seis meses recorrimos el país y encontramos mujeres con pensamientos, recuerdos y sentimientos que enfrentan el pasado, releen el presente y sueñan el futuro de manera muy peculiar. Ellas, junto a otras y otros que por distintas razones comparten sus destinos, asumen responsabilidades en su andar cotidiano. Sus formas de hacer descubren logros y avances, pero no escapan a la audacia, a las rupturas personales, a las contradicciones y a los miedos, muchas veces ocultos o renegados por «ojos que cruzan» sus historias y se detienen sólo ante las estadísticas que confirman una mayor presencia femenina en el sector campesino.

Conocer sus testimonios y compartir, de algún modo, la grandeza de estas líderes -y, por extensión, la de otras mujeres-, nos enfrentó a realidades que en otras circunstancias nos habría tomado años entender y asumir; entre ellas, la manera de apreciar el liderazgo. En una Organización que delimita puestos y cargos de

dirección, desde la base hasta el nivel nacional, puede parecer fácil encontrar a las líderes; pero, ¿qué liderazgo contamos aquí?

En la práctica, tropezamos con la tendencia a igualar liderazgo con jefatura en la Organización. Sin embargo, desde la concepción inicial de este libro, el propósito era dar voz también a aquellas líderes que, sin responsabilidades preestablecidas, movilizan sus comunidades, aportan iniciativas y son capaces de unir a un grupo para la toma de decisiones. Ante esa realidad, enfatizamos el valor de acceder a las distintas formas en que se piensa y se vive el liderazgo femenino en el sector.

Una idea inicial marcó el límite del número de mujeres cuyas historias se narrarían en este libro: 50 líderes campesinas que simbolizan 50 años de Revolución y de Reforma Agraria en Cuba.

Más tarde se sumaron otros criterios que ayudaron a perfilar la selección. De esta forma, las direcciones provinciales de la ANAP se dieron a la tarea de identificar líderes que conjugaran una serie de características, en busca de la diversidad. Entre estas figuran los años de experiencia en el sector, la edad, el nivel de instrucción, el color de la piel, la zona de residencia y la asociación a las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) o de Créditos y Servicios (CCS).

La realidad rebasó la cifra inicial y sumaron setentecuatro las contactadas en todo el país. Resultó difícil la selección, que no estuvo exenta de las ansiedades que habitualmente acompañan a este proceso.

Los testimonios se escribieron a partir de las historias de vida y, en la mayoría de los casos, el intercambio con las mujeres tuvo lugar en sus espacios cotidianos: hogares, cooperativas, casas de visitas y sedes de la ANAP en los municipios, las provincias y a nivel nacional.

El diálogo con las mujeres descubrió liderazgos que resumen sus características personales, las de sus contextos de trabajo y las tareas concretas que desempeñan. En su subjetividad se reflejan, con distintos matices, los impactos que ha generado el proceso revolucionario en la vida de las cubanas, entre ellos el acceso a la educación y al empleo, el incremento de oportunidades para la participación y las garantías en materia de seguridad social. Estos cambios develan rasgos comunes y diferentes en la forma en que se legitima el liderazgo femenino en las distintas generaciones.

En los relatos se identifica un liderazgo histórico, protagonizado por aquellas mujeres que vivieron con intensidad los primeros años de la Revolución. Sus vivencias entrelazan la entrega a la causa revolucionaria, la confianza ilimitada en la propuesta de justicia que acompaña a este proyecto social y, principalmente, la gratitud por las transformaciones radicales que tuvieron lugar en sus trayectorias personales. Estas mujeres, que son muy visibles en sus territorios, nos cuentan sobre la vida campesina y detallan su participación simultánea en la FMC, los CDR, el PCC y las Brigadas de Producción y Defensa. El orgullo por las metas cumplidas y el deseo de hacer se mezclan en estas líderes, que continúan haciendo historia en sus cooperativas.

También encontramos mujeres que construyeron sus liderazgos transitando los distintos niveles de dirección de la ANAP –desde las cooperativas hasta el municipio, la provincia o la nación–. Algunas han sido las primeras mujeres en llegar a esos espacios y, por eso, tuvieron que transitar caminos inexplorados para construir un liderazgo con sello femenino. Innumerables son sus aprendizajes; también los obstáculos vencidos, las personas –amigas o conocidas– que han apoyado o, al menos, provocado retos que exigen crecimiento. Estas líderes se sirven de sus experiencias en la base para enfrentar las tareas que llegan y anticipar nuevas dificultades. Son muy reconocidas en la Organización, trazan estilos propios de dirección y dejan huellas en sus equipos de trabajo y en los campesinos y campesinas que forman parte de sus vidas.

La capacidad de algunas mujeres para influir espontáneamente en sus cooperativas o comunidades es la esencia de otra forma de liderazgo que apela a las iniciativas. Aquí, nos topamos con líderes que convocan y movilizan a personas y grupos para actividades relacionadas con la producción, la recreación y el bienestar común. Tiempos, lugares y tareas se convierten en oportunidades para ellas, que, con su creatividad e inteligencia, desbordan energías y contagian con nuevas finalidades. Aunque algunas no compiten de manera intencional en la carrera del liderazgo, sus resultados concretan años de esfuerzo y entrega al trabajo.

Por último, identificamos un tipo de liderazgo que se autodefine como modelo o ejemplo para otras mujeres. Estas líderes se caracterizan por una capacidad de trabajo que se extiende más allá de acuerdos o tiempos pactados. Ellas pretenden dejar su

impronta en el quehacer de otras féminas. Tienen a su favor el respaldo y la aceptación de las personas que las siguen.

En las historias de vida se entremezclan estas variantes de liderazgo. Es probable que algunas se alisten con mayor facilidad a estas propuestas; otras estarán más alejadas. Nuestra invitación a los lectores y lectoras es que busquen los matices que confluyen en los 50 testimonios que presenta la parte central de este material. Entre ellos se alternan fragmentos de la vida de esas otras líderes que también aportaron sus vivencias a la realización del libro.

El segundo capítulo presenta una lectura integrada de los contextos y las realidades en que se han consolidado los liderazgos de estas mujeres. Además, plantea algunos desafíos que enfrenta la Organización campesina para sostener su trabajo en materia de género e irradiar sus impactos a otras instituciones y organizaciones cubanas. Para su elaboración, se consideró la información aportada por las mujeres en sus historias de vida, el análisis de documentos rectores de la ANAP y las entrevistas realizadas a ocho hombres, dirigentes de esta Organización a nivel nacional, provincial y en la base. La selección de estos últimos tuvo en cuenta sus experiencias de trabajo en el sector, su relación directa con la implementación y el monitoreo de la Estrategia de Género, así como la coordinación de proyectos exitosos en provincias como Cienfuegos, Villa Clara, Sancti Spiritus y Guantánamo.

En lo personal, ha sido un privilegio conocer a estas mujeres y compartir sus vivencias. Con ellas aprendimos más de Cuba, de sus campos, de sus luchas y, sobre todo, de sus protagonistas.

Esperamos que estas páginas sirvan para homenajear a las campesinas cubanas, y permitan identificar a otras líderes que libran sus batallas en nuestros campos y en diversos sectores de la sociedad. Con certeza, ellas también tendrían historias que contar.

Los desafíos de una joven campesina

La felicidad se parece mucho a mis días en la finca. ¿Quién puede asegurar que la rutina aburre? Me gusta mi rutina y lo que más disfruto es compartirla con mi familia.

Ayer fue la siembra de los frijoles. Para nosotros, días así se convierten en una fiesta familiar. Una de las tres mujeres de la casa, incluyendo a mi cuñada, prepara una comida superespecial. El resto de la familia sale para el campo. Hasta música ponemos para alegrar el trabajo.

Me siento orgullosa de ser una joven campesina y tengo plena convicción de lo que soy.

¿Cómo llegué hasta aquí?

Nací y crecí en Zaza del Medio, eso queda más o menos a diez kilómetros de Sancti Spiritus. Desde pequeñitos, mi hermano y yo íbamos a la finca de mis bisabuelos. Vivíamos en el pueblo y mi papá nos llevaba casi todos los fines de semana.

Viví una infancia feliz. Recuerdo que cuando tenía cuatro o cinco años mi papá quiso enseñarnos a nadar. Todas las tardes corríamos tras él hasta un lugar que le dicen Paco Poza. Hasta allá nos acompañaba una chivita que teníamos, mansita y bien adiestrada. Mientras la chiva pastoreaba, mi papá nos amarraba una sogueta a la cintura y entrábamos al río a recibir sus clases. Así, en poco tiempo, aprendimos a nadar.

Años más tarde, la finca fue el espacio que elegimos para hacer nuestra vida. Eso pasó a raíz del Período Especial, en 1993. Yo tenía doce años y mi hermano once. Fue un cam-



Leidys Casimiro Rodríguez

28 años

Cooperativista

CCS «Rolando Regina Ramos»

Siguaneý, Taguasco, Sancti Spiritus.

bio bastante fuerte, pero estábamos dispuestos. Renunciábamos al pueblo y a la corriente eléctrica. Esto quiere decir que, de un día para otro, nos quedamos desconectados del televisor y el refrigerador. Para mi mamá fue difícil, porque ella siempre había vivido en el pueblo. Mi hermano y yo estábamos felicísimos y apenas notamos la diferencia. Desde el primer día, yo tuve labores asignadas en la finca. Llegaba de la escuela y enseguida le cortaba yerbita a las gallinas, las trancaba y recogía a los pollitos.

Mi papá nos enseñó a ser independientes. Él siempre ha sido el guía principal de nuestra familia. Mi mamá era la dulzura, y su relación con nosotros tenía más que ver con nuestra vida dentro de la casa. Cuando cumplí los catorce años, nació mi hermanita y para nosotros fue algo muy especial.

Estudí el octavo y el noveno grado, mientras vivía en la finca. Yo era una niña bastante aplicada, de las mejores del aula, y logré matricular en el IPVCE de la provincia. Siempre fui buena en las matemáticas y me gustaba eso del comercio, las empresas... Entonces opté por la Licenciatura en Economía y me fui a estudiar a la Universidad de Santa Clara.

En ese tiempo estuve un poco alejada de la finca, pero sólo físicamente. Regresaba a la casa los fines de semana y allí me reanimaba para enfrentar otra semana de estudios.

En el cuarto año de la carrera, me impartieron la asignatura Economía Ambiental y decidí escribir sobre mi finca. Cuando presenté el trabajo final, causó un impacto grande. Les gustó tanto a los profesores y a los estudiantes que me embullé y, en quinto año, hice mi tesis de grado sobre la Agroecología.

Antes de defenderla en la universidad, la presenté en un Forum Nacional de estudiantes, celebrado en el 2003. Gané el premio y me aprobaron la tesis, no tuve que discutirla. Lo más importante del evento fue el reconocimiento al trabajo de la finca y a sus impactos económicos, sociales y ambientales.

Sobre el campo hay estigmas muy negativos. Estoy segura que más de una vez algunos estudiantes y profesores se preguntaron: «¿Cómo a una muchacha joven le gustan esas cosas?» Pero cuando conocían mis trabajos sus ideas comenzaban a cambiar.

¿Qué significó la universidad para mí?

Demosté que una mujer joven y campesina puede lograr un título y que, en el campo, hay gente inteligente y capaz. Durante

cinco años, aprendí cosas que me sirvieron para comparar y comprender que nuestra vida en la finca es decorosa. Aprendí que la agricultura es una filosofía de vida, una forma humana y honrada de vivir. Podía haberme quedado a vivir en la ciudad de Santa Clara. De hecho, la ruptura con mi esposo se debió a que él no quiso venir para Siguaney. Ese tiempo me sirvió para reafirmar lo que yo quería y quiero: la finca.

En el año 2005 terminé la universidad y regresé. Mis jornadas en el campo se concentraban en el horario de la tarde, porque antes, en las mañanas, debía cumplir mi servicio social. El primer año estuve de adiestrada en el Departamento de Economía del Poder Popular de Taguasco. Luego pasé a atender la fiscalización y el control de los proyectos que se desarrollan en el municipio. Cumplí mi compromiso por dos años, y ahora estoy en la finca casi a tiempo completo. Digo casi, porque imparto clases de Matemática Financiera y Administración General en la Sede Universitaria Municipal.

Estudió además una segunda carrera. ¿Por qué Derecho? Para responder vuelvo al inicio, al momento en que nos mudamos para la finca de mis bisabuelos.

En la historia de la finca, pesaba el hecho de haber sido por años una de las más productivas de la zona. Pero a nuestra llegada sus diez hectáreas estaban destruidas, cubiertas de malas hierbas, sin cercas... Llegamos con el compromiso de recuperar las altas producciones, aunque con un panorama bien complejo. Faltaban los recursos monetarios y chocamos con la escasez de mano de obra. Además, teníamos que asimilar la cultura del campo.

A la hora de guataquear, era imposible pagar un jornal y la familia lo asumió. El trabajo era muy pesado y mi papá, con su espíritu emprendedor, creó un equipo de tracción animal. Diseñarlo fue un proceso largo, de mucha experimentación. Al final lo logró, y ahora todo lo hacemos con ese equipo: la siembra, el desyerbe... El trabajo es más fácil y menos agresivo para los bueyes. El suelo mantiene la humedad y es mayor la productividad.

En poco tiempo, el movimiento agroecológico descubrió esta invención y le otorgó la patente a mi papá. Cuando se inicia el proceso para patentizar el equipo, empezamos a empararnos con leyes y resoluciones. Me percaté de la necesidad de

conocer sobre asuntos jurídicos y decidí emprender los estudios de Derecho.

Sé hacer de todo en la finca. Mi hermanita y yo sabemos desde manejar una vaca, cogerla, ordeñar. Confieso que tengo una asignatura pendiente: aparejar los bueyes. Estoy convenciendo a mi hermano para que me enseñe.

Los tres criamos conejos y tenemos una competencia que nos reporta algunos ingresos. La cantidad de conejos que logremos es uno de los medidores. También se valora la higiene de las jaulas, el color de los conejos y la alegría que tengan. Ahora la competencia se ha extendido a otras partes de la finca, y mi mamá se está sumando. Hicimos unos cuartoncitos y sembramos plantas ornamentales. En este caso, gana el que tenga el cuartón más lindo. Falta un detalle por decir: el juez es mi papá.

En la cooperativa, vamos a las reuniones y compartimos nuestros logros en la Agroecología. Algunos campesinos comienzan a interiorizar ese tema. Otros lo ven todavía como algo romántico, que no les apura.

Cuando estaba en la universidad me integré a las Brigadas Estudiantiles de Trabajo y, con Machín, el coordinador de Proyectos de la ANAP Provincial, recorrimos varias cooperativas para hablarles a los campesinos sobre el movimiento agroecológico. Yo me apoyaba en un libro publicado por mi papá, *Con la familia en la finca agroecológica*. Sentí que mis palabras alentaban a los cooperativistas, porque siempre enfoqué el asunto como una forma posible de trabajar la agricultura en estos tiempos. Les decía: «Si hacen las cosas de esta manera, todo puede ser diferente».

Sueño con apoyar el trabajo de mi padre y divulgar su experiencia en la finca. Quizás en algún momento podamos procesar nuestros archivos de fotos y videos, y llevar la historia a un nuevo libro, o a un documental.

Uno de mis compromisos es ser ejemplo para otras jóvenes y, por eso, la superación es una de mis metas. Además, quiero encontrar pareja y tener hijos. Sobre quedarme en la finca..., eso es una realidad.

Una ingenierita con los pies en la tierra

Entra y sale constantemente. Esperamos por ella en una oficinita contigua a la suya, en la ANAP Nacional. Dice: «Enseguida regreso», y es verdad. Pero enseguida se vuelve a esfumar. Nos miramos, y como psicólogas que somos, pensamos que se resiste a hablar de sí misma. Pero no la conocemos.

Entra una vez más y nos pide que pasemos a su oficina, que nos sentemos en sus taburetes.

Ni las nueve veces que llamarán a la puerta, ni el sonido intermitente del teléfono, ni una de sus hijas (que escribe aquí, en la oficina, un trabajo de clases para la universidad) impedirán que Débora nos cuente su vida, a partir de ahora.

El sector campesino lo llevo en la sangre, eso es lo primero. Mis padres son campesinos. Desde muy chiquita, me vinculé a las actividades de la finca y de ahí viene mi amor, mi dedicación, mi inclinación por la agricultura. Eso decidió mi futuro en la vida y que me hiciera ingeniera agrónoma. En cuanto terminé el servicio social, me vinculé al trabajo en una CPA. Allí no creían en mí: era muy jovencita, tenía veinticuatro años. Me decían «la ingenierita».

En el vínculo con los campesinos, que es un sector muy trabajador y arraigado en sus propias costumbres, me fui ganando el prestigio. El que venga de afuera, con la técnica o con la sabiduría de la universidad, se tiene que involucrar en sus costumbres. Yo lo intenté con lo que había aprendido de mi padre. Me senté y trabajé con ellos.

Mi primer medio de transporte fue un caballo. Me iba en él todos los días para el campo. Así trabajé con los campesi-



Débora La O Calaña

47 años

Funcionaria de la Esfera Agroecológica de la ANAP Nacional.

nos y llegó el momento en que lo que yo dijera se convertía en ley para la cooperativa. Llegué a ser jefa de producción en un período determinado. Hacía los estimados productivos y ellos confiaban en mí. Fue una etapa muy fuerte en mi vida como joven, pero también muy bonita, porque me enseñó a trabajar. Tenía el conocimiento de la universidad, pero los cooperativistas me dieron la experiencia.

Un día saqué la licencia para conducir tractores. Era un colectivo de hombres, y gané prestigio, porque demostré que como mujer era capaz de hacer lo que ellos hacían: ir al campo, sembrar, manejar tractores, dirigirlos. Y me escuchaban. Eso me dio la posibilidad de que más tarde, en 1990, me asignaran una responsabilidad mucho mayor.

Por una decisión del Partido me sacaron de la cooperativa y fui a trabajar a un territorio. Allí atendí todas las unidades del sector cooperativo y campesino que tributaban caña a un central azucarero. Se trataba de una tarea de mucha más envergadura. Fue difícil, fuerte, pero muy linda también la experiencia. Me permitió conocer más a los campesinos, su individualidad, ayudarlos a tomar decisiones personales o de la finca y, en momentos determinados, a convencerlos con hechos de que lo que ellos decían no era real.

¿Recuerdas algún caso concreto?

Una vez aplicamos un madurador de la caña y un campesino viene y me dice: «Débora, a mí me echaron a perder todos los plátanos». Para mi interior me dije: «Ay, mi madre». Fui a su finca, observé, y le dije: «No, no fue el madurador». El campesino insistía que sí. Entonces le propuse que me permitiera hacer una prueba: «Vamos a buscar una cepa que no tenga nada. Si a los nueve días, cuando yo venga –ya el madurador debía haber hecho efecto–, el plátano no está maduro, yo dejo de ser ingeniera y no me como ni uno. Si no es así, me llevo el racimo de plátanos». Hice la prueba y le demostré que era cierto.

Allí estuve hasta 1996, porque regresé nuevamente a la ANAP, como miembro del Buró de Organización en el municipio. Esa tarea, sin duda, era diferente a todo lo que había hecho con anterioridad. Tenía que participar en las asambleas y lograr que los campesinos me vieran como su representante. Imagínate, en las cooperativas los hombres eran el 80% y, en algunas, llegaban

hasta el 90%. Pero ellos necesitaban ver que una mujer podía presentarlos y darles orientaciones.

¿Qué implicó para ti ser dirigente a nivel municipal?

Esa fue una etapa muy importante en mi vida. Existían veintiséis organizaciones de base, con más de dos mil campesinos. Pero no sólo tenía esa responsabilidad. Debido al aval político que me había dado ese trabajo, me seleccionaron miembro del Comité Municipal del Partido.

En 1998, me inicié como presidenta municipal de la ANAP en Madruga, provincia La Habana. Una tarea sumamente fuerte para una madre como yo, que en aquel momento ya tenía dos hijas. A partir de ahí, por supuesto, los roles cambiaron para mí. Se trataba ahora de dirigir un territorio de campesinos desde todos los puntos de vista: el productivo, el social, el político. Pienso que todo lo que había vivido me sirvió de mucho: mis raíces campesinas, mi profesión, mis vínculos con la agricultura, mi formación de cuadro. Esa etapa fue muy fuerte. Traté de demostrar que las mujeres son capaces y que una madre joven podía dirigir y llevar adelante el trabajo.

En ese cargo estuve hasta fines del 2004. Me promovieron a la Dirección Provincial de la ANAP y, unos meses después, en junio del 2005, me hice cargo en la ANAP Nacional del Movimiento Agroecológico y la Política de Comercio Justo.

A pesar de que ahora no estoy ligada directamente a mi profesión, me siento más ingeniera que cuando me gradué, más campesina que cuando nací. Yo le decía el otro día a un sobrino mío, que es estudiante: «Bueno, si su tía volviera a nacer, volvería a ser anapista, volvería a ser ingeniera agrónoma».

Débora, tu amor por la tierra es incuestionable. ¿Dónde y cuándo surgió esa pasión?

Yo nací el primero de febrero de 1961, en un pueblecito llamado Cuchillo, en Niquero, provincia Granma. Vivíamos en una casa de guano con piso de tierra. No teníamos luz eléctrica. Comíamos lo que sembrábamos y lo que bondadosamente nos daba la Revolución. Eramos felices así.

Tengo mis raíces en una familia de cuna muy revolucionaria. Mi abuelo materno peleó y cayó en la Sierra Maestra, y mi abuela combatió también. La mayor parte de la familia de mis padres vivió y se desarrolló en Granma, en toda esa zona entre Niquero,

Manzanillo y Media Luna. Mi origen está ahí, independientemente de que estudiara aquí en La Habana. Vine muy jovencita para acá. La tierra que mi papá trabajaba era de mi madre, herencia de un tío. Yo de niña lo ayudaba, me montaba a caballo y entre los dos cogíamos el narigón de los bueyes.

Luego, con diez años, vine para La Habana, porque a mi abuela le dieron un tratamiento especial como combatiente, luego de la muerte de mi abuelo. Vine con ella y mi vida se desarrolló aquí.

Somos siete hermanos, seis hembras y un varón, hijos de madre y padre. Todos somos profesionales, todos estudiamos. Mami era ama de casa y tuvo que trabajar cuando llegó a La Habana. Mi papá era cortador de caña y después pasó a jefe de lote de una granja. Trabajó en el campo hasta la zafra de 1970, cuando vino para la capital por la enfermedad de mi abuela.

De regreso a la actualidad, nos gustaría que contaras alguna anécdota sobre tu relación con los campesinos, como mujer dirigente.

Una vez estábamos en medio de la zafra y llego a una CCS en la que había que formar una brigada de macheteros. Nos reunimos en asamblea y aquello se me viró, fue horrible. Un campesino dijo: «Pues mire lo que le voy a decir, Débora, no voy a cortar mi caña ni voy a buscar a ningún hombre pa' hacerlo». De inmediato, pensé que no me podía fajar con aquel hombre. Lo miré muy seria y le dije: «No importa, su caña no se va a quedar ahí, su caña la vamos a cortar. No obstante, usted y yo tenemos que hablar y verá que se va a convertir en mi mejor amigo».

Terminamos la asamblea y, mientras caminamos de regreso, le expliqué por qué era necesario que nos entendiéramos y por qué en la asamblea yo no podía discutir con él. Enseguida comenzó a darme explicaciones. Le dije: «Es verdad, pero nosotros tenemos que cortar la caña porque el central la necesita». El hombre entendió, cortamos la caña y hoy es mi amigo.

Otra anécdota es la del machismo que me encontré cuando fui a trabajar a un CAI. Un día, el director me dijo: «Ahí tienes una moto». Se trataba de una motocicleta marca Júpiter. Yo le dije: «Mire, yo necesito que usted me ponga un chofer. Yo... no puedo». El respondió: «Pues mira, aprende a manejar, porque no te voy a poner chofer». Lo miré seria y dije: «No importa, no me hace falta». Di media vuelta y me fui.

Todos los días, después del trabajo, me iba con dos compañeros para un terraplén a practicar. Les había dicho: «En quince días tengo que presentar la licencia, yo tengo que demostrarle al director que no voy a morir porque él no me ponga un chofer». Quince días después fui a Güines a examinarme y, por supuesto, me suspendieron. Aprobé al tercer intento y obtuve la licencia.

Un día estamos en el consejo y le digo al director: «Mañana no vengo, porque me tengo que ir para La Habana». «¿Y quién te va a llevar, un amiguito tuyo?», preguntó. «No, yo tengo licencia y me voy para La Habana con mi moto», le dije. Nunca más se metió conmigo, me respetó a partir de ese momento. Hay hombres que no creen en una, pero pienso que lo mejor, en lugar de discutir, es demostrarles de qué eres capaz. Si te sale mal a la primera, vuelves a intentarlo, y si sale bien, pues ya lo hiciste.

¿Y con las mujeres cómo te va?

Con las mujeres he trabajado bastante. En el tiempo que dirigí la ANAP en Madruga, la mayoría de los cuadros que tuve eran mujeres. La funcionaria, la miembro del Buró, todas eran muy competentes. Me decían: «Débora, tú lo que tienes es un matriarcado aquí». Hicimos un buen equipo de trabajo. Yo siempre he pensado que la mujer es muy capaz y responsable, la mujer logra lo que se proponga.

Yo fui la primera presidenta municipal de La Habana. Antes de mi llegada, todos eran hombres. Luego empezaron a surgir mujeres líderes en otras provincias. Tuve la suerte de llegar en una etapa en la que la ANAP iniciaba una política de crecimiento para las mujeres. Nosotras logramos incorporar un grupo grande, y creo que el hecho de ser mujer me ayudó mucho en ese propósito.

En esa época tenía dos presidentas de CCS. Después tuve una presidenta de CPA que hoy se mantiene en el puesto, buenísima. Me inserté en esa política de trabajo, que perseguía incorporar más mujeres a los cargos de dirección, no sólo en las cooperativas, donde había muy pocas, sino también como miembros del Buró en los municipios, en la toma real de decisiones. El machismo tiene un gran arraigo en nuestro sector, no lo hemos eliminado, pero seguimos en combate.

¿Cómo alternas tu trabajo con tu vida personal?

Todas mis responsabilidades requieren horas extras. Mi horario siempre ha sido de ocho de la mañana a ocho de la noche.

Cuando trabajaba en el territorio, la casa me quedaba más cerca. A veces podía ir al mediodía a preparar algo de comer, porque a las ocho de la noche recorríamos el campo y regresaba a la casa tarde, sobre las cuatro de la madrugada.

Aunque me resulta difícil, he atendido bien a mis dos hijas. Mi familia, en ese aspecto, juega un papel muy importante. Mi esposo me ayuda. Al principio era muy machista. Tuve que ponerme fuerte, porque de lo contrario no hubiese podido trabajar, sinceramente, no hubiera podido hacer nada. El es profesor, pero no entendía, deseaba que yo no trabajara en esto. Yo le dije que a mí me gustaba lo que hacía y que era mi vida.

¿Qué momentos especiales y sueños te quedan por contar?

En 1987, se celebró el VII Congreso de la ANAP. Allí me seleccionaron uno de los cuadros no profesionales del Buró Nacional de la ANAP. Ostenté esa satisfacción entre 1987 y 1992. Fue muy bonito cuando José Ramón Machado Ventura, uno de los principales dirigentes del país, anunció mi condición de miembro del Buró Nacional. Por poco me muero cuando Fidel me dio el primer abrazo. Esa fue una etapa muy importante de mi vida política, porque ahí se empezó a definir mi vida como cuadro.

Mi sueño en el plano laboral es seguir ganando prestigio, que confíen en mí, cumplir y no defraudar, porque eso me mataría. Y el sueño personal es que mis hijas sean buenas profesionales y buenas revolucionarias. No quisiera morir sin dejarlas encaminadas. Ese es mi gran anhelo en la vida.

Nací en Jiguaní, Granma, y me crié en una finca que mi abuelo entregó a la que hoy es mi CPA, la «17 de Mayo». Somos siete hermanos, cuatro varones y tres hembras. Cuando éramos pequeños, el único que trabajaba era mi papá. Mi mamá lo ayudaba, pero como la cosecha se cogía en diciembre, sólo en ese momento, una vez al año, podíamos cobrar el dinero. Vivíamos también de los animales que criábamos en casa. Siempre fuimos gente buena. Nuestros padres nos educaron bien y, por nada del mundo, permitían que una dejara los estudios. Cuando terminamos el sexto grado, todos nos becamos, y con el tiempo terminamos de obreros agrícolas o técnicos. En esa misma época mis padres se asociaron a la cooperativa.

¿Qué hiciste después?

A los dieciocho años me casé con el padre de mis hijos y me fui a vivir al pueblo cabecera del municipio. Mis hijos llegaron enseguida. Mi juventud fue criarlos. Puedo asegurar que ellos, dos hembras y un varón, son la alegría más grande de mi vida.

Pasados trece años, me divorcié y regresé a trabajar en la cooperativa. Me volví a casar, esta vez con un profesor de secundaria que me ayudaba con mis hijos, pero también me ponía trabas de todos los colores. Vivía para prohibirme trabajar. A mí me costaba trabajo dejarlo. Lo respetaba mucho y, si había alguna fiesta o actividad en la cooperativa, no iba hasta que él no llegara. Así, hasta que un día nos divorciamos.

Siempre trabajé duro para que a mis hijos no les faltara nada. Los domingos, cuando terminaba en la cooperativa, seguía trabajando para un campesino particular, porque necesitaba un poquito más de dinero. Aquello era terrible. Así estuve por lo menos cinco años.

¿Cuál es tu situación en la actualidad?

Ahora mi felicidad es que mis hijos no pasen trabajo. Las dos hembras estudian el cuarto año en la universidad. El varón estudia y trabaja conmigo. Sigo divorciada, pero me siento bien,

como nunca. Por momentos pienso que he tenido mala suerte con el amor, pero la experiencia me sirve de mucho. Creo que en mi caso el cambio es para mejor. Puedo hacer lo que quiera y no me arrepiento de nada.

¿Qué pasó a tu regreso a la cooperativa?

Como a los dos años de mi regreso me hicieron cooperativista. Mis hermanos también se incorporaron y ya somos cuatro en la CPA.

Un día, la auxiliar de contabilidad se fue y pedí la plaza. Estaba segura de que tenía posibilidades y facilidades para aprender. Al inicio nadie me entendió, porque era una simple campesina que llegaba a una oficina dominada por los hombres. Pero a veces trabajo más que ellos. Hace casi tres años hago ese trabajo y me va bien. Cuadro los reportes y me encargo de los expedientes, los certificados y las prenóminas. A fin de mes, siempre trabajo hasta bien tarde en la noche.

¿Cómo te llevas con los cooperativistas?

Me gusta quedar bien con todos. Me gusta que me pregunten y saber qué contestarles. Aquí la gente es muy sana y me siento como en familia. Dos días a la semana nos vamos a trabajar todos y todas en el surco, junto con los campesinos.

¿Te consideras una mujer líder?

Sí, soy una mujer líder. No todas las mujeres se deciden a luchar. No todas dicen: «Voy a hacer esto, pase lo que pase». No todas las mujeres arriesgan su matrimonio o su familia. Mi mamá siempre me decía: «Tienes que trabajar y superarte». En este tiempo he aprendido a valorarme. Me siento otra mujer y tomo decisiones importantes. Aprendo a vivir, a decidir y a quererme a mí misma. Cuando una se quiere, puede querer un poquito más a los demás.



Idania Cedeño Corría

40 años

Auxiliar de contabilidad

CPA «17 de Mayo»

Cuatro Caminos, Jiguaní, Granma.

¿Cuánto ha influido el género en tu vida?

Como mujer del campo, a veces una tiene miedo de enfrentar la vida sola. Sientes que no vas a poder. Pero sí se puede. El género permite que mi autoestima crezca. Gracias a los talleres en los que he participado, aprendí a darme el valor que tenemos las mujeres y que, a veces, nos quitamos. Sí, tenemos valores, necesidades, derechos y deberes, como los hombres. Quisiera que todas las mujeres mejoraran su vida laboral y tuvieran más comodidades para trabajar.

Desde que comenzó el Proyecto de Género en la cooperativa, en el 2006, se ha dado un vuelco grande en la Junta Directiva. Ahora somos cuatro mujeres que opinamos y decidimos. Si el presidente dice: «Mañana hay que ir para el semillero», y las mujeres pensamos de otra manera, entonces hay que sentarse a valorar. El problema es hacer lo justo.

¿Cuáles son tus sueños?

Quisiera que mi cooperativa fuera como antes, mucho más productiva.* Mientras tenga fuerzas, trabajaré para la Revolución, que me ha dado lo más grande de mi vida: enseñó a mis hijos sin que yo le diera nada a cambio. Sólo mi trabajo.

Mi trabajo es destacado en la CPA, de eso hay constancia. Más de una vez he sido la mejor cooperativista. Fui Vanguardia Nacional y ahora me propusieron para recibir la medalla «Romérico Cordero». En mis jornadas diarias también recibo el estímulo de mis compañeras. Soy un ejemplo para ellas, y me siento satisfecha cuando dicen: «Vamos a seguir tus pasos».

Marbelis Sánchez. Cuarenticho años. Almacenera de la CPA «La Esperanza». Las Tunas.

* Unos meses después de nuestro encuentro, la asamblea de cooperativistas eligió a Idania presidenta de la CPA.

Idalia, la mujer de las primicias

Con la Revolución

Cuando era niña, sólo pude estudiar hasta quinto grado, porque para pasar a sexto, mis padres tenían que pagar cincuenta centavos por un sello. No tenían ese dinero.

Cuando triunfó la Revolución, brindé mi casa para que los alfabetizadores dieran allí las clases a los campesinos de la zona. Después, allí mismo se hizo un aula obrero-campesina, en la que estudiábamos catorce personas, entre mujeres y hombres, para alcanzar el noveno grado.

Más tarde pasé cursos del Partido, ocupé cargos de dirección en los CDR, la ANAP, las MTT, el PCC y la FMC. Hubo momentos en los que tenía siete cargos a la vez. Por la ANAP me seleccionaron para pasar un seminario de Economía Agraria en Bulgaria. En fin, es algo extraordinario que una campesina con tan poco nivel cultural haya podido tener tantas oportunidades. La Revolución ha puesto esto en mis manos, y yo he tratado de hacerlo todo a cabalidad.

Se forja su personalidad

Yo iba a la escuela en un caballito, porque era muy lejos. Así fue hasta que ya no hubo más muchachos de la zona que fueran conmigo, pues habían terminado de estudiar. Mi papá determinó que me quedara de lunes a viernes en casa de mi abuela, porque era más cerca. Allí vivían también mis tíos, que sembraban tabaco. Ellos tenían una casa grande donde almacenaban las hojas. Un día, uno de ellos me dice: «Recógeme todas las hojas de los cujes que han tumbado los ratones para el suelo..., que los Reyes te van a traer juguetes». Me entusiasmé mucho. Tenía como seis o siete años y creía en esas cosas. Les pedí una muñequita.

Cuando desperté el Día de Reyes, fui a buscar en los zapatos y encontré una tusa de maíz con una tela amarrada, como si fuera una sayita. Cogí aquello y lo hice pedazos. Le dije a mi tío: «A los muchachos no se les engaña, ¿cómo me vas a mentir de esa manera? No lo hagas más». Aquello me dolió tanto... Cuando llegó el viernes y mi papá fue a buscarme, le dije que no regresa-

ría más a aquel lugar. Entonces, seguí yendo y regresando del colegio con mi caballito.

Cuando terminé el quinto grado, le pedí a la maestra que me llevara a vivir a su casa en Santa Clara, para seguir los estudios. Yo tenía padrinos, pero quería que ella me bautizara y me pagara las clases. Mi mamá se disgustó conmigo, y la maestra me respondió que no podía, porque ya tenía un sobrino que ayudar.

La primera fundación

«Soy fundadora de la Federación de Mujeres Cubanas. Llevo cuarentiocho años de secretaria del bloque de esta zona. He participado en varios congresos de la Federación como delegada. Pertenezco a su Comité Nacional cinco años, y diez al Provincial y al Municipal. Vilma Espín me decía: «La campesina siempre tiene que hablar».

También organicé las Brigadas FMC-ANAP. Así que las mujeres de por aquí íbamos a trabajar en lo que hiciera falta, muchas veces con nuestros muchachos correteando y ayudando. Yo sólo tuve dos hijos, porque estaba segura de que quería integrarme a todo.

En 1987, asistí a un seminario internacional realizado en México, sobre el rol de la mujer y la estrategia de desarrollo en la América Latina. Luego participé en el Congreso de la ANAP en La Habana y, a mi regreso, una noche, estaba viendo el televisor con Macho, mi esposo, cuando vemos a Vilma hablando de un Congreso Mundial de Mujeres que se realizaría en la entonces Unión Soviética. Quise fastidiar a Macho y le dije: «Seguro voy», y él me respondió: «Sí, cómo no, ya no te quieres bajar de los aviones...». Como a los dos o tres días llega un Lada rojo nuevecito, me acuerdo como si lo estuviera viendo ahora, y el hombre que lo manejaba me dijo: «Idalia, dice Vilma que mañana a las cuatro de la tarde tienes que estar en la Habana», y me entregó un sobre. Cuando leo el contenido, resulta que era la invitación para los preparativos del Congreso. Mi esposo me dijo: «Muchacha, ¿pero tú eres adivina?» Todavía guardo de recuerdo la cajita de colorete que Vilma me regaló para el viaje.

Otra novedad en el frente

Fui delegada del Poder Popular en 1976, en el primer mandato. Eramos dos candidatas, otro compañero y yo, y en las elecciones saqué doscientos noventiocho votos. Salí casi por unanimidad, y eso como son las cosas aquí en Cuba, sin hacer campaña ni nada.

Siempre he tenido que enfrentar tareas nuevas. Cuando aquello, yo tenía trescientos once electores, entre mujeres y hombres. Ahora, cualquiera que obtiene esa responsabilidad sabe qué tiene que hacer, en qué consiste su rol.

Cuando me eligieron, yo aún no me recuperaba de la muerte de mi mamá unos meses atrás. En la foto de ese momento estoy vestida de luto. Ahora ya eso no se usa, en realidad cuando uno pierde un familiar así, el luto lo lleva en el corazón mientras viva.

Siempre tuve el bichito de sacar adelante a las mujeres, sobre todo en aquellos momentos en los que pensaba que mi madre había pasado tanta pobreza, que nunca había podido siquiera tomarse un jarro de agua fría. Yo me dije: «Hay que hacer algo por esto y por nuestras mujeres».

La iniciativa de Idalia

Estuve dieciséis años de organizadora en la CCS «Abel Santa-
maría», o sea, desde que se inauguró. Llevaba las actas, ayudaba a preparar las asambleas, atendía los planes de producción, recogía la cotización y me encargaba del pago de las cosechas. A veces venía sola de Santa Clara con un maletín repleto de dinero para pagarles a los campesinos. Ninguno de ellos puede decir que le faltó un centavo alguna vez. Yo les daba el dinero con nóminas del Banco y todo.

Desde 1972 fui corresponsal voluntaria de la ANAP, escribía notas de prensa sobre los principales acontecimientos de la Organización, las cooperativas y el trabajo de las mujeres en Cifuentes. Aún conservo mi carné de periodista.

Por todas esas cosas, fui seleccionada para asistir al 5to Congreso de la ANAP. Allí estaba Fidel. Pepe Ramírez, quien entonces era el Presidente de la Organización, habló de algo que ya se había discutido como proyecto en el Primer Congreso del Partido: la creación de las Cooperativas de Producción Agropecuaria en todo el país. Cuando escuché en qué consistía aquello, me entraron unos deseos enormes de hablar y comprometerme a hacer una CPA. Pero me contuve, porque primero había que contar con los campesinos.

Al regreso, en una reunión de Rendición de Cuentas que tenía planificada con los electores, les hablé de mi experiencia en el Congreso de la ANAP. Les dije que pronto iría por las casas a explicarles con detalles de qué se trataba.

El día acordado cogí mi yegüita, le puse un basto y, sin montura ni nada, salí de recorrido.

Cuando llegué a casa del primer campesino, me dijo: «Fíjate, yo no quiero ser el primero, pero tampoco seré el último». El primer día visité cuatro o cinco casas. De regreso a la mía, Macho, que estaba renuente a que yo trabajara en eso, me dijo: «Seguro que no conseguiste nada. Y se te habrán pelado todas las piernas de montar la yegua al pelo». En realidad yo estaba acostumbrada desde niña a montar y me sentía muy bien. Entonces me preguntó: «¿Con qué tierras cuentas para hacer la cooperativa?» Le dije: «Pues, empezando por las de nosotros, ya tenemos dos caballerías».

Así trabajé durante varios días, conversando con los campesinos. Unas veces iba sola, otras con el presidente de la CCS y otras con un compañero del Partido. Ese fue el trabajo más complicado de la vida. Yo no se lo imponía a nadie, los que no aceptaron han sido siempre mis hermanos igual. Cuando ya tuvimos 6,3 caballerías, once hombres y siete mujeres, fui a ver al organizador de la ANAP Provincial y comenzamos los preparativos para constituir la CPA. Se fundó el 4 de junio de 1978. Me eligieron presidenta y la Junta Directiva quedó conformada por cinco mujeres y dos hombres. Ellas eran amas de casa, esposas y hermanas de aquellos hombres.

Ese día se asó un puerco y se hizo una fiesta muy linda. Cuando terminó la actividad, los compañeros de la ANAP Provincial vinieron a mi casa y me dijeron: «Idalia, ahora cuando lleguemos a Santa Clara vamos a llamar a Pepe Ramírez a La Habana, porque nos parece que no ha habido todavía ninguna mujer presidenta de cooperativa en el país. Usted es la primera». Yo les dije: «Pero, ¿cómo voy a ser la primera? ¿Con quién aprenderé a dirigir?» A la semana tenía la casa llena de periodistas: llovieron las entrevistas cada día.

Tengo una anécdota relacionada con uno de los congresos de la FMC. La secretaria general de la provincia me dijo que yo iría como invitada, que eso era un gran reconocimiento. Mandé a hacer un álbum de fotografías con las producciones de la CPA, con letras doradas en la portada, para llevárselo de regalo a Fidel. Quedé muy cerca de él en la tribuna, y cuando se hizo un receso se paró para saludar a las personas. Llegó hasta mí, me puso la mano en el hombro y me dijo: «Ah, pero miren a la cooperativista

de Villa Clara». Entonces yo le dije: «Comandante, le traigo un obsequio de los cooperativistas». Se lo di, miró las fotos de la Junta Directiva y me dijo: «Cuando estos dos hombres no te sirvan, cuando no hagan bien los trabajos, pon dos mujeres más». Luego siguió conversando conmigo, me preguntó por los rendimientos cañeros, lo que se cosechaba en la cooperativa, cuántos cooperativistas éramos y cuántas caballerías de tierras teníamos.

La nuestra fue una CPA rentable a lo largo de los años. Era cañera, pero teníamos de todo: café, leche, tabaco, carneros, puercos, frutales... Venían de muchos lugares a tomar experiencia con nosotros. Entre todos, construimos las dieciocho casas de los cooperativistas en horas de trabajo voluntario.

A los nueve o diez meses de haberse hecho la cooperativa -cuando aquello teníamos cinco casas, la tienda y la escuela nada más-, me encontraba en una asamblea provincial de la ANAP y el primer secretario del Partido en la provincia me pregunta cómo yo veía el crecimiento de la CPA. Le respondí que eso dependía de los beneficios que recibieran los campesinos con su incorporación. El me dijo: «¿Qué beneficios tú tienes en mente?», y le manifesté: «La cooperativa necesita, por lo menos, servicio eléctrico». Cuando terminó la asamblea, él se me acercó y me dijo que había alguien que me llevaría en carro hasta la casa. Eso me resultó muy extraño. Se trataba del director de la Empresa Eléctrica que iba fijándose en todo el camino desde dónde debía transportar la electricidad y cuántos postes se necesitaban. Pronto tuvimos esa alegría.

Al cabo de un año, en otra asamblea, Adolfo Bermúdez, que estaba al frente de la ANAP en la provincia, me pregunta cómo andaba la cooperativa. Le dije que necesitábamos tener agua. Me ayudó con eso.

Hice muchísimas gestiones para conseguir las tuberías y otros materiales necesarios para la instalación. Con trabajo voluntario la obra quedó lista al año siguiente. Por eso yo digo que cuando las personas tienen interés, aunque haya dificultades, siempre se puede lograr algo.

En 1984, me otorgaron un carro, un Fiat polaco -aún conservo la licencia, aunque ya vencida-. Fue el único transporte de la cooperativa para hacer gestiones. En él se buscaban las piezas de repuesto para los tractores y era la ambulancia de esta zona.

Capítulos que se cierran

Cuando ya teníamos 37,3 caballerías y sesentidós cooperativistas, empezaron con el trajín de querer hacer una cooperativa grande. Unificaron tres cooperativas de por aquí. El presidente de la ANAP me dijo: «Usted sigue de presidenta», y dije que no. Cuando hay un núcleo familiar, este tiene su sistema, pero si entran otros, ellos vienen con otras ideas y formas. Yo no quería tener que decir después que no era eficiente. Había sido presidenta por doce años, cinco meses y veinte y tantos días.

Estuve como tres meses sin hacer nada. Hasta que la secretaria provincial de la Federación habló en la ANAP y me pusieron como responsable de la Comisión de Control de la CPA. Lo hice por un tiempo, hasta que pasé a trabajar como vendedora en una placita en la cooperativa. Finalmente, con sesenticinco años, me jubilé. Ya no me sentía bien allí. La vida de jubilada ha sido un sacrificio tremendo. Yo soy una persona que desde chiquita me gustaba resolver, estar activa.

Los sueños de Idalia

Sueño con seguir ayudando a la Revolución en lo que pueda. Deseo que liberen a esos cinco héroes que el imperio tiene encarcelados, que se acabe el bloqueo a Cuba, que cierren la Base Naval en Guantánamo y le entreguen esa tierra a nuestro pueblo, que es el verdadero dueño.

Quisiera escribir la historia de mi vida. También pido salud, para seguir adelante.



Idalia Gaudencia Pérez Zamora

78 años

Jubilada

CPA «Antonio Maceo»

Cifuentes, Villa Clara.

Me dieron esta finca por la Reforma Agraria. Eran tierras de mi padre, que tenía muchas y se las redistribuyeron. La única mujer que recibió tierras en toda esta zona fui yo. Los demás eran hombres. Por esa razón, me han sacado hasta en el periódico. Desde pequeña siempre he sido una persona de campo. El esposo de mi nieta me dice: «Vamos a buscar unas películas», y yo le digo: «Eso no me gusta, chico, lo que me encanta es ver una cría de gallinas y a los puercos comer». Eso sí, soy fanática de la pelota, ¡ino sé cómo no me ha dado un infarto viendo a mi equipo de La Isla!»

Graciela Rives. Ochenta años. Cooperativista de la CCS «Juan Manuel Márquez». Isla de la Juventud.

Hay que ver la vida de frente y seguir adelante. Ese ha sido mi lema en los cincuenticuatro años que tengo.

- Hoy es un día muy especial, porque defendí mi investigación en la Cátedra del Adulto Mayor. Para hacer este trabajo, recopilé mucha información sobre cómo era la cultura en el municipio Mantua antes del triunfo de la Revolución. Conocer la vida de mi padre y compartirla, fue una tremenda ayuda.

Cuando era niña, vivía en un pedacito de tierra que un terrateniente había entregado a mi papá para que mantuviera a sus diez hijos. Eso era en un lugar que se conoce como La Pimienta. Pertenece a Arroyos de Mantua, aunque queda monte adentro. Ahí estuvimos hasta que llegó la Revolución y Fidel entregó tierras a los campesinos, entre ellos, mi papá. Entonces nos mudamos para La Vigía, un pueblito con mejores condiciones. Mis padres comenzaron a sembrar tabaco, y mis hermanos y yo logramos ir a la escuela.

En el año 68, cumplí catorce años. En aquel momento, la dirección del país se propuso elevar el nivel educacional del pueblo y comienza la batalla por el sexto grado. Me incorporé a dar clases y mi grupo de alumnos estaba integrado por compañeros que trabajaban en la Granja «Emiliano Zapata», ubicada en el batey de La Vigía. Esto era por el día, porque en las noches continuaba mis labores de maestra con los campesinos de la zona que se reunían en mi casa. Así empezó mi vida laboral. En ese año, también me hice activista de la FMC.

Al mismo tiempo, trabajaba en la vega con mi padre. Sembraba tabaco, lo repasaba, cortaba y secaba. Mi mamá trabajaba en la escogida y yo la ayudaba en la casa. También aprendí a ordeñar. Fue una experiencia muy linda. Me enseñó a vivir y a luchar por la vida.

Antes, cuando yo era jovencita, se vivía eso de que las hembras no salen de la casa. Pero yo sentía el deseo de ser alguien en la vida y decidí casarme. Tenía quince años y pensé que después del casamiento podía estudiar, trabajar y hacer lo que quisiera.

Más o menos fue así, porque la vida cambia y llegan otras responsabilidades. Cuando nacieron mis hijos, los tres primeros, me dije: «Tengo que seguir adelante». Regresé a mi trabajo, porque en aquel tiempo ya había llegado la batalla por el noveno grado. Después, nació mi cuarto hijo.

Estudié corte y costura, y cuando terminé el curso cosí algunas cositas para el arte popular. Por esa fecha me incorporé al trabajo en el campo y, con mi esposo, sembraba tabaco, yuca, boniato, arroz, frijoles; ordeñaba vacas; llevaba una yunta de buey..., lo que hiciera falta. Hasta hice carbón. Juntos luchamos para reunir un dinerito y hacer nuestra casita a la orilla de la carretera, en el Marañón.

Saqué mis hijos adelante y vivo orgullosa de todo lo que hice en aquellos años. Sé hacer cualquier cosa en el campo, porque la vida nos llevó a eso.

El Ranchón de Mercedes, la religión y el trabajo en la ANAP

Hace seis años, tengo un proyecto comunitario maravilloso y unos planes muy lindos. Cuento con el apoyo de la dirección de Cultura Municipal y Provincial, y me ayuda también mi CCS «Frank País» y la CPA «Domingo Mon», de la cual fui cooperativista hace unos años. Me han visitado varios compañeros que dirigen en Cultura, y uno de ellos, del nivel nacional, me dijo: «Tu proyecto es extraordinario, sólo tienes que vencer las dificultades».

Sé que pensó en mi religión, esa que dejé en más de una ocasión y que ahora llevo con orgullo y mucha modestia. Cinco veces hice mi altar y cinco veces lo rompí por la pena que me daba con la gente. No quería que mis muchachos se sintieran mal, cuando alguien en el barrio murmurara: «Ahí viene la bruja».

Mi religión es herencia de mi tatarabuela, que después pasó a mi bisabuela y más tarde a mi abuela. Yo no podía dejarla y las pruebas no me faltaron.

En mi casa se dan muchos festejos religiosos, y siempre por el bien de todos. Me entrego a las personas, y apoyo el deber y la Revolución. Si alguien me necesita, no miro el reloj. Me levanto a santiguar, a pasar un coco, a lo que me pidan. Mi religión me ha llevado por un camino, y un día me dije: «Hay jóvenes que se están perdiendo en el delito y en la corrupción. Voy a darme a la tarea de hacer un poquito por ellos». Así surgió la idea del proyecto y ya comienza a coger forma.

Construí un ranchón con recursos propios. También inauguré una biblioteca en mi casa a la que van a leer niños, niñas, adolescentes y jóvenes del pueblo. Yo llego de la vega al mediodía, y cuando voy a plantar el almuerzo, ya los muchachos están ahí: «Préstame ese libro, déjeme leer este otro». Hay todo tipo de literatura, eso es, sentarte a leer horas y horas. Yo no tengo tiempo para sentarme, pero me da alegría ver cómo ellos leen. Así llega la noche y, cuando logro sentarme, no tengo fuerza en las piernas. Al otro día me vuelve la fuerza y la voluntad; como dijera Vilma Espín: «Adelante una y otra vez». Esa es mi vida: trabajar y luchar.

Creamos un círculo de interés, para el rescate de tradiciones culturales y culinarias. Me gusta mucho enseñar sobre comidas tradicionales. Mi objetivo es mantener la tradición, que viene de nuestros ancestros, y la juventud debe saberlo.

El año pasado me visitaron promotores culturales de los catorce municipios de la provincia. Preparé una mesa debajo de la arboleda y la serví en la tradición, en güira, en coco, en caña brava y en yagua: setentiséis platos tradicionales. Además, hago vinos criollos de maíz, arroz, ciruela, plátano, fruta bomba, piña y marañón. Eso sí, todos llevan caña y es una bebida sana. He llevado mis platos y bebidas a varios eventos y siempre he cogido el primer lugar o menciones relevantes.

Tenemos una compañera de la cooperativa que imparte clases de tejido de guano y un grupito de música que toca muy bien. Vamos haciendo cosas y la gente se va motivando. Ahora estoy detrás del médico, para que organice unas charlas educativas sobre enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados.

Me siento contenta, porque son ideas que se pueden concretar, y lo que importa son los deseos de hacer por la juventud y por la comunidad. Todas las visitas que llegan a la cooperativa pasan a verme y se quedan maravillados cuando conocen el proyecto. Aunque varios me critiquen, yo sigo. Organizo mis fiestas de santos y reúno a quinientas y seiscientas personas; dejan la discoteca y van para mi casa. Ese es el momento de pedir protección para todos.

Los campesinos y las campesinas viven en la comunidad, por tanto, participan en el proyecto y se benefician de sus activida-

des. A los hombres les demuestro que la mujer no existe sólo para ocuparse de la casa: podemos trabajar.

Una vez fui a un evento representando a la cooperativa. Allí estaban los compañeros de la ANAP Provincial y Nacional. Pedí la palabra y empecé a hablar: «La mujer es la fuente creadora del hombre nuevo y debe tener otros estímulos. A tantos años de Revolución, todavía se encuentran hombres en el campo que se creen que están para mandar a sus mujeres».

Cada vez que puedo, hablo sobre mi experiencia personal. Estoy casada hace casi cuarenta años y es el mismo esposo. Compartimos las ideas y nos ayudamos en todo: «si vas a sembrar malanga por la mañana, yo te ayudo»; «si vas por la tarde, mira, yo no puedo ir porque tengo que tostar café». Así debe ser. A mí me gusta cocinar con carbón y hacer el boniato que se te pegue en el caldero. Pero no es lo mismo que quieras hacerlo, a que estés obligada. De la misma manera, disfruto ir al campo por la mañana, meterme entre el tabaco y mojarme para coger la hoja. En los dos casos puedo elegir.

En la cooperativa, los campesinos confían en mí. Cuando llegamos a la reunión, la gente me dice: «Hoy tienes que hablar para que nos defiendas». Siento que me siguen y que valoran mi trabajo en el campo y lo que hago por mi comunidad.

Trabajo hace más de veinticinco años en el campo, y además de ser asociada a la cooperativa, llevo un año y pico contratada como custodio en una empresa. Entro a las siete de la noche y salgo al otro día, a la siete de la mañana. Mi trabajo consiste en cuidar los materiales que hay ahí: una sierra de carpintería, un horno de marmolina, pinturas, maderas. Esa plaza la tenía mi esposo, y cuando él se jubiló, yo la ocupé. Antes, lo acompañaba a la guardia. Ahora él va conmigo.



María Mercedes Bordallo Espinosa

54 años

Cooperativista

CCS «Frank País»

Arroyos de Mantua, Pinar del Río.

La familia, los quehaceres y el día a día

Vivimos con mi hijo más chiquito y un nieto que estudia el preuniversitario. Su mamá vive al lado de mi casa. A nuestros hijos les hicimos sus casitas muy cerca y lo compartimos todo con ellos. Los cuatro se graduaron. Las dos hembras estudiaron. Una es técnico medio en Agronomía y la otra terminó Construcción Civil. Uno de los varones estudió Forestal y el mayor es graduado de Refrigeración en una escuela de Villa Clara.

Me levanto bien temprano, de madrugada. Cuelo café, preparo el desayuno, ablando los frijoles, pelo la vianda y la dejo puesta con un poquito de carbón. Cuando mi esposo se levanta, todo está listo. Salimos para el campo y ahí tenemos lo de nosotros: el tabaco, la vianda, las frutas, los animales...

A veces son las once de la noche y, cuando no estoy de guardia en la empresa, estoy en mi casa haciendo cosas, atendiendo a la gente. Tengo una libreta con cuarenta y pico de recetas de dulces tradicionales; a ver si un día puedo sacar un libro.

Creo que hay cosas que deben renacer y esto es lo que me hace dormir poco. El otro día fui al médico y me dijo: «¿Cómo es posible que una persona como usted pueda caminar con cinco espolones en un pie?» Le respondí: «Sólo Dios y mis santos lo saben, quizás ellos me empujan, me llenan de aliento y me dan esa fuerza de voluntad».

Quisiera que un día mis hijas llevaran mis tradiciones, que es hacer el bien a otras personas. Mi mayor satisfacción es escuchar a la gente de esta tierra y de otras, cuando me dicen: «Qué bien me siento después que me atendiste». El mejor pago que puedo tener es saber que hago bien las cosas. Ahí está mi cubanía.

Me debo a mis campesinos

Nací en La Retirada y soy hija de campesinos. Mis padres eran dueños de tierras, pero éramos una familia humilde. Los ocho hermanos trabajábamos en la finca para ayudar a papá. Recogíamos café y hasta cogíamos el narigón a los bueyes. A la par, íbamos a la escuela. Estuve becada desde la secundaria hasta el oncenno grado y después trabajé durante dos años como maestra en la Educación Obrero-Campesina. Por el día recogía café y por la noche impartía clases a diez compañeros de las montañas.

En 1981, mis padres incorporaron sus tierras para la fundación de la CPA «Congreso Campesino en Armas», en Soledad de Mayarí Arriba. El mismo día que se crearon las Milicias de Tropas Territoriales en el municipio, quedó constituida nuestra cooperativa con la presencia de Raúl Castro y Vilma Espín. Me integré y fui seleccionada económica. Lo hacía empíricamente, pues no tenía toda la preparación necesaria para eso. Trabajaba en el campo y luego dedicaba tres días de la quincena a cerrar las informaciones necesarias para el pago a los cooperativistas. Después la ANAP impartió seminarios teóricos, y así pude enriquecer el trabajo que realizaba.

Además de llevar la economía, ocupé en diferentes momentos los cargos de ideológica y organizadora de la cooperativa. Paralelamente, fui delegada del Poder Popular en la zona en que vivía y miembro del Comité Municipal de la UJC.

A los cinco años de trabajo en la cooperativa, pasé a formar parte de la reserva de cuadros del municipio. En ese



Moraima Franquin Cabrera

51 años

Presidenta de la ANAP

Municipio II Frente

Santiago de Cuba.

período terminé el doce grado y también me formé como dirigente. Víctor Rodríguez, el presidente municipal de la ANAP en aquel entonces, me llevaba a las asambleas de los campesinos y me ponía a hacer las conclusiones. Al principio me asustaba, pero luego cogí confianza y me enamoré de este mundo.

Posteriormente, pasé al nivel municipal como funcionaria de la Esfera Ideológica. Al cabo de un año, cursé estudios en la Escuela Nacional «Niceto Pérez» y, al concluir, me promovieron a jefa de la Esfera de Educación y Trabajo Ideológico, en la que permanecí por casi tres años. A continuación, fui organizadora de la ANAP Municipal. Estuve ocho años allí, y en tres ocasiones me seleccionaron Vanguardia Provincial.

Todas las labores que desempeñé me sirvieron mucho a la hora de ocupar el cargo de presidenta de la ANAP en el municipio II Frente, en 1999. Por el trabajo consagrado que hemos realizado de conjunto cuadros y campesinos durante estos años, nos mantenemos en los lugares destacados de la emulación.

Cuando digo que fui la primera mujer que ocupó un cargo de dirección a nivel municipal en mi provincia y hasta ahora la única presidenta municipal de la misma, y que soy miembro del Buró Nacional de la ANAP, algunos compañeros dicen: «¿Una mujer dirigiendo a los campesinos?» Les digo que sí, y que se logra mucho. En el campesino siempre ha estado impregnado ese machismo que lo lleva a sentir vergüenza cuando una mujer le llama la atención. Eso le da fortaleza para cumplir con las tareas. Es un poco contradictorio, porque ellos siempre han querido mandar a las mujeres, pero con cariño y buen trato una logra que se comprometan.

También te digo que como soy la única entre tantos hombres, me esfuerzo mucho para que no me hagan ningún señalamiento frente a los demás. Ya ves, a veces nosotras mismas aplicamos el machismo.

He participado en encuentros de mujeres realizados por la Organización, en los que se discute el tema del trabajo de las féminas y el acceso a puestos de dirección. Por experiencia sé que esto último implica sacrificio y apoyo de la familia, porque si no, se complejiza aún más. Una sale temprano y muchas veces no sabe a la hora que regresa. Yo, por ejemplo, tuve a mi hija menor en medio de todo esto. Con siete meses de embarazo, andaba

por las montañas reunida con los campesinos. A ella le digo: «Naciste en la ANAP».

Durante casi el mismo tiempo que llevo de presidenta, he sido miembro del Comité Municipal del Partido. Tengo muchas responsabilidades que cumplir, y por eso es muy importante la planificación del trabajo. Un papel crucial tiene aquí la preparación de los cuadros con quienes trabajo que, en definitiva, serán mis sustitutos.

En mi caso, cuando se superponen tareas, alterno entre ellos la responsabilidad, para que no se deje de cumplir nada. Hay que preparar el relevo. No obstante, siempre trato de priorizar mi vínculo con la base, porque me debo a mis campesinos.

Disfruto salir temprano de la casa e irme para el monte a dialogar con mis cooperativistas o a recoger café. Te digo que a veces estoy cargada de trabajo y voy a alguna fiesta de amigos, a distraerme un poco.

Me gusta bailar, pasarla bien, y no dejo de celebrar las fechas importantes como el 17 de mayo, el 8 de marzo, el Día de las Madres, el año nuevo...

He logrado preparar a mi esposo para las tareas que desarrollo. El me ayuda mucho. A veces llego a la casa en la noche, cansada de tanto trabajar, y la comida está hecha, el agua tibia para el baño. El se ocupa de los animales y de todo lo demás. Desde hace dos años cumple misión en Venezuela, y me siento la sobrecarga. Tengo que ocuparme sola de la casa, de mis viejos y del trabajo. Por suerte, tengo muy buenos vecinos que me tienden la mano.

Tengo dos hijas grandes, una de treinta y otra de veintidós años. Me han salido muy buenas, aunque reconozco que no les he dedicado todo el tiempo que quisiera y merecen. La chiquita estudia Enfermería y la mayor es licenciada en Derecho. Mira las cosas de la vida: mi hija lleva como ocho años de abogada, y yo estoy estudiando ahora el quinto año de esa carrera. Fidel dio la oportunidad de que los cuadros nos incorporáramos a la universidad, y yo la estoy sacando, con mucho sacrificio. Terminar la carrera es uno de mis sueños.

La CPA se fundó en el año 1978, y yo era la más joven, sólo diecisiete años, entre las siete mujeres que empezamos. Enseguida aprendí a dar azadón, a guataquear, a recoger café... Hoy repaso mi vida y siento orgullo, cuando veo todo lo que hice. Por eso no me canso de hablar con las jóvenes. Creo que la ANAP necesita rostros frescos y ellas tienen mucho que aportar.

Antonia Esther Benítez. Sesenticuatro años. Jubilada de la CPA «17 de Mayo». Santiago de Cuba.

Una mujer activa siempre está a pie de obra

Soy madrugadora. Sobre las cuatro y media de la mañana comienzo a dar vueltas en la cama, y a las cinco ya estoy en pie. A esa hora adelanto muchas cosas de la casa. A las seis despierto a los niños y los preparo. A las siete menos cuarto ellos salen para la escuela. Su papá los lleva todos los días. Cuando ellos se van, voy para la cooperativa.

Soy madre de dos hijos y este cargo de presidenta me lleva mucho tiempo. Además, estudio el cuarto año de Agronomía. Hay que planificarlo todo muy bien, porque son muchas cosas y el mayor tiempo me lo roba la CPA.

La cooperativa

La «6to. Congreso Campesino» se dedica a la producción de viandas, granos y hortalizas. Tiene una dinámica muy fuerte. Actualmente incluso tenemos mucho más trabajo, debido a las afectaciones que los ciclones trajeron al país. Como Matanzas fue una de las provincias menos afectadas, tenemos la función de enviar producciones para La Habana y Camagüey. Para lograrlo, trabajamos arduamente, día y noche. Es algo que una mujer puede hacer, pero casi hay que volverse maga, porque no puedes descuidar la casa y los hijos.

Los inicios

Pero esta historia comienza en 1989, cuando me incorporé a trabajar en la CPA, con diecisiete años y recién graduada de Técnico Medio en Sanidad Vegetal. En los primeros tiempos fui técnico fitosanitario y luego, en 1990, se abrió en la cooperativa un Centro de Reproducción de Entomófagos y Entomopatógenos (CREE). Fui su directora durante mucho tiempo y también trabajé la actividad de control de la calidad. El CREE ha pasado por distintas etapas, proyectos y remodelaciones. Hoy es uno de los tres de «nuevo tipo» que tiene la ANAP en el país. Y yo lo adoro.

A la par de este trabajo, tuve otras responsabilidades en la cooperativa. Me desempeñé como secretaria organizadora, hasta que pedí licencia de maternidad para tener a mi primer hijo. Cuando me reincorporé, integré nuevamente la Junta Directiva. En esa

responsabilidad estuve hasta hace pocos meses. Al presidente lo promovieron a director de una empresa y entonces pasé a ocupar su lugar.

Griselda, la presidenta

La elección salió de los mismos cooperativistas. Quizás ellos vieron con luz larga algo que yo no veía. Realmente pensé que no estaba en condiciones de asumir tal reto, pero hoy te digo que me va a ayudar muchísimo en mi vida laboral. Es el momento de demostrar, o de demostrarme, que sí puedo. Es la oportunidad de crecer, de poder tener más seguridad como profesional y como persona. Han sido muchos años dedicados a este trabajo y esto es, probablemente, lo que venía faltando. Sí se puede, quizás con un poco más de esfuerzo, de apoyo de la familia, de comprensión de los hijos... Mi objetivo es mantener los buenos resultados de la cooperativa y hacer muchas cosas más. De hecho, ahora trabajamos para dejar listo el módulo pecuario con todas las especies -la ceba de toros es lo único que nos falta-. También nos enfrascamos en montar una casa de semitapado: un tipo de organopónico en el que se obtienen hortalizas todos los meses del año. Como es a la sombra, queremos que sea una fuente de trabajo para la mujer.

Actualmente tenemos mujeres directamente vinculadas a la agricultura en las distintas fincas. Una de ellas es Vanguardia Nacional. También hay mujeres en el módulo pecuario, en la atención a las gallinas y los conejos, en la cocina, en las oficinas, en el taller, en la lombricultura y en el CREE. Para ser más exacta, de ciento ochentisiete cooperativistas, cincuenta son mujeres. Hemos tratado de rescatarlas para las tareas y la vida de la ANAP. Y puedo decir que los talleres de género que se realizan en la cooperativa, en el municipio, en la provincia y hasta en la nación, resultan decisivos.

Dirigir a las mujeres y a los hombres

Eso no es tan complicado pero, a la vez, sí lo es. A veces chocas con esa que tiene los mismos problemas que tú: los niños, las situaciones en la casa, y tienes que ayudarla. Hay de todo, como en todos los lugares. La abnegada, la trabajadora, la que cumple contigo y la que se rezaga. En general, puedo decir que no hay actividad que yo les pida que ellas no hagan. Claro, cuando una predica con el ejemplo, ellas se sienten comprometidas.

Yo tengo niños y me quedo en la cooperativa todos los días hasta las seis o siete de la noche. Jamás he dejado de asistir a una reunión de padres en la escuela. Cuando tenemos una movilización al campo, yo la encabezo y arrastro a esas mujeres conmigo. Estoy a pie de obra con ellas y eso estimula mucho. No puedes dirigir detrás de un buró, diciendo que hagan y hagan, porque entonces dirán: «¿Y tú, qué?»

Hasta hoy no he tenido problemas con ninguna. Quizás la razón es que ellas entienden un poquito más el sacrificio que hago. Voy a ver a las que están trabajando en el surco y les hablo, les pregunto por sus problemas y sus inquietudes. A veces, sin darnos cuenta, los problemas personales influyen en nuestra vida laboral. Es bueno tener a alguien que te escuche, te comprenda y te aconseje. En algunos momentos, ellas me han ayudado también, porque una no está exenta de contrariedades. Con esta vorágine de trabajo que tengo, a veces estoy tan inmersa, que me olvido de detalles de la casa que luego serán problemas. En ocasiones me siento triste y me hace bien conversar, recibir ese aliento para seguir adelante.

Dirigir a los hombres puede ser un poquito difícil, porque te pasan cosas como tener que llegar a una brigada en la que ellos están hablando palabrotas, y entonces una tiene que imponerse con respeto y disciplina. Tienes que tratar a la gente con mucho cariño, eso me ha dado muy buenos resultados. Si tú llegas con mala cara, obtienes menos que si llegas de una forma afable y cariñosa. Yo llego y digo: «Ay, mi vida, ¿cómo tú me vas a decir que esto no se puede?»

Te encuentras en el campo hombres muy buenos que te ayudan, y también los que te dan la espalda. Yo he aprendido que el nuestro es un trabajo que tiene que ser de todos. Dirigir la cooperativa implica escuchar criterios e ideas de los campesinos, y entre todos llegar a un consenso. Eso te ayuda mucho cuando diriges hombres. A mí me da risa, porque ya ellos no me dicen mi nombre: todo el mundo me llama presidenta.

Otros obstáculos

He tropezado con muchos problemas que hay que vencer. Todavía me tengo que adaptar a la reacción de la gente, cuando voy a hacer gestiones de trabajo y me identifico como presidenta de la cooperativa. Comprendo que no esperan a una mujer jo-

ven, tal vez porque piensan que la gente mayor tiene más experiencia. Te confieso que eso me choca mucho.

Hay cosas que son difíciles para una mujer, como tener que asistir a reuniones después de los horarios de trabajo, que te afectan un poco la vida con los hijos, la casa y la familia. A veces hay que meterse en el campo, para que el tractorista haga mejor su trabajo. O llegar tu sola a un grupo de hombres y exigirles calidad y organización. En ocasiones hay que salir de madrugada de la casa, porque quieres precisar o puntualizar el problema de tal maquinaria, o el que pueda haber en la vaquería, o porque debes dar un recorrido de noche por la cooperativa, para ver si de verdad los guardias cuidan los bienes.

El reto más grande que tengo, como ya dije, es mantener los buenos resultados. Hago lo indecible por cumplirlo y por demostrar, quizás a muchas personas, que las mujeres sí pueden. Nosotras somos, hasta cierto punto, un poco más fuertes y luchadoras que los hombres.

Mañana

Pienso que de aquí a dos o tres años voy a ganar mucho más en experiencia. Cada día aprendes algo nuevo. Quizás cuando pasen los años, pensaré en esta etapa como algo lindo de mi vida. Algo que exigió mucho de mí, y me enseñó a trabajar y dirigir. Me gustaría poder decir que tuve la fortaleza y la valentía de hacerlo.



Griselda Pérez Martín

38 años

Presidenta

CPA «VI Congreso Campesino»

Colón, Matanzas.

He tenido dificultades con las parejas, porque algunos no entienden este trabajo. Pero digo que cuando una se enamora de la labor que realiza, eso es lo primero. Como consuelo, pienso: «Aunque lo quiera mucho, él es una sola persona. Yo represento a muchas más y les soy útil».

Ibis Herrera. Cuarentidós años. Presidenta de la ANAP Municipal en Manicragua. Villa Clara.

Cuando madura el café

A Deira la conocí en Santiago de Cuba. Se había alejado por unos días de su brigada de la CCS «José Martí», en plena cosecha cafetalera, para asistir a una reunión de mujeres campesinas.

~ No me gusta alejarme un segundo de mis granos de café, de mis compañeros de brigada. Durante la zafra, allá en La Ceiba de Vertientes, atiendo una brigada de dieciocho campesinos y campesinas. Siempre me levanto apurada, muy temprano, porque así lo exige el momento. Terminó el desayuno, para que mi hijo chiquito se pueda ir para el preuniversitario y los grandes a trabajar. Después me voy al campo.

Cuando se recoge el grano en mi finca, se reúnen de veinte a veinticinco personas. Además de la brigada, vienen los vecinos a trabajar. Siempre dejo los frijoles puestos en la cocina antes de salir para el campo. En las primeras horas de la mañana recojo un poquito de café y regreso a la casa, porque los campesinos comienzan a exigirme el desayuno. Pongo la leña, hago un atole o cuelo café. Mientras, voy pelando las viandas y pongo a cocinar el arroz en la olla eléctrica. Entonces regreso al campo y reparto la merienda. Luego vuelvo a la casa, para terminar el almuerzo.

A las doce del día llamo a los campesinos, sirvo el almuerzo, friego, dejo mi cocina limpia y me voy de nuevo al campo. Recojo café hasta las tres de la tarde y, a esa hora, vengo a colar café una vez más. Lo reparto y sigo cosechando hasta las seis de la tarde. A veces cae la noche y todavía estamos en el campo. Así, cuando vengo a ver, sin darme cuenta, recojo entre cinco y seis latas.

Cuando trabajamos en la finca de algún otro campesino y no tengo que hacer almuerzo, recojo de nueve a diez latas. A veces más. Cuando el café está en el pico de la maduración, las mujeres hemos llegado a cosechar entre once y doce latas.

¿Y después del trabajo, Deira? ¿Qué haces?

Cuando termino en el campo por la tarde, comienza la batallita en mi casa. Hay que cocinar, limpiar, lavar la ropa para el día siguiente, ponerla a secar. En la madrugada me despierto a plan-

char y así... ese es mi trabajo. También pertenezco a los CDR y las MIT. Me encargo de la cotización y soy secretaria de una delegación de la FMC. Todos me admiran, respetan y buscan, porque me destaco en todo. Si llega una visita, la gente dice: «Vamos para casa de Deira». Y luego: «Necesito que usted le cocine a estas personas que viene hoy a la comunidad». Si es una visita de la ANAP, también me llaman.

¿Cómo llegaste a la cooperativa?

Hace tres años que me asocié a la CCS. No lo hice antes, porque nadie nunca me había hablado de los beneficios del cooperativismo. Un día, Enrique, el presidente de la ANAP Provincial, visitó la cooperativa y conversó con los campesinos sobre el tema. Entonces, al poco tiempo, me incorporé junto con otras amas de casa. Hoy soy una cooperativista que paga su cuota en la Organización y conoce sus derechos.

Deira, cuando una te escucha hablar, tiene la impresión de que el día para ti tiene más de veinticuatro horas. Pero dime, ¿cuán difícil es dirigir una brigada?

Es muy complicado. A veces estoy entretenida recogiendo café y alguien dice: «¿Qué es lo que pasa aquí que no han dado merienda hoy?», o «¿qué pasa que no llegan los sacos?» Entonces salgo corriendo a ver al campesino responsable: «Ven acá, compañero, qué sucede con los sacos, que los recogedores no tienen». Dámelos, que yo se los llevo». Cuando no es una cosa es la otra. Pero yo me ocupo de todo lo que haga falta. Lo mismo recojo café, que calculo la cantidad de latas que se recogieron, que voy luego a informarlo a la Organización.

¿Y dirigir a los hombres y las mujeres?

Dirigir a las mujeres también es un poco duro. Casi todas son madres de niños pequeños y no siempre tienen con quién dejarlos: acá nosotras no tenemos círculos infantiles. Entonces buscamos una solución. Les digo: «Mira, vamos a hacer una cosa. Aquella vecina hoy no recogerá café. Le vamos a dar un jarrito de arroz para que cocine y le dé el almuerzo a tu niña». Así lo hacemos. En mi brigada todos se ayudan.

Los hombres me obedecen y hasta hoy no he tenido problemas. Yo nunca me he sentido cuestionada por ser mujer. Puedo hacer el mismo trabajo que los hombres. Creo que las mujeres tenemos que estar siempre al frente.

Por sus resultados, tu brigada es Vanguardia Nacional. Las mujeres han viajado dos veces a La Habana, invitadas por el presidente de la ANAP Nacional, y los hombres también han participado en eventos en otras provincias. ¿Qué más quisieras lograr?

Los jueves dejo un tiempo para ir a un curso de superación. Quiero alcanzar el doce grado, quiero estudiar y conseguir un trabajo con el Estado, tener un sueldo y no depender de la recogida de café, que dura sólo tres o cuatro meses al año.

Yo siempre me quise superar, pero nunca pude aprovechar las oportunidades. Nací en 1960, casi con el triunfo de la Revolución, pero mi mamá y mi papá se divorciaron cuando tenía nueve años y con esa edad tuve que comenzar a trabajar.

¿Dónde nació esa relación tuya con el café?

Recogí café desde que empecé a caminar, como aquel que dice. Mi mamá me enseñó a andar detrás de ella con un jarrito. Después tuve que buscarme yo misma las cosas, porque todavía no me había casado. Entonces me iba a la granja y sembraba posturas de la planta. Cuando terminé el noveno grado, mi mamá no me dejó seguir los estudios, porque tenía que irme lejos de casa. Tuve que seguir con el café.

Cuéntanos de tu familia.

Soy una campesina, madre de cuatro hijos. No te imaginas la felicidad que me dio el día que una de mis hijas recibió el título de Doctora en Medicina. Y lo satisfecha que me siento por los triunfos de mis otros hijos que, gracias a la Revolución, lograron encaminarse en la vida. Además tengo otros motivos para sentirme orgullosa. Llevo veintiocho años de casada y mi esposo y yo tenemos una familia muy unida.

Cuando apago la grabadora y termina «la entrevista», Deira libera tensión.



Deira Fernández Guilarte

48 años

Ama de casa

CCS «José Martí»

La Ceiba de Vertientes, Maisí, Guantánamo.

nes, me habla del esfuerzo que ha tenido que hacer para dejar la cosecha y venir hasta aquí. Luego, con ojos iluminados por la emoción, me invita a visitar su casa.

Te espero, para que conozcas cómo es la cosa allá, cuando madura el café.

La Marianita de Las Maboas

La madre le dijo a Zenaida:

-Si tú me sigues, te voy a dar el poder para que compres ganado y luches aquí-. El padre había muerto y la familia necesitaba a alguien que se ocupara del campo.

-Yo te sigo- respondió ella.

Dice Zenaida, a quien todo el mundo conoce como Ñaña, que ese día comenzó su lucha por la finca y su familia.

Toda la vida he sido campesina, eso lo heredé de mis padres. Nacimos y crecimos en Las Maboas, un poblado de Majibacoa, uno de los municipios de Las Tunas. Mi familia era muy pobre y mis hermanos y yo trabajamos desde pequeños. Por esa razón no pudimos superarnos en el estudio. Mi papá, con doce hijos que criar, tenía un azadón para cada uno. Nos decía: «Te tocan esos surcos». Y había que ayudarlo.

Mis padres se dedicaban a la siembra de distintos cultivos, aunque también tenían ganado y entregaban carne a la cooperativa. Con ellos aprendí bastante y, lo de ordeñar vacas, eso sí fue con mi mamá. He seguido sus pasos y ahora entrego mil litros de leche mensuales, además de carne y ganado menor. Cada año sueño con superar las producciones y aumentar mi aporte a la cooperativa.

¿Cuántas cosas puedes hacer tú en un día?

A las tres de la mañana ya mi esposo y yo estamos en pie. Hago el café, y nos vamos juntos a ordeñar. Luego atendemos a los puercos y al ganado, para más tarde salir a pastorear. Cuando terminamos, se hace en la finca lo que haga falta: chapear marabú, ver a los ovejos, estar atrás de las gallinas, componer la cerca o vigilar a los puercos.

De regreso a la casa me espera la cocina. Mis trajines terminan más o menos a las nueve de la noche. A esta hora, casi sin fuerzas, me digo: «Bueno, a bañarse y a descansar un poquito». A veces el descanso llega más tarde, sobre todo, cuando tengo que ir a reuniones, o visitar a un campesino. Con todo lo que hago, ¿qué tiempo libre me queda? Lucho por tener algún tiempo

para pasarle la mano a mis seres queridos. A veces, mi hermanita inválida me dice: «Niña, ¿tú no piensas venir hoy a darme un beso y a conversar conmigo?» La verdad es que no puedo atenderla como quisiera. Es difícil coger un tiempo, pero hay que luchar por eso. No todo puede ser trabajo.

¿Qué responsabilidades tienes en la cooperativa?

Hace ocho años me incorporé a la Junta Directiva de la CCS. Ahí estuve varios años como organizadora. La primera vez que me enfrenté a una reunión en el municipio me llevé tremenda sorpresa. Me pregunté: «¿Yo daré para esto?» Me sentía una guajirita de allá atrás, de Las Maboas. Por suerte, resuelvo bien las tareas que me dan.

Hace un tiempo estoy más pendiente de la finca, porque tengo más animales: cuarenticuatro cabezas de ganado. Cuando uno es productor y está al frente del ganado, tiene que atenderlo. Pero si la actual organizadora me necesita, le doy una mano y la ayudo con las finanzas.

¿Cómo te llevas con el resto de los hombres y las mujeres de la cooperativa?

Yo hallo que los hombres son más fáciles, porque nosotras, las mujeres, somos un poquito rectas. Casi siempre que el hombre te habla, te convences, pero con la mujer no es igual. Yo me llevo bien con todos, y cuando faltó a una reunión por algún motivo, los campesinos preguntan: «¿Dónde está la jabá?, ¿qué problema tiene?»

Yo aprendo mucho con los campesinos y prefiero que me alerten, cuando algo me sale mal. Les pido ayuda, que me expliquen cómo puedo mejorar. Es importante tener buenas relaciones con las personas que uno dirige. Esto es algo que compartiría con otras mujeres que se inician en la cooperativa. Cuando un campesino viene a plantear un problema, hay que darle el frente y decirle si está bien o mal lo que está haciendo. Si su trabajo está bien, hay que reconocerlo.

Cuéntanos sobre los momentos más importantes de tu vida, los reconocimientos que te han hecho.

Para hablar sobre momentos importantes de mi vida, no tengo que pensarlo mucho: basta con los logros que tengo en mi finca. Ver que los terneros van aumentando el peso y cambian el pelo es para mí un momento de felicidad. Me gusta más el trabajo con

el ganado, con el que aporto a la cooperativa, al Hogar Materno y al Hospital Pediátrico. Entrego todo lo que pueda. Si se necesita una gallina, la saco hasta de la parcelita que tenemos para la casa. También he hecho mucho carbón para los comedores y, si hace falta para otro lugar, lo hago igual. Eso sin olvidar que si hay que picar marabú, conmigo hay que contar.

Ahora, mi mayor logro es la familia. Tengo cuatro hijos, dos varones y dos hembras. He luchado bastante para criarlos, porque he sido madre y padre a la vez. Siempre dije: «Si tengo cuatro hijos, voy a luchar por ellos para que salgan adelante». Ahora, las niñas estudian y aspiran a carreras universitarias. Los varones, en cambio, están en la finca y les gusta mucho trabajar con el ganado. En eso han seguido mis pasos. Me siento bien con ellos porque he logrado formarlos.

También tengo dos nietecitas que adoro. Además, estoy al frente de mi mamá y de mi hermanita. Ellas me necesitan mucho. Afortunadamente, mi madre y mis hijas me ayudan cantidad. Cada vez que hay una actividad, un trabajo voluntario o alguna tarea de ANAP ahí están ellas a mi lado.

Mi esposo es un hombre maravilloso, llevamos nueve años y no tengo quejas de la relación. Es algo muy diferente en mi vida, nada que ver con mis matrimonios anteriores. El me ayuda en todo. Cuando me propongo hacer algo, me dice: «Dale, que aquí estoy yo para ayudarte».

¿Qué te falta por hacer?

Quiero cumplir las tareas y que todos los que me rodean tengan una vida sana. Sueño con ver mi finca limpia y que los trabajos se hagan bien. Si vuelvo a nacer, seré campesina. Esta vida me gusta, la llevo en la sangre.



Zenaida Elvira Roble Vega

39 años

Cooperativista

CCS «Las Maboas»

Majibacoa, Las Tunas.

Soy una mujer de palo: si me caigo, no me rompo. ¿Sabes por qué no hago más? Porque la vista me falla. Por estas manos ha pasado de todo, hasta trabajos que por ahí dicen son «de hombres», como enyugar bueyes, sembrar, desyerbar... La verdad es que siempre he tenido que ver con el campo. Cuando era pequeña, mi papá me enseñó a trabajar, y después fundé la base campesina y organicé la brigada de Ayuda Mutua en mi zona. Mi esposo y yo estuvimos desde el inicio en la fundación de las cooperativas.

María Dolores Pancho. Noventiún años. Ama de casa. Holguín.

10 y 11

Dos mujeres de Candonguita

Para conversar con Irma e Isabel fuimos hasta Candonguita, un pueblito del municipio Palma Soriano, en una camioneta que daba grandes saltos, frenazos bruscos e interminables rodeos por un camino de tierra. Cuando finalmente llegamos a la CPA «17 de mayo», ahí estaban ellas, rodeadas de hombres y mujeres de la cooperativa.

Vivo para mis hijos y la Revolución

Isabel Garlobo tiene sesentisiete años y quisiera tener salud para disfrutar más de la vida, para luchar y aprender. Para irse al campo con un azadón. Para ayudar a los campesinos y la cooperativa. El trabajo nunca es suficiente para ella. Quiere estar en todo.

Mi vida comenzó aquí, en Candonguita. Mi padre trabajaba para el dueño de una finca y mi familia vivía en condiciones precarias. A los ocho años comencé a trabajar para ayudar a mis padres. Con mis hermanos recogía café, maíz, lo que hiciera falta. Nos íbamos caminando para el trabajo, y a veces regresábamos de madrugada sin comer nada. Ganábamos veinte kilos, pero si había un enfermo, mi papá nos quitaba el dinero para comprar medicinas o para ayudar a otras personas. Años más tarde, trabajé como empleada para una familia adinerada que era conocida en estas tierras como «Los Miranda». Estuve allí varios años ocupándome de las labores domésticas. Pero un día me cansé de ser esclava y escapé.



Isabel Garlobo Martínez

67 años

Jubilada

CPA «17 de Mayo»

Palma Soriano, Santiago de Cuba.

¿Qué significó para ti el triunfo de la Revolución?

Antes a los campesinos no nos atendía ningún médico. Nos acostábamos sin comer. Vivíamos descalzos y sin ropa. No podíamos ir a la escuela. Todo eso cambió cuando Fidel, el de los pobres, se alzó. Ahora somos personas, vivimos mejor. Creo que no hay razones para quejarnos. Yo tenía un rancho de guano y hoy tengo una casa de placa. Gracias a la Revolución también llegué al sexto grado de escolaridad. Yo digo que esta Revolución cambió la vida de los campesinos, y mientras pueda caminar, lucharé por esto.

¿Qué hiciste luego?

Me casé y nacieron mis hijos, una hembra y tres varones. Mi esposo murió muy joven y terminé de educarlos sola. Para eso tuve que lavar, planchar y trabajar muy duro. Pero cuando mis hijos crecieron, me dije que había llegado el momento de integrarme al trabajo de las organizaciones políticas y de masas.

Lo primero fue participar en la fundación de la primera delegación de la FMC de Candongueta. Me eligieron secretaria general del bloque, y esa es una responsabilidad que todavía desempeño.

En tu pecho tienes varias distinciones. Entre ellas, la «23 de Agosto», que entrega la FMC.

Sí. En ese período fundé también una brigada FMC-ANAP de doce mujeres. Eramos muy unidas y nos queríamos mucho. El trabajo era duro. Ayudábamos a los campesinos a aillar caña, sembrar frutas, recoger viandas. Tres veces a la semana nos íbamos a trabajar lejos y regresábamos tarde. Mi brigada fue la mejor de la provincia, y luchamos duramente por mantener ese primer lugar. A mí me estimularon como jefa de brigada con un viaje a La Habana, en el que pude conocer varios lugares históricos. He luchado mucho también por los CDR. En un momento llegué a dirigir catorce comités, y mi zona fue la mejor zona del municipio.

¿Qué momento recuerdas especialmente de tu experiencia al frente de una brigada femenina?

Un día viene un campesino y me dice: «Oiga, Garlobo, vengo a verla. Tengo un yucal allí que no tengo quién lo saque y se me va a echar a perder. Me dicen que usted tiene una brigada especial». Le dije: «No se preocupe, reúna a la junta de los campesinos que voy a ver a las mujeres de mi brigada». Fuimos para allá. Los hombres sacaron las matas, porque para eso hay que hacer más

fuerza, y nosotras trillamos, picamos la tierra, llenamos los sacos. A las dos de la tarde ya habíamos terminado casi todo el yucal.

Ese hombre se fue para su casa, mató un lechón, hirvió yuca, compró ron y después dijo: «La voy a felicitar, porque usted no tiene una brigada de mujeres. Usted lo que tiene son hombres». Nosotras éramos una fuerza de verdad para los campesinos, y todas aquellas mujeres me adoraban.

Isabel es militante del Partido, y en otras épocas también fue corresponsal, miembro de la Junta Directiva de su cooperativa, integrante de la ANAP Municipal. Sus resultados en el sector cooperativo la hicieron acreedora de la distinción «Antero Regalado». Pero aún hay más.

Participé también en la fundación de las Brigadas de Producción y Defensa en la comunidad. Cumplí con las actividades y organicé ejercicios de preparación para la guerra. Escondía a la gente en mi casa y junto con un grupo de compañeras preparaba comida, casabe, dulces. Esa fue la mejor brigada, y por ella me llevaron a Palma y me pusieron la medalla de la defensa. También apoyé de forma sistemática las actividades de la escuela primaria Hermanos Díaz Robert, ubicada en la comunidad.

¿Cuál ha sido la etapa más difícil de tu vida?

Un día comenzaron mis problemas de salud y una comisión médica determinó que debía dejar de trabajar en la CPA. Fue difícil, porque tuve que renunciar al campo.

Isabel inició sus trámites de jubilación, pero al no tener veinticinco años de trabajo, no pudo recibir los beneficios de la Ley de Jubilación vigente.

No pude seguir trabajando y me presenté a Bienestar Social. Allí me están dando una ayudita de ciento cuarenta pesos. Eso me alcanza para mis medicinas, porque mis hijos me compran lo que necesito.

Isabel nos dice con ojos tristes que sufre mucho, porque no puede hacer lo mismo que antes. Pero enseguida se repone. A ella no hay quién «le ponga frenos» ni la gobierne.

Todo el mundo me adora, todos me quieren. Cuando mi papá murió, dije: «Voy a coger el mando de mi papá. Voy a ser humana, a querer, a preocuparme por todo el mundo». Yo soy de las que no pueden ver a los niños y a las personas mayores pasando trabajo. Eso me enferma y me disgusta.

A las cocineras de la cooperativa las felicito el 8 de marzo y les traigo tarjetas, flores. Reconozco su trabajo, el tiempo que pasan frente al fogón cocinando con leña. Igual hago con el médico, la enfermera, los maestros. Ellos me dicen que yo soy la única que hace esas cosas. Imagínense, no podemos olvidarnos de los que luchan todos los días.

¿Y su familia qué dice de eso?

Mis hijos me dicen: «Mami, pero es que tú no puedes con tanta gente». No obstante, ellos saben que es mejor preguntarme qué necesito y dejarme hacer.

Ayer vi el camino malo y llamé al delegado: «Ponte a arreglar eso ahí. Yo cargo piedra también y te ayudo». Llevo años luchando sola, sin nadie que me gobierne. Crié a mis hijos, luché con ellos, pero nunca les puse padrastro. No quiero que nadie me prohíba luchar por esto.

Ahora mismo, con estos ciclones, el delegado me dijo: «Isa, ¿cuántos vas a albergar en tu casa?» Le respondí que mil y pico de personas, todos los que quepan aquí. Si no cabemos todos acostados, pues nos ponemos de pie *(sonríe)*.

¿Cuáles son los momentos más emocionantes de su vida?

El día que tuve a Fidel muy cerca, en la inauguración del Poligráfico de Palma. Las veces que me han colocado una medalla en el pecho. Cuando me seleccionaron Vanguardia por los CDR y me estimularon con un televisor. Un día se aparece a un carro con un televisor a colores. Cuando la gente del barrio vio aquello, se llenó mi casa. Me aplaudían. Aquello fue una invasión. Tuve que comprar una botella de ron y hacer un brindis.

Ahí tengo mi televisor. Eso para mí es otra medalla.

Mi CPA es todo para mí

Un día, mi esposo, que se había ido a trabajar a La Habana, murió de forma repentina. Me quedé sola, con cuatro niños pequeños. Recuerdo que me llamaron de la capital para ir con mis hijos a resolver los trámites de la pensión, pero no tenía dinero para el viaje. Entonces decidí trabajar en Cultivos Varios, recoger frutas, limpiar, hacer cualquier cosa. Así estuve durante cinco años, hasta que mi madre decidió incorporar las tierras de la familia a la CPA e ingresar a la cooperativa.

Irma nació en La Caoba, Guantánamo, en la provincia más oriental de Cuba. Pero el amor que siente por Candonguita y los años dedicados al trabajo en esta tierra, dice, la hacen muy santiaguera, muy anapista y muy revolucionaria.

Me llamo Revolución. A mí la Revolución me impulsa, porque vivo por ella. Soy revolucionaria de pura cepa, de corazón, de alma, de vida. La Revolución me ha ayudado a no fracasar en la vida. A pesar de la pobreza que he tenido, logré trabajar, criar a mis hijos y que estos fueran a la escuela. Tengo televisor, lavadora, ventilador. Mi casa es de piso completa, una casa grande de placa de tres cuartos. Con este color de piel que tengo, qué gobierno me iba a dar una casa así. Sólo el Comandante y esta Revolución, que es una sola.

¿Y la cooperativa?, ¿qué es para ti?

No hay sueño ni cosa más grande para mí que la CPA «17 de mayo». Aquí comencé como obrera agrícola, y aquí he vivido los momentos más importantes de mi vida. Trabajé veinticinco años y nueve meses como cooperativista, hasta que me jubilé.

Gracias a mi esfuerzo y sacrificio logré buenos resultados, recibí varios estímulos, entre ellos el primer televisor que llegó a la cooperativa. Fui jefa de brigada, de finca y, más tarde, de lote. Durante ocho años dirigí a cincuentitrés hombres, con el apoyo de dos mujeres: la cocinera y la económica. Los jefes éramos las mujeres. Me fue muy bien: entregábamos cincuenticuatro toneladas de caña por hectárea.

Estoy muy motivada con el trabajo de la CPA. Creo que lo más grande que la Revolución ha dado a la mujer es un trabajo en el que una se pueda sentir cubana y revolucionaria. Trabajar es lo más lindo que hay. Puedo trabajar para la CPA de noche, de día, de madrugada.



Irma Castillo Vargas

56 años

Jubilada. Integrante del Comité Gestor del Proyecto de Género CPA «17 de Mayo» Palma Soriano, Santiago de Cuba.

da y no me siento cansada. Quisiera tener ahora veinte años para seguir haciendo historia, para vivir y hacer cosas bien hechas. Siempre le he dicho a mis hijos que para mí lo más grande son ellos, la Revolución y mi CPA. Por eso vivo y ando, en eso pienso y sueño. Creo que ni echándome tierra arriba me olvido de que soy cooperativista y revolucionaria.

En la actualidad, Irma forma parte del equipo que coordina el Proyecto de Género. Participa en trabajos voluntarios y está dispuesta a compartir su experiencia con los más jóvenes.

Cuando una dirige, y dirige bien, puede sentir el amor y el cariño de los demás. El dirigente debe ser muy humano y debe ayudar a los demás. Me hice respetar, me hice sentir. Los hombres aprenden a respetarte y una aprende a respetarse a sí misma. Yo me iba al campo y ayudaba a todos los rezagados. Si alguno tenía un problema o se enfermaba en el campo, asumía su norma y le pagaba su dinero. El dirigente que necesita la Revolución es aquel que sea capaz de guiar y de echar el país adelante.

¿Quién te enseñó a ser así?

Trabajé con el que era presidente de la CPA. El me enseñó a dirigir, y puedo decir que aprendí perfectamente. Yo tengo mal genio, y una vez él me dijo en su oficina: «El dirigente no puede tener genio, ¿sabes por qué? Porque tú no te puedes fajar con los campesinos. Si no pones de tu parte, no vas a ser buen dirigente nunca». Me guíé por él, dirigí ocho años y nunca tuve problemas. Los hombres de mi brigada eran modelos, nos hacían regalos, celebraban el 8 de marzo, nos traían flores, ponían música, nos invitaban a bailar y hacían la comida. De ellos no me puedo quejar.

¿No hay ninguna anécdota negativa?

Sólo recuerdo una muy amarga. En la brigada había un cooperativista que le gustaba ganarse el dinero, pero hacía muy mal su trabajo. Lo puse a trabajar normado. Un día veo que el trabajo estaba mal hecho y le digo: «Esto no tiene dinero, porque está mal hecho. No pago lo mal hecho». Me respondió que él sí iba a cobrar. Le expliqué: «Mi amor, esto no tiene dinero porque está mal hecho». El tiró el sombrero. Entonces le dije: «A mí me gusta que los compañeros me respeten. Si tiras el sombrero es por no darme un golpe, pero si te atreves, puedes darme el golpe». Me dijo: «Jefa, no lo hice por eso. Cuando uno se incomoda, más

vale hacer eso antes de cometer un error. Discúlpeme». Eso me llegó al alma, porque era un compañero que no había estudiado. Le expliqué la importancia de saber conversar. Y le aclaré que era su jefa, por tanto, la que mandaba y pagaba. Si quería cobrar, tenía que hacer un buen trabajo. Me dijo: «Jefa hasta hoy estoy chapuceando. Voy a repasar». El repasó su trabajo y quedamos en paz.

¿Qué crees tú de las mujeres líderes?

Cuando la mujer trabaja y dirige, se siente mejor, se fortalece. Es capaz de combatir los problemas con mayor rapidez, valor y deseos.

Después encontré un hombre maravilloso con el que tuve un hijo. Me ayudó en la crianza de todos y se lo agradezco, pero trabajé muy duro. Sinceramente, fue la Revolución la que me dio la oportunidad de trabajar y dirigir. Antes, las mujeres dependíamos de que otros nos dieran lo necesario. Hoy podemos salir y decidir.

Irma, tú has sido Vanguardia Nacional en dos ocasiones, recibiste la distinción «Antero Regalado». También has dirigido los CDR y la FMC. ¿Cuál es el mayor premio de tu vida?

Ver crecer a mis hijos. Siempre les he transmitido que la Revolución es todo para nosotros. Somos una familia humilde, que sólo servimos para trabajar.

¿Qué sueños quedan por cumplir?

Seguir ayudando a mi CPA como pueda, eso para mí es sagrado. Participar en el proyecto de género, que me ayuda a mirar mi historia con otros ojos y me da voluntad y deseos de seguir. También que mi CPA avance, que sea vanguardia, que la aplaudan. Y por último, ayudar a la Revolución en todo lo que pueda. Como si hay que tirar tiros, como si tengo que dar la sangre que corre por mis venas. Con la edad que tengo todavía peleo hasta con las uñas.

La guajira de las anécdotas

Antes del triunfo de la Revolución, mi abuelo murió de una crisis de asma, mientras cortaba caña para un central. Para asumir la responsabilidad de criar a sus hermanos, papá le siguió los pasos en el trabajo. Así pues, soy hija de campesinos. Nací en un barrio que le dicen el Estante, en Unión de Reyes, y soy la mayor de cuatro hermanas.

Recuerdo que mi padre, con ese rezago machista que le hacía ansiar el varón que nunca tuvo, nos hizo unas guataquitas para que chapeáramos. Para él era un orgullo llevarnos a trabajar al campo.

Donde vivíamos no había electricidad. No me avergüenzo si digo que hasta que tuve diez años nos alumbramos con unas lamparitas rústicas que se conocen como «chismosas». La escuela nos quedaba a más de un kilómetro, y recuerdo que papá nos llevaba a las cuatro juntas en su caballo blanco. ¡Yo iba casi debajo del animal! Cuando ya casi llegábamos, él se bajaba para seguir a pie, porque el caballo se había cansado.

Mi vida dio muchas vueltas y, desde hace varios años, trabajo en la ciudad de Matanzas. Allí también vivo, gracias a que me entregaron un apartamento por mi desempeño como cuadro. Ahora mis compañeros me saludan diciendo: «¿Y qué, guajira?»

La mujer que no querían en la cooperativa

Me gradué como ingeniera agrónoma y me mandaron a hacer el servicio social a Los Caminos de San Luis, en Santiago de Cuba. Allí estuve muy poco tiempo, pues logré que me trasladaran a mi provincia. Envuelta en lágrimas llegué a ese lugar y envuelta en lágrimas me fui. La familia que me acogió me quiso mucho. Nunca más los he vuelto a ver.

Luego comencé en la cooperativa cañera «13 de Marzo». El presidente en aquel entonces no me quería aceptar, sobre todo porque era mujer. Imagínate, una delgadita de veintitrés años vinculada directamente al campo. El había tenido una experiencia anterior con otra muchacha, también agrónoma, que no comprendía en aquellos momentos la costumbre de la cooperativa

de intercalar otros cultivos dentro de la caña. Ese antecedente tampoco me favorecía. El director del CAI le dijo al presidente que era su institución la que me pagaba y que tenía que concluir mi servicio social en la cooperativa.

Como sabía que no era bien vista, me esforcé en demostrar que las mujeres sí podemos. Hice todos los trabajos duros que aparecían: me sumé al grupo de fertilización, iba a quemar caña en la noche. Estuve al frente de tres brigadas de macheteros y de diecisiete tractores que preparaban tierras para cultivar. Cuando terminaba la zafra, encabezaba la brigada de siembra de caña.

Ahora le digo al entonces presidente: «Me diste las tareas fuertes para que me fuera, pero no lo lograste». El llegó a convertirse, poco a poco, y aún lo es, en mi padre. Recuerdo que tenía una yegüita que yo usaba todos los días para moverme en la cooperativa. Un día me dijo: «Chica, te la voy a regalar, porque tú la usas más que yo».

Cuando terminé el servicio social, el director del CAI, al ver mi trayectoria de trabajo, me quiso llevar para el central de jefa del autoconsumo. El presidente que no me había querido le dijo: «Si te la llevas, me tienes que llevar a mí, porque ella se ha convertido en mi brazo derecho». Me quedé. Había ocupado mi espacio en la cooperativa.

En 1992 fui seleccionada secretaria de la organización de base y secretaria del Comité de Base de la UJC. No podía tener dos responsabilidades políticas en la cooperativa, pero no me liberaron de ninguna de las dos. Soy muy dinámica, no sólo me centraba en la parte productiva, sino que hacía un cabaret para que los cooperativistas ocuparan sus noches, u organizaba un viaje a la playa. En ese período fui delegada al 8vo. Congreso de la ANAP y me seleccionaron reserva de cuadros del Partido.

Llegué incluso a ser jefa de producción en la cooperativa. Te voy a contar una anécdota. Una vez iba para la vaquería en un tractor y siento a un perrito en el campo de caña. Le pedí al operador que parara, y cuando me bajé, encontré a un hombre robándole gallinas a un campesino. Me inventó que el perrito se le había escapado y le dije: «¡Qué animal tan inteligente que logra meter gallinas en un saco!» Lo llevé para casa del guajiro que, como era un tipo grande, le cogió miedo y terminaron arreglando las cosas. Me asombré, porque yo no tuve temor.

Una pausa en el trabajo

Deseaba mucho ser madre y mi trabajo nunca fue un obstáculo, pero padecí varios problemas de salud que complicaron ese proceso. Finalmente, a los treinta y cinco años, tuve a mi hija. Nació el 23 de agosto, el día de la Federación de Mujeres Cubanas. Estuve un año disfrutando la licencia de maternidad.

La incorporación, por todo lo alto

Recuerdo que en una oportunidad visitó la cooperativa la compañera Teresita, que era miembro del Buró Provincial en aquel momento. Me dijo: «Maritza, tú estás estancada aquí. Puedes ser más útil. La Revolución te necesita en otra parte». Cuando me reincorporé al trabajo en el 2000, me propusieron cubrir la licencia de maternidad de la miembro del Buró que atendía Organización en Unión de Reyes. Lo asumí. Después, en una actividad, el presidente de la provincia me saluda diciéndome: «Futura presidenta del municipio Matanzas». Pensé: «¡Este hombre está loco! ¿Cómo yo voy a ocupar esa responsabilidad tan grande?» Una se ve con modestia, pero siempre hay alguien que te ve más allá.

Ya llevo ocho años como presidenta. Mi hija tenía un añito cuando acepté esta tarea. Siempre anda conmigo en todos los trajines y yo digo en jarana que es mi reserva de cuadro, porque ahorita sabe más de la ANAP que yo. Eso es importante, conocer la vida, las costumbres, el lenguaje de los campesinos. Donde quiera que me paro, es un orgullo ser guajira en esta Revolución.

A veces tengo que pelear un poquito, pero siempre digo que es necesario una de cal y otra de canto. También me gusta bailar y pasarla bien.

Llevo veinte años trabajando en la ANAP y no me veo en otra parte. Esta Organización tiene un bichito que cuando se te cuela en la sangre, resulta muy difícil despojarte de él.

He tenido el apoyo de vecinos y amistades, que son la familia cercana. Mis padres y mis hermanas viven lejos. El papá de mi hija trabajaba en la cooperativa y me ayudó mucho cuando me dieron la honrosa misión de ser presidenta. Mantuvimos una relación estable que terminó hace dos años. Ahora estoy divorciada. ¿Es eso característico en la mujer dirigente?

Logros y sueños

Cuando tú trabajas y obtienes resultados, te sientes satisfecha. Para mí fue importante ganar aceptación en la cooperativa. Cuan-

do comencé a trabajar allí, el rendimiento cañero estaba muy por debajo. Nosotros, con el trabajo constante y sistemático, lo-gramos incrementarlo. Merecer la confianza del Partido y de la ANAP ha sido un logro en mi vida.

Gozo de la confianza de los campesinos y percibo que me tienen afecto. Para mí, eso es suficiente. No ha sido fácil el camino, pero no tengo frustraciones. Yo digo que cuando voy a echar una pelea es para ganarla, de lo contrario, no hago nada.

Pienso que uno tiene que expresar lo que siente. Yo represento a los campesinos y no tengo temor de hablar con quien sea necesario para canalizar sus problemas e inquietudes. Hay que hacerlo con fortaleza, moral, prestigio y seguridad. Cuando me siento en un buró a trabajar, pienso: «Ahora no soy Maritza, hay trescientos veintitrés campesinos que son los que están hablando».

Te voy a hacer un cuento. Un día llegó un muchacho a mi oficina buscando el consejo de un veterinario. Me dijo: «Necesito que me ayuden, aunque sea una mujer». Le dije: «¿Estás claro de lo que dices? Mira para allá atrás», y le señalé una frase de Martí que tengo puesta en la pared: «Son débiles las campañas de los hombres cuando en ellas no se alista el corazón de una mujer». Me pidió disculpas.

Quisiera ser siempre útil a la ANAP y aspiro a hacer el Doctorado en Agronomía. Aunque siempre digo que no me pondré vieja, porque nací un cuatro de abril, Día de la UJC y los Pioneros. No obstante, quisiera tener vida para conocer a mis nietos.



Maritza Navarro Zamora

45 años

Presidenta de la ANAP

Municipio Matanzas,

Matanzas.

He tenido la suerte de que la gente me aclame y busque. Me he ganado su respeto. A los anapistas los defiendo a sangre y fuego. Siempre estoy atenta. Hay gente que me dice: «¿No tienes miedo de descubrir un ladrón en una finca y que te agreda?», pero yo no siento temor. Al contrario, me siento satisfecha, porque no lo dejaría cometer ese error.

María Mirta Martínez. Setentidós años. Cooperativista de la CCS «Nico López», Ciudad de La Habana.

Estoy comprometida con mi Organización

Mi hija de veinticuatro años me dice: «Mami, para ti lo primero es el trabajo». Y es cierto, trabajar para la ANAP es lo más importante para mí.

¿Cómo llegué a la Organización?

Yo vivía con mi abuelo y mi niña pequeña en una CPA ubicada en el barrio Santa Cruz, en el municipio Báguano. Aunque no era cooperativista, participaba activamente en las actividades que allí se hacían. Entonces, en 1989, el presidente de la ANAP Municipal me captó como instructora de la Organización en ese territorio. Así fue como comencé estos veinte años de trabajo que ya acumulo en el sector cooperativo y campesino.

Llegué con mucho entusiasmo, con deseos de aportar y hacer bien las cosas, pero al mes de estar trabajando me accidenté. No tuve más remedio que hacer reposo. Fue una etapa muy difícil aquella, porque coincidió con la muerte de mi abuelo. Mi hija tenía cuatro años y tuve la suerte de que la esposa de mi papá y mis vecinos me ayudaran muchísimo.

En ese tiempo no paré de trabajar. Desde mi casa pensaba y hacía cosas que no implicasen mucho movimiento. Un año después, me volví a incorporar. Regresé al trabajo con el mismo entusiasmo. Atendí las cooperativas de la zona y me acerqué un poco más a las labores del campesinado. Son personas muy nobles, sinceras y transparentes. Llegaba a sus casas, les preguntaba por la familia y me interesaba por sus problemas. Si los encontraba en el campo, cogía el azadón, trabajaba con ellos un rato y después nos sentábamos debajo de los árboles a conversar de trabajo. De esa forma me fui ganando a los cooperativistas.

Durante los seis años que estuve en esa labor, mis resultados fueron positivos. Recuerdo esa etapa de mi vida con mucha añoranza. En la zona había un equipo integrado por el presidente del Consejo Popular, los delegados de las circunscripciones, la instructora de la Federación, el representante de los CDR y la Juventud, y por mí, que representaba a la ANAP. La población cooperaba mucho y se organizaron numerosas actividades, entre ellas

los desfiles municipales por el Primero de Mayo y los carnavales infantiles.

En aquella época, me seleccionaron miembro no profesional del Buró Provincial de la Organización. Después, en 1996, fui para La Habana a estudiar en la Escuela Nacional de Cuadros de la ANAP.

En ese momento choqué, por un lado, con la urgencia de responder a un llamado de la Organización y, por el otro, con la necesidad de ajustar mi vida familiar. Iba a estar alejada de la casa cinco meses y medio. Lo pensé un poco y me dije: «Tengo que seguir adelante». Llamé a mi mamá, que vive en San Germán y, como siempre, encontré su apoyo y el de mi hermana: «No te preocupes, trae a la niña y aquí estudia su quinto grado», me dijeron. El padre de mi hija también entendió mi decisión.

¿Qué sucedió cuando regresé de la Habana?

Me propusieron trabajar como funcionaria de Organización en la ANAP Provincial. Empecé a viajar todos los días del municipio Santa Cruz a la cabecera provincial. Salía bien temprano de mi casa y regresaba de noche. El costo de ese trabajo fue enorme, sobre todo para mi hija. En esa etapa me divorcié de su papá y para los tres fue duro sobreponernos a esa realidad.

Mi vecina, que era como de la familia, me cuidaba a la niña. Me pasaba hasta dos y tres días sin verla, porque cuando llegaba a la casa, ya se había dormido. Ahora, si recuerdo aquellas escenas, es inevitable que me ponga un poco llorosa.

Pasaron muchos años antes de que comprendiera lo importante que es dejar un tiempo para la familia. Tal vez debí planificar mejor mi trabajo y hacer un mayor esfuerzo.

¿Cómo era mi trabajo?

Era muy fuerte, y creo que lo sentía más pesado porque tenía que viajar todos los días. Por eso decidí mudarme para la ciudad de Holguín. Ahí empezó otra etapa difícil, pues tenía que conseguir una vivienda para mí y para mi hija. Estuvimos dos años entre préstamos de casas y alquileres.

Entonces, llegó la ayuda de Benjamín, el presidente de la ANAP Provincial en aquel momento. El contribuyó mucho a que se resolviera mi problema. Me dieron un terreno y algunos recursos para que construyera mi casa. Hicimos un esfuerzo grande: primero levantamos una parte, después la otra y ya hoy tenemos la casa.

Más tarde, se reestructuró el trabajo de la ANAP y me inicié como funcionaria de la Esfera Ideológica. Mi función fundamental era atender las relaciones con los organismos y las organizaciones de masas: la Federación, la Juventud, los CDR, la Comisión Provincial de Prevención y Atención Social, el INDER, Cultura... Logramos muy buenas conexiones y organizamos distintas actividades, entre ellas, las Jornadas Cucalambeanas, los campeonatos de pelota, dominó y pesca. Me sentía realizada, porque todo eso tenía mucho que ver con mi carácter, que es bastante activo.

En el año 2003, se decide realizar un diagnóstico en la provincia para conocer las causas de la baja incorporación de las mujeres a la Organización. Se seleccionaron tres cooperativas en cada municipio y, a partir de los resultados, se formuló el proyecto «Fortalecimiento institucional de la ANAP con perspectiva de género en la provincia de Holguín».

Yo no tenía experiencia en la gestión de proyectos. Tuve mis dudas, cuando me propusieron asumir la tarea, pero luego, al ver las características del trabajo, terminé por enamorarme del proyecto.

En esa etapa tuve una experiencia muy positiva que me demostró que una debe luchar por lo que quiere. El Buró Nacional de la ANAP valoró mi liberación de la responsabilidad anterior y, en un primer momento, dijo que no. Las razones eran mi condición de cuadro y que pensaban promoverme. Entonces aproveché una visita de Lugo, el presidente nacional, a la provincia, y conversé con él. Le dije que para mí era un orgullo que el Buró tuviera esas perspectivas conmigo, pero que en el nuevo puesto de trabajo yo iba a aportar mucho más a la organización. La provincia dejaría de tener a una mujer cuadro, pero, a cambio, ganaría la incorporación de muchas mujeres al sector.

El entendió, y para mí fue una muestra más del apoyo que recibo de la ANAP. El acuerdo fue revocado y aprobaron mi liberación.

¿Qué me ha aportado la coordinación de los proyectos de género?

Lo más importante es que he crecido como persona. Tuve la oportunidad de participar en dos cursos que se desarrollaron acá en la provincia. Uno trató el tema de género y el otro la profundización cultural y el trabajo comunitario.

Empezamos a trabajar con un equipo en una cooperativa de cada municipio. Encontramos lugares en los que el machismo estaba muy arraigado. Cuando hablábamos de género, la gente se erizaba. Imagínate, nos cuestionamos cosas que eran normales para todo el mundo.

Tuvimos que enfocar bien nuestras intervenciones y tener mucho tacto. Después vimos los resultados. Quisimos dar un taller con treinta personas y llegaban cincuenta y sesenta; aquello se llenaba de mujeres y hombres. No teníamos condiciones en las comunidades para los talleres, y nos íbamos a la carretera, a cualquier lugar, con tal de realizar las actividades.

Con esa experiencia se demostró que con pocos recursos se pueden hacer muchas cosas. Sólo hacen falta la voluntad y los deseos de trabajar.

Coordinar esta actividad ha sido un reto para mí. No es fácil llevar la capacitación, la parte metodológica y la ejecución financiera de un proyecto. ¡Hasta de economía he tenido que aprender!

¿Qué hago ahora?

Coordino varios proyectos, entre ellos, uno de género en la comunidad de Cañadón. Ahí tenemos muchísimos avances y ya se ve una participación más activa de las mujeres en la ANAP y en las actividades comunitarias.

También soy miembro de la Comisión Nacional de Género y comparto mis experiencias en la facilitación de talleres aquí y en el resto de las provincias orientales que participan en el proyecto.

Creo que de alguna manera he cumplido mi compromiso con Lugo. En Holguín se registra un aumento de las mujeres cuadros: por primera vez la provincia llegó a la cifra de veinte. Y en todas

las cooperativas tenemos una activista de género.



Irma Paula Rodríguez Alonso

43 años

Coordinadora de Proyectos

ANAP Provincial

Holguín.

¿Momentos importantes en mi vida?

He tenido muchos. El más importante fue el día que tuve a mi hija, eso fue muy grande para mí. Los otros tienen que ver con mi liderazgo en distintas organizaciones y la ANAP. Recuerdo mi participación en el IV Congreso de la UJC. Tenía diecisiete años y por primera vez pude ver a Fidel de cerca. También recuerdo de manera muy especial los momentos en que fui delegada al V Congreso de la Federación y al VIII Congreso de la ANAP.

En el 2005, representé al sector en el Congreso de la Coordinadora Latinoamérica de Organizaciones Campesinas (CLOC), que tuvo lugar en Guatemala. Fueron quince días inolvidables. Allí mi participación fue muy activa. Leí una declaración de la ANAP a favor de la liberación de los cinco héroes y la declaración de la Asamblea de Mujeres, realizada antes del Congreso. En el 2008, participé en un intercambio sobre proyectos de género, organizado por Oxfam-Canadá en Nicaragua.

¿Personas claves en mi vida?

La mayor parte de mis años la he pasado lejos de mi familia, principalmente de mis tres hermanos y mi madre. Sin embargo, siempre he contado con su apoyo, y si he llegado hasta aquí, ha sido por ellos. Mi vecina Alba no puede faltar, ella es mi segunda madre, siempre está cerca de mí.

Sobre mi formación profesional, tengo mucho que agradecer. Hay nombres que ahora vienen a mi mente, todos de mujer: Yoli, Zulema, María Isabel, Carmen Nora, María, Deysi y María Antonia.

¿Cuáles son mis metas personales y laborales?

Este año quiero terminar la Licenciatura en Derecho. En este momento preparo la tesis. Y en el trabajo pienso seguir dándolo todo, como siempre.

Una heroína de los campos tuneros

Siempre he sido campesina. Eso es lo primero que tengo que decir de mi vida.

Nací hace ochenticinco años, en un lugar que se llama Las Arenas, en Majibacoa. Mis padres eran campesinos y formaron una familia de nueve hijos. Desde los siete años aprendí a hacer de todo: montaba caballos, ordeñaba vacas y sembraba lo que hiciera falta. Lo que más me gustaba era irme para el campo y ayudar a mi padre.

Tendría alrededor de ocho años cuando empecé a cocinar. Recuerdo que el almuerzo de mi papá a veces me quedaba salado, y otras sin sal. Me montaba en el caballo y salía a llevarle la comida hasta un lugar que estaba muy lejos de la casa.

Cuando fui más grandecita, mi mamá nos pasó la cocina a mi hermana y a mí, pero papá le decía: «Deja que Turín se vaya conmigo para el campo». Así me llamaba él.

Me casé cuando cumplí veinte años. Mi esposo era más campesino que yo. Él era hijo de Sabino Pupo, un líder de los campos cubanos. Tuvimos tres hijos, dos hembras y un varón. Vivíamos el uno para el otro. Siempre fuimos muy revolucionarios y cumplíamos cualquier tarea.

Una vez, me fui dos meses para Pinares de Mayarí y él se quedó con los niños. Cuando a él le tocaba irse, me quedaba yo con los muchachos. Si necesitaba ayuda en el campo, yo iba con mis niños, los sentaba en el surco y me ponía a trabajar junto a él. Tenía que ser así, porque la vida era muy difícil. Un quintal de plátano costaba veinticinco centavos y por un saco grande de maní pagaban un peso con ochenta centavos. Yo se lo cuento a mis nietos para que sepan todo lo que trabajamos y los sacrificios que hicimos para subsistir.

¿Cómo llegó Turín a la ANAP?

Cuando se fundó la ANAP, mi esposo era miembro de la base campesina que había allá, llamada Frank País. Él murió muy joven, con cincuenticuatro años, y yo me quedé con el compromiso de luchar por esta Revolución. Tres años más tarde, en 1979, la

ANAP me dio la tarea de convocar a los campesinos de la zona para organizar una cooperativa. Enseguida logré reunirlos y fundamos la CPA «Sabino Pupo»; ese nombre se lo puse yo. Durante muchos años fui miembro de su Junta Directiva y del Comité Municipal de la ANAP.

En ese tiempo comencé a trabajar en la caña. Mis hijos se habían casado, y yo vivía sola en mi bohío. Un día de esos en que la tristeza te vence, llega uno de mis sobrinos y me pregunta: «Tía, ¿quieres ir conmigo a picar caña?» Como yo era una campesina dispuesta, no lo pensé dos veces y me fui con él.

Cuando la zafra tenía atraso, trabajaba los domingos, los días de lluvia y de frío. Me levantaba a las tres de la mañana para atender a mis animalitos y adelantar las cosas de la casa. Después salía solita y me montaba en un tractor para llegar al campo. Eso, día tras día. Con mi trabajo me gané un refrigerador y otros estímulos; todos se los di a mis hijos. Diez años estuve en la zafra, y en 1984 me hicieron Heroína del Trabajo.

¿Y cómo aprendió a picar caña?

Una vez fui a ayudar a un machetero de la zona. El me dijo: «Usted coja dos surcos, que yo me quedo con estos cuatros». No paramos de trabajar hasta la una de la tarde, cuando su esposa fue a llevarnos el almuerzo. Al otro día el machetero fue a mi casa y le dijo a mi esposo: «Oye, Juan, la mujer tuya picó cuatrocientas sesenticuatro arrobas de cañas desde la mañanita hasta la una de la tarde. ¿Qué te parece?». Así fue como aprendí a picar caña y quiero decirles que me encanta.

Organicé una brigada de veinticinco mujeres para trabajar en la zafra de forma voluntaria. Las ponía a recoger caña y yo me quedaba para picarla. Con el tiempo todo eso cambió, y la caña se tiraba entera en la picadora.

¿Cómo formó esa brigada de mujeres?

Desde que se fundó la Federación, atendí el bloque de esa zona. También me ocupé del trabajo de los CDR. Soy militante del Partido y fundadora de la Defensa Civil. Fui de todo..., menos de la Juventud, porque no tenía edad para ello.

Como estaba en todas las organizaciones, conocí a mucha gente y empecé a movilizar a las mujeres. Les avisaba con tiempo el día, el lugar de la movilización y en qué transporte nos trasladaríamos. Todas me querían mucho y me ayudaban. Yo tenía unas

libretas con sus datos bien organizaditos. Apuntaba quiénes iban a trabajar y la frecuencia con que lo hacían. En aquellos años, las que alcanzaban mejores resultados se ganaban máquinas de coser, ollas de presión y otras cosas. Muchas querían ese premio y se esforzaban para merecerlo.

¿Y cómo era su relación con los hombres de la cooperativa?

Antes de formar mi brigada, yo era la única mujer en un grupo de cuarenta y pico de hombres. Ellos me aceptaban y me daban una mano con el trabajo. Los respetaba, y de esa forma me ganaba su respeto.

¿Cuándo dejó de trabajar?

Hace sólo un año, porque perdí mucha visión; de lo contrario, todavía estaría ahí: en el campo. Me jubilé a los sesenta años y, aunque no podía trabajar con la misma intensidad, desyerbaba, picaba caña y recogía tomate y viandas... Así estuve hasta el año 1997, cuando me rompí la cadera y pasé seis meses en una silla de ruedas. Desde entonces, me fallan los pies y no he podido picar más caña, pero seguí haciendo algunas cositas. Ahora mis hijos no me dejan trabajar. Eso sí, no me pueden quitar los deseos de hacer, porque yo no he dejado de ser campesina.

¿Qué puede decirnos sobre los momentos importantes de su vida?

En todos estos años he pensado mucho en mi esposo, y sé que estaría feliz si viera el trabajo que he hecho y los reconocimientos que me he ganado. El día que Fidel me condecoró como Heroína del Trabajo, sentí una emoción muy grande. Después han llegado otras medallas, entre ellas, la «Ana Betancourt», la de la ANAP y la de los CDR. Tengo guardado un cofrecito con diecisiete medallas.

Hace algunos años, participé en un concurso de historia, con una ponen-



Ediltrudis Labrada Rodríguez

85 años,

Jubilada

CPA «Sabino Pupo»

Majibacoa, Las Tunas.

cia sobre Antonio Maceo, que preparé con otro compañero. Me esmeré en hacer mi parte del trabajo, aunque no tenía muchas esperanzas de ganar, porque conocía mis limitaciones: sólo había llegado hasta el sexto grado. Para mi sorpresa, el trabajo obtuvo premio en el municipio y después en la provincia. En La Habana nos tumbaron el primer lugar, pero yo quedé satisfecha con lo que había logrado.

¿Quiere agregar algo?

Sí, quiero decir que mi mayor alegría es tener una familia: tres hijos, ocho nietos y nueve biznietos. Mis dos hijas son muy emprendedoras y el varón siguió mis pasos, hoy es un campesino vanguardia.

Cuando empecé en la cooperativa, trabajaba en el campo sembrando caña. Como me gusta mucho cocinar, estuve luego veinte años laborando en la cocina. Fui organizadora de la Federación y delegada del Poder Popular en nuestra circunscripción, durante tres mandatos. Siempre junto a mi esposo, que es Héroe del Trabajo de la República de Cuba.

Isabel de la Paz. Setentiocho años. Jubilada en la CPA «Ignacio Agramonte», Ciego de Avila.

Elogio a la responsabilidad de una luchadora

María es una campesina que no ha parado de luchar en toda su vida. Cuando conversamos, sus primeras palabras fueron las siguientes:

Cuando una es hija de campesinos y se cría en la tierra, entre los animales y los cultivos, es como si todo eso se llevara en la sangre.

¿Cómo fue tu niñez?

Mi papá era muy exigente con el trabajo y las responsabilidades de cada uno de sus diecinueve hijos. Todos trabajábamos en el campo, y recuerdo que mi hermana Jimagua y yo, que éramos las menores, teníamos que ir derecho a la finca después de la escuela, para atender el semillero, los cochinos, las gallinas y los guanajos.

María nos cuenta que después de terminar sus estudios de preuniversitario, decidió trabajar de inmediato en una empresa de Cultivos Varios. Sus padres estaban viejos y alguien tenía que sostener económicamente a la familia. Pero poco tiempo después vino la pérdida de un hermano, del propio padre, y entonces tomó la decisión de consagrarse por entero a sus personas más queridas.

Durante varios años cuidé a mi mamá y, a veces, a mis sobrinos, para que una de mis hermanas se pudiera ir a instalar sistemas de riego en la provincia. Pero en todo ese tiempo no me alejé de la gente y la sociedad.

Fui costurera por encargo para ayudar a la economía familiar; participé activamente en una Brigada de Producción y Defensa; milité en la Unión de Jóvenes Comunistas y, más tarde, ingresé al Partido, como resultado de mi destacada participación en todas las tareas.

¿Qué heredaron tus hijos de ese sacrificio tuyo?

A veces pienso que debí educar a mis hijos como mi padre nos educó a nosotros. No obstante, algo sí tienen ellos de mí: no les gusta que los regañen. Yo les enseñé eso. Me gusta cumplir y hacer lo que está establecido. Ellos son muy buenos. Mi hija estudia el décimo grado en un Tecnológico. En estos momentos es la

vicepresidenta de la FEEM municipal e imparte clases de Literatura en onceno grado. El niño estudia en una ESBE y es muy inteligente y disciplinado.

¿Cómo fue tu camino hasta la ANAP?

Me casé en 1991. Mi esposo era dueño de tierras y me asocié a la ANAP en su finca, para integrarme de alguna forma al trabajo. Lo ayudaba en la casa. Desgranaba ajo y maíz para sembrar. Mi entrada a la CCS coincidió con la organización allí de un núcleo del Partido. Ingresé y enseguida ofrecí mis criterios sobre el trabajo de la cooperativa. Entonces me dieron la tarea de mejorar la calidad de los actos, las asambleas y las actividades. Luego, el núcleo valoró la idea de que yo fuera la presidenta de la cooperativa y, en el 2002, los campesinos me eligieron.

¿Con qué obstáculos te encontraste?

El entonces presidente de la ANAP del municipio Batabanó dudaba de la capacidad de las mujeres para liderar las cooperativas más importantes del territorio. Después cambió de opinión, al comprobar los cambios positivos de nuestra CCSF «Eduardo Alfonso». El comprendió que las mujeres hacemos todo lo que nos proponemos y que, a veces, la gente responde mejor a nosotras.

Me dediqué a organizar la cooperativa. Al inicio, las reuniones se hacían debajo de un árbol. Nos dimos a la tarea de construir el círculo campesino y la oficina, de conseguir el equipo de audio para hacer los actos. Se crearon mejores condiciones. Desde el 2003, la cooperativa se ubica entre los primeros lugares de la emulación.

Como yo no tengo tierras –son de mi esposo–, atiendo la cooperativa a tiempo completo. Me gusta el trabajo como presidenta. Me place atender a los campesinos, responder a sus dificultades y necesidades. Yo realmente siento eso.



María Mercedes Hernández Borges

48 años

Presidenta

CCS «Eduardo Alfonso»

Sopapo, Batabanó, La Habana.

¿Cómo ve tu esposo ese protagonismo?

Muy bien. Él siempre me ha apoyado muchísimo. Puedo cumplir con el trabajo de la cooperativa sin ninguna dificultad. En ocasiones salgo a las seis de la mañana y no regreso hasta las seis de la tarde. Pero yo no lo desatiendo. Si me tengo que ir a una reunión o voy a estar todo el día reunida, le dejo su comida hecha, su ropa arreglada.

Con independencia de que promueva el género en mi cooperativa, soy de las que digo que las mujeres tienen que cumplir los mismos roles que el hombre. Yo puedo trabajar en el campo y él me puede ayudar en la casa. Por ese lado, somos una pareja sin problemas. Me pueden citar de noche para algo de último momento, y no importa: él termina la comida. Dirijo ciento ochentidicinco campesinos y me puedo ir con cualquiera de ellos por alguna razón, que no tengo dificultades con mi esposo.

¿Qué participación tienen las mujeres en la cooperativa?

A veces es difícil que las mujeres participen en las tareas. Todavía arrastran determinadas costumbres. Nosotros, por ejemplo, realizamos las actividades FMC-ANAP o los talleres de género, y para que asistan, tengo que ir a verlas varias veces. Todavía persiste la idea de que las mujeres son para la casa y los hombres para la calle. Yo hago guardia campesina de noche en carro, en caballo, en camión, en tractor, en lo que sea... Y es posible que si me ven en un cargo de dirección, la gente se haga un criterio negativo de mí. Pero cuando ven el resultado de tu trabajo, se acercan.

¿Qué haces en el tiempo libre?

No sólo la cooperativa me mantiene ocupada. Soy secretaria de un bloque de la FMC -*María fue una de las delegadas a su último Congreso*- y atiendo el Programa Educa a tu Hijo, en mi Consejo Popular. Desde hace tres años soy delegada a la Asamblea Municipal del Poder Popular y me propusieron para la Asamblea Provincial. Pero ninguna de esas actividades afecta mi condición de madre, participo en todas las reuniones de padres. Pertenezco al Consejo de Padres de la escuela de la niña y soy la presidenta del mismo en la escuela del niño.

No tengo dificultad para cumplir con ninguna de estas tareas. Para una luchadora como yo, tener muchos frentes que atender nunca ha sido un problema.

Cuando el proyecto de género llegó a Maisí, muchas cosas comenzaron a moverse. En la CCS la tarea estaba clara: había que sumar mujeres a la cooperativa. Fui de las primeras en asociarse y después uní mis fuerzas para incorporar a otras compañeras.

- **Fermina Matos**. Sesenta años. Asociada a la CCS «José Maceo». Guantánamo.

La mujer que salió a la luz

Una tarde de lunes, sin quitarse apenas «el polvo del camino», Mari, como le dicen allá en su barrio, La Soledad de Santa Rita, en Jiguani, se sentó a conversar con nosotras. Hoy, dice con orgullo, forma parte de la Junta Directiva de su CCS. Pero el camino hasta allí ha sido largo.

Cuando comenzó el proyecto, predominaban los hombres y se solicitó la entrada de más mujeres. Entonces se pidió que asumiéramos cargos de dirección en la cooperativa. A mí me propusieron ser la presidenta. Pero no podía. Mi esposo era el organizador y si él se encargaba de la cooperativa, quién atendería nuestras tierras, la casa y los animales.

Pero luego todo cambió. Hoy me siento feliz con el proyecto y puedo decir que salí a la luz.

¿Cómo llegaste a esa luz?

Nací y me crié en La Soledad de Santa Rita. Mi familia era pobre. Mi padre trabajaba de día, de noche, de madrugada. Mi mamá y mi papá se separaron cuando cumplí los nueve años, y me quedé con mi papá y mis dos hermanos. Teníamos que hacer las tareas de la casa e ir a la escuela. También ayudaba a mi papá en el campo.

Era muy fatigoso. No era fácil ir a la escuela, regresar a las dos de la tarde y apurarse para hacer algo de almuerzo. Porque tenía que irme otra vez. Porque tu papá no estaba en ese momento.

Porque el hermano era más chiquito y tenías que prepararlo. Porque tenías que



Maricela Sánchez López

42 años

Integrante de la Junta Directiva y del Grupo Gestor del Proyecto de Género CCS «José Ramón Vázquez» Cuatro Caminos, Jiguani, Granma.

lavar los fines de semana, a veces sin recursos, como cualquier otra mujer. Porque en el campo ahora hay más condiciones, pero antes no, antes era muy pobre.

Cuando cumplí los catorce años, tuve un noviecito. Creí que si me casaba, me iba a librar de la escuela y las tareas del hogar. Pero fue un error. De ese matrimonio nacieron dos niñas que son maravillosas, lo mejor que tengo. La primera la tuve con quince años y la más chiquita nació dos años más tarde. Pero mi esposo se volvió alcohólico y nos separamos. Mi papá era un viejito, mi mamá no podía sostener a mis hermanos y entonces empecé a hacer de padre y de madre.

¿Y tus hijas?

A las niñas las crié sola. Tuve que trabajar en el campo. Nadie me reconocía ese mérito. Me iba a trabajar y las llevaba conmigo. Le decía al jefe que sólo me quedaría hasta las once de la mañana, porque tenía que hacer el almuerzo de las niñas. Les daba la comida, regresábamos al campo a las dos de la tarde, les daba su merienda y a las cinco volvíamos a casa. Ellas empezaron a saber cuáles eran sus obligaciones, muy chiquitas, con seis y siete años de edad, porque a veces no tenía tiempo para atenderlas.

Después encontré a mi compañero actual. Se llama Hugo Montejo. El me ayudó mucho. Antes yo no asistía a las reuniones, solamente pagaba el CDR y la FMC, y tampoco me comunicaba con mis compañeras. En una ocasión él me dijo: «Usted hoy va a ser la presidenta de un CDR». Bueno, también me eligieron secretaria de la Federación.

¿Qué pasó después?

Me incorporé a la Agroecología y asistí a varios eventos. Me costaba mucho hablar, pero una vez que me acercaba a las personas, dejaba de sentir miedo. Hablaba de mi vida pasada. Otras mujeres también han sufrido cosas malas en sus vidas. Yo converso con las más jóvenes sobre esos temas. Me inspiro en un libro contra la violencia que tengo y no dejo de leer. Cualquiera que me ve hoy dice: «Esa estuvo en la universidad o estuvo en otra parte», pero no, nada más llegué hasta el noveno grado. Y me siento feliz, porque tengo un hombre que me ayuda: si hoy yo estoy aquí, es porque él atiende los animales, porque lo hace todo en la casa y porque me recibe con el mayor amor del mundo.

Antes estaba en un hoyo, a oscuras, no veía nada. Para mí lo único importante era lo que decía el hombre. Hoy les pido a las mujeres que vivan esa situación que traten de hacer entender a sus esposos, que pidan ayuda. Aunque nuestro país sea rico en eso y se empeñe, a veces nosotras, por estar debajo de los hombres, por el miedo que les tenemos, no hacemos uso de todas las oportunidades. La Revolución es maravillosa con todos, pero nosotras le tenemos a nuestra libertad, que es un derecho.

Después que salí a la luz, me doy cuenta de todo lo que mi madre sufrió. Ella nunca fue feliz.

Mari, ¿cómo es un día tuyo?

Me levanto a las seis o las siete de la mañana. Hago el café y saco a mis animales al patio. Luego preparo el desayuno de los campesinos. A veces se juntan diez, quince, veinte y hasta treinticinco cooperativistas para la producción. Si mi esposo no puede llevarles el desayuno al campo, lo llevo yo. Después regreso y comienzo las labores de la casa, el almuerzo y todo lo demás. Voy a la bodega. Vengo y quito a los animales del sol. Termina el almuerzo. Por la tarde, vuelvo a sacar los animales y luego hago la comida de la tarde. Ya más tarde, me baño y veo tranquila la televisión. Pero si hay que terminar alguna tarea del CDR o de la Junta Directiva, o visitar a un campesino, vuelvo a salir.

¿Cómo son tus relaciones con los hombres y las mujeres de la comunidad?

Con los hombres antes me sentía cohibida. Ahora siento que me respetan. Ellos se ríen y dicen: «Vas a ser la presidenta». Creen que tengo cualidades. Aunque no he tenido mucha comunicación con los demás, soy sentimental, siempre tengo alegría para dar.

Con las mujeres, todo bien. Si ven que llevo algo en las manos, me preguntan: «¿Qué estás haciendo?» Cuando veo a otras que viven lo mismo que yo viví, miro hacia atrás, busco en mis recuerdos y les hablo. A veces me dicen que sí, pero en ocasiones se cohiben; tienen miedo a que los hombres les digan que no. Entonces voy y les hablo a ellos. «¡Pero si ella tiene que hacer muchas cosas aquí!», dicen. Entonces les respondo: «Bueno, si ella trabaja aquí en la casa, le vamos a hacer un huerto. Tú la ayudas, le aras, y ella trabaja para los dos, porque lo que venda es para la cooperativa y el dinero para los dos».

¿Qué significa para ti el Proyecto de Género de La Perla, en Cuatro Caminos?

Una de las cosas más importantes que he vivido. Me ha servido para valorar mis roles en la cooperativa y para que reconozcan mi trabajo.

Una vez fui a un taller de Agroecología y resulté premiada. Mi esposo no pudo ir porque estaba enfermo y el presidente de la cooperativa me dijo: «No hables tú, que no sabes lo que van a preguntar». Yo le respondí: «Voy a hablar desde todo mi conocimiento, desde lo que hago con mi esposo. Eso es lo que voy a hablar. Si está mal, ellos me lo van a decir. Si hablo bien, la cooperativa saldrá adelante».

Después que obtuve el premio, el presidente me dijo: «Y eso que te pedí que no hablaras. Si te digo que hables...»

Mari, nos gustaría que repasaras otros momentos importantes de tu vida.

Lo principal son mis hijas y el esposo que tengo. Fue él quien me ayudó, convenció y me hizo reconocer que nosotras tenemos valores. Si trabajo la tierra con él, soy una campesina también, alguien que produce.

Este año he ganado más de siete diplomas por el trabajo en el CDR. Hoy mis hijas ven eso y no me siguen. Pero sé que las voy a sacar a la luz. Les pido que se digan a sí mismas: «Yo voy, yo hablo». Pero es como dicen: «A veces el freno se lo pone uno mismo».

Quisiera esa historia para mis hijas. Ellas la han vivido, pero bueno, para que tengan la memoria y le digan a sus hijos: «Esta era su abuela, que luchó por nosotras y un día salió a la luz».

La etapa más dura del trabajo de la ANAP en mi municipio Cumanayagua fue cuando la lucha contra los bandidos contrarrevolucionarios. Nuestra Organización era la que más acceso tenía a lo que sucedía en lo más profundo de las lomas. Estoy haciendo un trabajo de rescate de la historia de los treintiséis cooperativistas que murieron en aquellos hechos. Hasta ahora no tengo reporte de ninguna mujer mártir.

Dayneris Valladares. Sesentitrés años. Auxiliar de Contabilidad de la ANAP Municipal de Cumanayagua. Cienfuegos.

Hoy las mujeres tienen espacio en la ANAP

Me gradué como ingeniera agrónoma por dirigido en 1988 y comencé a trabajar en una CPA llamada «8 de Marzo». No tenía experiencia práctica, pero sí conocía la agricultura.

Desde su infancia, Silvia está vinculada al campo. Su padre trabajó la tierra e incluso llegó a ser profesor del Instituto Superior de Ciencias Agropecuarias (ISCA). Todo lo que vio y escuchó de él se revierte hoy en su vida como dirigente campesina.

Trabajé la especialidad de producción en la cooperativa durante un año y medio. Allí estuve, hasta que en 1990 nos unieron a otra cooperativa llamada «Amistad Cubano-Húngara», también en el municipio Güines. A partir de ese momento, atendí directamente el área de agricultura. Era parte de la Junta Directiva, y lo mismo guataqueaba, sembraba, que limpiaba los cultivos.

En esa misma época, surgió la idea de crear un Centro para la Reproducción de Entomófagos y Entomopatógenos (CREE). Como nuestra CPA era rentable, altamente productiva y abanderada de la ciencia y la técnica, nos seleccionaron para impulsar el proyecto. Tuve que entrenarme junto con otra compañera, porque se trataba de algo nuevo, más orientado a la Microbiología.

Al año siguiente, me pidieron que fuera la jefa de la brigada del CREE y que controlara la calidad de lo que hacíamos en el laboratorio. Teníamos un equipo de trabajo integrado en su mayoría por mujeres y, como se trataba de una actividad fitosanitaria nueva, no sólo teníamos que entrenar a las personas que se incorporaban al Centro, sino también a los campesinos y cooperativistas. La idea era que ellos aplicaran esos productos, nunca antes utilizados en el control de las plagas y enfermedades.

¿Cómo lograron que ellos entendieran?

Combinamos la capacitación con un trabajo experimental en las áreas colindantes a la cooperativa. Hicimos las cosas bien y quedó claro para todos que nuestros productos eran efectivos y que los químicos no eran la única solución.

Todo eso coincidió con el inicio del Período Especial, de modo que la escasez de productos químicos provocó el uso de bio-

preparados en la práctica. Nos ayudó a trabajar fuertemente la agricultura sostenible y el desarrollo agroecológico. En ese momento la ANAP rescató prácticas de campo que, a pesar de sus buenos resultados, habían quedado en el olvido.

En medio de ese proceso, en 1994, nació mi hija y todo se complicó un poquito más. Pude seguir adelante, gracias a la solidaridad de mis vecinos, que sabían que yo lo mismo salía de la casa a las seis de la mañana que regresaba a las ocho de la noche.

¿Cuáles fueron tus próximos pasos?

En 1996, la Dirección Nacional de la ANAP orienta desarrollar la siembra de doscientas hectáreas del árbol del Nim y construir una industria de insecticidas naturales derivados de él, para fortalecer la agricultura agroecológica. Por las características de nuestra cooperativa y los méritos acumulados a lo largo de los años, nos eligen también a nosotros. A mí personalmente me escogieron para representar el proyecto, que se haría con la colaboración internacional de dos ONGs de España y Alemania, respectivamente. Las ONGs llevarían la parte financiera, fundamentalmente, y ayudarían a compañeros y compañeras estudiantes de esos países, que colaborarían en el fomento de las plantaciones. El proyecto echó a andar y se desarrollaron seguimientos, chequeos y eventos, hasta su culminación en el 2005.

¿Por qué terminó?

La razón de ser de la cooperativa eran los cultivos varios. Cuando llegaron las campañas de la papa, el tomate, el ajo, la cebolla, se hizo difícil destinar las tierras al proyecto del Nim. Entonces el compañero Orlando Lugo Fonte determinó crear, en coordinación con las ONGs y la dirección de la ANAP en la provincia, una nueva cooperativa para la actividad agroecológica. Nació así, el 27 de enero del 2005, la CPA «Rosa Elena Simeón».

¿Cómo llegas a ser la presidenta de esta nueva cooperativa?

Mis compañeros y compañeras me propusieron como presidenta, porque yo había estado al frente del proyecto original. Para mí, esta es una faceta algo compleja para una mujer. La idea de ser la presidenta de una cooperativa me asombró y, de hecho, me asustó. Lo más complicado es no poder satisfacer determinadas necesidades de los cooperativistas. Tenemos problemas de insumos y recursos, que no hemos podido resolver del todo. Me refiero al autoconsumo, la vivienda, la ropa y los zapatos de

trabajo. Son cosas que no dependen de nosotros, que se limitan por los problemas económicos que enfrentamos, pero que siempre dejan sinsabores.

¿Cómo eres como presidenta?

Con el tiempo, me he vuelto mucho más exigente. No estaba adaptada a ser tan fuerte y recibí muchas críticas por mi bondad, que en ocasiones me llevó a perder el control de una determinada situación. Hoy comprendo que tengo que tener carácter. No puede ser de otra manera. Pero siempre recuerdo las enseñanzas de mi padre y trato de hacer el bien a las personas.

¿En qué momento del trabajo se encuentran?

Trabajamos con un equipo, en el que predominan las mujeres. Es un colectivo muy bueno que trabaja con intensidad, para demostrar que, además de bonita e interesante, su labor es muy útil. Desarrollamos biopreparados, insecticidas naturales, fertilizantes orgánicos, y mantenemos un área de viveros, un área de autoconsumo y un módulo pecuario. Hoy tenemos una capacidad de producción muy fuerte. Somos un complejo científico-técnico que, como se dice popularmente, «tiene todas las de la ley», para cumplir el objetivo que se propuso. Recientemente fuimos declarados Centro de Referencia Nacional en la Agricultura Urbana. Lo más importante no es el trabajo de una como presidenta, sino la fuerza que tenemos en el colectivo y en el grupo de dirección. Somos muy unidos y tenemos un elevado sentido de pertenencia.

¿Cómo funciona ese grupo de dirección?

La dirección general de la cooperativa se reúne todos los días a las cuatro de la tarde. Le damos seguimiento al proceso productivo. Ahí hay mujeres y hombres jefes de brigada y a todos se les exige por igual. Tenemos un jefe de producción que está al frente de todos ellos, y yo trato de respetar su nivel de



Silvia Julia Ibarra Alfonso

47 años

Presidenta

CPA «Rosa Elena Simeón»

Güines, La Habana.

dirección. Ahora bien, cuando algo se hace mal o no se hace, se indaga y exige con respeto. Una vez que termina la reunión, nos reímos de cosas jocosas, nos invitamos a visitar nuestras casas, preguntamos por la familia y nos ayudamos con los problemas personales.

Para mí representa mucho la ayuda que me dan los cuadros de dirección de la cooperativa, fundamentalmente de la parte administrativa. Si no tuviese el apoyo pleno y la identificación de los demás directivos, el trabajo sería imposible. Aunque inspire respeto, carácter, exigencia y control, son ellos los que velan por el cumplimiento de las tareas, cuando tengo que irme por trabajo a otras provincias o cumplo otras misiones.

¿Y tu familia, Silvia, qué papel juega en todo esto?

Gracias también a mi familia he podido desarrollar mi actividad. No sólo puedo dirigir, sino participar en muchísimos eventos dentro y fuera del país. He presentado trabajos en eventos de Agroecología, en foros científico-técnicos celebrados en países como Martinica, Dominica, Granada, San Vicente, España y Venezuela. Para mí ha sido muy importante compartir nuestras experiencias en esos espacios, no sólo como representante de la cooperativa, sino como vocera del desarrollo agroecológico en Cuba.

Sobre la familia, hay algo curioso. La Silvia dirigente no se parece a la de la casa. A veces empleo términos propios de la cooperativa para regañar a mi hija, pero enseguida pienso en el poco tiempo que le dedico y que lo que hizo, en definitiva, no es tan grave.

Mi hija es algo grande para mí. Ella ha tenido una vida sacrificada, en la que mi presencia ha sido insuficiente en ocasiones. Eso la ha convertido en una adolescente muy independiente para sus estudios y para todo lo de la casa. Cuando yo no estoy, ella toma muy bien las decisiones. Hoy trato de tener más tiempo para estar con ella, para reír juntas y conversar.

Sobre el resto de mi gente, me encanta que llegue el domingo para ir a las reuniones familiares. Nos reunimos con mi mamá, los siete hermanos, y reímos, cantamos, nos divertimos. Es lo mismo que hacemos en la cooperativa cuando tenemos motivos para festejar.

Una guantanamera fiel a la Revolución

Me siento feliz en Guantánamo, eso lo digo de todo corazón. Este es mi lugar, aquí están mis orígenes, y aquí sigo luchando por mi CCS y la ANAP.

El regreso a la cooperativa

Cuando murieron mis padres, en el 2002, mi esposo y yo regresamos a Guantánamo para ocuparnos de la finca. Rápidamente, me vinculé al trabajo de la cooperativa y, a las pocas días, me nombraron organizadora. Al año siguiente, ya era la presidenta.

Llegaba a las fincas, me sentaba en un tronco y, hablándole a los campesinos en buena forma, lograba lo que quería. Me preocupaba primero por ellos y después les hablaba de la tarea. Así logré unir a los cooperativistas y todavía la gente me sigue.

Cuando se fortalecieron las CCS, la mía fue una de las seleccionadas. ¿Sabes por qué? Porque era la mejor en ganadería, cumplía sus planes de producción y porque no había otra que nos ganara en iniciativa. Ya son nueve las veces que nos han seleccionado Vanguardia Nacional.

En estos momentos estoy jubilada, pero sigo mis tareas habituales en la finca. A las cuatro y media de la mañana ya estoy de pie, me baño y monto mi cafetera. Enseguida cuelo café y salgo a supervisar el ordeño de las vacas. Entonces preparo todas las cosas: las lecheras, el colador, la maya, los paños y mis cubos. Cuando la leche está lista, la traigo para la casa, la envaso en mis lecheras, y mi esposo y yo tomamos una muestra. Si no tiene problemas, la entregamos. Ese proceso se hace todos



Olga Juana Martínez Alejo

71 años

Jubilada

CCS «Luis Rustán Rodríguez»

Guantánamo.

los días. Luego preparo el almuerzo para mis trabajadores. Ellos dicen que soy una excelente cocinera.

En estos días trabajo para que todas las fincas siembren arroz. La tarea me la dio el Partido, y puedes estar convencida de que la próxima vez que me visites vas a encontrar mucho arroz por estas tierras. Además, voy a sembrar plátano burro y frijoles en cinco o seis fincas. Soy fanática a la Agroecología, le sé un mundo. Lo que siembro, lo logro.

En estos últimos años he trabajado muy duro y ahí están los resultados. Fui miembro del Buró y del Comité Provincial de la ANAP y, por cinco años, delegada a la Asamblea del Poder Popular de Guantánamo. Ya he dejado muchos de esos cargos, ahora digo que antes de usar bastón, quiero aportar mi experiencia a los jóvenes.

El prestigio de Olga

Me empeño porque Guantánamo gane la emulación por el 17 de Mayo. Por eso, no perdí tiempo en el último Pleno Provincial de la ANAP y le dije a Enrique, el presidente de la provincia: «Tengo una propuesta y quiero decirla en la reunión». Pedí la palabra y me dirigí a los presentes: «Soy una campesina que regresó a esta provincia para luchar por mi cooperativa, y quiero que los guantanameros ganemos la emulación. Es cierto, nuestras producciones han aumentado, pero seguimos atrasados en la entrega de la cotización. Propongo que todos nos concentremos en esta tarea. Yo seré la primera». En menos de dos meses aumentaron las finanzas y ya queda poco por cumplir.

En defensa de las mujeres

Una de las batallas más importantes que ha librado la ANAP es la incorporación de las mujeres al sector. En mi cooperativa he empujado esta tarea y hoy tenemos cuarentidós asociadas. Un día le pregunté a uno de mis campesinos: «¿Quién le cocina a los cooperativistas en tu finca? Me respondió que su esposa. Le dije que ella podía asociarse: «Si ella no puede asistir a una reunión, no importa, se turnan y en algún momento estará ahí, con todos sus derechos». No me canso de hablar y sigo sumando mujeres a la CCS.

Otros fragmentos sobre la historia de esta campesina

Nací en la ciudad de Guantánamo, en el año 1937. Cuando cumplí dos años, mis padres decidieron mudarse para la finca de

mi abuelo Tomás. Eso queda en la misma provincia, en un lugar que se llama San Pedro. Ahí crecí con mis tres hermanos, dos hermanas y un varón, y también conocí la vida en el campo. Desde los cuatro años empecé en un colegio de monjas y me gradué de tenedor de libros, que era lo que allí se estudiaba. Después, con diecisiete años, ingresé en la Escuela de Comercio. En ese lugar conocí al que más tarde sería mi esposo, y con él, me incorporé a las actividades del Movimiento 26 de Julio.

Con estas manos hice perdigones y muchas cosas, todas por la Revolución. Las armas del ataque a Caimanera se guardaron en mi finca, en el tronco de una mata. Yo misma las trasladé para ese lugar, en la bolsa de pañales de mi hijo más pequeño. En el camino tropecé con uno de los guardias enemigos, que me dijo: «Mira a esta zoqueta. ¿A dónde irá con el niño?» Lo miré fijo y le respondí «Para allá, para mi finca». Por suerte no me revisó: llevaba seis pistolas.

En el mes de enero del 59, mi esposo y yo nos fuimos a vivir para La Habana. En ese momento ya habían nacido dos de mis hijos. En la capital seguí mis actividades revolucionarias y asumí nuevas tareas. Una de ellas fue la Campaña de Alfabetización. También soy fundadora de los CDR, me desempeñé como cuadro profesional de esta organización en el municipio Plaza de la Revolución y ahí me jubilé.

En los CDR trabajé mucho. Tengo anécdotas para contar, sobre todo una que siempre tengo presente. Resulta que en uno de los Congresos de los CDR me tocó sentarme muy cerca de la presidencia. El Comandante en Jefe me quedaba al frente. Cuando se dio la oportunidad, hablé sobre la organización cederista y el papel de la mujer en la Cuba revolucionaria. Fidel bajó a felicitarme, me besó y me abrazó. Todavía conservo esa imagen.

He participado en muchos eventos, entre ellos uno celebrado en Haití. Fui en representación de la ANAP y ofrecí varias conferencias sobre mis vivencias como mujer cubana, campesina y dirigente. Las representantes de otros países me pedían que hablara, porque yo decía cosas interesantes, muy diferentes a las realidades que vivían en sus países.

Orgullosa de sus hijos

Soy madre de cinco hijos. Confieso que he tenido una suerte tremenda. El mayor es coronel del MININT, el segundo es capitán

de barco y el que le sigue, trabaja hace diez años en el área de la gastronomía. Después viene el cuarto, que es el hombre de los títulos universitarios, y el más chiquito, que trabaja con nosotros en la cooperativa. Los crié con mucha dignidad y siempre les digo que tienen que ser ejemplo donde quiera que vayan. Para mí es un honor que mis hijos sean hombres de bien.

Voy por buen camino

Nací en Palma Soriano, en octubre de 1971. Tengo una familia numerosa. Somos catorce hermanos y yo soy la más pequeña. Como mi mamá murió cuando llegué a este mundo, me crió una tía a la que considero mi madre. Ella y sus cuatro hijos son mi vida. En esa familia recibí muchas enseñanzas y buenas costumbres. Aprendí que era poco todo lo que hiciera o aportara a nuestra Revolución.

Me casé temprano, a los dieciséis años, y tuve a mis dos hijas enseguida. Mi esposo era muy celoso, me hacía la vida imposible. A él no le gustaba que me relacionara con las personas y, mucho menos, que conversara con los hombres. Para mí esto es algo imposible, porque me llevo bien con todos. Finalmente, el matrimonio terminó. Me separé de él cuando mis dos hijas estaban pequeñas.

Años más tarde volví a casarme y la experiencia ha sido diferente. Llevamos doce años juntos y nuestro hijo ya cumplió ocho. Mi familia es lo más grande que tengo, a ella le debo mis logros. Mi esposo se ha ganado mi cariño, mi amor y mi respeto, también el de mis hijas. Converso mucho con él, nos entendemos bien. Mi hija mayor tiene tremendo fundamento. Vivió conmigo hasta que se casó y fue una buena ayuda con el niño. La del medio se fue con mi madre de crianza cuando tenía siete años, y ya cumplió los diecisiete. Ahora aspira a estudiar un Técnico Medio en Estomatología. A mis tres hijos les he enseñado cómo comportarse en la vida y cómo ser mejores ciudadanos.

Los vínculos con la tierra

Mis padres eran campesinos y las personas que me educaron también tenían tierras. Siempre me gustó trabajar en el campo, pero ahora los problemas de salud me impiden hacerlo. A pesar de eso, me he atrevido a enyugar una yunta de buey. Cuando mi esposo salía a picar caña, yo vestía al niño, enyugaba los bueyes y me iba a buscar la comida de los animales. Hace poco lo movilizaron para la Operación Caguairán y tuve que atender a los puercos, las gallinas y los bueyes.

En el año 1999, me incorporé a la CCSF «Ernesto Che Guevara» y, desde que comencé allí, tuve responsabilidades en la junta directiva. Cuando llevaba tres meses en la cooperativa, salí embarazada y perdí la barriga. Dejé el trabajo y, como me gustaba ser dirigente, me dediqué a coordinar los CDR y la FMC en mi comunidad.

Después de ocho años, necesitaba trabajar. La situación económica estaba dura. En mi casa apenas alcanzaba el salario de mi esposo. A la hora de comer, se consigue la vianda, pero lo demás tienes que comprarlo. La canasta básica no alcanza para el mes. Además, con un niño chiquito, hay que comprar ropas y zapatos. Aunque mi esposo no quería que trabajara, me decidí. Hablé en la CPA «17 de mayo» y en enero del 2008 ya era cooperativista. Desconocía el reglamento interno de la cooperativa y entré confiada de que, en algún momento, tendría una plaza fija.

Trabajé ocho meses, hasta el día que me empezaron unos dolores muy fuertes en el vientre y fui a ver al médico. Con un certificado en la mano, me remitieron a un especialista, que enseguida me prohibió dar azadón en el campo. Después, presenté varios certificados médicos y cuando entregué el último en la CPA, le dijeron a mi esposo que la Asamblea había decidido darme baja por mis problemas de salud. Ahora me queda encontrar una solución para este problema y reincorporarme cuando mi salud mejore. Eso será después de la operación.

Cuando era jovencita soñaba con ingresar a la vida militar. Siempre fui enfermiza y los tratamientos médicos eran constantes. Por eso abandoné los estudios cuando terminé el noveno grado. Más tarde me embullé y conseguí mi título de preuniversitario, pero desistí de la carrera militar. Me conformo con lo que soy y sigo soñando: algún día quisiera ser cuadro de la ANAP, superarme y aprender más de género.

¿Cómo me enganché con el proyecto? Cuando llega esta idea, yo atendía dos zonas de los CDR y también tenía responsabilidades en la FMC. Un buen día llega Miguelito, el que atiende los proyectos en la ANAP Provincial, y me manda a buscar para que entrevistara a ciento setenta compañeras. Cumplí la tarea y comencé a ver que se trataba de generar fuentes de empleo para las mujeres. Así empecé a coordinar el Proyecto de Género en Candonguita.

Ha sido un reto para nuestra comunidad y ya se ven los cambios. Los hombres y las mujeres comparten las tareas del hogar como una responsabilidad de ambos. Además, pensamos trabajar con los niños en la escuela, para que crezcan con otra mentalidad y vean que, tanto hembras como varones, pueden lavar, barrer o limpiar sus casas.

La capacitación es una de las cosas que prendió en la comunidad. Los hombres se han sensibilizado con un problema que arrastramos por años: el alcoholismo. En esto se nota el avance, ya no se bebe como antes.

¿Qué derechos tenemos las campesinas? Bueno, de eso nuestras mujeres sabían poco. Se llevó el tema a la comunidad y hoy ellas conocen y exigen sus derechos. También se ha conversado acerca de la sexualidad y la formación de valores. Invitamos a especialistas y si no, nosotras tomamos la palabra. La gente aprende. Mirándolo bien, puede ser un tremendo proyecto para estas cooperativas y para la comunidad.

Tenemos experiencias y las compartimos con otras provincias. Algunas mujeres que impulsamos el proyecto, participamos en encuentros en Holguín, Granma y en la ciudad de Santiago. Para mí un momento muy importante fue asistir al segundo balance de género de la ANAP, celebrado en La Habana, en la Escuela Nacional «Nicefo Pérez».

Hay que decir que coordinar el proyecto no ha sido avanzar por un camino llano. A veces aparecen obstáculos. Ahora mismo, tenemos que hacer una casa de humus de lombriz y tenemos trabas para buscar los ladrillos que se necesitan.

Es importante que los presidentes de las cooperativas, la CPA y la CCS, participen en las asambleas del Comité Operativo Local. Ahí se escuchan los criterios de todos a la hora de tomar las decisiones. En este comité tenemos compañeros de la Asociación de Combatientes, el delegado de la agricultura y del Poder Popular, presidentes de los CDR, representantes de la FMC y maestros; o sea, todos los factores de la comunidad.

El proyecto está en un buen momento y de todos depende que se logren las acciones programadas. Hay que preparar dos hectáreas para el riego, producir las hortalizas y los vegetales que se van a utilizar en la minindustria, y terminar la casa de humus. Estas tres tareas deben ir a la par, y si esto se consigue, ten-

dremos más mujeres incorporadas y aumentarán los beneficios para la CPA.

Espero que lleguen otros proyectos como este. Mis aprendizajes son muchos, aunque hay uno muy importante. Me comunico mejor con otras personas y puedo hablar sin miedos ante un colectivo. Me siento satisfecha con lo que he logrado.



Annia Nueva Díaz

36 años

Coordinadora del Proyecto de Género
Candonguita, Palma Soriano
Santiago de Cuba.

Hago las cosas porque las siento

¡Bienvenidos! Llegaron a su casa. Unos me dicen La China, otros Ofé. Yo respondo: «¿Qué hay, familia?»

Así, entre risas, se presentó Ofelia Rosa García García, una cooperativista que vive en las inmediaciones del aeropuerto José Martí, en La Habana, rodeada de aviones... y vacas.

Soy hija de familia humilde. Mis padres eran personas muy integrales, y ese es el ejemplo que tengo para apoyar lo más grande que poseo en la vida: mi Revolución y mi viejo Fidel.

¿Dónde naciste?

Nací en Blanquikal, Manzanillo. Allí perdí a mi madre, cuando tenía tres añitos. Unos familiares me ayudaron hasta que comencé a estudiar y darle continuidad a mi vida. Somos tres hermanos y la única hembra era yo. Pasé bastante trabajo, porque ser huérfano no es fácil. Uno depende de quien quiera apoyarlo.

¿Cuándo te incorporaste a la vida de las organizaciones políticas?

A los catorce años tuve la posibilidad de incorporarme a la FMC y a los CDR. Siempre tuve muchas ganas de llegar a esa edad, para poder participar en todas las actividades que se hacían: limpiar caña, trillar café...

Cuando terminé el noveno grado, me matriculé en un curso de maestros emergentes, en El Caney de Las Mercedes. Cuando aquello había déficit de profesores y yo tenía disposición para serlo. Me ubicaron en una escuela y pude ayudar a la Revolución. Así estuve durante tres años, hasta que tuve que dejar las clases, porque vivía agregada en casa de una hermana de mi mamá y pasaba mucho trabajo. Los sábados iba a un seminario de preparación y no tenía dinero para el transporte ni para comprarme una ropa decente que ponerme ese día. Cuando aquello teníamos un salario de ochentiséis pesos, que tenía que dejarle íntegramente a mi tía.

Después pasé un curso de la Cruz Roja, para prepararme si en algún momento hacía falta socorrer a alguien. Allí me seleccionaron para que comenzara a estudiar medicina e hice mis prime-

ras prácticas en lo que actualmente es un hospital psiquiátrico en Manzanillo.

La situación que vivía en casa de la hermana de mi madre se hacía insostenible. Entonces, mi hermano mayor, que había venido a estudiar a La Habana, a casa de otra tía, me dijo que viniera con él. Aquí en la capital no pude poner en práctica aquellos conocimientos que tenía, pero en todo lo que tuviera que ver con la Federación, los CDR y el Poder Popular, allí estaba Ofelia. Citaba a la gente, preparaba los locales, hacía las guardias cederistas.

¿Cómo llegas a tu CCS?

Tuve el deseo de asociarme a una CCS y lo hice en la «Fructuoso Rodríguez»; este es el orgullo más grande que puedo tener en la vida. Aquí siento mi sueño realizado.

En aquel entonces investigué cuál era la cooperativa que más cerca me quedaba, para poder cuidar la siembra que tenía aquí y colaborar con todo aquello. Me presenté un día en la casa de Armando García, que era el presidente, y me preguntó: «¿Usted quiere pertenecer a la CCS?» Le respondí: «Ese es el anhelo más grande que tengo, porque pienso que con eso voy a lograr ser la persona que quiero». Al otro día me levanté temprano, fui para allá y me dijo: «Llegó en un buen momento, porque pronto tendremos una actividad y la vamos a presentar a la Asamblea».

Me incorporé rápidamente. Enseguida me seleccionaron responsable de la Esfera Ideológica y luego fue que pasar a ser la organizadora. Actualmente pertenezco a la Junta Directiva.

¿Cuál es el fuerte de tu producción?

Tengo ganado. Toda la leche de mis vacas la mando para la cooperativa, independientemente de que si tengo familiares enfermos, también los apoyo. Siempre he cumplido con mis planes de producción. Ahora estoy luchando porque quiero potenciar la finca para que, dentro de mis posibilidades, también haya un poquito de cultivos varios.

Yo tengo que ayudar a mi país hasta el máximo, porque a él me debo.

Cuando la CCS prevé dificultades para cumplir su plan, visito a los campesinos y les digo: «Necesito que apoyes un poquito más». Un campesino tiene cualquier problema, cualquier cosa, y ahí está Ofelia. Todo el mundo se acerca a mí buscando apoyo. La gente me quiere y se lleva bien conmigo.

¿Cuánto cambió tu vida con la Revolución?

Mis padres fueron personas que pasaron mucho trabajo para poder estudiar. Mi papá sí llegó al bachillerato. Iba al Instituto de Manzanillo con el único par de botas que tenía y, para que no se le rompieran, caminaba descalzo hasta la puerta de la escuela. Allí se ponía sus boticas, entraba al aula y, cuando salía, se las volvía a quitar. Tenía que ir directo a trabajar en la finca de mis abuelos. Eso era antes del triunfo de la Revolución.

De chiquitos nosotros también trabajamos en la finca, ayudábamos a recoger guayaba, mango..., para tener algún sustento. Por eso no hay cómo agradecer lo que uno vive hoy en día. Todo es diferente. Aquí se luchó por una cosa justa.

Ofelia, ¿qué es lo más importante para ti como campesina?

Para mí lo más importante es cumplir como integrante de la CCS, ser ejemplar. He sido Vanguardia Nacional y sigo luchando. Recientemente me eligieron miembro del Buró Provincial de la ANAP. Será porque siempre me ven activa. Me gusta cumplir y soy muy estricta cuando me dan una tarea. Eso sí, trato a todo el mundo con mucho cariño. Para mí el maltrato está abolido: no es característica de revolucionarios.

Tienes una casa y una familia bonitas. Tienes tus vacas y muchas cosas más. ¿Qué te dan cada una de ellas?

De mi familia tengo el apoyo que necesito para enfrentarme a cualquier situación. Unos limpian la corraleta, otros ordeñan. Yo llevo la leche a la cooperativa cada día y tengo el control de todo lo que tiene que ver con la casa. Ellos consultan conmigo cada cosa que se va a hacer. A veces los familiares que viven aquí —mi hijo, mi esposo y mi hermano— se enferman, y yo voy y

pastoreo.

Las vacas son muy importantes para mí. Cada una tiene su personalidad y



Ofelia Rosa García García

57 años

Cooperativista

CCS «Fructuoso Rodríguez»

Ciudad de La Habana.

hay que saberlas tratar. ¿Ves ésa de allí? Se llama Milagritos. Fue la primera que nació de las novillas que compré, cuando me inicié en estas tareas. Le encanta que la ordeñen, si por ella fuera estaría todo el día dando leche.

¿Cómo me hice de esta casa? Aquí llegué porque vivía un primo. El se enfermó y lo cuidé durante mucho tiempo. Al morir, me quedé al frente de todo. Pero estaba en muy mal estado. Entonces la cooperativa me dio la posibilidad de arreglarla: prácticamente la levantamos de nuevo. Me dieron los materiales y los mismos cooperativistas me ayudaron. Ellos son mi familia. Hace pocos meses terminamos e inauguramos la casa. Ese día me lo pasé entero llorando.

Yo le digo a Tony, mi esposo, que quisiera que mi espíritu después de muerta siguiera ayudando a sacar las cosas adelante. Hasta el presente, no he quedado mal con la Revolución. Cuando yo no esté, los míos seguirán el mismo camino.

Mi vida comenzó en Palmira

Más de una vez nos pareció imposible entrevistar a Dolores. Cuando estábamos a punto de verla, se volvía a escurrir. El día que finalmente pudimos conversar, en el edificio de la ANAP Nacional, no fue una excepción.

Es que tenía que atender algunas cositas pendientes. No me gusta hablar mucho de mí, pero bueno, ya estoy aquí.

Dolores, ¿cómo es que tú llegas a toda esa energía que te caracteriza hoy?

Bueno, mi vida en la ANAP comenzó en 1989, en la CPA «Raúl Díaz Alonso», en el municipio Palmira. Entré como económica y allí estuve por un período de diez años. Me gustó tanto el trabajo, que me convertí en la líder de la CPA. Ocupé el cargo de secretaria del núcleo del Partido, y los cooperativistas me querían y respetaban.

En ese período, nuestra CPA era la mejor de la provincia. Hicimos un grupo de actividades políticas y socioculturales que motivaron al colectivo y provocaron un incremento de la producción. Durante esa etapa fui miembro no profesional del Buró Provincial de la ANAP.

En 1994, asistí a un proyecto llamado Formador de Formadores, en la Escuela Nacional de la ANAP. La idea era formar un grupo de económicos que luego transmitiría sus conocimientos al resto de la provincia. En ese grupo me seleccionaron para capacitar a cinco municipios de Cienfuegos, durante un año. Esa experiencia me gustó, porque pude desempeñar mi carrera de



Bernardina Dolores Alonso Molina

53 años

Funcionaria de Proyectos y Relaciones Internacionales de la ANAP Provincial Cienfuegos.

Contabilidad y Finanzas, y porque tenía contactos con el resto de las cooperativas y municipios de la provincia.

¿Cuándo comienzas a dirigir en el municipio?

En el transcurso de esos diez años, parece que un ojo avizor (sonríe) me captó para estar al frente de un municipio. En 1999 comienzo a dirigir Palmira. Fui la primera mujer de la provincia Cienfuegos en ocupar cargos de dirección a ese nivel, hecho a través del cual se demostraron muchas cosas. Hasta ese momento había una especie de tabú con respecto a la mujer: ¿podía o no podía dirigir?

Bueno, se demostró que el municipio, que en ese momento estaba en el último lugar, podía llegar a ocupar el primer lugar en la Emulación por el 17 de mayo. Ese año la provincia también fue seleccionada la mejor del país y el Acto Nacional se celebró en Palmira. Ese alto galardón no sólo resumió mi esfuerzo, mi trabajo y mi sacrificio, sino también el del colectivo de trabajo que logré con todos mis presidentes y un equipo de dirección integrado por mujeres. Para mí fue algo significativo, una etapa muy bonita. Por eso digo que mi vida comenzó en Palmira, mi vida como mujer y mi realización personal. Dirigir hombres y dirigir una organización de la cual sólo conocía una cooperativa, es uno de los recuerdos más gratos que guardo.

Cuando llegamos a esta parte de la historia, Lolita, como le dicen a Dolores en Palmira, comenta con una mezcla de orgullo y añoranza lo mucho que le gustaría ser joven y tener tiempo para dirigir nuevamente a los campesinos.

Mi vida siguió de tarea en tarea. En el 2004, me promovieron al cargo de funcionaria de proyectos en la ANAP Provincial. Me enfrenté a esa tarea sin dominio pleno de la actividad, porque sólo contaba con la experiencia del trabajo en el municipio.

En mi Palmira trabajamos diferenciadamente para incorporar mujeres a la Organización. Nos reunimos con la FMC y logramos que varias esposas e hijas de campesinos se integraran a la ANAP. Eso tuvo un impacto en la provincia. Uno de los resultados fue el inicio del Proyecto Mujer Campesina.

Creamos nuevas fuentes de empleo en organopónicos, viveros de frutales y casas de cultivo, y se construyó un Jardín de la Infancia. Todo esto trajo como resultado la entrada de alrededor de setenta mujeres a las CPA.

Siempre Palmira. ¿Qué otros momentos recuerdas de tu etapa como presidenta?

Entre 1999 y el 2003, trabajamos para alcanzar el primer lugar en la provincia. Dedicamos muchas horas de nuestro tiempo libre a ese esfuerzo. Lugo nos visitó tres veces y yo no tenía transporte. Andaba en bicicleta. A todos los lugares que iba la visita yo llegaba antes, dándole a los pedales.

También en 1999 se llevó a cabo en Palmira el Acto Nacional por el 8 de marzo, y prácticamente fue una Tribuna Abierta: asistieron alrededor de cinco mil personas. Ese mismo año, en octubre, se realizó otra Tribuna en una CPA, como reconocimiento a los resultados de la ANAP en el territorio. Tuve el honor de ser una de las oradoras de aquel acto.

¿Qué ha aprendido Lolita como mujer dirigente?

Una aprende todos los días. Tienes que dar respuesta a un grupo importante de problemas de todo tipo y, a veces, no sabes por dónde comenzar. Con el Partido, el Gobierno y la ANAP formé un equipo de trabajo con el que se resolvían todos los problemas. Les decía: «Secretario, usted no me puede citar a las seis de la tarde, porque esa es la hora de cocinar mis frijoles. A mi esposo le gustan y no tengo tiempo. Cíteme a las siete de la mañana o a las ocho de la noche». Logré que los hombres del equipo respetaran ese horario. Las compañeras me decían: «Tú eres terrible».

¿Cómo es su esposo?

Siempre digo que él está detrás de mis acciones. Cuando uno termina una reunión de presidentes municipales, de esas que son largas y con tantas tareas, te entran ganas de salir corriendo y no regresar más.

En él encontré aliento y apoyo. Me dijo: «Tienes muchas tareas, pero de todas vas a escoger una, la fundamental». Siempre lo tuve a mi lado y a él le debo mis logros.

Lo más importante para mí es que los resultados sean satisfactorios. Fueron muchas tareas y bien difíciles, pero se puso de manifiesto que la mujer es capaz de lograr lo que se propone, siempre y cuando cuente con el apoyo de su familia y del colectivo de trabajo.

Esos logros que mencionas son innumerables. Tienes las distinciones de la FMC y la «Antero Regalado» de la ANAP. En 1999 te

seleccionaron para participar en el acto por el 26 de julio que se realizó en Cienfuegos, y tuviste a Fidel bien cerca.

He vivido momentos muy emocionantes. Recuerdo el viaje que hice a México a un evento de mujeres libres. Pero mi familia me ha dado los mejores: el nacimiento de mi hija, a quien vi crecer mientras iba y venía del trabajo, y hace poco de mi nieta. A esa chiquilla le va a gustar mi casa, le va a gustar el campo, porque si la madre es del campo y la abuela también, ¿de dónde va a ser la chiquilla?

De mi vida en la ANAP tengo muchas anécdotas. Una vez fui con un dirigente de la provincia a un lugar intrincado que le dicen Gavilanes. A esa loma sólo se llega a caballo. Como el camino estaba malo, el animal patinaba, y llegó el momento en que mi acompañante me dijo: «Ana, creo que tenemos que bajarnos». Le respondí: «Aguanta, sujeta bien el freno y camina, porque el último mono es el que se ahoga».

Ana Esther Sánchez. Cincuenticuatro años. Coordinadora Municipal de Agroecología de Fomento. Sancti Spíritus.

Estoy enamorada de mi trabajo

Los primeros años y la cooperativa

Terminé mis estudios y tuve el orgullo de incorporarme a esta, mi CPA «Nelson Veitia». Soy de aquí, del poblado de Mordazo. El presidente era mi suegro y mi esposo también aportó tierras.

La ANAP siempre abogó porque las cooperativas se formaran con los campesinos, los cooperativistas y sus familiares. Por eso vine para acá a trabajar, cuando me gradué como auxiliar de contabilidad. En sus inicios, las cooperativas no tenían condiciones para manejar por sí mismas los asuntos económicos. No había campesinos que pudieran desempeñar la tarea, y la ANAP se ocupaba de llevar el papeleo directamente. Pero en 1986, un año después de haber entrado a la cooperativa, se decidió crear plazas para este trabajo y preparar a la gente seleccionada. De esa manera me convertí en económica.

Me he desempeñado también como integrante de los Comités Municipal y Provincial de la ANAP, y como miembro no profesional del Buró Provincial. Desde el año 2000 soy Vanguardia Nacional, obtuve la distinción «Antero Regalado» y pude participar en el Noveno Congreso Campesino...

Para mí la cooperativa es parte de mi vida, de mi familia. No sabría cómo vivir, si ella me faltara. Este es el único trabajo que he conocido.

La elección de Magdi

Después del congreso, los cooperativistas querían que yo fuera la presidenta. En un inicio tenía temor, porque es una gran responsabilidad. Yo soy mamá y tengo a mi esposo que, por suerte, es cooperativista. Pero al principio él no quería entender. Eso me limitaba, me frenaba. Sin embargo, en la asamblea de balance todos votaron por mí, incluso él, y me eligieron presidenta de la cooperativa. Los cooperativistas se quedaron preocupados y me preguntaron si había pasado algo en la casa. Yo les respondía que no había pasado nada, que si nadie había votado contra mí, eso quería decir que mi esposo había votado a favor. Después de ese momento, él me ha apoyado en todo.

El trabajo

Aquí nos dedicamos a las viandas, las hortalizas y los granos, fundamentalmente. Además tenemos ganado, y trabajamos la producción de leche y la ceba de toros. En estos momentos diversificamos los frutales, la piña, el aguacate, y tenemos también un centro de producción de abono orgánico a partir del uso de la lombricultura.

Hemos tenido resultados muy positivos. Incluso contamos con experiencias de innovación que presentamos en los Foros de Ciencias. En el 2008, la cooperativa cerró con ganancias; cumplimos el plan de contratación y producción –decisivo fue el nuevo sistema de pago a los cooperativistas por resultados finales–, a pesar de las miles de dificultades que tenemos con la maquinaria.

Mi responsabilidad es dirigir y organizar a los cooperativistas, que se cumplan los planes y que la cooperativa funcione establemente. Lo que más me gusta y hace feliz es cuando doy las asambleas generales y veo a mis cooperativistas contentos. Cuando logro satisfacer sus necesidades y cuando voy a los campos cada mañana y los veo trabajando.

El género

Atiendo cincuenticuatro cooperativistas y quince jubilados. De ellos, veintidós son mujeres. Hemos trabajado también el tema género. Construimos un taller a través del proyecto, que da la posibilidad de incorporar a diez compañeras nuevas, y dentro de muy poco vamos a producir artesanías.

Trabajamos además con las vecinas de la comunidad, las hijas y las esposas de los propios cooperativistas, mediante talleres que organizamos con la Federación, y que incluyen también a los hombres. Somos una de las cooperativas de la provincia Villa Clara que posee mayor número de mujeres. La mayoría



Magdalena Rodríguez Navia

45 años

Presidenta

CPA «Nelson Veitia»

Santo Domingo, Villa Clara.

se dedica a las actividades agrícolas, con excepción de las compañeras que trabajan en la oficina.

A los hombres de aquí les gusta que las mujeres los dirijan. Al frente de la administración también tenemos a una mujer. Ellos se sienten bien junto a nosotras y dicen que somos más responsables que ellos.

Una mujer pasa menos trabajo dirigiendo a las mujeres que un hombre. El hecho de ser mujer te da la posibilidad de comprender los problemas que ellas tienen. Las compañeras sienten más confianza a la hora de plantear determinada situación. Por ejemplo, nosotras comprendemos que cuando una cooperativista tiene la menstruación, no puede trabajar dentro del agua, en el fango. Eso no quiere decir que evada el cumplimiento del deber.

Pero dirigir hombres tampoco es difícil. Hacen las cosas lo mejor posible para que una mujer no tenga que venir a llamarles la atención. Por ser mujer, ellos me tratan con respeto. Claro, hay que ser ejemplo en todos los sentidos: en casa, en el trabajo y en la convivencia con ellos.

También hemos logrado incorporar mujeres y hombres jóvenes. Les gusta el sistema de la cooperativa y se quedan con nosotras. Hemos tenido la posibilidad de tener compañeros aquí que han sido sancionados por la ley a cumplir correccional sin internamiento. Cuando terminan su sanción, se quedan.

La presidenta

Para lograr esos resultados, hay que ser responsable, exigente y disciplinada como presidenta. No me gusta que me llamen la atención, por lo que trato de cumplir al máximo con todas las tareas para que la cooperativa salga adelante.

Es difícil hablar de mí, pero realmente estoy enamorada de mi trabajo.

Por supuesto que he tenido obstáculos, incomprendiones sobre todo, por parte de los hombres de las empresas con las que nos relacionamos. Pero salto esos obstáculos y no me faltan las satisfacciones: cada vez que la cooperativa alcanza un lugar destacado en la emulación, cuando recibí un abrazo y un beso de nuestro Comandante, y cuando fui a la primera reunión de los cebadores de toro, en la que nos tiramos una foto con nuestro presidente Raúl Castro, quien luego nos la envió de regalo.

En la familia

Tengo una familia muy linda, no sé qué sería de mí sin ella. Realmente el trabajo de la cooperativa me roba casi todo el tiempo. Ellos han sido fundamentales, para que yo no tenga tanta presión. Mi esposo, mi cuñada, mi mamá, mi papá y mi hermano me apoyan y ayudan en todo. Mis niños se criaron en casa de mi madre, y allá almorzamos y comemos casi todos los días. Mis dos hijos, mis sobrinas y mi nieta son un regalo de Dios.

Es un orgullo ser presidenta de los campesinos

Yuriesky nos esperaba sentada a la sombra junto a su madre. En sol a esa hora, en el poblado Manuel Lazo, en Sandino, parecía aplastarlo todo.

Me siento apenada. A mi los nervios me hacen pasar malos ratos.

A partir de ahí, sin embargo, dibujó con alegría su vida, como el hilo de agua que alivia en medio del calor.

Nací en Palmarito, muy cerca del pueblecito del Bagá. Me criaron en el campo, en el seno de una familia campesina muy humilde. Durante mi infancia, fui un desastre. Bueno, siempre he sido muy mala e inquieta (*dice con picardía y vuelve a sonreír*). Mi papá nos llevaba a mi hermano y a mí a la vega de tabaco, y no dejábamos de pelear ni un segundo. Montábamos a caballo. Nos caíamos. Volvíamos a subir, y así.

Luego me incorporé a los estudios y terminé el noveno grado. Entonces me fui a trabajar durante un año a un organopónico. Enseguida me casé y tuve a mis niñas. La primera nació cuando tenía diecisiete años y la otra con veintidós. Más tarde, trabajé como ideológica en la ANAP Municipal de Sandino, hasta que, en septiembre del 2008, pasé a dirigir la CCSF «17 de Mayo».

¿Cómo te va con los cooperativistas?

Hasta el momento me siento bien, muy agradecida. Nos llevamos muy bien, los cooperativistas y yo. Ellos se sienten orgullosos de ser dirigidos por una mujer. En la Junta Directiva somos tres mujeres, la económica, la agroecológica y yo. Ha-



Yuriesky Estrada Carmona

26 años

Presidenta

CCS «17 de Mayo»

El Bagá, Sandino, Pinar del Río.

ceamos un buen equipo de trabajo. Cuando voy a la vega, los trabajadores me mortifican mucho, siempre me hacen bromas. Pero entre todos luchamos. Los comprometo a obtener buenos resultados.

Yuriesky, ¿qué significa dirigir una cooperativa con tus veintiséis años de edad?

Asumí la tarea con muchas dudas sobre mi capacidad para dirigir. Y con plena conciencia del largo camino que supone trabajar en el campo y tener buenos resultados. Vivía con mi mamá en Palmarito, pero decidí mudarme para El Bagá. Estaba lejos del trabajo, me resultaba difícil llegar. Conversé sobre el problema con Maximino, el presidente de Sandino, y me dijo: «¿Qué tú crees si te trasladamos para la cooperativa 17 de Mayo?» Me gustó la idea y empecé a trabajar.

Mi entrada coincidió con la salida del presidente, que había solicitado su liberación. Los cooperativistas tenían la propuesta de un nuevo presidente -el delegado de la circunscripción-, y Maximino me llevó a mí como propuesta. Ellos estuvieron de acuerdo. Fuimos a elecciones y gané. Al principio pensé que me iría mal, porque es difícil para una mujer tener que lidiar con tantos hombres. Algunos no estuvieron de acuerdo con que una mujer los dirigiera, pero me dieron la oportunidad y el derecho. Los campesinos inconformes terminaron por aceptarme. Las mujeres también se han puesto celosas, pero con el tiempo entendieron que me gusta trabajar y que deseo que el trabajo de los campesinos salga bien y cumplamos.

¿Cuánto tuviste que poner de ti?

Para asumir la responsabilidad, me asesoré con los cooperativistas y conversé con otros presidentes de cooperativas. He tratado de consolidar la unidad con los campesinos, para que ellos se sientan respaldados. Voy a la vega de tabaco y los escucho, les hablo. Siempre trato de que ellos mejoren y salgan adelante.

Pero no sólo tuviste que aprender de dirección.

También me tuve que ir al surco a aprender. Dedicué muchas horas a estudiar el funcionamiento de la cooperativa y a construir un estilo propio de trabajo.

Comencé por descifrar cuestiones como los ciclos de siembra del tabaco, los cultivos varios, los quintales a entregar por campesino, y qué hacer para lograr el sobrecumplimiento.

Si soy revolucionaria, ¿cómo no voy a ayudar a la Revolución?

¿Cuáles son los mayores obstáculos que afectan a tu CCS?

Son muchas las carencias materiales que nos afectan. En más de una ocasión me he visto en aprietos a la hora de responder a las necesidades de los cooperativistas. Han sido muchas las dificultades. ¡Y las que me faltan por enfrentar! Pero no me canso de buscar soluciones.

¿Cómo es tu vida en la casa?

Tengo muy poco tiempo para la casa. Mi hija mayor vive ahora con mi mamá. La más pequeña pasa mucho tiempo a mi lado, de un lado para otro. Va conmigo a las reuniones, al banco, a la vega, adonde quiera que vaya. Segura estoy que ella sabrá de Economía, de operaciones, de Agroecológica. Aprenderá a manejar el tractor y a arar la tierra. Muchas veces mi esposo es quien cuida a la niña. Lo he puesto a cocinar, a barrer, a limpiar, a arreglar las camas..., lo he puesto a hacer de todo. Antes visitaba a mi mamá los domingos, pero ahora me resulta difícil.

Con cara de agradecimiento, Yurlesky mira a su madre, quien dice: «Para ella ha sido muy difícil. Para una mujer es difícil dirigir una cooperativa, pero se logra. La de ella era una de las peores por sus resultados y ya va por el tercer lugar del municipio».

Emocionada, Yurlesky habla de lo que le falta por hacer.

Estoy viva. Tengo ansias de luchar y voluntad para hacerlo. Me siento orgullosa de mis campesinos. Soy la única mujer presidenta en el municipio y lo que más deseo es sobrecumplir. Ahora mismo estamos levantando los resultados, de aquí a un año se verán los sacrificios de todos y todas en la cooperativa.

Disfruto el trabajo en la cooperativa. Es muy bonito. Allí lo tienes todo, y lo más importante: la unión entre las personas. Por ejemplo, me sentí orgullosa y feliz el día que pintamos la cooperativa, pusimos las vallas de propaganda y todas esas cosas. Yo daba las ideas y la gente me aceptaba; tomaba propuestas de otros, y así... Quedó muy bien. Cualquier trabajo que haya que hacer, cuenta con mi disposición. Soy alegre y nunca me rindo.

Maricela Martínez. Cuarentisiete años. Almacenera de la CPA «Abel Santamaría». Matanzas.

Andrea, nos gustaría que contara su historia de campesina.
Bueno, un día estábamos en la Granjita, en la fundación de las casas que se habían hecho allí, y vino Eulogio, un señor de La Habana. Buscaba a Perico, mi esposo, para que citara a los campesinos esa noche para hacer la base campesina –así era como se le decía antes a las cooperativas– en nuestra casa. Eso fue en octubre de 1961.

Fuimos para la casa y salimos a visitar a la gente. Esa noche se nubló aquello de campesinos. ¡Cómo vinieron! Imagínate que se inscribieron ciento y pico de personas, y después hubo que darle de baja a unos cuantos, porque no eran campesinos.

Entonces mi esposo fue el presidente, Sebastián el organizador, Arada el de producción, Panchito Blanco el de las finanzas y bueno..., no me acuerdo de todos. Esa fue después la cooperativa «Camilo Cienfuegos».

¿Qué participación tuvo usted en esa convocatoria?

¿Yo?, avisarle a la gente.

Cuéntenos qué hacía.

Íbamos en la camioneta. Llegábamos y les decíamos a los campesinos: «Mire, esta noche hay una reunión de campesinos allá en la casa de nosotros, nos hace falta que vaya». Lo mismo lo decía Perico, que yo.

Pasados unos años, nos tuvimos que mudar para acá, porque era peligroso que viviéramos en esa zona, tan cerca de la presa. Entonces la base campesina nos quedaba lejos y teníamos que viajar hacia allá todos los días. Se habló con la ANAP para dividirla, y así se hizo. Yo seguí aquí de ideológica, en la que ahora es la CCS «José Martí».

¡Ah!, ¿entonces usted era la ideológica de la base campesina que fundaron?

Sí, cómo no. Desde que se fundó la ANAP he trabajado para ella. Pertenecía a la instancia provincial, y Perico era del Buró. Los dos teníamos una pila de cargos y también sembrábamos y reco-

giamos tomate, yuca, lo que fuera... Hice viajes de trabajo a algunas provincias. Iba con la responsabilidad de representar a la Comisión de Agitación y Propaganda. Mi esposo no tenía problemas con eso. Yo dejaba a los muchachos con mi mamá y una vecina.

Hacía todo eso con un gusto tan grande. Pensaba que ese era mi deber, porque si soy revolucionaria, ¿cómo no voy a ayudar a la Revolución?

También cantaba en Radio Caribe.

¿Cómo? ¿Qué cantaba?

Décimas. Cantaba con mi hermano Mongo. El es conocido por el ritmo del Sucu-Sucu. Yo no componía las décimas, porque no soy poeta. Aunque bueno, saqué algunas. A José Martí le hice unas muy lindas y gané un premio.

Me gustaba la vida que llevaba. Cantar y trabajar en la ANAP y en la cooperativa. Yo era la encargada de dar los círculos de estudio. Los hacía en casa de René Pita o en casa de los Castillo para atraer más gente. Así fue hasta que me enfermé. Me llevaron para el Instituto de Gastroenterología en La Habana, me trataron y no pude trabajar más.

Mi hija todavía está en la cooperativa. Yo también estoy, pero no puedo asistir a las asambleas.

¿Cuántos hijos tiene usted?

Tres. Tengo uno que trabaja en Rancho Boyeros. Desde chiquito Raúl lo escogió para trabajar en unos radares de las FAR. Mandó a pedir doce muchachos y en su escuela lo escogieron a él. Tenía catorce años cuando se fue a Camagüey para la preparación. Yo iba a verlo allá. Ahora tiene sesentidós y todavía trabaja

en comunicaciones. Ese es el del medio, la mayor es la hembra. ¡Cómo ha trabajado ella! Salió Estrella de la Toron-



Andrea del Pilar Rives Amador

83 años

Cooperativista

CCS «José Martí»

Santa Fe, Isla de la Juventud.

ja en Gerona. El otro es José Ramón, tiene una vaquería y también fue presidente de la cooperativa.

Andrea, ¿por qué no nos habla de su infancia?

¡Ah!, mucho trabajo y dificultades. Eramos en total diez hermanos, dos hembras y el resto varones. Antes del triunfo de la Revolución, vivíamos muy mal. ¿Te acuerdas que había eso de los Reyes Magos? Pues yo tenía delirio de tener una muñeca, imagínate, era chiquita. Escribí para que me trajeran una muñequita de al menos cincuenta centavos, porque sabía que no había dinero para tanto. Puse la carta en los zapatos y cuando amaneció, lo que tenía allí era un bultico. No me trajeron muñeca alguna. Yo me dije: «El día que tenga hijos, tiene que suceder algo muy grande para que no les compre un juguete».

Algunos años después, siendo madre, viví la misma pobreza. Yo tenía una cría de guanajos, pero en aquel tiempo no se vendían, no era como ahora. Entonces un día cogí cuatro guanajos y salí para Gerona con mis tres niños, a ver si podía vender los animales, para comprarle un juguete a cada uno. Anduve toda Gerona, fui a los lugares donde había gente de dinero y nadie me los quería comprar. Entonces fui a casa de Martha, la mujer de un polaco que tenía una tienda, y le dije: «Mira, esto no lo he podido vender. Si tú quieres, me das algo por ellos y así yo puedo comprarle algo a los muchachos». Le solté los cuatro guanajos en el patio y ella me dio diez pesos. Le compré una muñeca a Lily, un trompo a José Ramón y una metralleta a Pedro. ¡Y se acabaron los diez pesos!

Los juguetes los puse en los zapaticos de los niños por la noche y, al otro día, eso fue una locura. Cuando se levantaron, fueron corriendo a casa de la abuela, la mamá de Perico, a enseñárselos.

Recuerdo que cuando ganó Fidel, armamos tremenda gritería... Deseábamos mucho que él ganara. Esa mañana, cuando nos enteramos, corrimos para casa de mi mamá. Los muchachos y yo pasamos el río por el palo que unía las dos orillas y cuando llegamos, ellos estaban gritando también. ¡Qué lindo!

¿Cuáles han sido los momentos más importantes de su vida?

Las veces que por mi trabajo me eligieron para ir a La Habana. Cuando junto a Eloína, otra campesina, me llevaron a Pinar del Río y a esa playa linda que hay... ¿cómo se llama? Varadero. Se

hacían eventos, seminarios, grupos de música. También cuando conocí a Fidel.

Cuéntenos cómo fue.

Fui a ver a unas nietas mías que estaban enfermas en el hospital de Boyeros. Las niñas tenían una enfermedad que era muy importante parece, porque Fidel fue. ¡Ah!, era el dengue. Buscó y habló con las muchachitas. Ahí lo vi de cerca.

Pepe Ramírez también es una persona querida. Era como familia nuestra. Ahora está viejito y no lo veo nunca, pero él venía y yo mataba guanajos para comer.

¿Cuáles han sido los momentos difíciles de su vida?

Muchos... Ahora mismo, no tengo jubilación. Soy propietaria de tierras y cooperativista, pero la situación económica es complicada.

Lo más doloroso fue perder a mi esposo. Ibamos juntos a las reuniones de la ANAP. El era revolucionario y se nos murió rápido.

Y, ¿cómo es Andrea?

Yo soy sencilla, muy revolucionaria. Lo llevo en el corazón y me muero con eso, jamás traicionaría a la Revolución.

¿Cuáles son sus sueños?

¿Mis sueños? Ya tengo pocos. Estoy muy vieja. Todo lo que iba a pasar, ya lo viví. Sólo quiero que esto avance, que la Revolución se mantenga. Seguro me quedan cosas por decir, pero es imposible recordarlo todo.

Cuando mis tres hijos eran pequeños, la escuela quedaba lejos de la casa y se hacía difícil la transportación. Mi esposo tenía un tractor en el que no cabíamos todos, y para solucionar la situación, se me ocurrió ponerle un tanque chiquito de hierro. Yo subía a los niños dentro del tanquecito y me iba manejando por el llamado «Camino Real» —el que viene de Santiago de Cuba—, hasta dejarlos en la escuela. Después, me incorporaba a trabajar.

Estrella Estilita Espinosa. Sesintinueve años. Organizadora de la CCS «Álvaro Barba». Camagüey.

Campesina por todas partes

Para encontrar a Mirta hay que ir hasta El Centro, en Baraguá, Ciego de Avila. Unos dicen que el lugar se llama así porque se halla justo en la mitad de la Carretera Central, y otros porque es el «punto» medio entre Santiago de Cuba y La Habana.

De esas cuestiones hablamos con Mirta. Las distancias, los espacios..., el camino de la vida.

Nací en Corojo, en la finca San Luis, que era de mi abuela y tenía hasta cuadrillas de bueyes. Cuando cumplí los cuatro años, nos trasladamos para San Isidro, porque la familia entregó las tierras a la CPA «Mártires del 9 de Abril».

Con el paso de los años, me casé y vine a vivir a El Centro. Fui maestra en una escuela primaria y después secretaria del Jefe del Distrito en Tres Marías. Más tarde, estuve en una empresa pecuaria, durante cuatro años, y luego hice dos zafras como parte de una brigada de combinadas cañeras. Cortaba caña quemada y, a veces, empataba un día de trabajo con otro.

Pero la vida da tantas vueltas. Terminé en la misma CPA a la que un día se integró mi familia. ¿Quién lo iba a decir?

El regreso a los orígenes

Me incorporé a la «Mártires del 9 de Abril», en 1991, como obrera agrícola. Luego pasé al cargo que ocupo ahora, almacenera. Fui miembro del organismo de base, mientras existió ese sistema, y luego me he desempeñado como organizadora de la Junta Directiva. Me gusta mucho mi trabajo y trato de hacer lo mejor que puedo. He sido Vanguardia Nacional por diez años consecutivos y recientemente recibí, con mucho regocijo, la distinción «Antero Regalado». A pesar de que hoy me encuentro enferma, estoy contenta, pues mis compañeros me estiman y me han tenido en cuenta para todo esto.

La ANAP es un organismo muy humano, se ocupa de todos. Desde la cooperativa, atendemos a los jubilados y sus familias, los hogares maternos, los médicos, los maestros, los pioneros y sus círculos de interés. Participamos en todas las actividades políticas y nos involucramos en la construcción de obras. El campesino

cubano está en deuda con la Revolución, que nos dignificó y nos devolvió nuestros derechos. Creo que lo menos que podemos hacer es retribuir todo eso trabajando.

Administro tres comedores, que es una labor de mucho dinamismo. Además, me gusta organizar los festivales, los cumpleaños colectivos y llevar por escrito la constancia histórica de las principales actividades. Tengo toda la información relativa a las vacunas de los cooperativistas, cuántos hijos tienen y qué estudian, y hasta hago trabajo de prevención social en la comunidad. Formo parte de la Comisión de Quejas y Reclamaciones de la provincia y soy miembro del Buró y el Comité municipal de la ANAP.

En este momento curso un taller sobre género con una excelente profesora. Ya hablé con el presidente de la cooperativa para replicarlo con nuestras mujeres en cuanto lo finalice.

Todos los caminos conducen a...

En estos momentos vivo en la finca de mi esposo, que pertenece a la CCS «Raimundo Martínez». Soy campesina por todas partes... Me levanto a las cuatro y media de la mañana, hago el desayuno y lo ayudo a barrer el patio. Después salgo en la bicicleta para mi casa, donde está mi hija, y ahí cojo el transporte para la cooperativa. Entre las cinco y las seis de la tarde estoy de regreso. A veces la carreta se demora un poco en salir porque hay una candela, o porque se perdió un toro en una vega. Recojo la bicicleta y vuelvo para casa de mi esposo. Lo ayudo a echarles la comida a los animales. A veces son las diez de la noche y no me he acostado, porque ando en los trajines de la casa.

Cuando el trillo se pone difícil

Por suerte, no he tenido muchos problemas familiares. Sí pasé algunas dificultades cuando mi hija era chiquita. Su escuela quedaba lejos de la cooperativa y la carreta para mi trabajo salía a las cinco y cuarenta de la mañana. Tuve que pagarle a una compañera que vivía cerca de la casa, y cuya hija estudiaba con la mía, para que me la llevara un poco más tarde. Ella es mi vida. Me ha salido muy buena y estudiosa.

Ahora tengo un padecimiento de la columna bastante molesto. Dice el médico que es resultado de todo el esfuerzo físico que he hecho en mi vida. ¡Los años no perdonan! ¡Y pensar que fui Flor de Birama, que es un premio por la belleza y espiritualidad de la mujer!

Verdad que he trabajado fuerte. En la cooperativa, guataqueo, limpio, pinto; y en la finca, cargo cubetas de agua, raspo el estiércol de los animales en la escuadra. Quisiera que la salud me acompañe para seguir trabajando, porque ¿qué otra cosa voy a hacer en la vida? Necesitamos que la cooperativa prospere.

Sobre mi actitud ante las responsabilidades laborales, es cierto que no todos te miran bien cuando eres tan obsesiva. Hay gente a la que le gusta que sea organizada y hasta lo agradece: «Si no fuera por ti.» Hay otras que prefieren el reguero y me tildan de resabiosa. Ya en la cooperativa todos nos conocemos y hemos aprendido a relacionarnos con nuestras características. Mis compañeros me quieren y me siguen. Creo que es porque siempre soy la primera y porque todo pasa por mis manos. Yo soy una persona con mucho espíritu de trabajo y me gusta que las cosas salgan bien.



Mirta Salinas Alonso

44 años

Almacenera y Organizadora
CPA «Mártires del 9 de abril»
Baraguá, Ciego de Ávila.

Sigo adelante por mi cooperativa

Cae la noche y el frío se hace sentir en la casa de visitas de la ANAP, en Sancti Spiritus. En medio de la oscuridad aparece Mercedes.

Acabo de llegar de Trinidad. Cuando llamaron a la cooperativa para este asunto de la entrevista, me movilicé, cogí mi bulto y salí a pedir botella. Aquí estoy, pregunten lo que quieran.

Cuéntenos cómo ha sido su vida en el sector campesino.

Soy campesina desde que nací, hija de Juan Zúñiga y Dora Cantero. Con mi padre aprendí a trabajar la tierra. Me tocaba dar el frente, porque soy la mayor de cinco hermanos, y me iba con él para el campo a sembrar arroz, maíz, yuca, boniato, maní, ajonjolí, quimbombó, frijoles, de todo... Mi mamá también trabajó un tiempo en la agricultura para ayudar a mi abuelo, que tenía una finca grande aquí, en Sancti Spiritus.

Cuando cumplí quince años, me fui con un grupo de mujeres para La Sierrita, un lugar que queda en Topes de Collantes. La Federación hizo un llamado para ir a sembrar café y allí estuvimos casi dos semanas. Cumplimos esa misión y luego nos incorporamos a la limpia de caña y a la siembra de malanga, también como parte del llamado de la FMC.

Más tarde, cuando todavía tenía edad de soltera -más o menos dieciocho años-, llegó una convocatoria para ir a estudiar corte y costura, y me fui para La Habana. Allí logré terminar el segundo grado, y cuando regresé, estudié hasta el sexto con una maestra que venía a mi casa por las noches. Pero yo les voy a hablar claro, el que trabaja en la agricultura se atrasa un poquito, porque tiene los sentidos puestos en producir y, cuando llega a la casa, tiene que hacer el almuerzo, fregar, limpiar, lavar y planchar.

Cuando regresé a Trinidad, me incorporé a trabajar en una granja. Al poco tiempo me casé y tuve tres hijos: José Ramón, María de los Angeles y Aldennay. Cuando el más pequeño tenía cinco años, lo dejaba con mi suegra e iba para el campo a ayudar a mi esposo, porque había que mejorar la economía de la casa. Me puse a recoger cogollo con diez mujeres más, entre ellas

estaba Irundina, que era una hermana para mí. Cumplíamos la norma y hacíamos otra. Con el cogollo se alimenta el ganado, así que mientras más mazos lográramos completar, mejor era para la granja. Yo iba todos los días, incluso los domingos, a trabajar voluntario. Terminé esta labor y unos meses después se fundó la CPA. Eso fue en el año 1979.

Recuerdo que se dio una reunión en el Círculo de Magua y me acerqué al presidente para pedirle trabajo. No puedo explicar lo contenta que me puse cuando me mandó a buscar: es que el campo era mi vida, lo que yo sabía hacer. Comencé en la siembra de malanga y tumbando montes. Esto último lo hacía igual que los hombres, ellos con hacha y yo con machete.

Después pasé a trabajar a la Pica-Pica, que es el área en la que todavía trabajo. Para empezar, tuvimos que cortar mucho marabú. Cuando logramos preparar la tierra, sembramos allí arroz, viandas y vegetales. También formé parte de una brigada que se encargó de limpiar los campos para la siembra de caña. En ese momento trabajé con un grupo de mujeres que recuerdo con mucho cariño: Iriberta, Irida, Nery, Elsa, Gisela, Hilda, Gloria, Antonia y Paula. Había una cocinera que nos atendía muy bien, hasta en su casa nos preparaba comida.

En aquel tiempo, el presidente era Piquín y la cooperativa siempre estaba en el primer lugar de la emulación. Se daba un arroz muy bueno, la zafra tenía tremendos resultados y se producía mucha leche. Yo me sentía contenta y era de las primeras que hablaba en las asambleas.

Como hay que decir lo malo y lo bueno, les comento que ahora la cooperativa está un poco atrás. No obstante, yo les aseguro que vamos a subir la producción. Tenemos un presidente que tiene interés y sé que va a lograrlo.



Mercedes Delgado Cantero

60 años

Cooperativista

CPA «Felipe Iznaga»

Trinidad, Sancti Spiritus.

¿Qué hace ahora en la cooperativa?

Trabajo en el organopónico y, cada vez que puedo, ayudo en otras áreas. Chapeo, desyerbo, siembro, recojo, hago lo que me digan. Para que aumente la producción, hay que trabajar como si fuéramos una familia; y ahora más, porque hay que esperar el próximo Congreso del Partido con resultados.

Yo estoy donde la Revolución me necesite. En todos estos años me he movillado, cada vez que me lo han pedido. Estuve un mes en Topes de Collantes recogiendo café, después de un ciclón. Pidieron ayuda a la cooperativa y alcé la mano, fui una de las primeras en partir. Al año siguiente me fui a recoger café para la cooperativa de Limones.

¿Cómo es Mercedes?

Soy muy cariñosa con todo el mundo, por eso me quieren. Cuando trato a la gente les digo: «Mimi, mima, o titi». Eso me lo enseñó mamita y yo muero así. En mi casa me gusta hacer de todo y que las cosas marchen bien. Vivo con mi esposo, que también aporta a la CPA, aunque esté jubilado. Nuestros hijos siempre nos visitan y están pendientes de lo que necesitamos.

Creo que si vengo a sentarme en mi casa, terminaré enferma y duraré menos. El trabajo no mata a nadie y me siento feliz de hacerlo. En la cooperativa me mortifico, cuando me hablan de la jubilación. Una vez le dije a un compañero: «Si ustedes me quieren, no me hablen más del retiro, porque cuando me hice cooperativista nadie me orientó. Yo misma fui a hablar con la ANAP. Entonces, ahora nadie tiene que decir cuándo tengo que jubilarme». No me retiro hasta que vea el éxito de mi cooperativa. Cuando me jubile, voy a seguir trabajando, aunque será con más calma y sacando tiempo para estar con mis hijos y nietas.

¿Cuáles han sido los momentos más importantes de su vida?

Me pongo muy contenta cuando me seleccionan Vanguardia Nacional. Lo he sido dieciocho veces, y estoy guapeando este año para que me seleccionen una vez más. Un momento muy especial para mí fue cuando Raúl Castro me puso la medalla «Ana Betancourt». Todavía conservo una foto de ese encuentro. Además, tengo las distinciones de la ANAP y la «23 de agosto».

Por mi trabajo me han dado otros estímulos como una bicicleta, un ventilador, un televisor... Y es que nunca he perdido un día de trabajo en la CPA. Eso tengo que agradecerlo a los míos, a mi

esposo y mis hijos. Están conmigo en el surco y me estimulan. He estado movillada lejos de mi casa y mi esposo siempre lo ha entendido.

¿Qué le falta por hacer?

Quiero trabajar la tierra y producir más para el pueblo. Sueño con ver al Comandante Fidel recuperado y que la Revolución siga adelante. Mientras, sigo guapeando.

Soy una mujer mestiza de origen campesino. Hoy colaboro para que las mujeres de esta zona tengan un futuro mejor. Soy maestra y aprovecho mis habilidades para organizar talleres y círculos de estudios sobre la historia de las cubanas y sus posibilidades de desarrollo. Sé que faltan muchas cosas por hacer con respecto a las relaciones entre campesinos y campesinas. Trabajo para que los cambios pasen de las ideas a la realidad.

Sixta Eva Montero. Cincuentinueve años. Maestra colaboradora del Proyecto de Género en Vertientes. Guantánamo.

De cómo una niña frustrada se convirtió en una mujer plena...

...., así quiero titular el libro que voy a escribir sobre mis vivencias. Ese es un sueño que tengo.

Me crié entre mujeres. Mi mamá enviudó en pleno embarazo y fui única hija, sobrina y nieta durante muchos años. No nací en el campo, pero igual tengo un origen pobre. Mi mamá y mi abuela eran despalladoras de tabaco. Mi tía, que tenía mayor solvencia económica, me llevó a vivir con ella, porque la situación del país en aquel momento era muy difícil. Hasta pisos tuvo que limpiar mi mamá para sobrevivir.

La primaria la hice en una escuela pública y la secundaria en una academia privada de gente muy revolucionaria y amiga de mi familia que no me cobró.

A mí me criaron muy encerrada y sobreprotegida. No me dejaban salir a jugar con mis amiguitos, así que cuando pude «abrir los ojos», me rebelé. Me casé con dieciséis años, porque quería salir de mi casa. Al principio me sentí liberada, pero me equivoqué: del yugo de la madre pasé al yugo del marido. Enseguida tuve cuatro hijos, uno a continuación del otro, y mi esposo no me ayudaba en nada. No quise seguir en esa tiranía. Pensé que esa no era la vida que quería, y a los veintiún años me divorcié.

Cuando conocí a mi actual esposo, le dije: «Para que lo sepas, tengo cuatro muchachos. Si no te interesa, sal por esa puerta. Si me quieres ayudar, te quedas. Si no, aquí no ha pasado nada». ¡Llevamos cuarenta años juntos! Me ayudó con la crianza de los muchachos. Es una persona receptiva y de mente abierta. Con él tuve otro hijo.

Pero bueno, volvamos un poco atrás, para ver mi vida laboral y política. Ahí mi lema siempre ha sido -y así enseñé a mis hijos- que las cosas hay que hacerlas bien.

En 1957, ingresé en la Escuela Normal para Maestros en Villa Clara, mi provincia natal. No era fácil hacerse de una profesión en aquellos tiempos, pero el magisterio era la menos complicada. Mi madre trabajó mucho para que yo pudiera estudiar. Los

cuatro años de estudios los hice con la misma saya azul y la misma blusa blanca.

Estuve muy vinculada a la actividad de la Unión de Jóvenes Rebeldes. Siendo estudiante alfabetiqué a una familia muy pobre que vivía en las afueras de Santa Clara. No pude ir a las montañas, porque en ese momento tenía como siete meses de embarazo.

Una vez graduada, comencé a trabajar y, en paralelo, tuve mi precoz y múltiple maternidad. Eso limitó mi juventud, porque la pasé realmente criando hijos. No obstante, nunca dejé mi trabajo. Por ejemplo, mi hija de cuarenticuatro años inauguró el primer círculo infantil de Villa Clara con cuarenticinco días de nacida. A partir de ahí, todos fueron al círculo. A pesar de las dificultades, cuando pienso en los momentos importantes de mi vida, incluyo el nacimiento de cada uno de mis muchachos.

Mi carrera como maestra estuvo muy ligada a la naturaleza. Era profesora de Geografía y disfrutaba mucho llevar a los alumnos a excursiones al campo, y aprender sobre el terreno. Sobre el año 1974 nos mudamos a la ciudad de Cienfuegos, en busca de mejores condiciones para mi hijo pequeño, que era asmático. A partir de entonces, fui bibliotecaria y transité por varias instituciones del municipio.

Hace veinte años que trabajamos en la finca. Los últimos diez años, después de mi jubilación, los he dedicado por completo a esta actividad. Me vinculé al Movimiento Agroecológico y hoy soy la facilitadora de Agroecología de nuestra CCS «Manuel Ascunce Domenech», que es una cooperativa de vanguardia. Ese es un bichito que se te pega para toda la vida. Cuando usted empieza con esto, abandona para siempre la agricultura con químicos.

He asistido a múltiples capacitaciones de la ANAP, como mujer líder en este tema. Soy miembro del Consejo Técnico Asesor Nacional de Agroecología, en el que tengo varias tareas. Entre ellas, visitar todas las fincas agroecológicas de la región central del país, e incluso de La Habana y Matanzas. Para esta labor es importante el intercambio de experiencias entre campesinos. En este sentido, he comprobado el inmenso trabajo que desarrollan las esposas de los cooperativistas, en muchos casos, totalmente anónimo.

Las mujeres tenemos que ocupar el lugar que nos toca, luchar por poder. Cada vez que en mi casa me dicen: «Te ayudé», respondo: «No, hiciste la parte que te corresponde». Pienso que todavía nos falta un poco para llegar a la equidad de género. El país tiene que seguir trabajando en eso.

Yo siempre he sido una persona con un pensamiento abierto en ese sentido. Lo primero que tuve en mi vida fue una bicicleta, cuando se decía que no era cosa de niñas. Me encantaba mi bicicleta, pero a veces me tildaban de «marimacha».

Cuando nos tocó a mi esposo y a mí criar a nuestros hijos, los educamos para que pudieran hacer de todo. Tengo un hijo que es padre de una bebé y se levanta temprano a lavar los pañales. Yo les enseñé que esas cosas no les quitan ni un ápice de honra. Y su padre también limpia, friega.

En mi casa hice una biblioteca especializada para la cooperativa. Tenemos muchos materiales de género, Agroecología y ganadería. Los llevo a las asambleas, hago préstamos, los campesinos vienen a buscarlos o llaman para hacerme algún tipo de consulta. Me gusta sugerirles lecturas, porque creo que es necesario tener conocimientos teóricos y llevarlos a la práctica.

También en la finca organizamos talleres de Agroecología y género. Creo que ayudó mucho a los campesinos con eso. Tenemos doce promotores agroecológicos, y hasta los que no lo son llaman para preguntar sobre el tema. El trabajo ha dado frutos. Actualmente más del ochenta por ciento de nuestros cooperativistas usa materia orgánica. Hemos dispersado semillas y prestamos nuestro espacio para posgrados, incluso hasta para una maestría internacional.

La finca es la mejor aula que existe. Hoy tengo la pedagogía renovada.

Nosotros nos dedicamos además a la ganadería agroecológica. Antes teníamos cultivos varios, pero hubo que hacer una carretera de acceso a la fábrica de cemento y ahora tenemos la finca dividida. De modo que resulta difícil cuidar la siembra, así que pasamos a la ganadería. Tenemos seis vacas y el plan es un litro diario por cada una. En realidad, entregamos cuarenta litros diarios, porque creemos que es justo y necesario.

Mi marido se levanta a las cinco de la mañana para ordeñar. Yo a la seis hago el café, el desayuno y recibo la leche que me

trae para medirla y envasarla con las condiciones higiénicas adecuadas.

Tenemos sembrado mucho alimento para las vacas. En períodos de seca no pasamos aprietos. Mi hijo, el más chiquito, y yo presentamos un trabajo sobre el manejo integral de la ganadería, que fue premiado en los foros municipal y provincial.

Tengo la satisfacción de haber logrado la unión de la familia. Eduqué a mis hijos en la colectividad. Cada vez que tenemos un taller en la finca, todos nos ayudan: preparan meriendas, traen vasos, cucharas..., colaboran con los trabajos investigativos que hago, imprimiéndolos y guardándolos en CD.

En estos momentos, el menor trabaja con nosotros en la finca. Es nuestro relevo. Regresó hace poco más de un año, porque él es en realidad oceanógrafo. Está muy entusiasmado. Es atrevido, emprendedor, trae ideas nuevas y una capacidad de trabajo que permitirá que la finca progrese. Lleva muy poco tiempo y ya es Vanguardia Nacional Juvenil en la emulación UJC-ANAP. Ahora empezó a estudiar Agronomía en la universidad.

Como madre, a veces me da lástima y pienso: «Tanto que estudió y se sacrificó para hacer su carrera, y ahora mira cuánto trabaja como obrero agrícola». Sin embargo, lo veo feliz con su decisión y evidentemente adora la vida que está llevando. La otra Elisa que hay en mí -la campesina y dueña de finca- está segura de que nuestro aporte al país crecerá con su trabajo.

Para mí la jubilación ha sido maravillosa. He hecho más cosas y me he sentido más realizada que en los treintinueve años de trabajo anteriores. Puedo decir con certeza que ha sido una etapa fructífera. ¡He aprendido tanto! He sido Vanguardia Nacional por dos años consecutivos en la ANAP y hablé con Fidel.

Les cuento. En el 2001 me eligen la mejor investigadora del país en la condición de jubilada. Por toda mi obra, me invitaron al Foro Nacional. Hasta ese momento, yo tenía como siete trabajos investigativos sobre la cría de conejos, la siembra de flores, la agricultura agroecológica y el proyecto de la biblioteca de la cooperativa. Los que iban a ser premiados estaban sentados en primera fila, para recibir el reconocimiento de manos del Comandante, pero yo estaba en la última, con el grupo de Cienfuegos. Cuando dijeron que me habían otorgado la Distinción Especial, me quedé paralizada en el asiento. La gente empezó a decirme:

«¡Apúrate, que Fidel te está esperando!»; «¡No te apures, que te caes!»... Yo no sabía ni cómo caminar. Ese día me sentí muy emocionada cuando él me dijo: «Usted es una campesina investigadora».

Otro de mis momentos cumbre fue cuando me entregaron el carné del Partido. Soy miembro de la Comisión Ideológica del PCC Provincial desde hace varios años y eso es un orgullo para mí.

Hago un programa de televisión sobre cultura alimentaria. Creo que soy un poco atrevida, porque ese es un medio con el que no tenía cercanía. Una vez me invitaron a un programa que se llamaba Perlas Cotidianas, porque era la mejor productora de conejos de la provincia. Ya no crío conejos, pero parece que le cogí el gusto a la televisión. Me encanta hacer recetas de comida para la gente, y que escriban y me llamen comentando o haciendo preguntas.

He tenido frustraciones. Perdí a un hijo en un accidente y padezco una osteoartritis que me limita. Pero soy una persona optimista. No le tengo miedo a la vida. Amo a mi familia y a esta Revolución. Tuve la oportunidad de conocer México por el trabajo de Agroecología, y sufrí con las desigualdades sociales y la miseria de los campesinos. Cuando me bajé del avión, me eché a llorar y le dije a mi esposo: «Hoy soy más revolucionaria».



Elisa Perdomo Pérez

65 años

Cooperativista

CCS «Manuel Ascunce Domenech»

Cienfuegos.

Una cosa es ser reserva de la presidenta municipal y otra muy distinta es tener esa tarea en tus manos. Recuerdo el día en que el Buró Provincial me comunicó que sería nombrada. El nerviosismo apenas me dejaba hablar. En pocos minutos comenzaron mis tormentos: «¿Cómo lo digo en la casa?» Llegué y le dije a mi esposo: «Hay un acontecimiento, soy la presidenta de Fomento». Su respuesta me gratificó: «Entonces, tenemos que ayudarte». Ha sido un camino difícil pero, poco a poco, veo los logros.

Lidia Esther Rodríguez. Cuarentidós años. Presidenta de la ANAP Municipal de Fomento. Sancti Spiritus.

La CPA «Sabino Pupo» del municipio Manatí, en las Tunas, enfrenta desde los últimos años un intenso proceso de reorientación agrícola. Antes se cosechaba caña de azúcar. Hoy la tierra muestra una producción de distintos colores, diversa. Tras el éxito de ese proceso, hay una mujer llamada Milagros, que desde hace cuatro años preside la cooperativa.

Para mí las mujeres son vanguardias. Trabajan la doble jornada en condiciones mínimas y son muy disciplinadas y dedicadas. Por eso a las que trabajan en el campo en el horario de la mañana, las ponemos por la tarde en el área pecuaria. O si no, trabajan corrido, para que no se dañen con el sol del mediodía. También creamos plazas en los viveros, para que ellas no trabajen directamente en el campo. Las consideramos un poquito más. Buscamos alternativas para que no se enfermen los días que no deben estar en el fango o bajo la lluvia.

¿Cómo llegaste a ser presidenta?

Comencé a trabajar en 1974, muy jovencita. Me incorporé a una granja en «La Guinea», para impartir clases gratuitas a los jefes de área y los responsables de brigadas cañeras. En ese lugar, me fui adentrando en el trabajo de oficina y, cuando vine a ver, ya tenía experiencia en la contabilidad. Matriculé entonces en un politécnico, pero algunos problemas de salud me impidieron continuar los estudios. Me quedé apenas con la calificación de técnico medio.

Más tarde, trabajé como contadora en la Granja «Orlando Venega», y luego como económica en la UBPC «Juan Manuel Márquez». En ese tiempo ya yo vivía aquí, en el Cerro de Caisimú. Entonces me propusieron venir en 1992 y me incorporé a la cooperativa. Trabajé varios años al frente del área económica y luego me eligieron presidenta.

¿Es difícil ser presidenta?

Considero que es un trabajo de hombres, porque todo el tiempo estás en la calle. Hay que dedicarle muchas horas al campo. Es un trabajo de sol y de andar montada lo mismo en un tractor,

en un caballo, que en cualquier otra cosa. Exige mucha responsabilidad.

Me sometí al cargo, porque las mujeres también podemos hacerlo. Tengo fuerza de voluntad, autoridad y prestigio ante mi asamblea, y me considero ejemplo. Por mis resultados fui seleccionada miembro del Buró y del Comité Municipal de la ANAP de Manatí. A nivel provincial tengo las mismas responsabilidades y, además, soy miembro del Comité Nacional de la Organización.

¿Cómo es el trabajo, abajo, con los campesinos?

Trabajar en la base no es lo mismo que arriba. El trabajo directo con el hombre y la mujer es más difícil, porque son cientos de miles de problemas a diario y cosas que tienes que solucionar. Debes tener ética profesional para hablar con los cooperativistas, y que ellos entiendan y queden satisfechos. Dirigir no es fácil, y más cuando faltan los recursos. Me he vuelto hipertensa porque cojo mucha lucha. Me parece que las cosas no van a salir y me pongo como loca... Tengo que estar detrás de cada detalle.

Describenos un día tuyo.

A las seis de la mañana, ya estoy con mis cooperativistas. Me pongo de acuerdo con los jefes de brigada y salimos de recorrido. Vamos a los campos de caña, al organopónico, al taller, a los viveros forestales, a donde la gente trabaja.

A veces tengo reuniones y papeles que escribir, pero paso más tiempo en el campo que en la oficina. Almuerzo al mediodía y una hora después regreso al trabajo, hasta las seis de la tarde. Los sábados siempre me encuentras en la cooperativa y los domingos doy mi vueltecita para ver cómo está la cosa.

Soy de las que se levanta a la una de la madrugada y le dice al compañero que atiende la seguridad y la protección en la cooperativa: «Coge un tractor y vamos para la vaquería». Cuando comienza la producción cañera, son las seis, las siete, las ocho de la noche y no llego a mi casa.

Milagros, eres Vanguardia Nacional. Además de tus responsabilidades como presidenta, militas en el PCC e integras el Consejo de Defensa de tu zona. ¿Qué disfrutas más cuando tienes tiempo libre?

Me gusta ver la televisión. Aunque a veces me quedo dormida por el cansancio que tengo. En realidad tengo poco tiempo para la casa. Es frecuente que tenga que lavar por la tarde o por la

noche, cualquier día y a la hora que pueda. Es mucho el sacrificio, pero mis hijos y mi esposo me comprenden. Vivo con él, y cuando llego, ya las cosas están adelantadas. Llevamos diez años de unión, que es lo fundamental.

¿En qué batalla está enfrascada tu cooperativa ahora mismo?

La ANAP tiene una escala de rendimiento cañero que otorga oro, plata o bronce a las cooperativas cañeras, según las toneladas que recogen. Cuando se inició este sistema de emulación, gané, y ahora intento volver a hacerlo. Recibir un trofeo en la Plaza de la Revolución, ante los dirigentes del país, es más que un honor.

Del mismo modo, te digo que es muy importante mantener los resultados, el prestigio y la autoridad, en un sector de tanto sacrificio y dedicación como el nuestro. Hasta ahora he logrado todo lo que me propuse en la vida. Mientras mi salud lo permita y mis cooperativistas estén de acuerdo, pienso mantenerme aquí.



Milagros Téllez Ríos

51 años

Presidenta

CPA «Sabino Pupo Millán»

Manatí, Las Tunas.

¡Catalina, es mucha Catalina!

Disculpen la demora. Andaba por el monte, porque ayer Blanquita se perdió. Era una chivita muy apegada, que mi mamá crió con mamadera. La encontré muerta debajo de una cerca...

Pero espérenme un poquito más, que allá está mi esposo pastoreando las vacas y ellas no le hacen caso. Yo las llamo por su nombre, les chiflo y enseguida salen. ¡Gloria, Mariposa, Negrita! ¡Arriba, Sulmira! ¡Linda! ¡Dale, Tarrigacha! ¿Tú no oyes, Preciosa? Bueno, ahora sí empieza la historia.

Cuando me mudé para esta finca, traje algunos chivos y comencé a producir leche. Se utilizaba para alimentar a niños enfermos en los hospitales y para hacer un queso para el turismo. También aportaba carne, cosa que todavía hago. Luego pasé al ganado mayor y hoy soy productora de leche de vaca.

Por mis resultados he recibido varios diplomas y regalos. Soy miembro de la Asociación Cubana de Producción Animal (ACPA), y presidenta de su base en este lugar.

Hace alrededor de seis años me convertí en cooperativista. En la cooperativa cuentan conmigo para todo. Cada vez que hay algo que hacer para ayudar a los demás, ya sea en la siembra o en una reunión, yo digo: «¡presente!»

Es habitual que me pongan a dirigir las actividades. Me dicen: «Catalina, esto es tuyo», porque saben que soy de las personas que «parte la naranja al medio». Me dan el encargo de repartir los dulces, el refresco y esas cosas, y si tengo que decirle a alguien: «Oye, ya tú has pasado dos veces por aquí y falta gente por comer», lo hago sin pena alguna.

Todos somos cooperativistas y aportamos. Es justo que recibamos por igual. Imagínense que en la CCS eligieron a tres compañeros para encargarse de las cuestiones jurídicas y, entre esos, estaba yo. Soy además la presidenta del CDR y la secretaria del bloque de la Federación.

¿Cómo son mis días?

Aquí en la finca me levanto temprano, tiendo la cama y salgo a barrer el patio. Los animales duermen ahí, y cada día tengo

que recoger casi cinco vagones de estiércol. Mientras, mi esposa cuele el café, ordeña, lleva la leche y, cuando regresa, me ayuda a limpiar el otro patio. Debido a mi hipertensión, se me ha presentado una insuficiencia cardíaca y ahora no puedo hacer tantas cosas. Pero soy activa, no sirvo para estar sentada. Lo mismo hago una cerca, que ayudo a hacer el parto a una chiva.

Llevo una libreta con la relación de nombres, con el día, el mes y el año en que nació cada animal. Estoy pendiente de la vaca cuando está en celo y llamo rápido por teléfono a los veterinarios para que vengan a hacerle la inseminación artificial. Cuando veo que una de ellas intenta trepar encima de otra, sé que ha llegado el momento. Ya se inseminaron varias. ¿Ven ese ejemplar pintico que va por ahí?; se llama Nano, como el personaje de la telenovela argentina, y es hijo de una vaca inseminada. Quiero que se reproduzcan así, porque es una manera de refinar la raza lechera. Disminuyo la cantidad de ganado, pero la calidad de la producción aumenta. Dicen que van a preparar a tres o cuatro muchachos jóvenes de la cooperativa para que hagan este tipo de trabajo.

Por la tarde recojo a los animales. Los llamo por su nombre y ellos vienen. Les paso la mano, los cojo por la sogueta y los guardo. A las dos yeguas que tenemos no las acaricio tanto, soy más porfiada con ellas. Con los animales también hay que tener cuidado, porque a veces no te entienden... o, mejor dicho, uno no los entiende. Ellos te van conociendo con el roce diario. A veces son las nueve de la noche y no nos hemos bañado, porque andamos buscando a un animal perdido o pendientes de alguna vaca que va a parir.

Lo único que no hago es ordeñar. Sé hacerlo, pero como tengo un problema en la pierna derecha que me impide levantarme con rapidez, siento un poco de miedo. El animal es como cualquiera: si le pica una abeja u otro bicho, reacciona bruscamente y, como tiene las patas amarradas para el ordeño, te puede caer encima. Hay que tener agilidad.

¿Cómo es Catalina?

Nací y me crié en el campo. El día que me tenga que ir para el pueblo, va a ser mi muerte, porque no estoy acostumbrada. No obstante, soy una campesina moderna. Hay gente que dice que la campesina es rústica, pero yo lo mismo me monto en un caballo para salir a buscar un animal, voy al monte con un hacha a

cortar palos y chapeo, que manejo, tejo, bordo, coso y hago de peluquera de mi familia... Me duele que le pase algo a un animal, y me gusta mucho el teatro, la danza, la pintura. Me encanta bailar. Estuve en el Club Danzonero de Gerona, pero tuve que dejarlo por las dificultades con el transporte.

Me deleita inventar dulces. Casi siempre tengo dos o tres postres diferentes. He hecho dulce de chícharos y de sangre de puerco. No pongan esa cara, que cuando los ofrezco sin decir de qué son -por cuidado con la gente escrupulosa-, me comentan: «Está exquisita esta natilla de chocolate». ¿Ustedes no comen morcilla? Pues son parientes. Mi mamá y mucha gente de aquí de la Isla lo hacen desde hace años, y quiero decirles que es un dulce fino. Lleva nuez moscada, clavo de olor, galleta molida, vainilla, leche, pasas, maicena o harina, mantequilla, su punto de sal y azúcar.

También les digo que, aquí donde me ven, soy una persona de carácter fuerte. No me gusta que me mientan, prefiero la verdad aunque sea dura. Me satisface que la gente sea justa. Siempre lo he dicho, tengo cuatro hijos y si alguno hace una cosa mal, lo reconozco.

La vida militar me encanta. Hubiera disfrutado ser marinera mercante, o artista. Soy un poco contradictoria, ¿verdad?

Cuando tenía cuarentitrés años, pasé la escuela de las Milicias de Tropas Territoriales. Inauguramos una institución que está al lado del Presidio Modelo. Nos hicieron sargentos de primera y yo era la jefa de una de las casas en las que nos organizábamos. Un día tuvimos que recorrer sesenta kilómetros, pero el jefe me mandó para la casa, porque yo había sufrido una caída en una maniobra y me afecté la pierna. Yo le dije: «Usted es el que manda, pero yo voy a caminar esa distancia, con fusil arriba y con todo, como las demás». Así lo hice, aunque hubo muchas mujeres más jóvenes que no pudieron. El mayor me decía: «¡Catalina, es mucha Catalina!»

Yo soy decidida. No tengo miedo de enfrentarme a nada ni a nadie. A veces soy impulsiva, o siento miedo escénico por mi nivel de escolaridad.

¿Cómo fue mi infancia?

Figúrense, campo adentro. Libre, corriendo sin zapatos por todo el cerro aquel, allá en La Ceiba. Me crié en una casa de tablas, con piso de madera y techo de guano. Mi padre tenía trabajo

sólo tres meses al año, en la zafra de la toronja, el pepino y el melón. Eramos gente humilde. Nos bañábamos en el arroyo y pescábamos. Llevábamos una vida sana.

Por el camino de los bueyes iba hasta la escuela, que quedaba un poco lejos. En realidad dejé de estudiar porque no me gustaba y comencé a trabajar en el campo. En la granja «Revolución», sembré boniato, yuca, calabaza. Guataqueaba y le daba duro con una maceta a los sacos de abono que venían hechos una pelota, para suavizarlo.

No me gusta leer, lo mío es la práctica. Lo mismo te pongo un ladrillo, que levanto una casa de madera, que pongo una ventana, pero todo eso por mi voluntad, no porque haya pasado cursos ni nada.

Alcancé sexto grado, cuando ya era una mujer hecha y derecha, con veintitrés años y ya con mis cuatro hijos. Mientras los niños eran chiquitos no trabajé. No quise llevarlos al círculo infantil, porque prefería cuidarlos yo. En eso sí estaba «chapada a la antigua». Cuando ellos comenzaron en la escuela, fui turbinera durante catorce años. Después empecé como chofer de Emilia, la jefa de Comunales. Manejaba su yipi y hacía de mecánica. Un día fuimos a una unidad militar y un capitán le preguntó a Emilia: «¿Ella quién es?» Le respondió que yo era su chofer. Uno de los militares abrió los ojos y dijo: «¡Qué raro! No parece un chofer, no tiene estilo de varón». En aquella época yo me pintaba el pelo de rubio y andaba muy arreglada. Me viré para aquel hombre y le dije: «Compañero, el hecho de que yo maneje, no tiene que ver con que sea femenina».

Más tarde administré una casa para la recogida de materia prima, en la que limpiaba, atendía a la población, llevaba los papeles de oficina y manejaba el carro de carga. Luego, tuve que dejar de trabajar para encargarme de los animales. A veces deseo estar más activa, pero no puedo con este problema del corazón. En ocasiones he llorado, porque quiero ayudar a mi esposo, pero me canso o me falta el aire. Me siento impotente.

El también me ayuda. Ahora no tanto, porque desde hace cinco años tengo a mi mamá aquí conmigo que lo hace todo y no le gusta que los hombres hagan nada. He hablado a solas con ella: «No me le quite la costumbre a Carmenate, porque si yo sé salir a coger un animal, hacer una cerca, chapear o cortar una

mata, él también puede fregar, lavar o barrer». De hecho, él sabe hacer todo eso y siempre me ayudó. A mis hijos, que son cuatro varones, les enseñé las labores de la casa y ahora ayudan a sus mujeres. Siempre pensé que tenían que valerse por sí mismos. Yo andaba manejando por ahí y podía tener un accidente. Si les faltaba alguna vez, tenían que hacer sus cosas.

Con tanto que he trabajado en mi vida, jamás he dejado a mis hijos atrás. Siempre he sido del criterio de que a ellos los crío yo. Si salía con mi esposo a divertirnos, los llevaba con nosotros, aunque se acostaran a dormir en el carro.

¿Cuáles son mis sueños?

Mi padre decía que se podía morir tranquilo el día que los americanos entregaran la Base Naval de Guantánamo. Desgraciadamente no lo pudo ver, pero yo quisiera verlo.

Tengo otros sueños que son inalcanzables con esta edad. Hubiera querido cumplir una misión en cualquier país, en beneficio de mi pueblo y de la Revolución. Quisiera ir a México, para conocer sus campos y su gente. Cuando siento la música mexicana, es como si estuviera dentro de ella. Eso sí, a mi Cuba no la dejo por nada. Aquí nací y aquí me muero.



Catalina Martínez Rives

60 años

Cooperativista

CCS «Jesús Menéndez»

La Demajagua, Isla de la Juventud.

Soy una mujer de palabra y vengo a Maisí para hacer lo que se necesite. Si hay que sembrar, recoger lechuga o café, lo hago. Pero si el asunto es otro y hay que poner los tubos para el agua, también asumo el trabajo. Yo vivo en la ciudad de Guantánamo y a veces mis hijos me dicen: «Mamá, no vaya para allá, que ese lugar está lejos». Los escucho y los dejo hablar, porque mientras tenga fuerzas, seguiré aportando a mi Revolución.

Melba Nidia Maceo. Setenta años. Jubilada colaboradora de la CPA «José Maceo». Guantánamo.

Siempre admiré el papel de la mujer campesina

«Pero escucha, papá...», le decía, pero no me quería escuchar. Yo tenía diecisiete años y quería que mi familia se integrara al movimiento cooperativo. Estaba segura de que nuestras condiciones de vida mejorarían en la intrincada finca La Caridad. En la cooperativa había luz eléctrica. La escuela y los servicios de salud estaban más cerca. Mis cinco hermanos querían lo mismo, pero mi papá tenía miedo de que la entrada a la cooperativa le impidiera mantener económicamente a la familia.

Pero un buen día, por fin, dio su brazo a torcer. La insistencia de los hijos, sobre todo del que cumplía misión internacionalista en Angola, le hizo cambiar de opinión.

El cambio vino, por supuesto, pero nunca nos imaginamos cuán grande sería. A los seis meses, ya mi papá era el vicepresidente de la CPA «Neptalí Martínez» y dos de mis hermanos trabajaban con él.

¿Cuál fue tu rumbo?

Terminé el preuniversitario y cogí el Técnico Medio en Contabilidad. En esos momentos, la cooperativa no tenía ningún económico, y entonces yo, que todavía era estudiante, comencé a asesorar desde mi casa. Uno de mis hermanos era el económico de un campismo y entre los dos ayudamos a la cooperativa. Cuando ya tenía un año de estudios, aún nadie ocupaba la plaza de económico y entonces sí tuve que incorporarme directamente. Para mí, el hecho de que la cooperativa estuviera formada por familias me comprometió y me metió en sus problemas. Me gusta que los campesinos salgan adelante, que la gente tenga ganancias y no haya derroche.

¿Cuándo llegas a dirigir a nivel municipal?

Al año de estar allí, me captan como funcionaria de la ANAP. Me voy a atender el frente ideológico en el municipio Cifuentes. Luego me promueven a miembro del Buró Municipal para atender la Esfera de Educación y Trabajo Ideológico. Y dos años más tarde, me eligen vicepresidenta del municipio.

Pero los movimientos no terminan ahí.

Me trasladaron al municipio Encrucijada como miembro del Buró. Había algunos problemas en ese municipio y se me pidió que trabajara allí. En esa función estuve hasta que en 1994 me eligen presidenta de la ANAP en ese territorio. Cuatro años después, continuaron mis movimientos, esta vez como funcionaria de la organización en la provincia y, poco después, como presidenta del municipio cabecera, Santa Clara. Todos los días viajaba más de cuarenta kilómetros de ida y vuelta hasta mi casa.

Así, hasta en el año 2000, tras un proceso de evaluación de la organización, se fortalece la dirección provincial con cuadros de experiencia. A mí me proponen miembro del Buró Provincial para atender la esfera de Organización y Administración, cargo que todavía desempeño.

Neisy, tu vida prácticamente ha transcurrido en la ANAP. ¿Cuánto le debes a tu papá por tomar aquella decisión?

Sí, casi toda mi vida ha transcurrido en la ANAP. Me llena de satisfacción haber recibido la distinción «Antero Regalado» y que me hayan propuesto para recibir la medalla «Romárico Cordero». A mi papá le debo todo. Él fue cooperativista hasta su último día. Tuvo un infarto y murió en la cooperativa. La «Antero Regalado» la recibí un mes después de su muerte.

¿Qué haces para mejorar la situación de la mujer?

Siempre admiré el papel que juega la mujer campesina en Cuba. Lo conozco muy bien y lo he defendido desde el primer día que trabajé en la ANAP. Dirijo la Comisión de Género de la provincia y enfatizamos mucho ese trabajo dentro del propio Buró, del Comité. Queremos divulgar, atender e incorporar a las mujeres a la Organización. Todas las que se jubilaron, las que hoy no pertenecen a la ANAP por padecer alguna enfermedad, siempre han sido una prioridad para mí.

Como casi todas las mujeres campesinas, tienes una participación muy activa en los CDR y la FMC. ¿Qué te han dado ambas organizaciones?

Otra de las condecoraciones que me han entregado es la «23 de Agosto», de la FMC. Pero, curiosamente, a mí me identifican más con los CDR que con la Federación.

En mi primera cooperativa coordiné los CDR. Los comités son más masivos, atienden un mayor número de cosas. Los miembros

dijeron: «Vamos a ponerla a ella, porque nos defiende...» Eso es algo que se ve con frecuencia en las cooperativas: nace un líder de la noche a la mañana. Son familias muy humildes y el campesino se caracteriza por eso: si alguien lo representa en algo, se hace líder. En realidad, ellos veían a mi familia como una de las de mayor nivel cultural, porque mi papá era muy inteligente, serio y responsable, y la gente lo respetaba mucho. Eso incidió en que a sus hijos también nos respetaran. Luego, cuando la cooperativa nos hizo una casa en el poblado de Mata y nos mudamos para allá, dirigí varios CDR.

¿Qué problemas te ha traído ser una mujer líder campesina?

En el año 2000, las organizaciones de Santa Clara me entregaron una casa. Fue muy difícil, porque aún estaba casada con el padre de mis hijos. Llevábamos quince años de matrimonio, pero él no aceptó venir a la ciudad. Se pasó un año aquí, pero tuvimos tantos problemas que al final nos divorciamos. A pesar de ser un cooperativista, él no aceptó mi desarrollo en aquellos días. Tengo que decirlo así, categóricamente.

Debe ser difícil para una mujer, estar sola en una ciudad grande. Vivir en La Caridad, luego en Mata y, de un salto, en Santa Clara.

Vivir aquí ha sido un cambio de 180 grados. Todo me queda lejos. En la comunidad donde vivíamos todo el mundo se conocía y se quería. En la ciudad no, la gente vive en su casa y casi ni habla. Yo todavía me estoy adaptando (*sonríe*). Por suerte, a mi mamá siempre la he tenido cerca. En este trabajo, si no tienes una persona que te ayude a cuidar los hijos y la casa, las cosas se te complican. Mi familia es el apoyo total que me ha permitido dirigir en la Organización durante más de veinte años.

¿Qué hacen tus hijos?

Tengo una hija de diecinueve años y un varón de trece. La niña ha seguido mis pasos, es dirigente de la FEU y la UJC. Y el niño es muy desenvuelto.

Tras cuatro años de divorciada, me enamoré de un trabajador de aquí de la ANAP. Él era chofer y había trabajado veinte años en la Organización. A raíz de nuestra relación, decidimos que se fuera para el Partido municipal. Le va muy bien. Me ayuda muchísimo y también a la ANAP, porque quiere a la Organización tanto como yo.

¿Eres muy exigente para el trabajo?

Yo soy una persona que, como dice la gente en la calle, «coge mucha lucha con todo». Me gusta cumplir y, cuando no puedo, busco ayuda. Pero sobre esto no puedo hablar sólo de mí.

Mi familia siempre ha tenido como concepto que si te dan una responsabilidad, tienes que cumplirla. Para mí, la familia es una cosa sagrada, y me sentiría muy abochornada si no cumplo con mi deber.

A pesar de tu seriedad para el trabajo, dicen tus compañeros que tienes un excelente y criollo sentido del humor.

Utilizo un lenguaje campesino que le llega a la gente. Cuando usted va a una asamblea en una cooperativa, primero tiene que observar el auditorio. ¿Hay mujeres? Ah, si hay mujeres, entonces hablaremos de temas relacionados con la mujer. Si hablamos de la contratación, por ejemplo, nos preguntamos: ¿Qué papel realiza la mujer en la contratación? Si no, ellas se sienten omitidas, excluidas.

Me voy de visita a un lugar y lo primero que hago es ir a las casas de la gente. Hoy las mujeres tienen un problema y me llaman a mí. Creo que han comprendido que una cooperativa no se desarrolla sólo con el esfuerzo de los hombres.

Yo no soy de las que suben el tono de la voz para que las respeten. Durante un tiempo fui muy impulsiva. Veía a los hombres dirigentes hablando alto y me puse parecida. Eso me trajo algunas dificultades, pero un día dije: «Esta no es Neisy. Tengo que lograr ser yo». Para dirigir, no hay que hablar alto, ni ponerse brava, ni dar un golpe arriba de una mesa. Hay que dirigir como una mujer».



Neisy Amalia Santos Silva

42 años

Miembro de la Esfera de Organización
y Administración del Buró Provincial
Villa Clara.

En Guanaroca nací y en Guanaroca me crié.
En Guanaroca me casé y en Guanaroca seguí.
En Guanaroca viví, trabajando con papá.
Quiero decir algo más, de noche como de día,
Trabajar me parecía no terminar jamás.
Talimando, talimando para coger camarones.
Andaba por los rincones trabajando y hasta cuándo.
Algunas noches soñando porque en la playa dormía.
Trabajar me parecía que nunca iba a terminar.
Tenía que trabajar porque sino, no comía.
Sobre las seis de la tarde mi madre me despedía
Y llorando me decía: hijita, no te acobardes.
Yo contenta y sin alarde, pero con mirada intensa
Y con alegría inmensa a mi madre le decía
No llores, madrecita mía, pronto tendré mi recompensa.

¡Mi recompensa fue el triunfo de la Revolución!

Cándida Rosa Román. Setentiséis años. Jubilada de la CPA «Mártires de Barbados», Cienfuegos.

Cuando volver atrás puede ser mejor

Si tengo que hablar de mí, lo primero que diré es que mi procedencia campesina data de muchos años: mis padres, mis abuelos y sus antecesores. Papá presidió una base campesina. Mami fue inicialmente ideológica de la misma y luego pasó a ser delegada de la circunscripción. Viví mis primeros años en ese ambiente de relación con el campesinado. De ahí aprendí muchas cosas, de las que fui consciente unos cuantos años después.

En realidad mi inclinación inicial fue por las artes en general. Poseía facilidad para las manualidades, me gustaba la plástica y también tenía algo de poeta, pues escribía décimas que presentaba en la cooperativa junto con mi papá. Contribuía siempre con las Jornadas Cucalambeanas de aquellos tiempos. Cuando cursaba la primaria, existía una escuela de arte con régimen interno, pero mis padres no aceptaron que me alejara de ellos.

Después comencé a distanciarme un poco de esa dinámica por las propias características de los estudios secundarios y preuniversitarios. No obstante, en ese período me eligieron Flor de Birama. Tuve la dicha de inaugurar el preuniversitario militar «Camilo Cienfuegos» y descubrí allí mi afinidad por esa vida. Haber sido «camilita» me enseñó cosas que forman parte de mí definitivamente.

Trabajé durante un año en el Comité Militar del municipio Céspedes y luego tres en el de Florida. Más tarde, comencé a presentar problemas de salud. En esa época, tuve a mi segundo hijo y sentía que era difícil llevar tantas responsabilidades. Debuté con hipertensión arterial. Tomé la decisión de pasar a la vida civil y estuve laborando entre el Tribunal y la Fiscalía de mi municipio a lo largo de seis años. Después, pasé a ser cuadro de la UJC.

De regreso al MININT estuve cuatro años hasta que, en 1995, ocurrió un cambio brusco en mi camino. No sé si te ha pasado alguna vez que tu familia se reúna para tomar una decisión y te elijan a ti para asumir una responsabilidad. Pues a mí me pasó. Recayó sobre mí la propiedad de tierras y la necesidad de ser cooperativista. Como parte del reordenamiento del país en el

período Especial, se quiso fortalecer las Cooperativas de Créditos y Servicios, y entró en vigor una ley que nos permitió legalizar un terreno que había en los alrededores de la casa. En esa situación, mis padres no podían declararse propietarios, pues ya habían entregado tierras a una CPA y pertenecían a ella. No había varones para dar el paso al frente y mi hermana mayor no quería saber del campo. Entonces yo dije: «Esto no se puede perder. ¡Vamos a echar para adelante!»

No te voy a mentir, me sentí un poco extraña. Era la finca en la que nací y me crié, mi lugar de origen, pero yo no tenía experiencia de trabajo. No es lo mismo ver cómo se hacen las cosas que hacerlas tu misma. La adaptación fue difícil. Mi padre no se había jubilado todavía y tenía a mis dos niños chiquitos, con cinco y seis años. Por suerte, ellos ya comenzaban a sentir inclinación por esta vida.

Había que responder a planes de producción y entregas al Estado, así que tenía sobre mis hombros un gran compromiso. Las cosas salieron bien. A los dos meses de estar asociada a la cooperativa, me propusieron como organizadora. Al año siguiente, ya era miembro del Buró y del Comité de la ANAP en el municipio, cargos que ocupó hasta hoy. Fui por un período de cuatro años secretaria del núcleo del Partido y, en el 2003, pasé a ser la presidenta de la CCS «José Martí». Además, tengo otras ocupaciones: formo parte de la Comisión de Ciencia y Técnica de la provincia, desde hace tres años soy coordinadora municipal de Agroecología y, recientemente, me eligieron miembro del Comité Provincial de la ANAP.

Nuestra cooperativa es ganadera en estos momentos, aunque también tenemos cultivos varios. Deseo y espero que llegue a ser de élite dentro de la provincia.

Lo que más disfruto de mi labor es la vinculación con los campesinos. Todos los días aprendo algo con ellos. Me gusta llegar a una finca y ayudar en lo que haga falta. Si hay una mujer lavando o cocinando, me pongo a trabajar con ella. Si están sembrando maíz, para allá voy. Si tienen algún enfermo, me quedo a cuidarlo en el hospital. No sé si está bien dicho, pero yo creo que se nace con el liderazgo. Sin autosuficiencia ninguna te digo que no todo el mundo tiene esa facultad. Hay quien es jefe, pero no puede ser líder. Ese es quien convence, quien llega al corazón de las perso-

nas. Claro, en mi caso tuve unos padres que eran respetados y queridos por la gente de la zona. Eso no se hereda, pero influye.

En el campo he hecho casi todo, menos ordeñar. En la cooperativa tenemos mujeres que ordeñan, que atienden las labores agrícolas y las oficinas. Dirigir mujeres no es fácil, porque nosotras tenemos muchas complicaciones. Me resulta más sencillo dirigir hombres. Creo que tiene que ver con el hecho de que trabajé en sectores en los que ellos eran mayoría, y desarrollé más habilidades para relacionarnos. Nos entendemos bien. Tengo compañeros que me cuentan su vida personal y me piden consejos.

Tenemos muy buenos cooperativistas, que disponen sus recursos personales para el Hogar Materno, los niños sin amparo filial y para lo que sea necesario.

Me siento realizada dentro del sistema ANAP-MINAGRI. La experiencia laboral anterior me sirvió de mucho. En la vida militar adquirí disciplina, orden y responsabilidad. En el Ministerio de Justicia se afianzó en mí el valor de la honestidad. En los organismos políticos aprendí esa actitud combativa que conservo. Son experiencias que guardo con cariño, aunque ahora, para ser sincera, sé que mi vocación es ser campesina.

Siempre tengo presente que para asumir una tarea como esta es necesario que la familia esté consciente del rol que desempeñas. Por suerte, mis padres me ayudaron en la crianza de mis hijos y mis tíos no dejaron de apoyarme. Tenemos una familia corta, pero muy unida. En estos momentos tengo una pareja, aunque no he sido de las más dichosas en esa área de la vida. Hoy en día pienso que quien esté a mi lado debe, en primer lugar, tener confianza en mí y respetar la labor que realizo. Yo ofrezco eso, y espero lo mismo. Otro aspecto fundamental es que sea revolucionario. Sin esos principios, sería realmente un fracaso.



Odalys Cervantes Rodríguez

45 años

Presidenta

CCS «José Martí»

Céspedes, Camagüey.

Me gusta mucho que se escriba un libro para homenajear a las mujeres campesinas. Creo que los cooperativistas tenemos que rescatar nuestra historia. Son muchos años de lucha y sacrificio.

Soy fundadora de la ANAP. En 1981 fui llamada para integrar el movimiento cooperativo. Lo primero que hice fue crear una CPA con diecisiete socios, entre ellos cinco mujeres. Después me sumé a este proceso en otras comunidades y ya en el año 82 teníamos cinco cooperativas en esta zona.

Al principio conjugué dos labores: por el día trabajaba en la cooperativa y, cuando llegaba la noche, impartía clases a los campesinos. En aquel momento no había electricidad en estos poblados y el aula se alumbraba con mechones.

¿Cómo veo mi vida en este sector?

Hace veintinueve años que trabajo en la ANAP. Aquí he alcanzado mis mayores valores como revolucionaria, logré superarme y enseñar a otras campesinas. La cooperativa es mi familia, algo muy grande para mí.

Ahora iré más despacio, quiero contar mi vida en la CPA. Llegué a esta comunidad en 1984. En ese momento se unificaban las cooperativas más pequeñas de la zona, y la mía, la «Fausto Fuentes», se unió a otras cuatro. Entonces, se acordó crear una grande, de nombre «Marcos Campaña». En ese tiempo ya integraba el Comité Municipal de la ANAP y unos años después, en el Congreso del 87, fui seleccionada miembro de su Comité Nacional.

En mi CPA comencé en el área económica. Como me gustan los análisis de datos y quería mejorar mi trabajo, decidí estudiar Técnico Medio en Economía. Después estuve cuatro años de presidenta, justo en el período en que Holguín sufrió la sequía más intensa de su historia. Creo que acepté esa responsabilidad por lo difícil que era. Los cooperativistas me conocían muy bien y me seguían en cualquier tarea. Un día conté once problemas en quince minutos y todos estaban relacionados con la falta de agua.

Tengo el mérito de haber sido la primera que introdujo la cría de búfalos en una cooperativa de la provincia y, a esos animales,

los defendiendo a capa y espada. A pesar de que muchos me tildaron de loca, me siento orgullosa de haberlos traído y los resultados están ahí, tanto en leche como en carne.

En plena sequía los búfalos se me tiraban para la carretera. Entonces no había otra solución que hacer guardias y cuidarlos. Fui a ver a los campesinos y les pregunté si tenían disposición para cumplir esa tarea conmigo. Dijeron que sí, pero me di cuenta que no lo habían tomado en serio. ¿Qué hice? Pues me aparecí por la noche en la carretera y me quedé con ellos. Ahora esos mismos compañeros dan la vida porque yo vuelva a dirigirlos. Es que nunca les fallé, cuando me planteaban un problema siempre les decía: «Hay que analizarlo y, entre todos, buscar una solución».

De esa etapa tengo muchas anécdotas. Yo tenía unos campesinos que murmuraban a mis espaldas: «Y ahora cuando tengamos que escaparnos, ¿qué decimos?» Un día llamé al jefe de una brigada y le dije: «Yo sé que tienes una cita y de entrada te estoy autorizando; pero recuerda, hay que tener responsabilidad y confiar en la persona que te dirige».

Otra tarea a la que llegué primera en el municipio fue la constitución de las patrullas campesinas. Eso fue un llamado que hizo la dirección del país en plena crisis de los noventa. Hasta me hice auxiliar de la PNR y, de manera voluntaria, cuidaba los recursos de la cooperativa y enfrentaba cualquier delito.

En esa etapa presenté serios problemas de salud. Llegó el momento en que no pude seguir al frente de mis campesinos. Aunque no dudes que mañana vuelva a estar, porque si algo tengo claro es que las mujeres tenemos un espacio en esta Organización y hay que ocuparlo.

Casi todos me dicen «Deyna, la económica», pero ahora soy la organizadora de la CPA. Este es un nuevo reto para mí. Lo asumí consciente de que era una de las tareas más cojas de la cooperativa. Me ocupo de su funcionamiento interno: de las asambleas, los eventos, el aporte a las MTT, la cotización y los planes de desarrollo. Además, atiendo el Proyecto de Género y asesoro las labores del área económica.

Dedico mucho tiempo a preparar los chequeos de emulación, y es que me gusta atender a mis cooperativistas. Me preocupo por celebrar los cumpleaños colectivos, recuerdo las fechas históricas y estoy pendiente de los problemas que viven las familias

campesinas. A veces lo más importante no es la cantidad del estímulo, sino cómo se entrega. Este año, por ejemplo, organizamos un viaje a Santiago de Cuba en saludo al 8 de Marzo, para conocer lugares históricos. Allá fueron mis mujeres con sus familias.

En estos días pasaron por aquí unos compañeros de ACPA. Los escuché conversar y les dije: «Si están hablando de búfalos, esperen un momento, voy a ocupar mi lugar». Cuando terminé, uno de ellos manifestó: «¿Qué es esto?, está mujer me está hablando de género, de proyectos, de todo...». Es así, y puedo hacerlo porque estoy en mil cosas a la vez.

Hace cinco años integro la Comisión Económica del municipio que funciona como adjunta al Comité Provincial de la ANAP. El trabajo de esta comisión se extiende a todas las cooperativas holguineras y uno de sus objetivos es evitar que se cometan hechos delictivos y otras arbitrariedades. Tenemos un plan de trabajo y, cada tres meses, rendimos cuenta en los Plenos Provinciales.

En estos momentos también atiendo la CCS «Antonio Guterres», situada en este municipio. Aprovecho la ocasión y llevo el tema de género a sus asambleas.

Hace poco organicé un taller con los campesinos y le dije a la activista: «No dejes de invitar a las mujeres de los cooperativistas». Aquello se llenó.

Pero mis labores no se agotan en la ANAP. Durante estos años también he trabajado en la FMC. Me gané la condición «Hija de Lucía Iñiguez», que cada año se otorga a nueve mujeres destacadas en distintos sectores de la provincia. De vez en cuando las federadas me preguntan: «¿Vienes como federada o como anapista?» Siempre respondo: «Soy las dos cosas al mismo tiempo». Hace poco presenté una ponencia en el forum. ¿El tema?, la constitución de las brigadas FMC-ANAP. Con este trabajo obtuve el tercer premio del evento. Cuando se habla del trabajo con las mujeres, la ANAP ha tenido mucho empuje y me siento comprometida con llevarlo adelante.

Soy muy activa y disfruto mucho de la lectura. Si la intención es mejorar el trabajo, voy a dónde sea. Hace poco me enteré que había un proyecto muy bueno por la Loma de la Cruz. Enseguida fui y hablé con su coordinadora. En estos días la voy a traer para ver qué podemos hacer juntas. La verdad es que no paro, pero así me siento feliz. A veces mi hija me dice: «Estoy segura de que si

volvieras a nacer, serías anapista». Mi respuesta es «de eso no te quepa la menor duda».

¿Por qué no estoy satisfecha? Mientras queden cosas por hacer no estaré conforme. Uno de mis retos actuales es trabajar con las nuevas generaciones para que surjan líderes y se mantenga nuestra Organización.

¿Sabes por qué pienso así? Porque recuerdo cada detalle de mi infancia. Mis hermanos y yo crecimos en La Jagua, un poblado del municipio Báguano. Cuando era pequeña, sufrí en carne propia lo que era el capitalismo. Por falta de medicinas perdí a un hermano con ocho días de nacido. En mi casa apenas alcanzaba el dinero para comer. Mi padre era un campesino pobre. Mi madre, una ama de casa que nunca encontró trabajo. En ese lugar no existían escuelas, ni luz eléctrica, nada. Para estudiar el sexto grado tenía que atravesar casi diez kilómetros de lomas. Cuando me cogía la noche, caminaba apretando los libros contra mi pecho. Mis deseos de estudiar eran la principal arma para defenderme.

Todavía guardo un recortito del periódico que informa sobre el día que recibí la Orden Nacional «Camilo Cienfuegos», la máxima distinción que se les entregaba a los pioneros de Cuba. Cuando crecí, los libros me acercaron a la historia de la Revolución y comencé a creer que los cambios llegarían.

¿Reconocimientos? Tengo muchos, por ejemplo, el sello de Fundadora de la ANAP, y las medallas y distinciones «23 de Agosto», «30 Aniversario del MININT» y «50 Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias». Además, cinco veces he sido Vanguardia Nacional. Todo eso es muy importante, pero hay momentos en la vida que te marcan para siempre y yo tengo más de uno.

Participar en el Primer Encuentro de Mujeres Campesinas, convocado por Vilma Espín, fue un hecho trascendental en mi vida. Pero mi mayor premio fue cuando aquel día me subí a la plataforma y dijeron: «La campesina Deyna va a hablar en representación de los cooperativistas cubanos». Eso fue en la última tribuna que se realizó en el país para reclamar el regreso del niño Elián. Yo misma no me lo creía. De más está decir que también guardo el recortito del periódico que divulgó esta noticia.

Fue muy importante el día que me seleccionaron la mejor alumna de un curso de economía que impartieron los profesores de la

Escuela Nacional de la ANAP con el apoyo de una organización internacional. Por este reconocimiento, tuve la oportunidad de participar en un seminario sobre cooperativismo agrario, que se celebró en España, en 1996. Antes, había estado en una escuela de superación en la antigua R.D.A.

¿Y la familia? Empleo por decir que mi concepto de familia es muy amplio: incluye a la gente de mi barrio, de mi cooperativa y, por supuesto, el núcleo en el que crecí y el que he logrado formar. Para que tengas una idea, cuando mi hijo iba a nacer, los campesinos fueron los que le avisaron a mi madre. Después, ellos mismos me cuidaban al niño para que no faltara a las reuniones.

Muchas veces digo que el tiempo alcanza para todo, sólo hay que planificarlo bien. Mis dos hijos crecieron en la ANAP, corriendo por la cooperativa. Una cosa es cierta, para ser madre, esposa y mujer dirigente hay que crecerse ante las dificultades.

Si a alguien tengo que agradecer es a mi esposo, el padre de mi hija. Llevamos veintidós años de casados y ha entendido muy bien mi trabajo. No obstante, a veces me pelea, porque dice que no hago las cosas a tiempo. Justo en ese momento le aclaro: «También es tu deber». Juntos hemos participado en talleres de género y eso le ha ayudado a comprender muchas cosas. Soy de esas mujeres que no tiene hora para trabajar y no me ha faltado inteligencia para defender mis espacios.

Mira, por ahí viene Alcibiades, mi esposo. Hoy me ha regalado cinco veces la misma flor. Gracias a su carácter, mis días son más agradables. Hoy cumpla cincuentidós años, y te digo que mientras me queden fuerzas, voy a trabajar.



Deyna Rodríguez Rodríguez

52 años

Organizadora

CPA «Marcos Campaña Baxter»

Vegueta de Sagua Arriba, Holguín.

Vivo enamorada de mi trabajo. Sin él no soy nadie, es mi vida. Mi sueño es levantarme todas las mañanas para realizar mis tareas en la cooperativa. El deseo de ser cada día mejor es lo que me mantiene con este espíritu a mis setenta años.

Mirtha Cristina Chico. Setenta años. Económica de la CPA «Jesús Suárez Gayol», Camagüey.

En la vida de Yazmín todo se puede

Durante mi vida laboral he transitado por diferentes etapas. Primero fui laboratorista en la refinería de petróleo, como parte de mi servicio social. Luego, trabajadora de la vivienda. Más tarde, cuadro de la UJC durante diez años. Así, hasta que un día la ANAP me captó, en atención a mi procedencia campesina y experiencia de trabajo.

Comencé a trabajar en 1998, como especialista de Asuntos Generales y Cuadros. Allí había posibilidades de superación y pensé que la Agronomía era la mejor opción. Estudié por dirigido y al final hice mi tesis sobre la sostenibilidad del sector cooperativo campesino en el municipio Rodas. Quería que los resultados se pudieran vincular al trabajo práctico que hacía allí.

¿Cómo fueron tus inicios en la ANAP?

Una de las primeras tareas fue organizar los talleres de mujeres líderes. Estos se impartían por zonas, y trabajamos con otras mujeres cuadros en Villa Clara y La Habana. La idea era buscar alternativas para incorporar a más mujeres a la organización. Recuerdo que en aquel momento uno de los propósitos era incorporar a las esposas de los campesinos socios a las CCS.

También dijimos que las mujeres en las CPA no tenían buenas condiciones para trabajar en el campo. Eso trajo problemas. Algunos hombres llegaron a decir: «¿Ustedes no hablan de igualdad del hombre y la mujer?» A partir de ahí, nos propusimos hacer talleres a nivel de base en todo el país.



Yazmín Eulalia Jiménez Álvarez

42 años

Miembro de la Esfera Ideológica
del Buró Provincial
Cienfuegos.

¿Qué sucedió en Cienfuegos?

Durante ese proceso, Cienfuegos obtuvo buenos resultados. Cuando comencé en la provincia, las mujeres cuadros eran el 10%, aproximadamente. Hoy somos el 52%.

Se hizo un proyecto con las mujeres líderes, y muchas se incorporaron a diferentes empleos en las CPA: viveros, organopónicos, huertos intensivos. Al principio nos costó trabajo incorporar a los hombres a los talleres, pero, poco a poco, vinieron también algunos cooperativistas y presidentes de cooperativas.

Uno de nuestros resultados es que si contamos con un hombre y una mujer, o sea, dos cuadros con las mismas cualidades, siempre priorizamos a la mujer. Creo que hay que darle divulgación al resultado del trabajo de las mujeres que asumen una tarea y la impulsan.

Desde el año 2001 atiendes la Esfera Ideológica en el Buró Provincial de la ANAP de Cienfuegos. ¿Cómo es Yazmín como jefa?

En mi área de trabajo todas somos mujeres. El único hombre es el chofer, y yo sé manejar. Todas tenemos hijos, responsabilidades en la casa, asignaciones, pero durante varios años hemos ocupado los primeros lugares de la emulación nacional. Demostramos que la mujer sí puede.

Como jefa, a mí me gusta que todo salga bien. Detesto el incumplimiento y que me regañen. Mis compañeras de equipo llevan mucho tiempo trabajando juntas. Ellas resuelven cualquier problema esté yo o no.

Cuando algo no me gusta y sale mal, lo digo y lo discuto hasta el final, lo mismo arriba, abajo, que al lado. Eso es una virtud, pero también un problema. En ocasiones soy un poco impulsiva, porque quiero que todo salga bien y rápido. No me detengo hasta que no veo las cosas terminadas. Si todo el mundo trabaja de madrugada, también estoy allí.

Creo sinceramente que tu equipo de trabajo es tu otra familia, con sus virtudes y sus defectos. Hay que conocer bien esa familia y vivir con ella. Y también con los subordinados de los municipios, para saber cuáles son sus problemas y cómo los puedes ayudar.

Relátanos alguna vivencia de esa otra familia.

Nosotras nos ayudamos mutuamente. Cuando una de nosotras se va de viaje para La Habana, nuestros hijos se quedan bajo el amparo de todas. Si una se enferma y la ingresan en el hospital,

allá vamos todas a ayudar. A mí una vez me operaron y todas las tardes ellas iban a mi apartamento. Decían: «Hicimos esto, hicimos lo otro, ¿qué tú crees?, ¿qué idea nos das?, ¿podemos lograrlo?» -

¿Qué cualidades hay que tener para ser dirigente?

Para dirigir tienes que ser ejemplo, saber lo que tienes, revisarte en todo momento y no creerte dueña de la verdad, porque, como todo el mundo, te puedes equivocar. El Che dijo que hay que revisarse en la práctica y que, cuando eres ejemplo, todo el mundo te sigue. Para ser líder, para que te sigan, la gente tiene que creer en ti. Para poder exigir, tienes que hacerlo tú primero. Si el domingo hay agricultura, yo no puedo mandar a mis trabajadores y quedarme en la casa.

Creo que tenemos que aprender más de dirección. Hay que rectificar todo lo que hacemos. Muchas veces lo he tenido que hacer, porque se me va la mano por el afán de cumplir, en el mejor sentido, y quiero que los demás piensen como yo.

Mi opinión es que no hay receta. La dirección se ajusta a las condiciones del presente. Intercambiamos, chequeamos las tareas, las seguimos y puede que nos vayamos a dormir. Pero si dejamos algo pendiente, seguro no descansaremos bien.

¿Cómo es tu familia más cercana?

Tengo una niña de dieciséis años que ha crecido junto a la ANAP.

Creo que tienes que combinarlo todo, porque a la familia también hay que priorizarla. Pienso que ese es otro reto: integrarlo todo, el trabajo, la familia y tus alrededores. Tienes que involucrar a la familia, convencerlos de lo importante que es tu trabajo. ¡Pero con hechos! Si ven que tú sólo tienes tareas y reuniones, y nadie te reconoce por tus logros, entonces...

En fin, tienes que hacer partícipe a la familia de tus resultados. Cuando ganas la emulación, la familia tiene que sentir el triunfo como suyo. No ganaste tú, fuimos todos.

Considero que eso te ayuda a ser más eficiente. Cuando tienes una retaguardia feliz y contenta, obtienes un resultado positivo. Yo tengo el apoyo incondicional de mi mamá, mi papá, mi hermano y mi cuñada.

Para terminar, nos gustaría que recordaras los momentos significativos de tu vida.

En 1992 me sucedieron dos cosas grandes: nació mi hija y recibí el carné del Partido. Yo he realizado todo lo que quería en mi vida. Quise estudiar y hacerme profesional, y la Revolución me lo permitió. Dirijo, me apoyan muchísimo, mi hija estudia. La vida está llena de retos, pero digo que todo se puede.

En la cooperativa, yo era la única mujer. Dirigir a los hombres fue una experiencia completamente diferente. Ellos fueron muy amables y respetuosos conmigo. Eso sí, yo estaba en todas las tareas. Cuando visito la cooperativa, ellos me preguntan: «¿Cuándo vas a regresar?» En la ANAP aprendí a trabajar. Lo mismo puedo estar en el campo, al frente de una cooperativa, o dirigiendo una esfera en el municipio. Aprendí a ser trabajadora y a cumplir mis deberes de madre, esposa e hija. Pienso que lo más difícil es ser eficiente, pero les aseguro que sí se puede.

Daysi Castellanos. Cincuentidós años. Funcionaria de la ANAP Municipal de Colón. Matanzas.

La Coronela

De la CCS «Batalla de las Guásimas» llega La Coronela para que la conozcamos. Viene con su hija Miriam, que nos dice: «Le pusieron así porque ella siempre ha sido una mujer muy fuerte y persistente con su trabajo». Lilia, a quien ya pocos conocen por ese nombre, cuenta la historia de su identidad.

Me dicen La Coronela por mi trayectoria. He sido campesina desde que nací y lo mío siempre ha sido luchar.

Cuando triunfó la Revolución, tenía quince años y enseguida me integré a todo. Soy fundadora de la FMC y secretaria general en mi comunidad. Logré que todas las mujeres de los alrededores se hicieran federadas, pero al principio muchos maridos me botaban de las casas. Tanto insistí, que lo logré: ¡hasta los esposos iban contentos a las actividades!

También trabajé mucho para que los niños se hicieran pioneros. Hacía política, pues había padres a quienes no les gustaba la idea. Yo le decía a las mujeres: «Todos tenemos que defender nuestra Revolución. Recuerden el pasado, las dificultades para que los niños pudieran llegar a cuarto grado, porque había que pagar los estudios. Los pobres no podían tener un hijo bien preparado. Ahora, todo es de nosotros. Vamos a decir la verdad: hoy las mujeres somos libres, la Revolución ha triunfado para nosotras, para los niños, para todos...». Empecé incorporando diecisiete mujeres a la Federación y poco más de veinte niños se hicieron pioneros.

Hacia actividades para los pequeños y a ellos les encantaban. Para buscar-



Lilia León Fernández

65 años

Cooperativista

CCS «Batalla de las Guásimas»

Finca «La Hormiga», Vertientes, Camagüey.

les helado, me subía los pantalones -los caminos eran muy malos y podía enfangarme-, me montaba en el caballo y atravesaba los arroyos. Cuando llegaba, los muchachitos me aplaudían con tremenda alegría.

Se hicieron los CDR y luché también por las donaciones de sangre que se necesitaban. Era la primera que ponía mi brazo y después todas se embullaban. Para los trabajos voluntarios, yo iba delante, de guía.

Tengo cinco hijos que en aquel entonces eran chiquitos. Mi papá me los cuidaba para que yo saliera a realizar estos trabajos. Para mí, la Revolución es lo primero. No es que lo hablo, es que lo siento. Fíjese si le tengo amor, que cuando tuve mi segundo hijo le puse Fidel. Y mi única hija hembra, esta que está aquí, cuando niña era la primera que se montaba en el caballo con su pañoleta puesta e iba a recoger materia prima para los CDR. Llegaba hasta un batey de haitianos que le decían Guayabito y regresaba con los saquitos llenos de botellas, pomos y cartones.

En la cooperativa, fui pequeña agricultora desde su fundación y me encargaba del frente de Educación. Tengo una finca que heredé de mi padre en la que sembramos viandas, hortalizas, criamos carneros, ganado, producimos leche. Es una finca integral. Mi esposo tiene la suya y cada uno entrega sus planes. Los dos somos Vanguardias Nacionales desde hace trece años.

Mi vida ha sido trabajar. La Revolución me enseñó y ayudó. Siempre he cumplido con todo y cuando algo se atraviesa en el camino, algo que no conviene, le salgo al frente. Para mí no hay nada difícil, porque me he enfrentado a todo. Mi sueño es cooperar más. Esa es la vida del campesino: sembrar y producir. Aquí hay Coronela para rato.

Vivo enamorada de mi cosecha

Mira la hora que es y acabamos de llegar del campo. Pero siéntate, que si hay que echar la noche conversando, lo hacemos.

Diez años han pasado, desde que mi esposo y yo empezamos a trabajar la tierra. Con el tiempo hemos aumentado los quintales por caballería. De dieciocho mil pesos que hacíamos al principio, ya vamos por sesentinueve mil. La verdad es que tenemos la suerte de coger un tabaco muy lindo y sanito. Es una pena que sea de noche y no puedas verlo.

También soy productora de leche, con rendimientos muy buenos. A partir del discurso de Raúl sobre la necesidad de incrementar la producción de leche, solicitamos tres caballerías de tierra. El año pasado sobrecumplimos: teníamos un plan de siete mil litros y sacamos ocho mil. Este año pedimos una prórroga, porque la tierra que nos dieron es monte firme y hay que limpiar el terreno. Pero, poco a poco, y con unas novillas que compramos, pienso llegar a catorce mil litros de leche. Por mis resultados, llevo siete años de Vanguardia Nacional.

Nuestra vida es el campo. Me siento satisfecha y para eso trabajamos. Tenemos tres casas de tabaco y vamos a hacer otra, porque ya tenemos doscientas mil posturas sembradas. Me interesa aprender, para que en mi vega las cosas salgan bien. En esto, mi esposo ha sido mi profesor principal. A la hora de ensartar la hoja de tabaco tengo resabios. No se deben poner muchas hojas

en el cuje, para que nadie te diga cuando vayas a venderlo: «Este tabaco está manchado, afectado».



Clarilda Relobas Lazo

45 años

Cooperativista

CCS «Rafael Ferro»

Punta de la Sierra, Guane, Pinar del Río.

Mi esposo y yo hicimos un microhuerto para la lombricultura, y el abono que se obtiene da resultado con el tabaco. Además, tengo un patio que es de referencia, tiene un platanal muy lindo, una siembra de verduras y unos canteritos de ajo.

Yo llego hasta donde me lo propongo. Si contáramos con suficiente agua en el campo, siembro y recojo cien veces más. Siento el compromiso de cumplir con el llamado que hizo Raúl cuando pasaron los huracanes. El habló sobre la importancia de sembrar cultivos de ciclo corto, como el boniato, la col, los frijoles. Todas esas cosas que a los tres meses están listas para cosechar.

En la vega trabajamos con cinco obreros. Son personas muy serias. Como viven en el barrio, a veces cuidan los animales durante la noche. Ahora necesito ayuda para ensartar el tabaco, pero sé que está garantizada, porque contamos con una brigada de cuarenta amas de casa que apoyan el trabajo de los campesinos en el municipio. Son mujeres dispuestas a laborar donde las necesiten. Me dicen: «Quisiéramos ser como tú». Y sé que algún día serán campesinas.

Nosotras, las mujeres, éramos un poco discriminadas. Hoy no es así. Tenemos los mismos derechos que los hombres. Cuando toco este tema, pienso en mi esposo. Llevamos casi veintisiete años casados y cuando los muchachos estaban chiquitos, si él llegaba primero plantaba los fogones, hacía la comida y me la llevaba al trabajo. Hoy yo estoy con él en la vega, en la vaquería y hago de todo: arar, desbotonar, repasar, enyugar una yunta de buey. Con la guataca casi no puedo, porque mi columna no anda muy bien.

Para hacer más, lo único que pido es salud. Cuando me atacó la crisis de columna, paso hasta trece días en cama. Por suerte, hace tiempo que no la padezco, porque me gusta estar en todo. En la vega no sólo es trabajar, hay que saber dirigir.

Estoy en la junta directiva de la cooperativa y soy miembro del Buró Municipal de la ANAP. Además, dirijo la Defensa Civil en la zona y presido una comisión que entrega materiales de construcción a las personas afectadas por los huracanes. Hace más de veinte años soy la presidenta de un CDR y la secretaria de un bloque de federadas.

En estos momentos me preparo para viajar a La Habana para participar en el Congreso Nacional de la FMC, en representación de las mujeres pinareñas.

Cuando hay ciclones, se albergan casi setenta vecinos en mi casa. Y yo casi me mudo para el puesto de mando. No tengo miedo, una hora antes de que pase el ciclón, con el viento azotando, me puedes ver montada en un tractor evacuando a la gente.

Pero eso no es todo. Desde los diecisiete años trabajo en el acueducto. Ahí soy operadora, el horario me resulta cómodo para atender la vega y llevar las otras producciones de la finca. Trabajo veinticuatro horas y descanso setentidós.

Yo trabajo para recoger, no para que el seguro me pague. Si los ciclones me tumban la siembra o la cosecha es un desastre, la hago nueva. Soy muy desesperada. He tenido el motor roto y sigo trabajando. Esto lo digo donde sea, porque sin agua es muy difícil producir. Ahí los seborucos de tierra son enormes y a veces tienes que quitarlos para sembrar la mata de tabaco. Te pongo un ejemplo. Más o menos el quince de noviembre de este año, no tenía agua en la vega y del cielo no caía nada. Ni el sueño lograba conciliar. Busqué un grupo de campesinos que estaba en una situación similar y fuimos a la empresa. Nos sentamos con el director y le dijimos: «Mira en qué fecha estamos y no hemos sembrado una mata de tabaco. Las vamos a sembrar y para eso necesitamos que pongan la motobomba». En pocos días llegó la solución.

Me caracterizo por ser persistente, un poco bruta y tengo un temperamento... En ocasiones me dicen que hablo alto y tiene razón. Si me pongo nerviosa, no sé hablar bajito. Si hay que discutir acerca del trabajo, nunca llevo papeles para fijarme. Tampoco necesito que el presidente de la cooperativa me diga lo que tengo que decir. Me sé todos los detalles.

Un paso atrás en la vida Clarilda

Nací aquí, en Punta de la Sierra. Soy la mayor de seis hermanos. Mi mamá era analfabeta y se ganaba el dinero lavando para poder criarnos. Ella no dejó que yo estudiara la secundaria, creo que para que la ayudara con mis hermanos. Por eso, alcancé el noveno grado años más tarde, estudiando de noche. Tal vez no hablo como una especialista. Lamento no haber tenido la oportunidad de estudiar.

Mis hijos han sido mi mayor compensación. La hembra es buena trabajadora, el varón es técnico en Agronomía y le digo que siga estudiando, que yo estaré al frente de la vega y lo apoyaré.

Días de emociones

Mis nervios se disparan cuando llegan las ventas del tabaco y estamos a la espera de los resultados. Son momentos muy difíciles, en los que se evalúa la producción del año. A veces hasta he llorado de alegría. Cada vez aspiramos a trabajar más. El año pasado coseché ciento dieciocho quintales y en este vamos a coger ciento cincuenta. Si tenemos un poquito más de recursos, entregaremos más.

Tengo una vida bastante agitada, pero logro llevarlo todo a la vez: la familia, la casa, la cooperativa y la comunidad. Llevo ya ocho años en la dirección de la cooperativa y, aunque ahora se diga fácil, ha sido un gran reto. Casi con los ciclones encima he dejado a mis niñas en el barrio y he salido con monteros, vaqueros y pecuarios a proteger el ganado y los recursos de la cooperativa. Los cooperativistas me respetan por mi trabajo. En ocasiones, los he escuchado decir: «¡Qué valor el de esta muchacha!»

Olga Hernández. Cuarentidós años. Presidenta de la CPA «Congreso Campesino en Armas». Sancti Spíritus.

Me siento orgullosa de ser campesina

En La Cuba, municipio Baraguá, hay tres cooperativas Vanguardias Nacionales. Hasta una de ellas, la CPA «Paquito González», llegamos en busca de Clotilde. «Ella siempre está en la conejera», nos dijo un campesino. Y allí estaba, moviéndose entre los conejos y los bejucos.

La presentación

Mi historia es un poco dura. Soy nacida y criada aquí. Mis padres se divorciaron cuando era muy pequeña y me crié de casa en casa. Mi papá iba los domingos a verme donde quiera que yo estuviera. Era una época muy mala económicamente. Papá trabajaba y no le alcanzaba el dinero para vivir. Luego me fui con él.

Mi padre recogía algodón y regaba la piña. Yo me subía encima de una caja de naranjas para llegar a la cocina y hacerle la comida. Se la llevaba hasta donde estuviera trabajando. Lo que yo le hiciera, él se lo comía. ¡Te podrás imaginar! Mientras, me sentaba sobre un saquito que mi padre había puesto encima de una loma de bibijaguas que había en el campo, para que yo durmiera y la tierra no me mojara.

Aprendí a leer y escribir con la Campaña de Alfabetización. Papá le cedió la mitad de la casa al maestro que vino a enseñarnos, para que tuviera más comodidad. Más tarde, llegué al noveno grado en la Facultad Obrero Campesina.

Me casé a los dieciséis años, tuve pronto mi primer hijo y luego vinieron tres más. Tengo dos hembras y dos varones. El padre de los dos primeros falleció y el otro se fue del país, así que me quedé sola con ellos durante doce años. Pasé muchas vicisitudes. Comencé a trabajar muy jovencita. Durante un tiempo estuve en los naranjales de Ceballos. Iba con mis hijos, guataqueaba cuatro matas, los cargaba y los movía de lugar, y así... Trabajaba hasta descalza, porque si compraba zapatos para mí, no podía comprarlos para los niños. Desde pequeños los enseñé a lavar, planchar, a hacer todas las cosas para que la vida no los golpeara. Ellos aprendieron rápido y bien, y me ayudaron mucho.

De cuando a Clotilde le cambió la vida

Entré a esta cooperativa como una opción para mejorar mi vida, porque tenía una situación pésima. Y así fue. El presidente de aquel entonces fue como un padre para nosotros, me apoyó mucho y me enseñó a amar el trabajo. Él siempre decía: «Yo la saco adelante». Cuando se jubiló, le escribí una décima.

Mi vida como campesina mejoró mucho desde que llegué a este lugar. ¡Tengo tanto que agradecerle! Entré guataqueando en los platanales, recogiendo tomate, sembrando y recogiendo ají. Fui estibadora de plátano, y todas esas cosas que se hacen en la agricultura, hasta que caí en el módulo pecuario.

Me volví a casar con un hombre maravilloso, el económico de la cooperativa. Todos mis hijos estudiaron, terminaron el Técnico Medio, y dos de ellos trabajan hoy en la propia cooperativa.

Lo que pasa en un módulo pecuario

Trabajo ocho horas. Soy muy feliz entre mis animalitos. Me encargo de la alimentación, el cuidado y la reproducción de los conejos. Tengo un plan de producción de una tonelada al año. Eso se logra con quinientos conejos, con un promedio de dos a dos kilogramos y medio por cada uno. El año pasado hice dos toneladas. Este es un trabajo muy bueno, porque se aporta carne para la alimentación de la población y los cooperativistas.

Entro a las siete y media de la mañana y trabajo hasta la una de la tarde aproximadamente, hora en que me voy a almorzar. Regreso sobre las dos de la tarde, y me quedo otra vez hasta las seis o siete, momento en que llega el guardia.

Cuando me siento afligida, porque llevo días sin ver a uno de mis hijos, o por cualquier problema que tenga, no paso la tristeza en mi casa, sino aquí.

Ahora tengo trescientos quince conejos. Mi esposo me dice que de tanto tiempo que paso aquí me voy a volver muda. Pero yo hablo con ellos, les peleo, porque a veces meto la mano en la jaula y tratan de mordirme. Otras veces les tengo lástima, porque les echo la comida y se quedan tan apacibles que los acaricio un poco y les hablo. Imagínate, llevo dieciocho años con ellos.

Déjenme que les explique cómo organizo esto: la hembra y el macho se separan, porque pelean mucho. Las que están solas en las jaulas son las reproductoras; ellas paren una vez al mes, en un plazo de veintiocho días crían a los hijos, que luego se destetan y

se venden a los seis meses. Los que están en grupos son de ceba y se destinan a la venta. Se alimentan con bejuco y se les pone el agua de miel por la mañana y por la tarde, o cuando vengo en la noche.

Cuando nacen los gazapitos, que es como les decimos a las crías de los conejos, no tienen lana, son un pedacito de pellejo. La madre se quita pelaje antes de parir y prepara una especie de nidito. Hay que revisarlos todos los días, para ver si tienen lanita suficiente en la cajita, pues eso es lo que los protege. Y si tienen mucha, hay que quitarle, para que no se ahoguen. A la madre no le pueden faltar el agua y el bejuco para tener leche.

No permito que los maten aquí. Ni los mato ni me los como. Hay algunas que dejo que mueran de viejas, porque me dan lástima. Fueron buenas productoras.

Tengo un alimentador, que es un compañero que me trae hasta aquí los bejucos en el carretón de bueyes. También hay una veterinaria, pero yo misma atiendo a los conejos, si se enferman. Ellos son muy delicados. Si por casualidad un conejo te araña y tú le das un tirón y le golpeas la nariz, muere en el momento. Los inyecto subcutáneo. Si alguno se parte una patica, se la entabilló. Si tienen una bolita endurecida en la piel, se las opero. Cuando sé que alguna va a parir por la noche, vengo hasta aquí a ver si la tengo que ayudar en algo...

Siempre me han gustado los conejos. Hace mucho tiempo compré un libro que explica la vida de ellos. Me lo aprendí de memoria. Cuando abrieron la conejera, doné a la cooperativa los veinte conejos que tenía en mi casa.

De cuando Clotilde cambió la vida de otras mujeres

Soy la secretaria general del bloque de la FMC, pertenezco a su Buró Municipal y voy a casi todos los congresos



Clotilde González Rojas

58 años

Cooperativista

CPA «Paquito González»

La Cuba, Baraguá, Ciego de Avila.

de la organización. Eso no influye en el cumplimiento de mi trabajo. Si me jubilara, seguiría involucrada en todas esas cosas que me gustan tanto, que me hicieron vivir cuando pensé que no podía más.

Soy quien prepara las actividades por el Día de la Mujer para las trabajadoras y las amas de casa. Todas participan, las arrastro conmigo. En realidad, todo lo que se mueve por aquí pasa por mí. Ellas cuentan conmigo para todo, al punto que dije que este año no me encargaría de hacer la fiesta -quería que otras compañeras aprendieran y lo hicieran- y vinieron todas aquí para convencerme de que lo hiciera como siempre.

Con muchas de ellas tengo historias, por eso me quieren. Aquí los maridos no dejaban que sus mujeres estudiaran ni trabajaran. Como parte de la Federación, ayudé a muchas de ellas a superarse en la escuela -incluso estando embarazadas-, a hacerse enfermeras, maestras, a incorporarse a la cooperativa. Cuando llega el 8 de marzo o el día de mi cumpleaños, vienen hasta la casa para conversar conmigo o hacerme regalos.

Me gusta tener libertad, estar donde me necesiten. Nunca digo no y siempre hago lo que me propongo. Si no es así, dejaría de ser yo.

Con tantos palos que le dio la vida...

Me siento orgullosa de ser campesina. Logré superarme, tener un matrimonio y una familia, que mis hijos todos fueran estudiosos, revolucionarios y buenos trabajadores. Vivo orgullosa de ellos. Pero hubiese querido ayudar más.

Si volviera a nacer y viviera la juventud con todo el desarrollo que tiene ahora este país, estudiaría Economía, que es algo que siempre me ha gustado, y me quedaría a la orilla de mi cooperativa.

En Hato Alegre renacen las tradiciones

Ya estamos en Cañadón, sólo falta encontrar la casa de Migdalia. Nos dicen que es allá, donde termina el camino. Un cartel anuncia que llegamos a la Finca Hato Alegre. Nos invitan a pasar y, ya instaladas en el comedor, muy cerca de sus conservas de alimentos, una mujer nos cuenta de su vida.

Nací aquí, soy campesina desde que era una niña. Un día encontré a mi padre llorando en el rancho. Mi abuelo había fallecido y la finca quedaba empeñada. Entonces le dije: «No nací varón, pero voy a ayudarte». Empezamos a sembrar guineo manzano, que en aquel tiempo tenía un valor excesivo y mi tío lo vendía en Hoiguín. Además, criamos animales y preparamos otros cultivos. En tres años levantamos la finca.

Mi madre trabajaba en la cocina y me fui inclinando por esa labor. Mis abuelos eran españoles y tenían una fuerte tradición en la conservación de alimentos. De ellos aprendimos el trabajo mi mamá y sus tres nietas.

Todavía mantengo esas costumbres, no dejo que esa cultura se pierda en mi cocina. Comparto mis recetas con muchas personas que llegan hasta aquí. También les regalo verduras y presto mis libros. En los próximos meses voy a capacitar a las mujeres de la CCS. Gracias a las conservas, hemos pasado los ciclones sin dejar de comer. Hasta los vecinos se han beneficiado.

¿Cuándo llegaste a la cooperativa?

No recuerdo el día exacto, sólo puedo asegurarles que soy asociada desde hace más de veinte años. Al menos, eso dice un carnet viejo que tengo guardado. Después que muere mi padre, la finca cae en mis manos, pues mis hermanas habían salido del país. Entonces, me encargué de todas las producciones. Cuando mi madre enfermó sí estuve un poco alejada de la CCS; ni a las reuniones podía asistir. Hace más de tres años que ella murió y desde entonces recuperé mi vida en la cooperativa.

Vivo aquí hace sesenta años. Todo este tiempo lo he dedicado al campo, incluso cuando me casé, logré traer para acá a Leonides, mi esposo. El también era campesino y vivía cerca de

nosotros, en la finca Los Pupos. Ya cumplimos cuarenticuatro años de matrimonio. Imagínense que nos casamos muy jovencitos, por que mi papá no creía mucho en noviazgos, con él había que formalizarse pronto.

Creo que para respirar, necesito de mis siembras y mis animales, por eso, siempre he querido vivir aquí. Me gusta sembrar una mata, ver cuándo pare y recoger sus frutos. No me canso de estimular a mis hijos y nietos para que sigan mi ejemplo.

Cuéntenos un poco sobre sus días en la finca.

Despierto alrededor de las seis y me doy un buen baño. Enseguida cuelo café, a veces en una olla grande, porque llega mucha gente desde bien temprano, vecinos y cooperativistas. Luego, me pongo a despachar la leche y después hago la comida de los animales. Alimento a los cinco ovejos con un biberón. A media mañana, cocino el almuerzo para los trabajadores y, cuando se los sirvo, continúo mis quehaceres. Atiendo un poco a los animales, más tarde lavo algunas ropas y preparo la comida. Al mismo tiempo, me ocupo de la limpieza de la casa. Si veo que los campesinos salen temprano del campo, les llevo un refresco, me les acerco y les digo: «Vamos a estar un poquito más. Miren, ese cantero se puede arreglar, para ver si las cosechas mejoran». De esta forma, los exhorto a seguir trabajando.

Aquí vienen muchas personas a diario. Algunas llegan porque tienen un dolor o para que les coja los primeros puntos de una herida. La verdad es que cuando cae la noche estoy tan cansada, que no puedo con mi vida. Me doy un baño de agua bien caliente, me tomo una aspirina y me inyecto el medicamento de la diabetes. Si me pongo a hacer curtidos termino bien tarde, porque aseguro que queden bien.

¿Cómo se organiza el trabajo en Hato Viejo?

En familia. Nos reunimos dos o tres veces a la semana. Conversamos sobre lo que se va sembrar, el cuidado de los animales, y acordamos los cambios que se deban hacer. Cuando se va a sembrar algo, siempre consultan mi experiencia: «¿Qué crees que se dé aquí?»

Ahora vamos a recuperar los cultivos que el huracán se llevó. Quiero sembrar variedades de frutas y alcanzar una buena producción. De las frutas que obtengo preparo refrescos, dulces y semillas para la otra siembra. Todo lo aprovechamos al máximo.

En la vida de Migdalia, ¿cuáles son los momentos más importantes?

El primero de enero de 1959, cuando triunfó la Revolución cubana. ¡Qué alegría más grande! Mi familia lo celebró con un grupo de rebeldes de la zona, a los que mi papá había ayudado. Imagínense, por fin todo regresaba a la normalidad. La época de Batista fue muy mala para nosotros los campesinos. Venían y te quitaban los animales o nos obligaban a mandarlos para el cuartel. Yo era chiquita, pero me acuerdo de todo.

Un momento muy feliz es cuando mi familia se reúne, y me refiero a mi esposo, mis tres hijos y los nueve nietos. Nos gusta celebrar los cumpleaños y ver a todos contentos. Ahí aprovecho mis dotes de cocinera. Hago arroz imperial, cake, panetelas, flan de calabaza, refrescos y hasta preparo bebidas.

Con sinceridad les digo que mi felicidad está en esta finca, cuando logro las cosechas y todo lo que nos proponemos. Siento mucha alegría el día que le hago el parto a un animal y veo que la cría nace bien y que la madre está sin problemas. También me gusta alimentar a los animales y verlos crecer. Aquí hemos organizado ferias, con el apoyo de la CCS y también de los ingenieros, a las que vienen muchas campesinas y campesinos para ver las variedades de tomate, maíz y las conservas que tenemos.

Muchas de las cosas que sé las aprendí de los libros, algunas las heredé de mis padres y abuelos, y otras de una tía que vivía en Moa. Estudié poco, pero me gusta mucho leer. Cuando tengo algunos minutos libres enseguida busco un libro. Además, soy muy hábil para bordar, tejer y coser. Ahora pienso enseñar a mis nietas. Espero que se interesen y que esa tradición quede en familia.



Migdalia Mercedes González Claro

60 años

Cooperativista

CCS «Sabino Pupo»

Cañadón, Banes, Holguín.

La presidenta de Guane

Menos mal que llegaron a tiempo, porque en un rato salgo para el acto por el aniversario de la Quema de Guane. Aquí el trabajo no escampa. Hoy es sábado y por lo que veo llegaré tarde a la casa. Discúlpeme si miro el reloj, pero tengo que estar pendiente de la hora. ¿Empezamos?

Mi nombre es Irene y nací en Isabel Rubio, en un lugar que le dicen La Cantera. Desde pequeña me vinculé al trabajo en el campo. Soy la mayor de cuatro hijos y tenía que ayudar a mi mamá. Me tocó el trabajo más duro. Cuando regresaba de la escuela tenía que cuidar a mis hermanos. Así aprendí a cocinar y a hacer el resto de las labores de una casa. Tal vez esa sea la razón por la que muchos me consideran una mujer fuerte y exigente.

Varias de las campesinas que hemos entrevistado llegaron a la ANAP después de una dura vida de trabajo y sacrificio. ¿De qué te sirvió ese pasado cuando entraste a la Organización?

Me sirvió de mucho. Mi origen campesino y mis estudios de Agronomía me fueron de mucha ayuda para enfrentar el trabajo. A la ANAP llegué en el año 2000 para desempeñarme como miembro del Buró en la Esfera Agropecuaria. Cumplí esa responsabilidad por un período de cuatro años y obtuve resultados positivos en la campaña tabacalera y los cultivos varios.

Luego ocupé la Esfera de Organización y atendí el trabajo político-ideológico. Para mí, ese fue un trabajo duro pero necesario. Se trataba de estimular la producción agrícola y, al mismo tiempo, lograr el compromiso de los campesinos con la Organización. Tuve que apelar a la persuasión para transmitirles a los cooperativistas el valor de producir y la importancia de pararse en una asamblea y explicar el resultado productivo.

En el 2004, sólo cuatro años después de tu entrada a la ANAP, el Buró Provincial de la ANAP te eligió para el cargo de presidenta municipal. ¿Cuáles fueron sus razones?

Las razones de esa decisión fueron mi interés, mi dedicación y mi disciplina. Sólo faltan cuatro meses para que finalice mi primer

mandato y en estos años no sólo le he dado continuidad a mi trabajo, sino que me dediqué a fortalecer las relaciones con los campesinos y las campesinas del territorio.

Ser presidenta y tener logros es un combate fuerte, pero siempre he tenido claridad: atender a mis campesinos, velar por sus producciones y porque las empresas cumplan sus compromisos con las cooperativas. Para eso cuento con el apoyo de mi colectivo de trabajo y de mis cooperativistas. También con el respaldo del Partido y la FMC.

¿Qué dicen los hombres aquí de que seas presidenta de la ANAP?

Todavía hay muchos incrédulos que no creen que las mujeres podemos cumplir. Por eso, a veces tengo que emplear mi fuerza, mis ideas y mis motivaciones para demostrar que puedo asumir grandes responsabilidades. Hay que reconocer que en el municipio ha crecido el nivel de sensibilidad hacia la mujer, pero el machismo se mantiene.

Tengo mucho que contar sobre este tema. Una vez me enfrenté a un director de empresa y a un delegado de la agricultura por el asunto de la compra de los productos a los campesinos. Yo defendía los intereses de los míos y ellos, como administrativos, defendían los intereses de su empresa. Fue difícil. Recuerdo que hasta llevé nuestra documentación para demostrar que estaba en lo cierto y exigir una respuesta para mis cooperativistas. Después de una larga discusión, encontramos una solución.

¿Cuántos campesinos diriges?

Dos mil quinientos sesenticuatro campesinos, y la mayoría son hombres. Por eso digo que la ejemplaridad, la exigencia y el nivel de cumplimiento de las tareas se deben mantener siempre. Cuando eres ejemplo, estimulas que los demás lo sean. Eso te hace una mujer fuerte, con prestigio, con moral y con principios, y te acredita para llevar a cabo las tareas con responsabilidad. Hago lo posible y lo imposible porque se atienda al campesino y, sobre todo, a la campesina. Ella es la más sufrida, la que más batalla y lucha.

Trabajo duro para obtener resultados y ayudar a mi familia. Tengo que agradecer mucho el apoyo de mi esposo y mis dos hijos. También el de mi madre, que es la que prácticamente lleva la casa y atiende a mis hijos.

¿Qué momentos importante recuerdas de estos nueve años en la ANAP?

Cuando obtuve, en mi primer año como presidenta, el primer lugar de la emulación en la provincia. Trabajé mucho para el acto provincial por el 17 de mayo, que se celebró aquí, en Guane. Otro momento importante fue recibir el tercer lugar de la emulación en el acto por el aniversario del inicio de la Reforma Agraria en Pinar del Río, en Las Martinas, celebrado en el 2004. También tuve resultados satisfactorios en la Escuela Nacional de la ANAP «Niceto Pérez» y en los Forum de Ciencia y Técnica.

En el 2008 me seleccionaron cuadro destacado a nivel nacional y, en la entrega de los certificados, estuve cerquita de Lugo. En el municipio siempre han reconocido mi trabajo y mi esfuerzo como mujer.

¿Qué falta por hacer?

Me queda mucho por hacer, sobre todo, mantener la política de cuadros del organismo y demostrar a los incrédulos que puedo hacerlo bien como presidenta. Aspiro a lograr mejores resultados en la ANAP. Además, quiero terminar la Licenciatura en Comunicación Social y aportar más iniciativa y creatividad a mi trabajo.

Creo que he dado casi el noventa y nueve por ciento de mi vida al trabajo de la ANAP en Guane.



Irene Izquierdo Flores

44 años

Presidenta

Comité Municipal de la ANAP

Guane, Pinar del Río.

El despertar de Mimi

Aquel día, en la asamblea de la CPA «17 de Mayo», se levantó de entre los campesinos una muchacha que le dicen Mimi y dijo: «Quisiera saber qué beneficios trae para las cooperativistas el Proyecto de Género». El tiempo ha pasado, y Mimi responde por sí misma aquella pregunta.

Aprendí a valorarme con el proyecto. Me siento importante, respetada. Ahora soy una mujer de verdad, porque estoy capacitada para cumplir cualquier tarea que me den y asumir responsabilidades. Sin miedo. En aquella reunión escuché que se crearían plazas en la cooperativa como parte del proyecto, que las mujeres tendrían prioridad. Entonces me dije que me iba a superar, porque nadie vendría a decirme: «Esto es tuyo», así, por mi cara linda.

¿Qué hacías en aquella época?

Era miembro de la Junta Directiva y tenía compromisos con la cooperativa. Mi dedicación era el campo, pero sólo había estudiado hasta el noveno grado. Me acerqué al presidente y le dije: «Voy a estudiar». Con mucho esfuerzo, estudiaba los sábados en la Facultad de Jiguaní. Terminé el doce grado y seguí con un curso de computación. El presidente me dijo: «¿Cómo es eso? No se lo dijiste a nadie», y le respondí: «Me dijeron que la superación era libre. Voy a dar computación». Yo no sabía ni tocar una computadora. Empecé el curso y no había manera de que lograra mover correctamente el mouse. La profesora me cogía la mano y me decía que eso no era un azadón, que me relajara. Así, de una simple guajirita del campo que no tenía nada, logré el doce grado y tres títulos en computación.

¿Qué buenos recuerdos tienes del Proyecto de Género?

El día que la asamblea me eligió organizadora de la cooperativa y el día que dijeron en la CPA: «La plaza para trabajar la computación se la ganó Mimi». Estas tareas añadieron más responsabilidad a mi trabajo diario en la CPA. Comencé en la plaza de sistematizadora para registrar las actas, los informes y las memorias de las actividades que se realizan en el Proyecto de Géne-

ro. Me encargo de llevar los reportes de la cooperativa y apoyo el trabajo de las económicas. Pero, pase lo pase, cada jueves voy a trabajar al campo. Esa es una de mis tareas priorizadas.

Según nos cuentan, tu jornada en la CPA dura más de ocho horas. Es frecuente que te quedes hasta bien tarde ayudando a la gente a imprimir, a redactar algún documento o a terminar tesis y trabajos de curso. ¿Cómo te retribuyen tus compañeros el esfuerzo que tú haces?

Les respondo con una anécdota. Un día teníamos que hacer unos canteros de lombricultura y estábamos contra reloj. Le digo al presidente: «Voy a formar una brigada de mujeres y vamos a armar ese cantero, salga el sol por donde salga». Entonces nos subimos a un tractor, fuimos muy lejos a cargar las piedras y a dar pico y pala para sacar la materia orgánica. Finalmente, montamos el cantero. Al otro día le dije al administrador: «Hoy por la tarde hay que regarle agua al cantero. No sé cómo vamos hacer, porque ya el lunes tienen que estar las lombrices allí». De esa manera se logró. Cuando Carlitos, el de la ANAP Provincial, llegó al día siguiente, le dije: «Ya lo hicimos».

¿Cómo funciona la Junta Directiva?

En la Junta Directiva somos cuatro mujeres y tres hombres, pero casi siempre me apoyo en las mujeres. A la hora de tomar las decisiones, me puedo enfrentar al presidente y nos hablamos fuerte. Hay cosas que él deja a un lado, les pone trabas. En ocasiones me dicen: «Mimi, esto no se puede hacer», y respondo: «Pero esto es una prioridad, tenemos que hacerlo».

Reconozco que no sirvo para mandar, no me gusta. Hago las cosas con la mejor forma del mundo, riéndome y gozando con la gente, pero si digo: «Vamos a hacer esto», al momento ya está hecho. Como mujer, me siento más responsable cuando tengo que hacer algo.

Volvamos a tus orígenes. ¿Dónde nace esa manera tuya de enfrentar la vida?

Nací en la Sierra Maestra, en un lugar llamado El Palenque de Matías, que pertenece a la provincia Santiago de Cuba. La familia de mi padre tenía una finca, y aunque él no se dedicaba directamente a la agricultura, crecí muy vinculada al campo. Mi familia siempre tuvo condiciones para el liderazgo. Mi mamá dirigió en los CDR y fue cuadro de la FMC en su zona y el municipio.

Mi papá fundó los CDR y participó en cuatro misiones internacionalistas. Cuando cumplí los cinco años, nos mudamos para Jiguaní.

Ya de adulta quería ser libre y pensé que el matrimonio era la vía para conseguirlo. Me casé, salí embarazada rapidísimo y unos meses después nació mi hija: el momento más importante de mi vida.

¿Qué pasó con tu matrimonio?

La relación con el padre de mi hija no funcionó. Nos divorciamos y dejé atrás sus maltratos. Para mí fue un tremendo reto criar a mi hija en ese momento. Por suerte conté con el apoyo de mis padres y una vecina. La niña fue a estudiar a una beca cuando cumplió los doce años, y yo me fui a trabajar parcialmente en la cooperativa, porque nuestra situación económica era difícil. Tres años después, en el 2001, me asocié definitivamente a la CPA.

¿Qué sientes cuando te hablan de la cooperativa?

Ya no sé vivir sin ella, es mi vida.

Mimi, entre otros reconocimientos, a ti la ANAP Provincial te eligió miembro de su Comité, reserva de Cuadro de la Esfera de Organización en Jiguaní, e integrante de la Comisión de Ciencia y Técnica del municipio. La gente te quiere y reconoce. ¿Qué falta en tu vida?

Me falta algo muy importante: una pareja. Por un lado quisiera no renunciar a mi libertad, pero por el otro deseo encontrar un compañero. En el trabajo, aspiro a ser dirigente de la ANAP, a superarme y seguir «para arriba».



Beatriz Moreno Suárez

40 años

Integrante de la Junta Directiva Sistematizadora del Proyecto de Género

CPA «17 de Mayo»

Cuatro Caminos, Jiguaní, Granma.

Soy una guajirita que salió del surco. Con dieciocho años comencé mi vida laboral en la CPA «Nueva Unión». Hace un año soy la presidenta del municipio. Ahora, cuando los campesinos me plantean algún problema, comentan: «Tú nos entiendes porque sabes lo que es pasar trabajo». Y es así, conozco el campo, viví en carne propia el día a día en una CPA. Ningún presidente me puede decir: «No se puede».

Lidia Esther Rodríguez. Cuarentidós años. Presidenta de la ANAP Municipal de Fomento, Sancti Spiritus.

Mercedes la de la ANAP

Me siento una mujer realizada porque he sido útil a la ANAP y a mi país. Pienso que para tener logros hay que sentir amor por lo que se hace, y yo le pongo cuerpo, corazón y alma a cada tarea.

Recuerdos de la infancia

Nací en el municipio Limonar. Allí crecí junto a mis tres hermanos, una hembra y dos varones. Vivíamos en una casita de madera con techo de guano y las condiciones económicas no eran las mejores. Sólo trabajaba mi papá, en el campo. Cuando regresaba de la escuela, yo le llevaba el almuerzo, pues a esa hora él estaba en el corte de caña. A veces sólo podía alcanzarle un plato de harina con boniato. Lo ayudaba a apilar las cañas y, si quedaba tiempo, mi hermano y yo lo acompañábamos a cortar arroz. Como ya dije, somos cuatro, pero sólo a dos nos gusta trabajar en el campo.

Después de la muerte de mis abuelos, mi papá quedó al frente de la finca. En el año 1978, lo convencimos para que entregara las tierras al movimiento cooperativo. Entonces pasó a ser el presidente de la cooperativa y las cosas cambiaron para nosotros. Los campesinos de la comunidad ganaban un anticipo, recibían utilidades y algunos productos para el autoconsumo. También lograron hacer sus casas. Mi papá luchó mucho por la cooperativa, y gracias a su trabajo recibió el primer televisor y refrigerador que entró a esa zona. Todavía conservo un reloj de pulsera que logró comprarme con sus ahorros.

Mercedes descubre la ANAP

Yo era muy jovencita cuando se constituyó la cooperativa «Mario Martínez». Me sumé a la tarea de convencer a los campesinos para que se incorporaran a la Organización. En 1978 entré a esa CPA, primero como económica y luego como organizadora. Lo mismo estaba en la oficina, en el campo, que en la construcción de viviendas. En ese tiempo pasé la Escuela Nacional de la ANAP.

En 1987 me captan para atender la Esfera de Educación y Trabajo Ideológico en Limonar y después me promueven a la provincia

para trabajar la actividad de cuadros. En el año 1990 los dirigentes de la ANAP en Matanzas hablan conmigo para que regrese a Limonar, esta vez como presidenta del municipio. En aquella ocasión les dije que para mí era una tarea muy difícil, y que antes de tomar una decisión, tenía que consultarlo con mi papá. La tarea era bien compleja, se trataba de dirigir un territorio que necesitaba mucha fuerza de trabajo para el corte de caña. En aquella etapa no había ninguna otra presidenta en la provincia, por lo tanto, era un camino inexplorado.

¿Por qué le consulté a mi papá? Toda mi vida respeté mucho sus criterios. Tal vez eso tenga que ver con la educación que recibí. Imagínate que hoy, con cuarenticinco años, no doy un paso sin consultarle. Cuando aquello, fui para mi casa y le dije que necesitaba hablarle. Él mandó a buscar a mi mamá y los tres llegamos a un consenso: si el Partido y la ANAP me habían propuesto esa tarea, tenía que asumirla.

En aquel tiempo, el municipio contaba con quinientos cuarenta macheteros, dos centrales azucareros y más de doce mil asociados, organizados en cinco CPA y ocho CCS. Mi experiencia en la base fue fundamental para cumplir esta función por un período de diez años.

Durante esa etapa integré el Buró y el Comité Nacional de la ANAP. Me sucedieron cosas muy importantes. En 1988 participé en un curso en la antigua República Democrática de Alemania. Más tarde fui seleccionada diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular y Cuadro Destacado del municipio y la provincia. Esto último ocurrió en 1999. El Comandante me entregó ese reconocimiento en el Acto Central por el 26 de Julio que se celebró en Matanzas. Ese día por poco me muerdo del nerviosismo. Recuerdo que me



Mercedes Santana García

45 años

Funcionaria de la Esfera de Educación
y Trabajo Ideológico de la ANAP Provincial
Matanzas.

felicité y se detuvo para preguntarme qué cargo ocupaba en el sector.

Fue una etapa muy bonita de mi vida. Es cierto que el trabajo era de lunes a lunes y que a veces el día no alcanzaba. Llegaba de noche a la casa para atender a la niña, las cosas de su escuela y al que era mi esposo en aquel momento. Las labores domésticas también me esperaban y, de vez en cuando, chapeaba los patios y me ocupaba de mis plantas. Me sentía satisfecha con todo.

Llegan las anécdotas

En una ocasión, mientras dirigía una asamblea en el municipio, les hablé a los cooperativistas sobre la necesidad de buscar macheteros para cumplir el plan de caña. Se me ocurrió decirles: «Hay que salir a buscar macheteros a Las Tunas, porque allí hay más fuerza de trabajo». El presidente de una cooperativa se paró y me dijo: «Yo no voy a buscar macheteros. Tienen que aparecer aquí». Muy molesta, le respondí: «Si usted no va, entregue las llaves del yipi, que yo convoco a su asamblea para liberarlo del cargo ahora mismo». Cuando terminó la reunión entramos a mi oficina, discutimos el tema y él me pidió disculpas. Ese presidente era mi papá. Aquella tarea fue terrible, estuvimos tres días en Las Tunas convenciendo a la gente para que trabajara en la zafra matancera. Al final, logramos completar el campamento cañero.

Un día elaboraba con mi equipo el informe para la Asamblea del Municipio, y nos avisan que se había presentado un problema muy serio en la Unidad Militar 20 de Limonar. Eran como las nueve de la noche y salimos para allá corriendo. Por una negligencia se explotaron trescientos y pico de cohetes. Se tomó la decisión de evacuar a las personas y trasladarlas para Matanzas. Había que salvar vidas. Trabajamos rápido y, en poco tiempo, logramos desocupar el pueblo. Fui una de las que se quedó en la sede del Partido, hasta que se dio el aviso de reestablecerlo todo. Esa misma madrugada trasladamos a las personas para sus viviendas.

Una nueva misión en la ANAP Provincial

En el 2000, regreso a la Provincia con la responsabilidad de atender la Esfera de Educación y Trabajo Ideológico. Llevo ocho años en esa función y he logrado resultados muy destacados en la emulación. Esto ha sido posible por el apoyo de mi familia y mis compañeros de trabajo.

He tenido una participación muy activa en eventos nacionales e internacionales. Desde 1987 no faltó a un Congreso de la ANAP ni a los Plenos del Comité Nacional. En 1999 tuve la oportunidad de participar en un intercambio de proyectos sobre el apoyo a la mujer rural, organizado por Oxfam en Canadá. En el 2006, representé a la Organización en un evento que tuvo lugar en Venezuela. También en estos años comencé a estudiar la licenciatura en Derecho en la Sede Universitaria de Limonar. En los próximos meses pienso defender mi tesis y obtener el título de abogada.

Un día en la vida de Mercedes

Ahora vivo aquí, en la ciudad de Matanzas, con mi hija y su esposo. Despierto muy temprano y lo primero que hago es llamar a mi casa para saber de mis padres. Salgo enseguida para el trabajo, voy a reuniones, realizo coordinaciones por teléfono y viajo a las cooperativas. Así paso el día, de un lugar a otro, y con varias tareas a la vez. Mira, cuando termine esta entrevista tengo que salir corriendo para el Pleno Provincial. Mi vida es así: siempre estoy apurada.

Hablo con mis viejos dos y tres veces en el día, y trato de estar localizable por si surge algún problema. Imagínate, cuando Angellito, el presidente, quiere localizarme, enseguida llama a mi mamá. También separo algunas horitas de la semana para arreglarme el pelo, las uñas, es que soy muy presumida.

Agradecimientos

En el 2006, mi hermano tuvo un problema grave de salud y estuve nueve meses dedicada a su cuidado. No me faltó el apoyo de mis compañeros de la ANAP. El día que me avisaron, yo estaba en la cooperativa «Arturo Suárez», en una reunión con Lugo, y me acuerdo que cuando se enteró dijo: «Hay que ayudar a Mercedes y atenderla mientras esté en el hospital». Así fue, todo ese tiempo estuve con mi hermano, y afortunadamente logró superar la enfermedad.

El balance de estos veintiún años en la ANAP

Los principales logros se ven cuando llega el mes de mayo y el Buró Nacional informa los resultados de la emulación. Es una satisfacción que Matanzas aparezca en los primeros lugares. Ahí se refleja mi trabajo.

En la ANAP se aprende todos los días. Es un privilegio visitar a los campesinos, porque son gente honesta, humilde y trabajado-

ra. Además, comparten en un segundo sus experiencias y te enseñan un montón de cosas.

Quiero mucho a esta Organización, aquí he vivido los mejores años de mi vida. Estoy muy contenta con mi trabajo y con mis reconocimientos. Tengo la distinción «Antero Regalado» y la medalla «Romárico Cordero». Cinco veces me han seleccionado Cuadro Destacado del país.

¿Sueños?

Continuar mi trabajo en la ANAP y aportar más a mi Revolución. Quisiera ver a mi hija graduada y espero que mi nieto no demore en llegar.

Para nosotros, la cooperativa es la vida

La juventud

Nací en San Juan de las Yeras, en Villa Clara. Cuando era pequeña, mi papá decidió que nos trasladáramos a Delias, aquí en Ciego de Avila, en busca de mejores condiciones económicas. Él era obrero agrícola, cortador de caña, y allá donde vivíamos no había trabajo para mantener a una familia de seis hijos, cinco varones y yo, la más pequeña del grupo.

Mi cooperativa nació en este lugar. Comencé en el año 1971 en las brigadas de ayuda mutua FMC-ANAP, de la base campesina «Miguel Leyva», aquí en el municipio Primero de Enero. Yo asistía a las reuniones, los trabajos voluntarios y participaba en todas las actividades que se realizaban de conjunto entre estas dos organizaciones.

Al llamado de la Revolución de incorporar las tierras a las nuevas formas de producción, nosotros dimos el paso al frente e integramos nuestra finca a esta CPA, la «21 de Septiembre». Lo hicimos con un entusiasmo tan grande...

Aquí se unieron distintas bases campesinas. Comenzó la construcción de la sede de la cooperativa, y finalmente se constituyó el 24 de julio de 1979. Cuando llegamos a este lugar, no había nada, caña nada más. Teníamos que venir todos los días desde Delias, que está como a doce kilómetros, a trabajar. Viajábamos en un tractor o en una carreta y almorzábamos lo que traíamos. Salíamos de la casa a las cinco de la mañana y regresábamos como a las ocho de la noche. Fue un esfuerzo grande.

Todo esto con dos niños chiquitos. Inclusive, muchas veces tenía que traerlos, porque no teníamos con quien dejarlos. Imagínate que el varón se paraba y daba una reunión, de tantas que había escuchado. Así vivimos, en condiciones un poco desfavorables, hasta que nos mudamos para acá en enero de 1980.

Comencé trabajando en el campo durante las mañanas, y en las tardes llevaba los controles económicos de la cooperativa. Así estuve durante varios años, hasta que luego me quedé sólo al frente de la economía.

Cuando nos incorporamos a la cooperativa, mi esposo –que es el presidente– y yo sólo teníamos un sexto grado de estudio. Prácticamente éramos analfabetos, como aquél que dice. Nos enfrentamos a la dirección de una cooperativa, y había que hacer gestiones en el banco para los créditos, el pago y un grupo de cosas. Si no había nivel, no se podía tampoco llevar a cabo esa tarea. Entonces, ambos comenzamos a estudiar y alcanzamos el noveno grado. Al terminar, hicimos el Técnico Medio en Contabilidad y nos graduamos juntos. Tuvimos que llevar a la par el estudio y la crianza de los muchachos, pero al final vencimos.

La adultez

Todo mi tiempo lo he dedicado a la cooperativa y a mi hogar, mi esposo, mis hijos y mi mamá, que tiene ahora noventa y tres años.

La cooperativa ha sido rentable desde su inicio, nunca hemos tenido problemas financieros. Es Vanguardia Nacional desde 1994 y siempre estamos en la avanzada. Recientemente, obtuvimos el trofeo de oro en el rendimiento cañero.

Hace ya algunos años que soy la organizadora. Pero no sólo ha sido la cooperativa, sino la Federación, los CDR, la Zona de Defensa, en la que he sido secretaria y económica. También soy juez lego, miembro del Comité Provincial de la Organización desde el año 79, y del Buró del municipio. Desde hace varios años, soy Vanguardia Nacional y recibí la distinción «Antero Regalado», la de Servicio Distinguido de las FAR y la de Producción y Defensa. La medalla «Romérico Cordero» la tomé de las manos del Comandante en Jefe.

Fue un gran honor, lo más grande de mi vida... Sucedió durante la celebración por el 35 aniversario de la ANAP, cuando Ciego de Avila fue sede de las actividades centrales por el 17 de mayo, el Día del Campesino.



Miriam Asunción Hernández Menéndez

56 años

Organizadora

CPA «21 de septiembre»

Primero de Enero, Ciego de Avila.

Rondando la tercera edad

Mi esposo es mayor que yo y ha presentado problemas de salud, de modo que, la Asamblea decidió que él compartiera la dirección de la cooperativa conmigo. Todos los llamados que hago al colectivo de cooperativistas se responden con un paso al frente. En estos momentos tenemos la tarea de dirigir la zafra y tengo un grupo muy bueno. Ellos me respetan, me oyen y me siguen.

No sé si es porque soy mujer, pero creo que nosotras somos un poquito más enérgicas, entusiastas y precisas a la hora de coger una tarea en las manos.

Un día normal para mí comienza a las cuatro de la mañana y termina a las nueve o las diez de la noche. Me levanto, hago las cosas fundamentales de la casa, y de ahí parto para donde esté el pelotón trabajando. Voy con el pelo rubio y al regreso lo tengo rojo. El trabajo es a tiempo completo con los compañeros. Debo velar porque las cosas salgan bien, que no se pare una máquina por falta de piezas -y si sucede, llamar a la dirección de la empresa azucarera-. Debo darle solución a los problemas que se presentan y entusiasmar a los compañeros para cumplir y sobrecumplir. El país necesita la caña, y queremos hacer una zafra eficiente en saludo al 6to. Congreso del Partido.

Hace poco hicimos una competencia de corte y se trabajó durante tres días consecutivos. Yo amarré un puerco en el cañaveral y le dije al pelotón que si lo lograban, les mataba a Pancho. Al final, se comió puerco asado.

Ahí me paso casi el resto del día, aunque siempre le doy vueltas a las demás cosas de la cooperativa: al organopónico, a las máquinas de riego, a la siembra de caña. No todo se concentra en un mismo lugar. A veces hay una distancia de cinco kilómetros entre la vaquería y el lugar donde el pelotón corta caña. Me muevo en el yipi; antes lo hacía a caballo, pero ahora tengo un problema en la cervical que me lo impide. Lo reviso todo y nos reunimos en el consejillo al mediodía. A las once, almuerzo, y a las doce ya estamos aquí viendo con el resto del personal qué hay que hacer para el día siguiente.

Aproximadamente a las cinco voy para la casa, termino de hacer las cosas pendientes, hago la comida y salgo otra vez para el pelotón, hasta las diez de la noche o la hora que sea.

Entre todo eso, atiendo a mi nieto también, porque el horario de trabajo de mi hija implica que yo cuide al niño, al menos, dos días a la semana. El tiene seis años, y tengo otra nieta de nueve. La cooperativa es un familiar más. Mi esposo tiene setentitrés años, no se ha jubilado y ya yo tengo cincuentiséis y tampoco pienso hacerlo. Quizás mañana tengamos que decir que no podemos seguir, pero no pensamos en eso. Es muy difícil darle la espalda a lo que nosotros ayudamos a construir juntos y vimos brotar.

Soy fundadora de mi cooperativa. Trabajé en una guarapera, en la agricultura, en la cocina, cuidando animales, limpiando. He hecho de todo, y ahora que ya no estoy, la gente me extraña. Fue difícil tomar la decisión de jubilarme, no sabía cómo desprenderme de algo que era tan mío. Pero ya tenía sesentidós años y pedaleaba seis kilómetros en bicideta para ir a la CPA. ¡Ah, tengo historias de bicicletas! Cuando mi hijo Froilán estaba chiquito, lo llevaba conmigo, le llevaba agua, merienda y algún juguete para que se entretuviera y, mientras tanto, sembraba o cortaba caña. Es cierto que he trabajado mucho, pero aun así me parece que hago poco por la Revolución.

Josefa Delgado. Sesentiséis años. Jubilada de la CPA «Evelio Marrero», Ciego de Avila.

Este trabajo me gusta

La formación

Toda mi vida la he pasado en Florida, Camagüey. Mi papá trabajaba en el central Argentina, así que mi origen es obrero. Mima era ama de casa, una mujer noble y sensible. Pipo era de carácter fuerte, le daba un gran valor a la disciplina y fue un hombre muy revolucionario. El tenía claro que sus hijos debían estudiar. Mi hermano se hizo licenciado en Educación Primaria y mi hermanita, que es síndrome de Down, es muy inteligente y educada.

Yo estudié la secundaria en el campo y luego fui la única mujer del municipio seleccionada para estudiar en el preuniversitario militar. Al terminar allí, elegí ser médica veterinaria. Es una carrera que me gusta mucho y, dentro de ella, prefiero la cirugía. Pipo me decía que el que me conoció en la infancia nunca hubiese creído que la Veterinaria fuera mi elección. Era un poquito delicada y les tenía miedo a todos los animales.

Cuando cursaba el cuarto año de la carrera quedé embarazada y tuve a mi hijo. Todo el mundo pensó que iba a dejar los estudios, pero hice un gran esfuerzo y me gradué.

El camino hasta la ANAP

En 1988, comencé a trabajar como médico principal en una granja pecuaria. Luego surgió la necesidad de que alguien ocupara la responsabilidad de coordinadora municipal de los CDR y, como yo era reserva de cuadro del Partido, me designaron para eso. Tras un año y medio allí, solicité reincorporarme a mi profesión. Trabajé tres meses como directora del laboratorio



Ana Margarita González Saez

44 años

Presidenta de la ANAP

Municipio Florida

Camagüey.

veterinario de Florida, y ese mismo año, 1996, me incorporé a la CPA «25 Aniversario».

Una veterinaria en la cooperativa

El propósito de la cooperativa era la producción de carne porcina. No obstante, diversificó su producción y tuvimos leche, huevos, ceba de animales para la venta y cultivos varios para el autoconsumo. Además de atender a los animales como médico, por acuerdo del reglamento interno de la cooperativa, podía trabajar en lo que hiciera falta, desde la cosecha de maíz hasta la siembra de frijoles. Como debía estar presente cuando se ordeñaban las vacas, les pedí a mis compañeros que me enseñaran. Aprendí y ordeñé a las dos vacas «más blanditas», como le decían ellos.

También fui la organizadora de la cooperativa. Ayudaba a preparar las asambleas de la cooperativa, los chequeos de emulación, los balances económicos -mi CPA siempre ha sido rentable- y trabajaba en el rescate de la cultura campesina en la zona, a través de concursos y la celebración de la Jornada Cucalambeana. Participaba activamente en el destacamento de vigilancia campesina para cuidar las treinticinco caballerías de tierras que teníamos.

Al principio, me daba cuenta de las resistencias de los hombres a que yo trabajara. Me hacía bromas como «¿te vas a montar en el caballo?», «¿quieres aprender a manejar tractor?» Cuando llegué a la cooperativa, sólo había una mujer, la económica. Con el paso del tiempo y mi vinculación directa a la producción, aprendimos a convivir juntos.

La promoción

Pertenecía al Comité Municipal de la ANAP, cuando en el 2000 me eligen miembro del Buró y del Comité de la provincia. Ese mismo año participé en el 9no. Congreso de la Organización y en octubre me promueven a la Dirección Municipal de la ANAP como organizadora. Venir del sector me facilitó el trabajo: ya conocía a los compañeros y sus costumbres, el lenguaje, los indicadores productivos, las legislaciones agrarias y tenía cierto dominio de la parte económica. Claro, una aprende un poco más todos los días.

A finales del 2006, el presidente municipal se fue a cumplir una misión a Venezuela, y me promueven para ese cargo. Me da mucho

placer representar a los campesinos y ayudarlos a solucionar sus problemas. Este trabajo me gusta.

La mujer que dirige

Se requiere de mucho sacrificio para ser presidenta municipal, aunque no me ha sido difícil. El sector que dirijo es bastante heterogéneo, pero creo que lo conozco. Todavía nos quedan compañeros que no aceptan que los dirija una mujer. Me les acerco e indago sus inquietudes.

Gracias a nuestro trabajo, estamos entre los primeros lugares de la emulación de la provincia. Hemos tratado de mejorar las condiciones de trabajo en la sede de la ANAP Municipal. Teníamos un local prácticamente en ruinas y nos dimos a la tarea de reconstruirlo. Ahora cada cual tiene una oficina con seguridad. Todos los arreglos se hicieron con el apoyo de las cooperativas. Al principio pasábamos mucha hambre, pero ya tenemos un comedor que cada semana abastece una cooperativa distinta.

Los campesinos nos han ayudado a reanimar la ANAP municipal, porque esa es la casa de todos. El que viene a la ciudad para que nosotros le tramitemos un problema necesita tener condiciones allí: tomar agua, ir al baño, almorzar. Participar compromete más a la gente. Con estas condiciones, los cuadros aprovechamos mejor la jornada laboral.

Dirijo un colectivo muy bueno, con gran espíritu de sacrificio, entereza y sentido de pertenencia a la Organización. La instancia municipal está integrada mayoritariamente por mujeres. Las dos compañeras que atienden Asuntos Generales y la parte administrativa llevan treinta y seis años trabajando en la ANAP, casi desde su fundación. La que está al frente de la Esfera de Organización se acaba de licenciar en Derecho. El año próximo terminará esa misma carrera la funcionaria del Frente Ideológico. El agroalimentario estudia en estos momentos Ingeniería Agrónoma y ya es miembro del Buró. Con todos ellos me siento a gusto en la dirección y estoy segura de que lograremos mejores resultados.

Mi estilo de dirección consiste en que cada cual tiene sus responsabilidades y responde por ellas; yo no puedo suplantar a nadie. Hay mujeres que tienen niños pequeños, aspecto que debo tener en cuenta a la hora de asignarles tareas; por ejemplo, si tenemos un control integral en una zona alejada, salimos todos a las cinco y media de la mañana, excepto las madres de niños

chiquitos, que se incorporan a las ocho y treinta y viajan en un carro que dejamos para eso.

He logrado un colectivo unido al que respeto y admiro. En lo personal, me siento cada vez más comprometida con el proceso revolucionario. Soy una mujer negra, hija de analfabetos, que llegué a profesional y dirigente en esta Organización. Todo eso, y los cambios positivos que han experimentado los campesinos en sus vidas después del triunfo de la Revolución, reafirman mi convicción de amar este sistema.

Cuando se hala parejo

He tenido la gran dicha de que mi esposo, con el que llevo veintisiete años, me haya apoyado siempre, jamás me ha puesto obstáculos ni límites. Mi hijo es instructor de arte y colabora con la música campesina en la Jornada Cucalambeana. Perdí a mis padres y a mi hermano, y tengo bajo mi custodia a mi hermanita. Ella necesita atenciones, pero también me ayuda mucho, pues mi madre le enseñó a hacer de todo en una casa. La llevo para mi centro de trabajo y digo que es la auxiliar de cocina, así se siente importante y realizada. Cuando tengo que ir a La Habana o a la ciudad de Camagüey, mis compañeras la cuidan.

Me gusta recoger café. Durante la zafra, me levanto a las cinco de la mañana y hago los oficios de la casa: colar el café, fregar, recoger. A las seis ya estoy camino al cafetal. Regreso por la tarde y otra vez comienzan las labores en la casa. Sólo termino cuando me vence el cansancio. Al otro día, vuelven las mismas tareas. Pero lo prefiero así, porque cuando termina la recogida ya no hay trabajo. Entonces, hay que esperar otro amanecer en temporada de zafra.

Romelia Matos. Cincuentiocho años. Ama de Casa. Guantánamo.

Eso es lo que hago: dispersar lo que aprendo

Para entrar a casa de Gladys, hay que atravesar un patio grande. Lo primero que encontramos fue una puerca amamantando a sus nueve crías. Levantamos la vista y vimos a un niño de unos nueve años que nos observaba con ojos atentos, y otro más pequeño, que corría descalzo empujando un carretón.

Son mis nietos. ¿Ven este? —dijo Gladys señalando al mayorcito—, me seguirá los pasos. Pero, pasen, póngase cómodas. Les hice unas empanadas de guayaba riquísimas. ¿Conocen el dulce de calabaza china, el boniatillo, los buñuelos, el buen vino casero? Hay muchos jóvenes que no saben lo que es eso. Estoy interesada en que no se pierdan las tradiciones. Ya hablé con Jany, la coordinadora de Proyectos de aquí de Santo Domingo, y en unos días vamos a presentar una exposición de platos. Lo dije en la reunión de la cooperativa y ya hay diez familias que participarán. Mi lema es que poquito a poco se llega lejos.

Gladys, a propósito de ese rescate de la memoria que mencionas, nos gustaría conocer tu historia como mujer líder en la ANAP.

Yo nací en la Finca Caña Brava, barrio Jicotea, en Ranchuelo. Mi papá era campesino, y después del triunfo de la Revolución fundó la cooperativa de aquella comunidad y se quedó como presidente de la misma. Me crié con un dirigente. En mi casa se hacían las reuniones de los campesinos. Cuando empecé a crecer y mi padre a envejecer, lo ayudaba con algunas de sus funciones de trabajo. Después me casé y seguimos trabajando en la finca de papá, hasta que en 1983 nos mudamos todos para este municipio, con el fin de acercarnos un poco a las escuelas de mis hijos. Yo era pesadora de caña del central 26 de Julio, hasta que me jubilé por la Tarea Alvaro Reynoso. Desde entonces, pertenecemos a la CCS Armando Perera, de la cual mi padre también fue presidente.

Tenemos una hectárea de tierra en la que sembramos viandas, hortalizas y granos, y otra que se divide entre la casa, los árboles frutales y los pastos para el ganado. Tengo dos hijos que trabajan en todo eso. Yo voy cada día al campo. Participo en la recogida

de tomate y en la siembra de cebolla. Con mi nuera atiende los animales del patio: puercos, gallinas, patos, guanajos, guineos, conejos, y los del campo los atendemos mi esposo y yo. Ahora él está enfermo, lleva varios meses sin caminar. Yo tengo dos hernias discales y tampoco estoy como antes, pero ahorita nos volvemos a levantar.

¿Por qué la ANAP la ve a usted como una mujer líder?

Bueno, a mí me dan una tarea y la cumplo al pie de la letra. Toda misión que caiga en mis manos, la llevo a su conclusión y trato de que los otros campesinos hagan lo mismo. Les enseño, les explico, divulgo lo que aprendo. Si voy a una asamblea, intervengo y doy mis puntos de vista. Estoy metida en todos los proyectos que hay, me gusta llevar a cabo lo que leo. Tal vez por todo esto me catalogan como líder.

¿Cómo es que logra convencer a los demás campesinos para que la sigan?

Eso es sencillo. Si quieres que los campesinos te escuchen y siembren una mata o fortifiquen una tierra, tienes que hacerlo tú primero, si no, «la cosa no camina». Les voy a contar cómo es.

Por las características de las tierras que tenemos, yo empecé cultivando arroz, pero recogíamos muy pocos quintales y, para colmo, había una plaga que afectaba el rendimiento. La cuenta estaba clara: si siembro cinco cordeles de arroz, tengo que coger cincuenta sacos; no puedo coger veinticinco, porque tengo pocas tierras y la otra está ocupada con maíz u otra cosa. Como la cuenta no daba, fui a hablar con el compañero que atendía el Arroz Popular, para pedirle una semilla diferente. El me trajo variedades, y yo decidí hacer una parcelita para estudiar cuál era la de mayor rendimiento. Las enumeré y fui notificando los hijos que echaban, las espigas que tenían, el tamaño, conté los granos y, cuando terminé mi cosecha, tenía una libreta con todo eso escrito para ver cuál era la que mejor se adaptaba a mi finca. En ese tiempo vino una visita de la comisión que atiende este cultivo a nivel nacional y me insertaron al Programa del Arroz.

Las fincas de por aquí no se dividen por cercas, sino por diques. Eso quiere decir que cada quien sabe cuál es la suya, pero estamos juntos. De manera que mi vecinos tenían mi mismo problema, así que repartí la semilla que recogía entre ellos y ahora todos están integrados a ese mundo.

Gladys, sabemos que también es promotora del Movimiento Agroecológico.

Sí. Un día le dije a Rafael, mi esposo: «Yo antes vi a mi abuelo sembrar una mata de calabaza en un basurero, y se les daban inmensas. Vamos a coger todo el estiércol de ganado que tenemos y todos los desperdicios, y vamos a echarlo en una esquina para después sembrar». Recuerdo que lo primero que pusimos ahí, en una orilla, fue un montón de maloja de maíz seco, le echábamos estiércol y todo lo que encontrábamos, hasta que se volvió como una tierra: era compost. Sembramos ajo y recogimos unas cabezas grandísimas. Entonces pensamos que podíamos aprovechar los desperdicios y, a la vez, mejorar los rendimientos.

Después, llegó la hora del humus de lombriz. Nuestra tierra tenía poca fertilidad, estaba en uso hacía muchos años, sacándole y poniéndole cultivos una y otra vez, hasta que perdió fortaleza. Conseguí el humus, se lo eché a tres cordeles y después recogimos unos boniatos de cinco libras.

Aunque antes había nociones de Agroecología, el campesino no hace lo primero que le dicen, no es así. Los vecinos vieron nuestros resultados, y yo hablaba de eso en todas las reuniones de la cooperativa. Te puedo garantizar que hoy todos usan, al menos, la materia orgánica.

Les digo: «Si van a arreglar cercas, no pongan una mata de aroma, porque se seca y no retoña. Pongan un almácigo o un bien vestido, que florecen y sirven de alimento a las abejas». La Agroecología no es sólo el humus de lombriz, es también mantener una cerca viva y no muerta.

¿Produce el humus o lo compras?

Cuando tengo que utilizar grandes cantidades, lo compro. Hace poco pude terminar las dos canoas necesarias



Gladys López López

57 años

Cooperativista

CCS «Armando Perera»

Santo Domingo, Villa Clara.

para producir el humus que necesito. Me gusta experimentar y mi pensamiento es este: si yo soy campesina, tengo que ser sostenible; si produzco algo, me ahorro ir a buscarlo a otro lugar. No puedo comprar frijoles, tomate y carne en el mercado, porque si no es mejor vender todo esto y comprarme una casa al lado del parque. ¿No es verdad? ¿Para qué tener una finca, si no produzco lo que me hace falta?

- Aquí se come de todo, gracias a lo que producimos. Somos siete en la casa, más dos que no viven aquí, pero se alimentan también de la finca. Todos trabajamos. El día que hace falta que mi hijo, el médico, venga a recoger una cosecha, viene enseguida. Ahora que está en Venezuela de misión, me trae semillas para sembrar.

¿Hasta dónde llega su labor como promotora?

Me he reunido con otras cooperativas en diferentes lugares y he planteado mis experiencias. Siempre cosecho tres o cuatro variedades de arroz, que llevo a los intercambios y las reparto. Ya hay semilla de mi arroz en Ranchuelo. Eso es lo que hago: dispersar lo que aprendo.

He ido a varios eventos. Fui al Congreso Internacional del Arroz en el Palacio de las Convenciones. Formo parte del Proyecto Agrosalud. Participé en el estudio que hicieron los japoneses con producciones biofortificadas. Gané un premio relevante en el Forum de Ciencia y Técnica.

¿Qué es lo que más te gusta hacer?

Cuando tengo mucho estrés por el trabajo, me voy para abajo de una mata a sentir cómo bate el aire. Eso me gusta. También me gusta cocinar y sembrar flores: sembrar una planta es como criar a un niño, hay que quererla y darle atención.

Por donde quiera que yo paso, dejo buenas relaciones, y eso me da mucha satisfacción. Un día me propusieron para el Premio de la Mujer Rural y les agradecí, pero dije que a mí lo material no me interesa. Me interesa lo espiritual, que se te queda en el alma siempre, como las cosas buenas que hagas y enseñes a otras personas.

¿Hay algo más que nos quiera decir y no le hayamos preguntado?

Lo que necesito es más tierra para producir. Yo voy a seguir trabajando por esta Revolución hasta que me muera.

Llevo sólo dos años en la ANAP. Pero ya siento esa fuerte necesidad de estar con los campesinos, de ayudarlos y enseñarles. Ese es mi trabajo, que en poco tiempo ha dado frutos como una mayor conciencia de los cooperativistas sobre la protección del medio ambiente, el rescate de tradiciones campesinas, la incorporación de las mujeres como asociadas, el dinamismo que muestra el Movimiento Agroecológico «De campesino a campesino». Para mí es muy importante visitar una cooperativa y ver que la gente es responsable, que se trabaja por amor, que existe un compromiso. Esos momentos los guardo con mucha satisfacción.

Jany Pérez. Treintiséis años. Coordinadora de Proyectos de la ANAP Municipal en Santo Domingo, Villa Clara.

Organizar es un arte que poseo

En el año 1977, cuando comenzaron las CPA, varios miembros de una Cooperativa de Créditos y Servicios que había aquí en Limonar nos dimos a la tarea de acercarnos a los campesinos de la zona, para ver si estaban dispuestos a pasar a las formas superiores de producción. Así, conjuntamente con mi papá, que era presidente de la CCS, conformamos la CPA «Cruceiro Aurora», el 27 de septiembre de ese mismo año.

Me integré a esa familia en las labores agrícolas. Comencé en un grupo compuesto por veintidós mujeres que, en su mayoría, iniciaba allí su experiencia laboral. Estábamos dispuestas a cambiarlo todo: las condiciones de vida y de trabajo en la zona, y a nosotras mismas. Asumíamos cualquier tarea. Sembramos arroz y cortamos caña. Entre nosotras había mucha unión y entusiasmo. Pero fue complicado, porque teníamos niños pequeños y necesitábamos apoyo de la familia.

En ese sentido, hubo contradicciones. Algunos esposos no querían que sus compañeras trabajaran. Entre nosotras comentábamos las dificultades que se nos presentaban, nos dábamos ánimos y compartíamos la experiencia de cada una, cómo se podía resolver esa situación.

Al principio los campesinos tenían muchas dudas sobre los beneficios de integrarse a las CPA. Hay que conocerlos, ellos tienen que ver para creer. Cuando empezaron a llegar las maquinarias, los materiales de construcción para las viviendas y la electrificación, fue muy estimulante. Ahí comenzó el desarrollo.



María Isabel Falcón Martell

56 años

Organizadora

CPA «Ramón Martell».

Valle de Guamacaro, Limonar, Matanzas.

En el año 81 me designaron para pasar un curso de Política Agraria en la entonces República Democrática de Alemania. Ya en esa etapa era miembro del Comité Municipal de la ANAP, así que, como es natural, y con la decisión que me caracteriza, di el paso al frente. Cuando llegué a la casa mi esposo me dijo que no podía ir, que no aceptaba que dejara a la niña por seis meses. Aquello costó lágrimas. Vi el matrimonio prácticamente perdido. Le expliqué que mi mamá estaba dispuesta a cuidar a la niña y que mi hermana ayudaría. Le dije que si no se quería cocinar ni hacer las cosas de la casa, ellas lo harían. Fui firme y le dije que no podía quedar mal con mi Organización. Finalmente lo convencí. Para colmo de males, ese año hubo en el país un brote de dengue hemorrágico y el día antes de mi partida él se contagió. Tuve que dejarlo con fiebre e irme. Pasé días difíciles, pero cuando regresé, con los estudios terminados y buenos resultados, me encontré con que mi esposo se había hecho cooperativista. Desde entonces, hemos sido un matrimonio muy unido, hasta para trabajar. Llevamos treintinueve años juntos.

Si no llega a ser por la valentía con que enfrenté ese momento, hoy no fuera quien soy. Seguro me hubiera ido de la ANAP, por vergüenza, porque nunca me he negado a una tarea de la Revolución.

Cuando regresé, fui como oficinista de la cooperativa. Ese año se decide unificar las tres CPA de la zona, para fundar la más grande del país, con trescientos sesenticinco caballerías. Se unieron la nuestra y otras dos que se habían fundado el mismo día, la «Ramón López Fleitas» y la «Ramón Martell». Como siempre he sido muy activa, me designaron organizadora de la Junta Directiva.

A los pocos años, se hizo evidente que para los campesinos resultaba difícil dirigir una cooperativa con esas dimensiones, de manera que se concibió un desprendimiento de ella y surgió de nuevo la «Ramón Martell». Fui vicepresidenta en esa cooperativa, y después pasé a ser organizadora, que es mi trabajo actual. Además me desempeño como auxiliar de Contabilidad.

En 1987 resulté electa miembro del Buró Nacional de la ANAP, en el que me mantuve por cinco años, y del Comité Nacional. Me seleccionaron en el 7mo. Congreso, y allí jugué mi papel por diez años. En esa oportunidad, estuve hablando con el Comandante

durante cuarenticinco minutos. Él se dirigió a mí y me preguntó: «Compañera, ¿de dónde es usted?», y yo le respondí: «De Matanzas, del municipio Limonar». Me dijo: «¿Del Valle de Guamacaro?», y con alegría le dije: «¡Sí, Comandante, de allí mismo!» Yo sentía que las gotas de sudor me corrían por el cuerpo, pero conversamos largamente sobre la situación política de la región. Me preguntó si yo era de las jóvenes que tenía pensado abandonar el campo. Le respondí que yo era «de las jóvenes que estoy consagrada al campo». Jamás voy a olvidar esa experiencia. La sencillez de Fidel me impactó. A los pocos días, recibí de la valija del Comité Central una foto que nos tiramos juntos. La coloqué en la sala de mi casa.

El compañero Lugo me quiere. Siempre que me ve, me saluda y llama por mi nombre. Considero que con el trabajo que he hecho, me he dado a respetar. Me otorgaron varias distinciones y medallas, entre ellas la «Antero Regalado», la «Romérico Cordeiro», la «28 de septiembre», la «23 de agosto» y una por los cincuenta años de las FAR.

Tengo muchas responsabilidades, no sólo en la CPA, sino también en la casa, en el Partido, en el CDR, en la Zona de Defensa y en la Federación. Además, estudio Derecho en la Universidad. Cada mes hago un plan de trabajo que me permite distribuir el tiempo, organizarme. Un arte que poseo. ¡Hasta con la familia me planifico! Tengo una hija y dos nietos que adoro.

Mi trabajo me gusta mucho. Las cooperativas forman parte de mi vida. En las reuniones suelo dar mis criterios. Me gusta preparar las asambleas, que se conviertan en un espacio de aprendizaje, en el que el cooperativista se sienta motivado a participar y salga con más deseos de trabajar.

Nuestra cooperativa es de referencia. Vienen muchas personas a tomar experiencias con nosotros. Es Vanguardia Nacional, condición que yo también poseo. Esos reconocimientos se ganan con sacrificio, consagración y unión. He logrado impregnar optimismo y sentido de pertenencia a mis cooperativistas. Aquí soy la compañera, la hermana, soy todo. He tenido contradicciones con los compañeros, pero al final la cooperativa gana en desarrollo y se fortalecen los lazos de amistad que nos unen. No tememos a las discusiones y estamos claros de que trabajamos por un objetivo común.

Nos sentimos orgullosos de nuestros logros productivos, y también de los deportivos y culturales. Nos han afectado los ciclones, mas nos levantamos rápido, porque no dejamos las cosas para luego.

Como en otros lugares, tenemos limitaciones materiales, pero nuestro principal recurso son los deseos de trabajar.

He tenido ofertas de trabajo fuera del sector cooperativo y campesino, pero no me voy ni muerta. Es imposible dejar este pedacito que tanto quiero. Yo me jubilo en la ANAP. Aquí lo tengo todo, me siento bien y, lo fundamental, hemos consolidado una linda familia.

Por mi trabajo atiendo a muchos campesinos directamente. A través de los años, he acumulado una experiencia que me ayuda a desarrollar mejor mi labor. Ahora estoy estudiando Derecho en la universidad y eso también me ha sido muy útil. Recuerdo una anécdota simpática de mis primeros tiempos como presidenta del municipio. Compartía la oficina con la organizadora, que era una muchacha más alta y fuerte que yo, y vestía elegantemente. Cuando llegaba la gente a plantear sus problemas, iba directo a verla. Parece que las personas no están acostumbradas a ver a una dirigente pequeña y sencilla, como yo. Pero lo importante es tener una respuesta.

Ibis Herrera. Cuarentidós años. Presidenta de la ANAP Municipal en Manicargua. Villa Clara.

Una mujer valiente

Para quien dice que lo mejor de la vida es trabajar con el campesinado, el destino no puede ser algo ajeno. Por eso, tal vez, Yamila tuvo su hija un 16 de mayo, unas horas antes del Día del Campesino. Por eso su niña, con dos años de edad, respondió que cuando fuera grande «iba a trabajar en una reunión de la ANAP». Y por eso, tal vez, nos cuenta hoy su vida como líder y campesina.

Una tiene que conocer a sus subordinados, a sus compañeros de trabajo, para saber cómo tratarlos. Todos son distintos. Cuando nos vinculamos a un mismo nivel con los cooperativistas, los campesinos y los compañeros de trabajo, podemos lograr lo fundamental para un líder o dirigente: que los demás sigan tus ideas, tu trabajo y los intereses de la Organización. Cuando una comienza en esto, todo cuesta un poquito, pero luego logramos que la gente nos respete y sienta cariño por nosotras.

¿Qué características debe tener una mujer dirigente?

Ser valiente. Si no lo eres, probablemente no lograrás resultados. Pienso que las mujeres somos valientes ante todo, enfrentamos la vida, nos sacrificamos muchísimo, porque tenemos muchas más obligaciones y deberes que los hombres. Nuestro papel dirigente comienza en la casa, desde la hora en que nos levantamos, hasta que nos acostamos en la noche. Dirigimos el trabajo del hogar, los hijos y, cuando llegamos al trabajo, seguimos.

Modestia aparte, yo no tengo miedo, me gusta trabajar y cumplir, que todo me salga bien. Cuando me dan una tarea, pienso en vencer las dificultades, en cómo resolver los pro-



Yamila Sarduy Martínez

36 años

Miembro de la Esfera de Organización
del Buró Provincial
La Habana.

blemas. La vida de nosotras es un poco difícil, porque siempre estás ocupada, siempre tienes reuniones. Llega el 31 de diciembre y una todavía está recorriendo el campo.

Sin embargo, al final siempre saco un tiempito para mi familia, mi pareja, mi niña, mis amistades. Es decir, trato de vincularlo todo y que en mi plan de trabajo haya un espacio para mí también, para arreglarme el pelo y las uñas y estar bonita siempre.

¿Qué problemas te ha traído ser dirigente?

Una de las cosas más difíciles para nosotras las mujeres con tantas responsabilidades es complacer totalmente a los hombres que no tienen vínculos con la ANAP. Hablo de nuestras parejas. Quizás esa persona no entienda que una se reúna a las nueve o las diez de la noche. Por eso es importante vincular de alguna manera a tu pareja a la Organización, y tener mucha comunicación. Yo lo he logrado. En realidad puedo decir que he sido recompensada, porque las personas que he tenido a mi lado me han apoyado. Muchas veces trabajan tanto como yo a favor de la Organización. Eso es bonito.

Yamila, comenzaste muy joven a trabajar en la ANAP. ¿Cómo llegaste?

Crecí en el campo, en Cartagena, mi Cienfuegos natal. Mis abuelos eran dueños de fincas, y aprendí de niña a amar la siembra y los animales. Luego estudié el Técnico Medio en Agronomía y, una vez graduada, con sólo diecinueve años, me pidieron que trabajara como económica en la CPA «Jesús Menéndez», en el municipio de Rodas.

Acepté y comencé mi trabajo. Me sentía familiarizada con la Economía, aunque superficialmente, porque en Agronomía te enseñan poco sobre eso.

De esos días destaco sobre todo el interés con que asumí el trabajo, así como la ayuda que me brindaron compañeros como René, el presidente de la CPA en aquel momento; los demás económicos de las cooperativas; la ANAP con sus seminarios y encuentros de económicos; Pedro, que eran quien ocupaba la plaza antes de que yo comenzara, y Josefa, una compañera que trabajó luego conmigo. Tengo que agradecerle mucho a Servilia Liaño, esa otra mujer líder del trabajo de la ANAP en Cienfuegos, mi vecina en aquel entonces, amiga y compañera que me enseñó a trabajar la contabilidad.

Aprendí mucho de la Organización en la CPA. Aunque provengo de una familia campesina, fue allí donde interioricé lo que era la ANAP, donde me convertí en militante de la UJC. Fui secretaria del Comité de Base durante casi todos los años que trabajé allí y asistí como delegada al Séptimo Congreso de la UJC, en representación de los campesinos.

¿Qué te dejó este trabajo con la Juventud?

Cuando regresé del Congreso, me promovieron para al trabajo de la Juventud. Yo era miembro no profesional del Buró de la Juventud de Rodas y estuve de acuerdo, aunque me dolió un poquito cambiar de trabajo.

Hacía falta un cuadro instructor en la ANAP del territorio, y entre el Partido, la propia ANAP y la Juventud, nos pusimos de acuerdo. Fue una experiencia muy bonita. Ese año fui, como instructora, Cuadro Destacada Nacional. Atendí ocho organizaciones de base en el municipio, participaba en todas las Juntas Directivas, en todas las asambleas.

Pude llegar un poco más a la gente y conocer las dificultades, los problemas y también los logros del campesinado cubano.

Por los resultados de mi trabajo, me promovieron a miembro del Buró para atender la Esfera Ideológica en Rodas. Allí estuve un año y volví a ser Cuadro Destacado Nacional. En realidad lo fui durante tres años consecutivos.

Ese destino tuyo de estar siempre en movimiento cerca de los campesinos, ¿cómo te trajo a La Habana?

Cuando promovieron al presidente de la ANAP del municipio a funcionario de la provincia, me eligieron presidenta municipal. Estuve alrededor de cinco años en el cargo, y me quedaron insatisfacciones, sueños que no pude hacer realidad. No obstante, el municipio estuvo siempre en los primeros lugares de la emulación.

Luego, mi papá, que vivía aquí en La Habana, se enfermó. Pedí la liberación del trabajo, pero tenía el propósito de permanecer en la Organización. Fue un momento significativo, porque se reunieron muchos cambios en mi vida y me dolió dejarlo todo. Mis campesinos no querían liberarme del trabajo. Fue impresionante.

Finalmente, me trasladaron como presidenta para el municipio Bauta, en La Habana. Los cooperativistas me aceptaron y obtu-

vimos muy buenos resultados. Ese trabajo me gustó muchísimo. A los tres años y tres meses me promovieron a la Provincia como miembro del Buró para atender la Esfera de Organización. Y aquí estoy.

Yamila confiesa su enamoramiento por la ANAP y cree que aún puede lograr mejores resultados.

En la actualidad tengo dos metas importantes. La primera es graduarme de ingeniera agrónoma en la Universidad. La otra es que La Habana gane el primer lugar en la Emulación 17 de mayo. Yo quisiera canalizar todos los problemas que tenemos en la Organización, buscar métodos y estilos de trabajo que permitan que La Habana salga adelante.

Me dicen Olguita y soy muy sentimental. Me gusta hablar y ayudar a los demás. Para dirigir hay que convencer a la gente, lograr que asuman las tareas y las cumplan. En estos quince años me he convertido en confesora de mis cooperativistas. Ellos me hablan de sus familias o de la producción. Dirigir es todo un aprendizaje y cuesta mucho. A veces tienes que imponerte para conseguir que se haga lo que el momento exige. La emulación es lo que me rompe la cabeza, una de las razones por las que sigo batallando. El municipio Martí tiene que estar entre los mejores. Verán que lo consigo.

Olga Fidela Molina. Cincuenticuatro años. Presidenta de la ANAP Municipal de Martí. Matanzas.

Aquel día mi madre preguntó quién se quedaría al frente de la finca y todos me miraron. Fue el 22 de diciembre de 1990 y lo recuerdo como si fuera hoy.

Soy la más chiquita de la familia, y mi hermano, el único varón, padecía una hemiplejía. Mi hermana vivía en La Habana y enfrentaba las secuelas de un accidente que sufrió en una misión internacionalista. Yo acababa de salir de una operación, y sin recuperarme de la muerte de mi padre, choqué con ese mandato familiar. Así, faltando pocos días para cumplir mis treinta años, me inicié en el movimiento campesino.

Mi papá era pequeño agricultor y esa tierra era lo que más amaba. Yo crecí escuchando hablar de vacas, terneros y siembras, pero no tenía nada que ver con el campo. Apenas lograba diferenciar entre una guásima y un algarrobo.

El 2 de enero del año 1991 llegué a la finca y la encontré abandonada. Sabía que mi padre había disminuido su ritmo de trabajo en los últimos tiempos y que sus producciones estaban a un diez por ciento.

Yo venía del pueblo, tenía otras costumbres y una manera diferente de ver la vida. Sentía que no encajaba en ese mundo. Para entrar a la finca, tenía que atravesar un largo camino y la gente me miraba como un bicho raro. Algunos decían bajito: «Ella no puede con eso». Ahora reconozco que estaban en lo cierto. A las nueve de la noche salía de allí llorando y decía: «Mañana no vengo». Pero, cuando llegaba a la casa, me bañaba



Soraya Fermina Díaz Álvarez

48 años

Cooperativista

CCS «Paquito Rosales»

Sancti Spíritus.

ba, descansaba los pies y decidía regresar. Muchas veces me debatí entre la renuncia y la perseverancia.

Cumplir el plan de entrega de tabaco fue el reto que me puso el compañero que atendía a los campesinos en aquellos años. Para eso, había que sembrar ciento cincuenta mil posturas de tabaco. Si no cumplía, tenía que entregar las tierras. Yo no podía permitirlo; abandonar la vega significaba traicionar la memoria de mi padre. Pasaron los tres primeros meses, y un buen día se cayó la casa de tabaco que protegía la última siembra que hiciera mi papá.

Empecé por sacar todo el tabaco que estaba debajo de la casa, para después levantarla. Fui con un tractorista a El Carril. Así le dicen a una loma en la que se depositaba la madera. Cuando llegamos, él me dijo: «Este tractor no tiene frenos y con esa cantidad de madera no puede bajar». Pasé trabajo para convencerlo y tuve que hablarle un poco fuerte: «Pues vamos para abajo, tú vas a ver cómo llegamos». Todavía él recuerda ese día y me dice: «Bajé por hombría, por no ser menos que tú, porque en aquel momento tú eras más hombre que yo». Acabé la casa de tabaco, entregué las ciento cincuenta mil posturas y doscientos y pico quintales de tabaco.

Los primeros meses en la finca fueron muy duros. Sólo tuve la ayuda de los compañeros que habían trabajado conmigo en la CTC. Cuando los dirigentes del municipio y los cooperativistas vieron mi empuje, empezaron a valorar mi trabajo. Cumplía cualquier tarea que me diera la ANAP o la agricultura, aunque en ello dejara la piel. Entablé una lucha conmigo misma.

La ANAP y el Partido Municipal me propusieron ser la presidenta de la cooperativa; esa fue otra batalla. Los campesinos no asimilaban que una mujer pudiera dirigirlos. Imagínate, eran hombres que mascaban el tabaco de lado y tenían a sus mujeres para echarle comida a las gallinas. El único antecedente a mi favor era que mi papá había sido el primer presidente que tuvo la CCS. Aquel reto fue más grande que levantar la casa de tabaco.

La batalla fue un poco más allá de la cooperativa. Mi esposo, el padre de mis dos hijos, no entendió nunca que me quedara en la finca y, mucho menos, que aceptara ser la presidenta. Eso fue el puntillazo. Él era primer oficial del MININT, tenía un buen nivel educacional, y no lo entendió. Me quitó algunas comodidades

que tenía para trabajar, como el uso de su carro particular, que yo utilizaba para ir al campo. Me decía que se había roto o que no había gasolina. Llegó incluso a decirme que no quería una mujer para eso... y que el que me había propuesto para esa responsabilidad estaba loco; ¿qué guajiro le iba a hacer caso a una mujer? Fue tan fuerte el rasguño a mi dignidad que en menos de diez días le pedí el divorcio.

Seguí mi vida sola, atendiendo a los niños, la casa y la finca. Me llevaba a mi hijo más pequeño para el campo y, a veces, regresábamos de noche. Los carros nos dejaban en una carretera que está a dos kilómetros de la casa y yo le quitaba los zapatos al niño, porque los pies no le daban más. Además, yo cargaba leche que le traía a mi hermano enfermo.

Mi vida cambió mucho. Además del divorcio, renuncié al trabajo y perdí mis comodidades en el pueblo, incluso la electricidad. Vivía con mis hijos en condiciones mínimas, pero ya empezaba a creer en la finca. Medía con la vista cada mata que sembraba. Las veía crecer un poquito y me fascinaba con el valor de la tierra.

En 1994, conocí a mi esposo actual. Aunque no le pedí ayuda, él se dio cuenta que el primer requisito era insertarse en mi vida. Así emprendimos el proyecto de la finca. Hoy vivimos para crear, producir y ocupar un espacio en esta sociedad.

Con respecto a la cooperativa puedo decir que los cooperativistas empezaron a aceptarme, cuando vieron cómo yo dirigía. Yo hacía las cosas primero, y luego les pedía a ellos que hicieran lo mismo. Siempre les decía: «Vamos a hacer esto», y me dio resultados. Nunca les pedí cosas imposibles, porque pienso que la obediencia reposa sobre la razón. Respeté mucho su dignidad, y así conseguí que me respetaran.

Para entrar a este mundo, hay que enfrentarse a una lucha pesada, a los esquemas de los hombres y las mujeres. Ellas me veían como una amenaza, y muchas veces ni me respondían cuando las saludaba. Algunas decían que yo era un marimacho y dudaban de mi capacidad para resolver los problemas de la cooperativa. Con los hombres, me pasaron cosas similares. Por mucho tiempo fui una rareza en aquel lugar. Empecé a cambiar la estrategia, y cuando llegaba a la casa de los campesinos, preguntaba por su familia, por el muchachito enfermo y atendía sus problemas.

En aquel momento, me convencí de algo: para que una mujer logre ocupar su espacio, primero tiene que romper el cerco. Y esa es una lucha que no todas están dispuestas a enfrentar.

Tengo un alto sentido de la responsabilidad. Eso lo aprendí de mi padre y me permitió asumir la presidencia de la cooperativa. También me enseñó a ser justa, digna y humilde.

Lo más difícil para mí fue demostrar que podía dirigir la cooperativa. Siete años estuve de presidenta y los resultados productivos fueron la mayor prueba de mi desempeño. Aprendí a ser consecuente con lo que requiere cada momento y a valorar la humildad de los campesinos.

La tierra y los campesinos penetraron tanto en mí, que hoy todavía estaría a gusto como presidenta.

Me alejé del cargo para cuidar un problema de salud que se fue agudizando. Ahora me dedico a la finca y colaboro con el trabajo de la cooperativa.

Tenemos, más o menos, cincuenticuatro hectáreas de tierra y una producción diversificada. Trabajamos la Agroecología para contribuir a la preservación del medio ambiente y la biodiversidad.

En la provincia fuimos los pioneros en sembrar plátano extradenso; empezamos por cuatro hectáreas y después nos extendimos un poquito más. En la finca hay también mucho tabaco, viandas y ganado. Criamos cerdos, guanajos, pollos, y conservamos distintos tipos de frutales.

Todos los días me despierto muy temprano y espero que me traigan el café. Es un rito. A las seis estoy lista y salgo con mi esposo a esperar a los trabajadores. La finca es como una pequeña empresa en la que tienes que estar pendiente de todo: arrancar la turbina, arreglar aquello que se rompió, afilar la guataca. A las ocho y media sirvo el desayuno en el campo y veo cuántos vinieron para preparar el almuerzo. En esto me ayuda una muchacha. A las cinco de la tarde revisamos lo que se hizo y planificamos el trabajo del siguiente día. Voy al pueblo a visitar a mi madre y a mi nieta, o a resolver los insumos que se necesitan para la producción. Regreso a cocinar. Comemos. Veo un poco de televisión. Saco algunas cuentas. Y me acuesto.

Hay cosas que me salen mal y no por ello me siento insatisfecha. Si viene un ciclón y tumba las matas de plátano, volvemos a sembrarlas.

Más que de momentos significativos de mi vida, puedo hablar de circunstancias. Lo más importante es ser cubana y haber nacido en esta Revolución. En segundo lugar, el valor que tuve para vivir en la finca y la voluntad de hacerla producir. Te imaginas, si no lo hubiese hecho, ahora leería la historia de estas cincuenta mujeres y diría que la mía pudo ser parecida.

Todo el tiempo me he puesto metas y las he cumplido. Esos son mis logros cotidianos. En mi casa siempre dicen que es difícil alcanzarme, y les respondo: «Es que me acostumbré a tomarles la delantera». Tengo mi lugar y no dejo que me bajen ni un pedacito. Mantenerme ahí es mi mayor logro.

La finca es herencia de mi familia. Me quedé como representante de todas sus cosas cuando falleció mi papá. Yo siempre he sido una mujer muy activa. No le tengo miedo al trabajo. La gente me busca para todo. Creo que me ven como una viejita simpática y dispuesta.

María Elvira Rives. Sesenticinco años. Cooperativista de la CCS «José Martí», Isla de la Juventud.

Este trabajo es mi vida

Eramos una familia de campesinos humildes. Mi padre cortaba caña para mantener a sus cuatro hijas y a mi mamá, que era ama de casa. Ellos querían que aprendiéramos a leer, y por eso estudiamos hasta el sexto grado, en una escuelita distante.

Después, cuando llegó la hora de irme a una escuela becada para hacer la secundaria, mis padres se opusieron a que me separara de ellos. Estuve desvinculada aproximadamente un año, hasta que, luego de tantas conversaciones infructuosas, un maestro que había venido a la nueva escuelita primaria de la zona los convenció de que me permitieran ayudarte con un grupo de clase para que no se estancara mi inteligencia.

Volví a estudiar cuando me casé, a los dieciocho años. Hice la secundaria en horario nocturno y tuve muy buenos resultados académicos. Debido a eso, me captaron para iniciar la vida laboral como maestra responsable de la secundaria obrero-campesina del lugar donde vivo, Santiago de Cartagena. Allí me desempeñé como maestra de Geografía hasta que, en agosto de 1983, comencé en la CPA «Cristino Naranjo».

Mi entrada fue como secretaria de Organización. Llevaba las nóminas, las estadísticas y las actas de las reuniones, y trabajé también en la planificación de las asambleas. Se valoró positivamente mi trabajo y me eligieron miembro no profesional del Buró Municipal de la ANAP y miembro del Comité Provincial, cargos que todavía desempeño.

En 1987 fui delegada al 7mo. Congreso de la ANAP, y con posterioridad pasé a ser la económica de la cooperativa. Me invitaron al 8vo. Congreso y regresé como miembro del Comité Nacional de la Organización, responsabilidad que ocupé a lo largo de siete años.

Nuestra cooperativa es cañera, aunque últimamente nos enfrascamos en la producción de alimentos, tanto para la venta al Estado, como para los cooperativistas y sus familiares. La Economía ha sido mi fuerte. He participado en varios eventos y pertenezco a la Comisión Económica Nacional de la ANAP. Nuestra

CPA ha sido rentable ininterrumpidamente desde su fundación, con excepción del año en que nos afectó el ciclón Michelle. Tuve la oportunidad de participar en un encuentro entre cooperativas, realizado en Ciego de Avila, en el que se seleccionó a la nuestra como Eminencia Económica. De igual modo, ayudo a otras cooperativas y a la empresa del MINAZ que nos atiende.

Llevo veinticinco años en la ANAP. Si me fuera de la cooperativa, creo que moriría. Este trabajo es mi vida. Conozco la CPA cómo a mí misma. Me fascina la cuestión económica: saber cómo producir, cuánto se invierte, cuánta ganancia se obtiene. Me da placer hablar de trabajo.

Tengo disposición para enfrentar la realidad. Hay quien ve las cosas mal hechas y hace como que no las vio. Yo siempre voy de frente. Si considero que hay que convocar al Partido y a la ANAP para resolver una situación, acudo a ellos con decisión. Será por eso que los cooperativistas tienen confianza en mí y me plantean sus problemas.

Siempre fui muy trabajadora, pero antes era una persona con mucho miedo escénico. Fui a un curso de género, y partir de ahí confié más en mí. Incluso he logrado incorporar mujeres a la cooperativa. Es un orgullo haber integrado a una muchacha joven que trabaja conmigo en la oficina. Comenzó con diecisiete años y ahora, con veinticuatro, es un modelo de trabajadora. Le he enseñado mis métodos de trabajo y, como es una persona enérgica y dedicada, trabaja maravillosamente.

Soy muy sociable, aunque tengo un carácter fuerte. La tarea que me ofrecen la acepto con gusto, si estoy convencida de que puedo cumplirla, de lo contrario, no la tomo, pues no me gusta decepcionar a nadie.

He obtenido algunos reconocimientos: las distinciones «Antero Regalado»



Servilia Liaño Liaño

48 años

Económica

CPA «Cristino Naranjo»

Rodas, Cienfuegos.

y «23 de Agosto», y la medalla «Romérico Cordero». Fui secretaria general del núcleo del Partido alrededor de ocho años y atiende la economía de la Zona de Defensa. Pero no sólo me dedico a la cooperativa, en el barrio tengo una estrecha vinculación con todas las organizaciones y excelentes relaciones con los vecinos. Los problemas siempre van a parar a mi casa, y yo con gusto ayudo a las personas. Mi hija me dice jocosamente: «Tú sirves hasta para cocimiento».

En lo personal, tengo dos hijos maravillosos y un nietecito que adoro. Como siempre reproché a mis padres por no dejarme seguir estudiando, tenía el anhelo de que mis niños fueran buenos estudiantes. La hembra, que es la mayor, fue una alumna excelente del primer curso para Maestros Emergentes en la provincia y ya es graduada de Sociología. El varón estudia en el preuniversitario militar «Camilo Cienfuegos» y es un modelo. A veces siento la carencia de una pareja, una especie de soledad, pero pienso que con todo el trabajo que tengo sería un problema tener un esposo a la orilla.

Hay cosas que quedan pendientes. Me hubiese gustado pasar la Escuela Nacional de la ANAP, pero cuando fui captada, mi mamá presentó serios problemas de salud. Debutó con una diabetes mellitus, y estuvo muy delicada hasta que murió. Ella me cuidaba a los niños para que yo pudiera realizar las tareas del trabajo. Su pérdida me dolió mucho. A cada rato me siento con mis hermanas a hablar sobre ella y digo que al menos me queda la tranquilidad de haber hecho todo cuanto pude siempre que me necesitó.

Todavía hay sueños por lograr. Anhelo terminar la licenciatura en Contabilidad. A estas alturas de mi vida sigo estudiando, es algo que me encanta.

La coordinadora de Cañadón.

Cuando se inició el proyecto de género en las cinco provincias orientales, yo estaba en cero. Si tenía que hablar, el miedo me paralizaba. Comencé a participar en algunos talleres que se organizaban en la comunidad y otras provincias, y descubrí lo que había detrás de esa palabrita que muchos repetían: género.

Es verdad que uno puede cambiar, sólo hay que proponérselo. Para contar mi historia, empezaré por los primeros años, aunque adelanto que mis mayores logros se concentran en los tiempos más recientes. Ya verán por qué.

Nací en Cañadón y soy hija de campesinos. Todavía era chiquita, cuando aprendí a trabajar en la finca de mis abuelos paternos. Me iba hasta allá los fines de semana y en las vacaciones para ayudarlos en el campo. Recuerdo que mi abuelo me hizo un azadón pequeño para que desyerbara y una alforjita para recoger tomate y otras cosechas. Con mi abuela compartía las tareas de casa y la recogida de café; ella empezaba por una carrilera y yo por otra. De la familia materna también tengo mi herencia. Mi bisabuelo me enseñó a sembrar plátanos y otros cultivos.

Mi papá trabajaba en una CPA y ayudaba a mi abuelo en la finca. Cuando mi abuelo cumplió noventa y seis años, decidió pasar las tierras a su nombre. Ahora mi mamá lo ayuda bastante y atiende de la lombricultura. Mi esposo y yo vamos algunos fines de semana y ayudamos.

Estudié hasta el preuniversitario en un lugar que le dicen Río Seco. Cuando terminé el doce grado, decidí no seguir



Miledy Tamayo González

27 años

Coordinadora del Proyecto de Género
CCS «Sabino Pupo Millán»
Cañadón de Banes, Holguín.

los estudios. Tenía más o menos dieciocho años y comencé a vivir con mi novio. Más tarde fui dependienta en una tienda de ropas que estaba en la misma comunidad. A los cuatro años me trasladaron a una tienda en Guardalavaca, y ocupé la plaza de administradora. Más de una vez reconocieron la calidad de mi trabajo y la responsabilidad con que lo asumía. Sin embargo, la tienda quedaba muy lejos de mi casa y las condiciones de trabajo eran muy malas. Opté nuevamente por la vida de ama de casa.

En el 2006, escuché comentarios sobre un proyecto que comenzaría en Cañadón. El presidente de la CCS se me acercó para explicarme de qué se trataba. Ya él había realizado unos talleres sobre género, alcoholismo, violencia familiar, en los cuales había participado. Me fui entusiasmando y no me perdía uno. Pasaron unos meses y el presidente me propuso que asumiera la coordinación del proyecto. Acepté el reto y en el 2007 ya era la coordinadora.

Mi esposo, que es instructor de la ANAP en este municipio y delegado del Poder Popular, era uno de los que me decía: «Tú no das para eso». Pero yo tenía los mismos derechos que él y no me sentía inferior. Empecé la tarea en las dos cooperativas de la comunidad, la CCS «Sabino Pupo» y la CPA «José Manuel Ricardo». Poco a poco me fui encaminando; primero me asocié a la CCS y después creamos el Comité Operativo Local (COL), con la participación de los distintos organismos de la zona.

Una se transforma y va abriendo su propio camino. El cambio empezó por mí. De inmediato, la ANAP me propuso como reserva de cuadro del municipio, y ahora soy miembro de su Comité Provincial. En la comunidad soy la secretaria general de la Federación y del comité de base de la Juventud. También formo parte del Comité Provincial de la FMC. Resulta que ahora para todos los cargos cuentan conmigo. Hasta he aprendido a dirigir una asamblea. A veces el presidente llega a mi casa y me dice: «Ahí tienes el orden del día. Por favor, encárgate de la asamblea». Ya no siento pena para hablar cuando hay otras personas, y si es preciso discutir algo del proyecto, llego hasta el final.

¿Y qué pasó en tu casa?

Mi esposo, con todas sus responsabilidades, nunca estaba presente, y casi siempre me tocaba asumir las labores domésticas. Además, si de machismo se trata, en él había un buen ejemplo.

Cuando comenzamos a asistir a los talleres, las cosas empezaron a cambiar y ahora, en nuestra casita, se respira un ambiente de mayor cooperación. Mi experiencia me ha ayudado a confiar en que otras mujeres también pueden lograrlo.

Mi padre me ha dado mucho apoyo. Cuando en los talleres tocamos el tema del machismo, él es uno de los que pide la palabra para compartir su experiencia: «Yo en mi casa friego, barro y hago lo que sea. Eso no me quita la hombría».

¿Qué han logrado con el proyecto en la comunidad?

Desde que empezaron los talleres, la transformación ha sido enorme. Puedo dar muchos ejemplos. Teníamos varios casos de alcoholismo, y ahora sólo nos queda uno, con el cual seguimos trabajando fuerte. También disminuyó el número de casos de violencia en las familias y el de mujeres desvinculadas. Cuando empezamos en la CPA, sólo había tres compañeras contratadas, hoy son nueve. En el caso de la CCS se pasó de tres compañeras a treinta asociadas.

A veces no se valoran como merecen los cambios en la mentalidad de las personas. Con este proyecto hemos sensibilizado tanto a hombres como a mujeres. Antes no veías una sola mujer en la Junta Directiva de las cooperativas, y hoy los hombres dicen: «Ya ellas son las que mandan». En la CPA hay tres mujeres en la Junta Directiva. Al frente del Consejo Popular tenemos a una compañera.

Para alcanzar estos resultados, el trabajo ha sido intenso. En la CPA se inauguró un centro de sistematización que dirige una mujer joven que en estos momentos cursa estudios en la Escuela de Cuadros de la ANAP. Se hizo un jardín de flores y se construyó un taller de artesanía para la confección de escobas, sombreros, bolsas, agarraderas y paños para la cocina. Además, ya funciona un centro de elaboración para la producción de puré de tomate y encurtidos. En la CCS hay una casa de humus de lombriz que atienden diez compañeras, y se construyó una oficina y un salón de reuniones para las asambleas y otras actividades. También se crearon puntos de venta en cada cooperativa y logramos hacer un lavafín para la comunidad, en el que trabajan dos mujeres.

La identificación de las mujeres líderes de la comunidad es una de las actividades más bonitas que realizamos. En el mural del

proyecto tenemos un gráfico que muestra los detalles de la incorporación de las mujeres a las cooperativas. De esta manera, el proceso no se limita a las asambleas: se hace visible para todas y todas.

El proyecto no se detiene. Nos ponemos nuevas metas. Ahora estamos por abrir una barbería-peluquería en la CCS. Estas plazas serán ocupadas por mujeres. De igual forma, queremos poner a funcionar una minibiblioteca en la comunidad.

Hay un detalle que no puede faltar. Soy parte de los resultados, pero si hoy podemos hablar de esto es gracias al apoyo de los hombres y las mujeres de la comunidad. Contamos con una activista de género en cada cooperativa y, junto con ellas, extendemos las actividades a otras organizaciones de base del municipio. El papel del COL ha sido fundamental, hacemos un plan de trabajo mensual que chequeamos en cada reunión. Del mismo modo, contamos con el apoyo del gobierno y el Partido de la zona, sobre todo, si se trata de aprobar una nueva fuente de empleo o de abrir un servicio.

¿Falta algo?

Creo que he logrado hacer lo que me propuse. Siempre hay cosas que faltan: seguir estudiando es una de ellas. Si tengo la posibilidad, voy a optar por un curso de computación. Por otro lado, sueño con tener un hijo. Sé que llegará cuando esté mejor preparada.

Tengo una gran responsabilidad: representar a las campesinas y los campesinos

Rilma, nos gustaría conocer tu historia de vida como campesina líder de la ANAP.

- Bueno, primero quiero decir que, aunque dirijo la ANAP en Ciudad de La Habana, no soy una mujer de origen campesino. Sencillamente, siempre me gustó el campo, el trabajo relacionado con el medio ambiente y la naturaleza. Cuando tuve que decidir qué carrera estudiar, elegí la Ingeniería Agrónoma. De ahí viene mi vinculación con el campo. Incluso, mi primer trabajo no tuvo que ver directamente con el campesinado. Fui profesora en el Instituto Superior de Ciencias Agropecuarias de La Habana durante varios años.

Después sí atendí directamente al sector campesino. Me enamoré del trabajo con los hombres y las mujeres del campo. Son humildes, honrados y tienen mucha inventiva. Sentí que podía ayudar a esas personas que día a día buscan la mejor solución para aumentar sus producciones y su economía familiar. Entonces me inicié en la ANAP como facilitadora del Movimiento Agroecológico «De campesino a campesino», en sus inicios. Un poco después, pasé a coordinar el Movimiento Agroecológico en la capital. Eso me permitió conocer a más personas y acercarme a experiencias diversas, dentro y fuera de las cooperativas. Te digo que este trabajo te engancha.

Después pasé a ser miembro del Buró Provincial de la ANAP para atender la Esfera Agropecuaria. Tenía que representar a los campesinos ante los dife-



Rilma Román Nogueiras

48 años

Presidenta de la ANAP
en Ciudad de La Habana.

rentes organismos con los que se interrelacionan, facilitarles el cumplimiento de los planes productivos y el propio fortalecimiento de las cooperativas. De ahí, pasé a ser la presidenta de la provincia.

Hoy tengo una gran responsabilidad: representar a las campesinas y los campesinos. Son personas a las que hay que hablarles con la verdad en la mano. Como mis orígenes no están vinculados al trabajo en la tierra, siempre he sabido que es importante ganarme su confianza, que ellos se sientan bien representados para que me sigan.

¿De dónde salió ese gusto por el campo, el medio ambiente, la naturaleza?

Yo diría que tuve influencias familiares, porque en mi familia habían varios ingenieros agrónomos que me motivaron sin querer, incluso sin saberlo. A mi padre siempre le gustaron las excursiones, los campismos. Pienso que ahí están los orígenes de ese amor. Recuerdo que mi mamá quería que fuera médico, psicóloga o abogada. Pero yo siempre he defendido mis criterios y le dije que sería agrónoma.

Sería muy interesante saber por qué cambiaste la universidad por el campo.

Sí, fui profesora universitaria durante once años y la verdad es que me encantaba. Pero se dio una coyuntura y tuve que tomar la decisión de dejar las clases. Estábamos en pleno Período Especial, yo tenía dos niños pequeños y me costaba mucho trabajo cumplir con todo lo que implicaba mi responsabilidad laboral. No sólo tenía la docencia, sino también la investigación, los alumnos ayudantes, los diplomantes. Era un cúmulo de trabajo muy grande. Me sentí un poco presionada y estresada. Siempre he sido una persona responsable, me gusta hacer las cosas lo mejor posible. Y sentí que con la carga familiar que tenía no iba a poder cumplir con todo lo que se esperaba de mí en ese momento. No podía llevarlo todo a la vez.

Hay momentos de la vida en los que uno tiene que jerarquizar, y entendí que la mayor prioridad eran mis hijos, que me necesitaban. Busqué un trabajo de menos complejidad que me permitiera continuar activa y, a la vez, atender a mi familia y a mis pequeños.

Pero, ¿sabes qué?, creo que nunca he dejado de ser profesora. Lo que aprendí en esa etapa de mi vida me sirve para dirigir

una reunión, para facilitar un taller, para comunicarme con los compañeros y las compañeras.

¿Cómo te conviertes en presidenta de la ANAP en Ciudad de La Habana?

Hace aproximadamente nueve años, empecé a trabajar en la Organización. Para mí hay dos cosas importantes: mi familia y mi trabajo. Podría decirte que llegué a presidenta por casualidad, pero también soy muy responsable. Estoy segura de que eso influyó en que llegara a ser miembro del Buró Provincial. Allí, junto al anterior presidente de la provincia, Barrios, teníamos un estilo de trabajo muy bueno. Cada cual desempeñaba sus tareas y nos comunicábamos estrechamente, nos manteníamos informados de todos los frentes de trabajo.

A Barrios le dio un infarto muy fuerte que derivó en una operación a corazón abierto. Fue algo inesperado. De repente me vi al frente de la provincia. El resto de los compañeros me apoyaron; el hecho de que el jefe no estuviera en ese momento nos unió mucho más, con el objetivo de sacar las cosas adelante. Así estuve más de un año, porque no se sabía si Barrios iba a regresar. Al final, la salud no se lo permitió, y se decidió que yo ocupara el cargo de presidente. Han pasado más dos años.

¿Cómo te ha ido como presidenta?

En mi caso no he sentido ningún tipo de discriminación, ni de los campesinos, ni de los compañeros cuadros, ni de los funcionarios que dirijo. Todos ellos ya conocían mi trabajo, cuando llegué a la presidencia:

Se dice que los campesinos mayores son muy machistas, pero, al contrario, yo no tengo esa experiencia. Esos que supuestamente, según los tabúes, se resisten a que los dirija una mujer, hoy son mis mayores apoyos. Yo me nutro de su sabiduría y su historia de trabajo. Ellos son los fundadores y, generalmente, los mejores productores.

La verdad es que no he tenido ni un solo incidente; ni tampoco con la Agricultura, el Gobierno y el Partido.

Aunque a veces sí me han manifestado, con cierto tono de cuestionamiento, que desde que soy la presidenta, muchas mujeres se incorporan a los cargos de dirección. Yo creo que es necesario que sea así. Si bien es cierto que en el sector, a nivel de cooperativa, de Junta Directiva, la mujer está muy representada,

la presencia femenina va disminuyendo a medida que se asciende a las estructuras superiores.

Eres la única mujer presidenta de una provincia. ¿Qué de positivo y negativo tiene esa exclusividad?

Yo diría que es positivo, lo único negativo es que no haya más compañeras en mi situación. A mi llegada a las reuniones con el Buró Nacional, imagínate, me sentí un poco cohibida. La única mujer era yo, y los hombres tenían un lenguaje informal, muy de ellos. Yo observaba en silencio. Pero eso ya pasó, me acostumbré. Me ayudó mi propio carácter, porque no soy nada tímida.

Si tuvieras que caracterizar tu estilo de dirección...

Bueno, me gusta ser participativa, oír los criterios de mis compañeros. De ese modo las cosas se enriquecen. No obstante, en determinado momento uno tiene que hacer prevalecer su opinión. Para mí, los momentos más importantes en el ámbito laboral son cuando un campesino se me acerca y me agradece algo que hice como parte de mi trabajo. O cuando le doy una tarea a un campesino y me dice: «Despreocúpese, eso está cumplido». Eso es más importante que cualquier reconocimiento formal. Es lo que me mantiene con tantos deseos de trabajar.

Creo que soy justa. Les digo a los campesinos que ellos son como mis hijos —aunque algunos sean mucho mayores que yo—, porque una madre debe saber cuándo su hijo tiene la razón y dársela, pero también tiene que decirle cuando está equivocado. A veces mi carácter es un poco duro, porque tengo que enfrentar hechos complicados que pueden implicar hasta una medida disciplinaria.

Mi padre también fue dirigente. Parte de lo que soy, de mi formación como revolucionaria, lo debo a sus enseñanzas. Aunque, como has podido apreciar, soy un cuadro al que le falta mucho por aprender, me falta mucho camino por andar.

Dijiste que en un momento de tu vida tuviste que hacer cambios en el plano profesional para priorizar a tu familia. Ahora que tienes una responsabilidad tan grande, ¿cómo se da esa relación familia-trabajo?

Tengo una familia maravillosa, que he sembrado como una plantita y siempre he cuidado. Llevo veintinueve años de casada. Aunque mi esposo no está del todo a gusto con que yo llegue todos los días tarde y trabaje los sábados y los domingos, hemos

logrado entendernos. El me apoya en mi trabajo. En los primeros momentos puso mucha resistencia, incluso llegó a decirme que si aceptaba ser presidenta se divorciaba. Le dije: «Esa es tu decisión, pero yo creo que es mi deber con los campesinos, como militante del Partido que soy. Creo que estoy en capacidad de hacerlo. No puedo aceptar que me pongas esa condición». El es una persona muy inteligente, sabe que siempre mantengo mi criterio, y al final entendió.

Los fines de semana, cuando tengo trabajo, lo invito a que me acompañe y conozca. Se ha dado cuenta de que lo que hago es importante, que vale la pena y que, además, me gusta hacerlo.

Mis hijos ya son grandes, tengo una hija de veintiún años que estudia Licenciatura en Biología y un varón de dieciocho que terminó el Técnico Medio en Informática y trabaja. Es decir, se valen por ellos mismos. Mis padres también son muy comprensivos. Los llamo por teléfono todos los días, pero no tengo tanto tiempo para ir a verlos.

¿Cuáles son tus sueños?

Yo diría que los mismos de los campesinos: alcanzar mayores resultados productivos. Estoy trabajando con ellos para lograr que la provincia esté entre las cinco destacadas de cada año en Cuba. No descansaré hasta conseguirlo.

En aquellos primeros tiempos de la Organización, jamás cogí vacaciones ni licencia de maternidad. Siempre fui la mano derecha de los presidentes que pasaron por la ANAP del municipio, y si ellos no tenían horario para trabajar, yo tampoco. Estaba dispuesta en todo momento. Para mí no hay diferencia entre las cosas de la ANAP y las de mi casa, siempre las he cuidado con el mismo amor, porque las siento como propias.

Dayneris Valladares. Sesentitrés años. Auxiliar de Contabilidad de la ANAP Municipal de Cumanayagua. Cienfuegos.

Una vida en el campo

Nací y me crié en las vegas de tabaco. En la familia éramos pocos: mis dos abuelos paternos, mi mamá, mi papá, mi hermano y yo. En mi casa se decía que el que criaba animales no se moría de hambre. Mi abuelo sembraba mucho maíz y criábamos machos, gallinas, patos y guajajos. De esa forma nos manteníamos.

Eso sí, se pasó mucho trabajo. Todo se cobraba demasiado barato. Por un quintal de maíz, sólo te daban cincuenta centavos. En la tienda del pueblo, se cogía fiado el arroz, los frijoles, el azúcar y la sal, hasta que vendieras la cosecha y, cuando la vendías, muchas veces no te alcanzaba para pagar, porque el dueño te duplicaba el precio. Mi papá salía a trabajar y casi siempre le daban veinte centavos por un día. Cuando más le pagaban, llegaba a cincuenta centavos.

Mi hermano y yo, con siete y ocho años, trabajamos para ayudar a nuestros padres. Nos ponían a desbotonar tabaco y a cargar cujes de la vega para el rancho. A mi hermano le gustaba más andar con los bueyes. Yo les tenía miedo a los animales.

Mi abuelo, un gallego medio resabioso, nos levantaba a las tres de la mañana. Y, a esa hora, nos sentábamos delante del fogón, ya con la idea de trabajar. Tanto él como mi abuela eran amorosos y comprensivos. En los años 1957 y 1958, mi abuela torcía tabaco para los rebeldes, entre ellos, el Che y Fidel. Fueron muchos los paquetes de tabaco que mandó ella para la Sierra. Yo tenía catorce años cuando vi a Fidel por primera vez. Nunca se me olvida. Mi abuelo era del Movimiento 26 de Julio y ese día fueron a avisarle. Yo le dije: «Papá Juan, me voy contigo». Fui y me senté frente a la puerta de la cocina. El primerito que entró fue Fidel.

Cuando la batalla de Santa Rifa, Almeida salió de un cañaveral que había por mi casa. Ese fue otro día histórico. Una madrugada el Che andaba de recorrido con otros guerrilleros y entró a mi casa. Mis padres se levantaron, pusieron cuatro piedras en el suelo, detrás del fogón, y colaron el café. El terreno era llano y si se veía el humo, podían descubrir a los rebeldes. Sobre esas cuatro piedras hervimos una olla grande de yuca, y ellos desayuna-

ron con un poco de chicharrones también. Ese día yo tenía que lavar. Recogí el bulto de ropa y me fui por atrás de la casa. No sabía que ellos iban a pasar por el arroyo y un muchacho, Ulises Rosales, se cayó por estarme mirando. Que manera de reírnos. Me acuerdo como si fuera hoy. El Che se reía con unos deseos y decía: «A todo pendenciero le pasa algo».

En el año 1963, después del triunfo de la Revolución, quería ser maestra y fui a estudiar a Las Minas. El Che fue a la escuela y anduvo fila por fila. Cuando me vio, me dijo: «Yo a ti te conozco, tú eres la de los Corría».

En mi casa había un burén, un horno, y cuando la guerra, hacíamos en él cincuenta, sesenta y hasta setenta tortas de casabe, cada dos o tres días. Una vez fuimos a hacer un ajiaco y pusimos un caldero grande. Mi abuelo dijo: «Eso no alcanza, verás que cuando esté el almuerzo, alguien aparece». Como a las once de la mañana, el ajiaco estaba listo y empezó a llegar un pelotón de veintidós rebeldes. No quedó ni el fondo del caldero. Recuerdo las palabras de mi abuelo: «El plato que está para uno no hay nadie que se lo coma». El era así, un comunista bien hecho, y yo aprendí mucho con él.

Después de 1959, mi vida cambió de forma radical. Con otra muchacha del barrio, hice censos para los CDR y la FMC. También hicimos uno para la libreta de abastecimiento. En el año 1961, fui una de las seleccionadas para estudiar corte y costura en La Habana. Allí estuve once meses. Mientras estudiaba, alfabetiqué a cinco compañeras. Yo tenía una buena base escolar porque mis padres me enseñaron las letras y las cuatro reglas, como se decía antes. Cuando regresé al barrio, enseñé a coser a muchas jóvenes y les impartí otros cursos que recibimos sobre temas de salud.



Cristina Virgen Corría Arizo

63 años

Jubilada

CPA «17 de Mayo»

Cuatro Caminos, Jiguaní, Granma.

En el 62, hicimos una brigada en el Comité de Base de la Juventud. Nos íbamos de forma voluntaria a recoger café. En un viaje de esos, nos cogió el ciclón Flora en la Sierra Maestra, en la parte que está en Santiago de Cuba. Allí nos movilizaron para la recuperación de la zona del río Cauto y en eso estuvimos seis meses. Esa recuperación dolió, pero trabajamos bastante y el objetivo se cumplió.

Viví esos años con mucha intensidad. Fui maestra voluntaria en la zona de Guisa, en la Sierra Maestra. Allá me casé, hace cuarenticuatro años, con el esposo que tengo. Seguí como campesina recogiendo café.

En poco tiempo, decidimos mudarnos para Calabazar, el barrio donde nací y me crié. Allí tuvimos a nuestros siete hijos, tres hembras y cuatro varones.

Cuidé a mis hijos en el campo, unas veces con mi esposo y otras veces sola. El siempre andaba fuera de la casa. Lo movilizaban mucho para la caña y tenía además cargos en el CDR. En la actualidad, cuatro de mis hijos son cooperativistas. Los mellizos se incorporaron a la CPA y dos de mis hijas también, una es económica y la otra cocinera.

Después que nos mudamos para Calabazar, mi esposo se hizo dirigente de la base campesina. Mi mamá y yo, con otras mujeres, integramos la brigada FMC-ANAP. Nuestras tareas se concentraban en apoyar el trabajo de los esposos en el campo. A veces eran las siete de la noche y recogíamos maíz o sacábamos boniato. Todo se hacía voluntariamente.

Cuando aquello yo tenía dos hijas y una de ellas, Idania, siempre estaba conmigo. Más tarde, llegaron mis otros hijos y seguí ayudando en la casa, con los animales y la siembra. Integré esa brigada hasta que se constituyó la cooperativa y me incorporé. Ahí estuve hasta que me jubilé con veintitrés años de trabajo. Mi esposo también se jubiló siendo cooperativista.

Cuando entré a la CPA, forme parte de la junta directiva y rápidamente se incrementaron mis tareas. Llegaba del trabajo y le decía a mi esposo: «Ramiro, mañana tengo que ir a un chequeo de emulación en Jiguaní». El no me decía nada y, al otro día, yo arreglaba mi bolso y arrancaba. Lo mismo hacía cuando tocaban los activos de mujeres campesinas. Nunca le he dicho: «Dame permiso para ir a tal lado». Hasta para La Habana me fui.

Con su comprensión y su manera de ser, él me ayudó a construir mi liderazgo.

Fui organizadora de la cooperativa por un período de cuatro años y para esta tarea también me apoyé en mi esposo. Lo mismo atendíamos al cooperativista que al vecino. Juntos hicimos muchas cosas. A veces, yo no sabía si ir para el campo o cumplir mis deberes como organizadora. El trabajo en el surco es de mucha responsabilidad y no siempre se puede dejar. Imagínate un día en el que hay sacar una cantidad enorme de viandas, la lluvia amenaza y la empresa de Acopio espera por la producción. Además, hay papeles esperándote en la oficina y una reunión anunciada. Entonces, lo que hay que hacer es pensar con la cabeza e involucrar a la gente en la tarea, por difícil que sea.

Mientras los muchachos estuvieron becados, los domingos me levantaba a la una de la mañana, para hacer el almuerzo y salir para Corralito con otras madres del barrio. Allí quedaba la beca, muy lejos. Mi esposo cuidaba a los mellizos y, cuando yo regresaba, preparábamos entre los dos las cosas, para reiniciar el trabajo al día siguiente. Pasamos nuestros apuros, pero salimos adelante y todavía luchamos.

Aunque estamos jubilados, seguimos pendientes de los animales. Yo creo que nací madrugando: ya a las seis de la mañana, cuando la vaca vocea, estoy colando el café y con un cubo, una olla o cualquier cosa en la mano, le echo la comida a los animales... que si la vaca, el machito, el pato, la gallina... Al mediodía ya tengo mi almuerzo servido. Pero antes ya barrí, limpié, lavé.

En un pedacito de tierra cosechamos plátano. Tenemos matas de mango, naranja, cereza, grosella, almendra y ciruela. A mí me gusta tener flores en mi jardín y que mi casa esté rodeada de árboles. Por eso siembro una mata en cualquier rinconcito.

También he sembrado mucho cariño en la gente. A mí todo el mundo me quiere. Cuando yo dirigía a los hombres en la cooperativa, me hacían caso. Algunos eran machistas y se quedaban refunfuñando bajito. Mi método fue enseñarles con el ejemplo. A veces eran las siete de la noche y teníamos doscientos sacos de boniato en el campo. Me pegaba a trabajar con ellos, los acompañaba a Acopio y desmotaba el boniato. Con las mujeres fue más fácil. La mayoría éramos vecinas y nos conocíamos bien.

En todos estos años he tenido buenos momentos. Uno de ellos fue cuando me seleccionaron Vanguardia Nacional, en 1987. También el día en que me entregaron la distinción de la FMC, en el año 1993. Me otorgaron la medalla por el 40 Aniversario de las FAR y, hace más o menos cinco años, recibí un diploma como fundadora de los CDR.

Logros he tenido muchos y el principal es ver que mis hijos son trabajadores y honestos. Vivo orgullosa de mi hermano y me siento satisfecha con la familia de mi esposo.

Desde pequeña estoy trabajando para esta Revolución y doy mi vida por ella. Creo que con mi liderazgo di un ejemplo a mis hijas. Hoy sueño con tener una vida más larga y ver crecer a mis trece nietos.

Sobre logros, aprendizajes y otras cosechas

Cincuenta años de Revolución dejan ver la imagen de un liderazgo femenino que brilla con luz propia. Muchos son los logros de las cubanas en el sector cooperativo y campesino. Más allá de las altas producciones, distinciones, medallas y reconocimientos, sobresale su orgullo por conquistar un lugar destacado en la ANAP y el compromiso de seguir luchando.

Enumerar resultados revelaría de forma precisa la grandeza de nuestras campesinas, mas los testimonios compartidos descubren a muchas heroínas que hacen historia en los campos de Cuba y resultan elocuentes.

Una de las exigencias que las acompaña es demostrar sus capacidades y, en ese sentido, el termómetro que registra el éxito se acerca a patrones de liderazgo masculino. Esto quiere decir que resulta inevitable que las mujeres se superen a sí mismas y enfrenten numerosos obstáculos, entre ellos la presión masculina, tras un primer intento fallido en cualquier tarea.

Los desafíos no faltan. Las metas que surgen demandan casi siempre un esfuerzo mayor. Algunas adoptan la forma de tareas por cumplir y otras aluden a la demostración de que «las mujeres sí pueden llegar». Del mismo modo, tienen que convivir con horarios extensos, jornadas intensas, dificultades que reclaman soluciones inmediatas y producciones que no esperan. Todo esto se conjuga con la aspiración de construir y sostener una familia, y con el deber de cumplir las tareas del hogar, de las cuales muchas se consideran responsables.

Por otra parte, persisten creencias y tradiciones que marcan espacios diferentes para mujeres y hombres, la mayoría en detrimento de las primeras.

La responsabilidad, la disciplina y el amor por lo que hacen, caracterizan a estas líderes campesinas. Construir modelos propios para dirigir, convocar y movilizar a otros y otras es tal vez su mayor logro. Son admiradas también por sus habilidades para relacionarse con las campesinas y los campesinos, y es con su ejemplo como logran en realidad sumar fuerza femenina a la ANAP.

Sin embargo, para comprender ampliamente el valor de estas mujeres, se hace necesario recrear algunos detalles sobre el contexto en el que construyen sus liderazgos.

Hombres y mujeres transitan juntos el camino

Cuando nos adentramos en las peculiaridades de los liderazgos femeninos en el sector campesino, resulta imprescindible profundizar y no quedarnos en un primer plano superficial. Observar «tras bambalinas» implica asomarnos al intenso trabajo que da vida a ese escenario.

Quien se acerque en estos tiempos a varias de las cooperativas de cualquier región del país, notará, incluso sin recurrir a su curiosidad, los impactos visibles de lo que algunos –sobre todo los y las dirigentes– llaman con todas sus letras «Estrategia de Género de la ANAP». Cuadernos de notas en cuyas portadas se puede leer «A la par por el mundo, el hombre y la mujer»; afiches y calendarios que decoran las paredes y resaltan el trabajo de las mujeres en varias localidades; gorras de hombres y pulóveres con un logotipo que alude al género, son algunas de las evidencias más sencillas. Pero hay más. De vez en cuando te presentan –o ves escrito su nombre en el mural– a esa persona que se desempeña como activista de género en la cooperativa. Se perciben algunas actitudes que a golpe de vista reflejan los cambios. O encuentras, quizá con una ingenua naturalidad, un alto número de mujeres en la Junta Directiva.

No se asombrará con tales hallazgos quien tenga la referencia histórica de que el primer título de propiedad que entregó el comandante Fidel Castro al promulgar la Ley de Reforma Agraria fue para Soledad Engracia Bless, una mujer negra guantanamera. Ciertamente, el papel de las mujeres en el sector cooperativo y campesino ha sido muy importante a través de los años. Sin embargo, no siempre ha existido una clara conciencia de ello.

Según cuenta Mario La O, quien durante casi veinte años fuera asesor jurídico de la ANAP Nacional, la intención inicial era que los hombres se asociaran a la Organización, y también aquellas mujeres beneficiadas por la Ley de Reforma Agraria o que habían adquirido las tierras por herencia. De ese modo, se dejaba de reconocer a muchas otras mujeres que aportaban a la produc-

ción por diversas vías. Precisamente, fueron las acciones de estas las que condujeron a la ANAP a comprender su omisión.

El trabajo realizado por las Brigadas FMC-ANAP –integradas por grupos de mujeres que contribuían a las labores productivas– y por las Brigadas de Ayuda Mutua –en las que los campesinos se articulaban con toda su familia para cosechar, arreglar viviendas, etc.– favoreció de manera decisiva la toma de conciencia. Al respecto, La O comenta: «Cuando estudiamos esas formas de socialización, comprendimos que la vida del sector era imposible sin las mujeres. Entonces nos ocupamos de reconocer el papel de la mujer, conscientemente, desde fines de la década del setenta».

A principios de los años ochenta, se introdujeron cambios en el reglamento de la Organización que ampliaron la incorporación de las mujeres en calidad de asociadas. Esto legitimó sus derechos a la toma de decisiones en las asambleas, a ocupar responsabilidades de dirección, a recibir un anticipo según su trabajo, a participar en eventos nacionales e internacionales, etc. Asimismo, les dio la posibilidad de convertirse en herederas y, por consiguiente, en propietarias de tierras, pues antes las normas jurídicas sólo garantizaban la sucesión entre hombres.

Se dice que hubo una primera etapa en la que el trabajo por la equidad de género comenzó por enfocarse, lógicamente, en la protección a la mujer, que era quien estaba –y está– en desventaja en relación con el hombre. Esto llevó incluso a que se excluyeran a las féminas de determinadas labores, consideradas más adecuadas para los hombres, y a que se hablara poco de ellos cuando se hacía referencia al género. Ese tinte machista perdió tono a medida que se desarrolló la concepción de trabajo. Según La O, «el decreto Ley # 125, que regula el régimen de posesión, propiedad y herencia de la tierra y bienes agropecuarios, establece que tendrán derecho a heredar las tierras y bienes agropecuarios que hayan sido propiedad y estado en posesión de un agricultor pequeño fallecido, y a su adjudicación en proporciones iguales, sus hijos, padres, hermanos y el cónyuge sobreviviente, siempre que hayan trabajado la tierra de forma permanente y estable durante los cinco años anteriores a la muerte del causante. Esta Ley expresa que la viuda o el viudo que sean copropietarios lo acreditarán mediante certificación expedida por el registro de tenencia de la tierra del municipio en el que se ubi-

que la unidad de producción a la que pertenecen. Lo anterior expresa el espíritu de equidad de género del legislador. A partir de ahí aplicamos que el concepto trabajar no se ajusta sólo a lo que hacen las mujeres en el campo, sino también a los quehaceres domésticos y a la atención a la familia».

Algunas experiencias concretaron lo legislado y mostraron resultados satisfactorios, a partir del trabajo por la equidad de género. Se desarrollaron proyectos que capacitaron sobre el tema. Surgió así la necesidad de que tales iniciativas, que ocurrían sobre todo a nivel local, se articularan en una política de carácter nacional, en aras de extender los logros alcanzados.

El Buró Nacional de la ANAP decidió crear un grupo que hiciera un diagnóstico participativo sobre esta temática en la mitad de los municipios del país. Eli Rodríguez, funcionario de la Esfera de Organización de la ANAP Nacional, relata los pormenores: «A partir de los resultados del diagnóstico, se elaboraron estrategias para cada provincia del país, que fueron aprobadas en los buroes provinciales. Consolidamos los resultados de ese levantamiento y, a partir de ahí, se convocó a un taller nacional, en el que participaron los Grupos Provinciales de Género y las compañeras de la FMC. Luego desarrollamos una estrategia para cada región del país (occidental, central y oriental). Con esos elementos, elaboramos finalmente la estrategia general, que fue aprobada por el Buró en abril del 2005. Se decidió crear una Comisión Nacional de Género, una a nivel provincial y también en los municipios, con las que venimos trabajando desde entonces». Nació así la Estrategia de Género de la ANAP, que se concretó a través de la propia estructura de la Organización, en una fuerte alianza con la Federación de Mujeres Cubanas.

La Estrategia de Género surgió por interés de la ANAP. Su papel fue poner en blanco y negro lo que la Organización hacía y darle un orden.

Juan Carlos Loyola, coordinador de Proyectos de la ANAP Nacional.

¿Cómo se evalúa y se da seguimiento a la implementación de la Estrategia? Según los funcionarios entrevistados, las visitas y

controles a las provincias constituyen un medio efectivo. De igual modo, se tienen en cuenta los balances de la actividad de género que se realizan en cada municipio, provincia y a nivel nacional, con una frecuencia anual. Existe consenso en señalar a Holguín, Villa Clara y Cienfuegos como provincias que muestran experiencia, buena preparación y resultados positivos al respecto.

En el año 2005, se inició el proyecto «Implementación piloto de la Estrategia de Género de la ANAP», con la colaboración del Programa Conjunto de Oxfam en Cuba. Se escogió como escenario a las cinco provincias orientales, con el propósito de implementar un ensayo metodológico y pedagógico que irradió impactos positivos a otras regiones del país.

En conversación con Juan Carlos Loyola, coordinador de Proyectos de la ANAP Nacional, conocimos que: «El proyecto se sirve de la Educación Popular para trabajar. Los campesinos, en primer lugar, se refieren a las transformaciones que eso ha traído para su pensamiento. Han aprendido a ver su entorno desde otro punto de vista, y esto impacta su transformación y la de la comunidad. Identifican la capacitación como lo fundamental...»

Sobre los logros, Loyola agrega: «Ha demostrado la necesidad de educar para la participación. El proyecto ha creado una serie de empleos que, en su mayoría, han sido para las mujeres. Hay campesinas que salieron del surco hacia puestos de dirección; es un paso de avance ver que existe unanimidad para aprobar a esas mujeres en asambleas integradas en su mayoría por hombres... Claro, no todas las provincias han avanzado al mismo ritmo».

Como resultado del proyecto, se organizó el Curso Nacional para Activistas de Género, que capacitó a todas las comisiones provinciales y municipales que atienden la temática. Los y las integrantes de esas comisiones multiplicaron el curso en los municipios con la presencia de cooperativistas, campesinos, cuadros de la ANAP, personas de las comunidades a las que pertenecen las cooperativas, federadas, compañeros de la agricultura, el MINAZ y el Partido. En abril del 2009 se graduaron 4970 activistas de género de manera simultánea, a lo largo del país. Pero no se trata de una etapa vencida. «Se espera que el curso tenga continuidad el año próximo, aunque a menor escala, pues se prevé profundizar la preparación de los y las activistas formados», dice Eli.

Una de las tareas que se plantea la Estrategia en busca de coherencia –en la que ya se trabaja– es la transversalización del género en todos los proyectos. No obstante, no se debe perder de vista la necesidad de preparar constantemente a las personas que los coordinan, en aras de lograr un abordaje más complejo de las relaciones entre hombres y mujeres.

En un intento de síntesis de algunos de los resultados relevantes de la aplicación de la Estrategia, La O señala: «Numéricamente, uno de los efectos más significativos es que ha habido una incorporación mayor de mujeres a la Organización. Desde el punto de vista político e intelectual, ellos y ellas han despertado juntos para reconocer los derechos de las mujeres. Otro logro grande es que todo el mundo hable del asunto: antes éramos muy pocas. Ya usted nota que ha cambiado hasta la manera de conducir una reunión. Hoy la gente habla en términos de "compañeros y compañeras"; parece que no, pero eso tiene una gran importancia. Otro fruto es el surgimiento de mujeres como líderes de las cooperativas; antes eran muy pocas presidentas, a veces hasta teníamos dudas de si se elegía o no a una mujer. Hoy no dudamos y, en ocasiones, los cooperativistas la reclaman. No es algo formal, sino real; las mujeres se han ganado estar en puestos de dirección en todos los niveles por su capacidad y sus méritos».

La inauguración de la Cátedra de Género de la Organización es uno de los logros recientes. Se trata de un dispositivo que antes sólo tenía vínculo con el ámbito universitario, y del que se espera que, en este caso, asuma la capacitación de los cuadros y la asesoría a todos los cursos que se realicen en la Escuela Nacional «Niceto Pérez».

Si vamos a evaluar la equidad de género en la ANAP, tenemos que incluir a los cuadros: Nosotros también hemos ido evolucionando y modificando nuestra forma de pensar y actuar. Tradicionalmente hemos tenido fuertes rasgos de machismo.

Mario La O, jefe del Departamento de Relaciones Internacionales y Proyectos de Cooperación de la ANAP.

Experiencias para compartir...

La divulgación de buenas prácticas con enfoque de género es una acción que en cierta medida se materializa en estas páginas. Para ello contamos con valoraciones de los presidentes de varias provincias.

El año 2002 marcó el despertar del género en la provincia Cienfuegos. La llegada de un proyecto de colaboración, auspiciado por Oxfam-Canadá, movió los pilares que sostenían las relaciones desiguales entre mujeres y hombres en las organizaciones de base. El objetivo era claro: crear nuevas opciones para el empleo femenino y, de ese modo, aumentar el ingreso de las mujeres a las cooperativas. Es justo decir que el proyecto llegó en un momento que la provincia tenía condiciones idóneas para sacarle el mayor provecho. Cienfuegos mostraba varios avances en comparación con otros territorios del país.

Alberto Curbelo, presidente de la ANAP en la provincia, relata algunos pormenores: «Hubo que sortear varios obstáculos para que el trabajo prendiera y diera resultados. El más fuerte fue lograr que los esposos comprendieran que la mujer tiene las mismas condiciones y capacidades que el hombre para el trabajo en la agricultura, y que valoraran los beneficios que reporta el trabajo femenino. Uno de los primeros pasos fue sensibilizar a los presidentes de las cooperativas, tarea que tuvo al frente a las propias mujeres. Algunos indicadores dejan ver nuestros resultados: en la actualidad, el 52% de los cuadros de la provincia son mujeres; una parte importante de las fincas cuentan con fuerza femenina e impulsan prácticas agroecológicas; la mayoría de las dirigentes estudia en la universidad».

En los últimos ocho años Cienfuegos ha obtenido seis primeros lugares y dos puestos destacados en la emulación nacional. En estos resultados ha estado presente la mujer, desde la base hasta la provincia.

Alberto Curbelo, presidente de la ANAP Provincial en Cienfuegos.

Algunas experiencias resultan novedosas y, de algún modo, contribuyen a preservar los indicadores comentados. Una de ellas, llamada «Matrimonios por la Vida», seleccionó dos o tres parejas campesinas en cada Municipio de la ANAP, que luego se reunían entre sí para intercambiar sobre sus modos de hacer en el campo. La idea era mostrar que las mujeres y los hombres podían tener igual participación en el trabajo y las tareas de dirección. Esa iniciativa no sólo estimuló a las parejas, sino que generó un movimiento que permanece activo.

La atención a las jubiladas, los Hogares Maternos y la Casa del Niño sin Amparo Filial es otra prioridad de la ANAP en Cienfuegos: «Atendemos todos los hogares maternos del territorio; a veces hay mujeres e hijas de campesinos en esos lugares. En el caso de los niños sin amparo filial, los fines de semana se programan visitas a las cooperativas, a las casas de campesinos y a la playa, entre otros lugares. Para ese trabajo nos apoyamos en la capacidad de las mujeres líderes para impulsar a las demás».

Resalta también el trabajo directo con las mujeres dirigentes, que no descuida el más mínimo detalle. «Hay que saber comprenderlas, y priorizar también sus recursos para el trabajo».

Con todo lo realizado, permanece el sentimiento de que hay cosas por hacer. Por eso se recalca la necesidad de intencionar y consolidar el trabajo de género en las cooperativas.

Por su parte, las villaclareñas están bien representadas en las estadísticas de la ANAP, lo cual habla a las claras de su incorporación al sector. No sólo cubren los registros de asociadas, también forman parte de los indicadores de liderazgo. Las valoraciones de Félix González, presidente de la ANAP Provincial, dejan ver los resultados en materia de género y alertan sobre cuestiones pendientes: «Hemos crecido en mujeres asociadas, pero hay que seguir esta batalla en las cooperativas. Todavía hay mujeres que participan en las labores de las familias campesinas y no se asocian. Tenemos varias presidentas de cooperativas con muy buenos resultados y sólo una de ellas dirige a nivel municipal; de manera que aquí hay trabajo por hacer... Con la FMC se ha desarrollado un conjunto de acciones; además, realizamos cursos de género en todos los municipios con el apoyo de varias instituciones. Conscientes de la prioridad que tiene esta tarea para la Organización, buscamos que las compañeras entren a los espacios de dirección,

porque para hacer política hay que tener poder. Si una mujer está en un cargo de dirección, está en mejores condiciones para pensar y actuar en función de sus compañeras. Trabajar el tema de género es fundamental para que estas generaciones entreguen a las que siguen una sociedad más justa, en la que mujeres y hombres tengan sus espacios y compartan con equidad».

En Guantánamo, la provincia más oriental del país, se considera que la participación de la mujer es mucho más activa que años atrás. El aporte de las anapistas es cuantitativo y también cualitativo. Se refleja en el aumento de la productividad de las cooperativas y en el acceso de las féminas a los puestos de dirección. En las asambleas de las cooperativas se reconoce de forma sistemática la labor de las mujeres líderes y, en el caso de las dirigentes, la provincia organiza cada año un Encuentro de Mujeres Cuadros. Se trata de una iniciativa de la ANAP Nacional, que este territorio se empeña en mantener, con la invitación permanente a la FMC.

Nuestro sector ha necesitado, necesita y necesitará de la participación activa de las mujeres y de su liderazgo integral... Hoy estamos reconociendo lo que las mujeres se han ganado con su trabajo, con sus resultados y con su participación.

Enrique Romero, presidente de la ANAP Provincial en Guantánamo.

Para incrementar la participación de las mujeres, el Buró Provincial dedica mucho tiempo al trabajo personalizado con mujeres y hombres. Por este camino se avanza lentamente, pero en la práctica resulta efectivo. Enrique Romero, presidente de la ANAP en Guantánamo, comenta: «Cuando llegamos a las cooperativas siempre tocamos el tema y de esta manera influimos en las personas. Los campesinos y campesinas creen en lo que ven, por eso hay que explicar y demostrar con hechos concretos. Contamos con varios ejemplos de presidentas de cooperativas que han cumplido las tareas asignadas, y demuestran su empuje, esfuerzo, sacrificio y dedicación».

La equidad de género no es un punto de llegada: retos de la Estrategia

Resulta evidente el interés de la ANAP por garantizar la equidad de género. La propia elaboración de la Estrategia, y el intenso trabajo que a partir de ella se ha desplegado en la capacitación y sensibilización constituyen ejemplos claros. No obstante, queda un largo camino por recorrer. Sobre esto alerta el presidente de la ANAP en Villa Clara: «El hecho de que existan mujeres vinculadas directamente a las labores de la familia campesina y no se asocien a la Organización, constituye una realidad que hay que entender. Creo que existe explotación de forma sutil, porque ellas no pueden disfrutar de todos sus derechos».

¿Por qué hay mujeres que aún no se incorporan a la ANAP?

En el imaginario de las personas todavía existe una tendencia a relacionar el sexo con la ocupación, que atenta contra la incorporación de las mujeres a labores no habituales. Al respecto, vale decir que existen trabajos fuertes desde el punto de vista físico que, según las mujeres contactadas, no resultan atractivos para las compañeras -un ejemplo es la producción de caña de azúcar-; sobre todo, si se tiene en cuenta que hay otras labores que implican menos esfuerzo físico, a las cuales se puede aspirar, incluso fuera del sector. En ese sentido, la ANAP inició un proceso de creación de nuevos puestos de trabajo, a la vez que potencia otros en la conservación de alimentos, las casas de cultivos, la cría de animales en los llamados módulos pecuarios, los orgánicos y las labores asociadas a la Agroecología. No obstante, la realidad revela que esta es una línea en la que queda trabajo por hacer.

Loyola reflexiona sobre algunos determinantes culturales: «La ANAP ha sido históricamente una Organización en la que la mayoría son hombres. Existe una identificación del campo como trabajo rudo. Se habla mucho de los productores de avanzada, pero para que esto suceda tiene que haber un aseguramiento de avanzada en la casa, en la finca».

Existe consenso entre las entrevistadas de que el machismo dificulta la emancipación de las mujeres. Sus manifestaciones se pueden encontrar tanto en compañeras como en compañeros. Hay mujeres que «se han acomodado a que el hombre las mantien-

gan», o que no concientizan los beneficios de su incorporación a la sociedad y la economía familiar. Otras tienen miedo, se subestiman y autolimitan. «A veces, las mayores detractoras para que las mujeres avancen son ellas mismas, con sus prejuicios. Se habla de igualdad entre el hombre y la mujer, y se comparte la crianza, la educación, el trabajo; pero cuando el hijo enferma, es muy difícil que la mujer se vaya al trabajo y lo deje con el esposo».

También hay esposos que «no las dejan trabajar», al menos lo que se entiende generalizadamente como un trabajo formal. Una de las entrevistadas dice: «Hay campesinos cuyas esposas trabajan en la finca como cualquier cooperativista y ellos no les permiten integrarse». Braulio Machín, coordinador de Proyectos en Sancti Spiritus, reflexiona sobre la necesidad de legitimar prácticas comunes: «En las CCS las mujeres atienden la fuerza de trabajo contratada. Además, tienen a su cargo la conservación de alimentos, la selección de semillas, la cría de animales, participan en momentos picos de la producción y en la administración de los recursos. La mujer tiene una amplia participación en decisiones relacionadas con la economía familiar. Se trata de tareas que en ocasiones se interpretan como circunscritas al ámbito doméstico y privado, pero no: tienen una función productiva y social».

Otros factores objetivos también le restan atractivo al sector cooperativo y campesino. Las mujeres y los hombres contactados se refieren a condiciones inadecuadas de trabajo: «Hay un conjunto de necesidades materiales no satisfechas; por ejemplo, el vestuario de trabajo y los insumos para la producción, entre ellos el combustible y las piezas para los vehículos. Asimismo, podríamos hablar del estado de las viviendas y de las casas infantiles. En esto inciden el bloqueo impuesto por los Estados Unidos a nuestro país, el Período Especial y la actual crisis económica internacional».

Esta situación se siente con mayor fuerza en las Cooperativas de Producción Agropecuaria, y no sólo afecta la motivación y la permanencia de las mujeres que están, sino el interés de las que pudieran entrar.

Varias campesinas se refieren a las particularidades del horario de trabajo: «Es muy duro. Si tenemos a los niños en la escuela o el círculo, salimos de madrugada para llegar temprano a la cooperativa. A la hora de recogerlos, ya es muy tarde; a veces incluso se

rompe la carreta... Hemos tenido que trabajar sábados y domingos, toda la jornada.»

En ese análisis sobre la insuficiente incorporación de las mujeres, se señala que hay quienes no conocen a profundidad el trabajo de la ANAP. Las dificultades de comunicación en la Organización y al interior de las familias de los cooperativistas son causas de peso en esta situación. Algunas mujeres sí tienen referencias, y hasta conciencia, del aporte que realizan con su trabajo en las fincas, pero «ven las asambleas como un espacio rutinario y obligatorio que no les motiva». Se perfila aquí un camino en el que la ANAP debe fortalecer su accionar. Una metáfora, usada por uno de los entrevistados, ilustra lo anterior: «Esta es una tarea paciente, no podemos desesperarnos. No es como sembrar un cultivo, que está claro el tratamiento que hay que darle y el tiempo en el que va a dar frutos. Se trata de un trabajo a más largo plazo, en el que usted tiene que preparar el suelo varias veces, dar las atenciones culturales, el abono, más de una vez».

Al indagar sobre la incorporación de mujeres jóvenes, uno de los funcionarios dice que esa es una asignatura pendiente de la ANAP. Algunas mujeres analizan que la campesina de hoy tiene una mayor preparación intelectual, debido a las múltiples oportunidades educativas, y busca otras opciones laborales. También confiesan que hay familias que estimulan esa salida en sus hijas e hijos porque «creen que el hijo puede aspirar a algo mejor».

¿Con qué obstáculos tropieza el liderazgo femenino en la cotidianidad? Obviamente, muchas de las cuestiones comentadas constituyen barreras que el liderazgo femenino ha tenido que vencer dentro de la Organización para legitimarse como tal. Son tropiezos a sortear, derribar, y que dejan alguna que otra luchadora sobre la arena.

Al indagar sobre este asunto en particular, sobresalen algunas limitaciones. Se habla de la falta de comprensión de las familias, especialmente de los esposos («muchas veces eso les ha costado el matrimonio»), y de la doble jornada. En el ámbito laboral, se señalan otras cuestiones que, según las entrevistadas, se atenúan con el paso de los años; por ejemplo, la poca aceptación recibida por parte de los cooperativistas («cuando empecé a trabajar en la CPA, la mayoría eran hombres mayores, y yo, una mujer joven recién graduada. No tenían confianza en mí, no me veían

como alguien que les pudiera enseñar algo... Me costó mucho trabajo ganarme su confianza») y la falta de sensibilidad de los dirigentes varones para asimilar la promoción de las mujeres («no se pensaba en las mujeres como reserva de cuadros»); «uno de los principales obstáculos que he tenido que enfrentar ha sido la incompreensión de algunos dirigentes del Ministerio de la Agricultura, a los que a veces no les gusta el liderazgo de las mujeres de la ANAP»; «he tenido que luchar para que se vea el papel nuestro en las empresas con las que nos relacionamos»).

Son las propias mujeres quienes juegan un papel protagónico en la sensibilización de sus parejas y los presidentes de las cooperativas. No obstante, no es despreciable el costo que implica lograr lo que muchas de ellas definen con claridad: «Demostrar que sí soy capaz».

De igual modo, hay que considerar cómo las condiciones de trabajo complejizan el ejercicio de la dirección. Al respecto, Loyola analiza: «El sistema de dirección a nivel nacional está estructurado para hombres que, en una cultura machista, pueden estar mucho tiempo fuera de la casa o llegar a deshora, porque ya todo está listo. Entonces para las mujeres no es atractivo dirigir, porque implica mucho sacrificio. Esto nos lleva a la necesidad de una mejor organización del trabajo, de un mejor aprovechamiento de las reuniones, de modo que quede tiempo para otras cuestiones... Hay que hacer los reajustes que se requieran para el liderazgo formal de la mujer». Estas recomendaciones son cruciales, ya que, de lo contrario, se correrá el riesgo de que las mujeres en puestos de dirección reproduzcan formas tradicionales de liderazgo masculino. Por otro lado, los ajustes que Loyola sugiere cobran sentido también para los hombres dirigentes, pues, en todo caso, ¿qué tipo de mujeres debe haber en sus familias para que ellos puedan asumir las exigencias de su rol? ¿Cómo promover un cambio auténtico en las relaciones entre mujeres y hombres en su contexto laboral, si no se vive coherentemente en otras esferas de la vida?

Precisamente, las barreras analizadas alimentan la percepción que se tiene del liderazgo de las mujeres en la ANAP. En unos casos, debido a la admiración que suscita el hecho de lidiar con los obstáculos y vencerlos, y, en otros, por el recelo de algunos hombres con respecto al protagonismo femenino.

Visibilizar el rol de la mujer campesina hoy implica transformar la concepción masculina que ha prevalecido a la hora de nombrar las distinciones y medallas que otorga la ANAP y sus propias cooperativas. Un ejemplo elocuente es que de las más de setenta cooperativas visitadas sólo una tiene nombre de mujer.

Participación femenina en la ANAP: rutas y atajos posibles

Como se destacó, la incorporación de las mujeres a la ANAP ha sido y es un proceso gradual y sostenido. El acuerdo es casi unánime cuando se muestran los avances de las féminas en el sector campesino. Sin embargo, el consenso también indica que falta mucho por hacer y que, lejos de formalidades o metas aisladas, resulta necesario sumar brazos femeninos a la Organización. Para esto hay más de un camino; algunos ya han sido transitados y muestran resultados; otros, son propuestas que convocan a la reflexión.

Desde el triunfo de la Revolución se han librado batallas a favor de las mujeres, de modo que, a veces, parece que todo está hecho; pero hay cosas por cambiar.

Félix González, presidente de la ANAP Provincial en Villa Clara.

La creación de fuentes de empleo ajustadas a las necesidades y las capacidades de las mujeres se reitera como una vía efectiva para aumentar la incorporación femenina y garantizar la permanencia de las campesinas que integran la Organización. Se piensa en puestos de trabajo que incrementen la productividad en las cooperativas y reporten beneficios a sus comunidades. Se propone la extensión de organopónicos, huertos, frutales, casas de cultivo, minindustrias, centros de elaboración, módulos pecuarios, servicios de gastronomía y labores de oficina. Se apunta con acierto que si importante es crear las fuentes, también es apoyarlas con recursos. Esta alternativa es oportuna para acercar a las jóvenes a la vida campesina y, de ese modo, ampliar las concepciones de trabajo en el campo, más allá de la asociación directa con el trabajo rudo.

Como se ha dicho, resulta necesario velar también por la permanencia de las mujeres asociadas. Sus razones para estar en la ANAP son variadas y mucho se puede hacer para incentivarlas. Un asunto es la estimulación y otro, muy importante, es cuidar sus condiciones de trabajo. Al respecto, algunas mujeres dicen: «La cooperativa es más que el campo. Se debe lograr que las mujeres se sientan parte de los resultados, que deseen participar en las asambleas y actividades que se realizan»; «es preciso que las campesinas se sientan estimuladas y protegidas; humanizar su trabajo es más que recordar fechas como el Día de las Madres o el Día Internacional de la Mujer. Hay que ayudarlas para que su trabajo sea placentero y se convierta en un espacio de realización. Estimularlas quiere decir que se abran posibilidades para que participen, para que vayan a un evento, a una plenaria».

El papel de la mujer en la ANAP no puede ser formal, ni tampoco una meta desconectada de las necesidades y problemas que tiene el sector... Cuando se hace una política de incorporación de la mujer al trabajo, esta tiene que incluir la creación de empleos con condiciones adecuadas.

Braulio Machín, coordinador de Proyectos en Sancti Spiritus.

Se aboga porque la participación de la mujer tenga un aporte real al proceso social, económico y productivo. En ese sentido, ellas parecen cumplir las expectativas con creces. Los hombres reconocen que «son muy enérgicas para hacer sus planteamientos». «Algunos hombres piensan que, como se dice popularmente, son piojilleras o sueltan los sacos de alacranes; y es verdad: van a la esencia de los problemas con valentía y honestidad».

Hay quienes conceden valor a la superación profesional de las mujeres. Algunas experiencias se valoran como positivas: «Las jóvenes que se asocian tienen la posibilidad de estudiar. Se respetan los días de clases sin afectaciones a su salario. Así logramos, poco a poco, que se incorporen los hijos y las hijas de los cooperativistas».

Para aumentar la presencia femenina en la ANAP, algunas mujeres consideran valioso el apoyo de las Casas de Orientación

a la Mujer y la Familia de la FMC. Es evidente la importancia del fortalecimiento del trabajo conjunto FMC-ANAP. A partir de la consideración de que las mujeres necesitan sus propios espacios de discusión, se estima que los activos de campesinas resultan propicios para invitar a las no asociadas, dialogar sobre sus posibilidades para ingresar al sector y, en algunos casos, formalizar su incorporación.

Por diversas vías se llega a las familias para concientizar sobre la necesidad y el valor de la fuerza femenina en la agricultura: «Las cuestiones a cambiar están en la mentalidad de los campesinos y las campesinas; hay que apelar a la conciencia para que cada uno ocupe el espacio que le toca».

Otra certeza compartida es que la transformación de las ideas, las tradiciones y los valores toma tiempo, de modo que aún queda mucho por hacer. Una de las sugerencias más repetida es desarrollar talleres y charlas que favorezcan el intercambio de mujeres y hombres acerca de sus relaciones y otros temas de interés para las familias campesinas como el alcoholismo, la violencia, la organización familiar y la educación de niños y niñas. Del mismo modo, se destaca la importancia de capacitar a las Juntas Directivas de las cooperativas para garantizar la toma de decisiones en equipo. Sobre eso, se valora la pertinencia de transitar otros caminos, algunos de los cuales ya se ejecutan; por ejemplo, la comunicación personalizada de los y las dirigentes con las mujeres, la identificación de líderes en las cooperativas, el desarrollo de proyectos orientados a la capacitación femenina sobre herramientas de dirección que refuercen su liderazgo espontáneo, así como, el fortalecimiento del trabajo de las y los activistas de género.

Como se ha dicho antes, la ANAP tiene un trabajo acumulado en cuestiones de género y se dispone a fortalecerlo con nuevas tareas. Una de ellas reclama su puesta en práctica inmediata: la divulgación de proyectos y experiencias que muestren avances y logros de las campesinas cubanas. Sobre esto, se propone extender y estabilizar encuentros de mujeres de distintas cooperativas, con el fin de compartir experiencias y divulgar los principales resultados de los proyectos afines.

Un grupo de recomendaciones alerta sobre la necesidad de diferenciar estrategias de trabajo en las CCS y las CPA. Al tratarse de formas diferentes de organización, se requiere explorar con

mayor precisión qué factores afectan la presencia femenina y qué condiciones existen en cada lugar para hacer efectiva la membresía de las mujeres. En este punto encontramos propuestas muy precisas, orientadas al trabajo en las CPA: «Revisar los horarios, que a veces son muy apretados y dificultan la vida de las mujeres».

Algunas sugerencias resultan esenciales. Una de ellas es solucionar la carencia de círculos infantiles en algunas localidades, que limita la participación social de las mujeres. Otras tienen que ver con la importancia de mejorar los registros de la ANAP, de forma tal que estos comprendan las estadísticas de manera diferenciada entre mujeres y hombres. Esto ya se aplica en la Esfera de Organización, pero se debe extender a otros frentes de trabajo. Un reto es lograr mayor conexión entre la Estrategia de Género y la preparación y renovación de las y los cuadros de la Organización.

La Estrategia de Género ha logrado un profundo trabajo en las cooperativas. En estos momentos enfrenta el desafío de ajustarse a los cambios que ha vivido la ANAP en los últimos años. Necesita enfocar con mayor fuerza sus acciones hacia otros espacios de la Organización (municipal, provincial y nacional).

Sobre esto último, alerta uno de los entrevistados: «Hay que reforzar la capacitación en el nivel central de la ANAP en los temas de género, porque se ha enfatizado mucho la formación en la base y se puede dar un choque de abajo hacia arriba, no en los intereses, que son compartidos, sino en los modos de proceder. El promedio de edad de las personas en los puestos de dirección de la Organización es alto, lo cual constituye un reto para la capacitación».

Se percibe la necesidad de intensificar el trabajo orientado a las familias. Un funcionario dice que hay «un área hacia la cual debemos avanzar con mayor amplitud: la familia. Todavía nos falta trabajo. ¿Qué pasa después que hombres y mujeres terminamos de trabajar en el campo? ¿Qué ocurre cuando ambos tienen que salir temprano a trabajar y hay que llevar al niño pequeño al lugar donde lo cuidan? ¿Qué sucede cuando se enferma uno de nuestros hijos? Ese mundo es más difícil, tiene que ver con todas las organizaciones del país».

Teniendo en cuenta las bases que ha sentado la ANAP a lo interno de su organización, se siente la necesidad de proyectar

acciones de sensibilización hacia las instituciones y organizaciones con las que se tienen relaciones de trabajo. Desde esa perspectiva, pudieran extenderse los impactos de su Estrategia.

Mirando al futuro

Sin duda, los logros que muestra hoy el liderazgo femenino en la ANAP son el resultado genuino de complejas relaciones que incluyen la voluntad política de una Organización que ha trascendido en Revolución, la colaboración de instituciones nacionales y extranjeras sensibilizadas con el tema, y el decisivo empuje y aporte de las propias mujeres. Se trata de una triada que contribuye a cambiar, de manera gradual, la visión que se tiene del papel de las campesinas. En ese proceso cambian ellas mismas. Seguramente, los próximos cincuenta años serán testigos del despertar de otras líderes que traerán nuevas luces a la ANAP y a Cuba.

Epílogo

Una sencilla edificación del Vedado que nunca atrajo de manera especial nuestra atención se convirtió en uno de los lugares que más frecuentamos durante el último año. La sede de la ANAP Nacional es un hervidero: hay gente de muchos rincones de la isla e incluso de más allá; gente diversa en sus edades, sexos, razas, oficios... pero, sobre todo, gente ocupada.

Nosotras dos, mujeres jóvenes, habaneras y profesionales, salimos de ese edificio enamoradas de un proyecto altamente atractivo. De allí nos fuimos a lugares recónditos de la geografía nacional, acompañadas de una ansiosa curiosidad por conocerlo todo y registrar el más mínimo detalle. En las mochilas llevamos mapas, grabadoras, libretas de apuntes y cámaras fotográficas que resultaron insuficientes a la hora de comunicar lo vivido. Fue una fortuna contar con la compañía de los libros y los documentos que iluminaron el proceso de búsqueda.

Conocimos mujeres grandes. Muchas nos permitieron revivir la historia de nuestro país, el fervor de un pasado que marca trayectorias individuales y colectivas, y que forma parte del presente que compartimos. Mujeres que nos han hecho repensar vivencias y, sin proponérselo, retan nuestros liderazgos personales y generacionales.

Mientras avanzaba el kilometraje recorrido, se derrumbaron estereotipos que teníamos sobre modos de vivir y hacer en el campo y la ciudad. Descubrir la diversidad nos abrió los ojos para buscar otros referentes en la realidad. Encontramos maneras diferentes de comprender las distancias, los tiempos, las metas, los afectos, los reconocimientos, el trabajo, la familia, la comunidad y las relaciones humanas.

Las historias contadas aquí ofrecen matices diversos sobre los modos de ser mujer campesina en la Cuba de hoy. Continuidades y rupturas se entrelazan en los testimonios y dejan ver caminos y brechas para seguir trabajando por la equidad de género.

Glosario de siglas y términos

ANAP. Asociación Nacional de Agricultores Pequeños.

Arroz popular. Programa de la Agricultura Urbana que tiene como objetivo producir arroz con métodos tradicionales para el consumo interno del país.

CAI. Complejo Agro-industrial.

CCS. Cooperativa de Créditos y Servicios.

CCSF. Cooperativa de Créditos y Servicios Fortalecida.

CDR. Comité de Defensa de la Revolución.

Consejillo. Reunión sistemática que se realiza para chequear el cumplimiento de las tareas de la cooperativa.

CPA. Cooperativa de Producción Agropecuaria.

CTC. Central de Trabajadores de Cuba.

Día del Campesino. Celebración que tiene lugar cada 17 de mayo en Cuba. Ese día, en 1946, fue asesinado el campesino Niceto Pérez, y exactamente trece años después, el Comandante en Jefe Fidel Castro firmó la Primera Ley de Reforma Agraria. También en esa fecha, en 1961, nació la ANAP.

ESBEC. Escuela Secundaria Básica en el Campo.

Estrella de la Toronja. Premio especial a la producción que se confiere en la Isla de la Juventud.

FMC. Federación de Mujeres Cubanas.

FEEM. Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media.

INDER. Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación.

IPVCE. Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas.

Jornada Cucalambéana. Fiesta de tradiciones campesinas que se celebra en Cuba todos los años.

Lucía Iñiguez. Madre de Calixto García Iñiguez, patriota y general cubano de las guerras de independencia.

MININT. Ministerio del Interior.

MINAZ. Ministerio del Azúcar.

MTT. Milicias de Tropas Territoriales.

Operación Caguairán. Operación militar que se realiza desde el 2006, con los objetivos de entrenar y perfeccionar los procesos de movilización y despliegue de las tropas, así como de preparar sistemáticamente a reservistas y milicianos.

Período Especial. Crisis económica que sobrevino desde comienzos de la década de 1990, tras la pérdida de más del 80% de las fuentes de comercio exterior –el Campo Socialista y la Unión Soviética– y la agudización intencional del bloqueo financiero, económico y comercial que desde 1960 los Estados Unidos le imponen a la isla.

PCC. Partido Comunista de Cuba.

PNR. Policía Nacional Revolucionaria.

Tarea «Alvaro Reynoso». Programa de la Revolución que reorienta a los trabajadores de la azúcar hacia actividades agropecuarias, la producción de alimentos, el estudio como empleo y la jubilación anticipada con carácter excepcional para los trabajadores de edades avanzadas.

UJC. Unión de Jóvenes Comunistas.

ESTRATEGIA DE GÉNERO DE LA ANAP

- I. Lograr una mayor incorporación de mujeres a las CPA y CCS, así como fortalecer su papel, incrementando su participación en los diferentes niveles de dirección y toma de decisiones, para alcanzar una mayor equidad de género.

Tareas

Mantener en las provincias y municipios las comisiones de Género, integradas por cuadros de la ANAP, los proyectos, la FMC y otros organismos que atienden esta actividad en cada territorio para, junto a la Comisión Nacional, darle seguimiento y cumplimiento a la presente estrategia, aprobada por el Buró Nacional.

- II. Incrementar la capacitación y sensibilización en este tema, en todas las estructuras de dirección de la ANAP, asesorados por la FMC.

Acciones

- a. Capacitar a las comisiones provinciales y municipales que se encargarán de divulgar y sensibilizar en el tema de Género a los cuadros, cooperativistas y campesinos, así como a sus familiares.
- b. Confeccionar un programa que permita realizar talleres de Género en todas las CPA y CCS, invitándose a las esposas e hijos de los cooperativistas y campesinos, aunque no sean asociados.
- c. Confeccionar un folleto metodológico, para facilitar los talleres de Género en las CPA y CCS.
- d. Organizar talleres de capacitación y sensibilización con los profesionales de los medios masivos de difusión.
- e. Divulgar en los programas campesinos de la radio y la TV, y, en la prensa escrita, a todos los niveles, lo relacionado con las

actividades de Género que se realizan y cómo marcha el cumplimiento de su estrategia.

- f. Incrementar la publicación de trabajos con enfoque de Género en la Revista ANAP, así como coordinar con otros medios de prensa la publicación del trabajo que desarrolla la ANAP en el tema de Género.
- g. Coordinar con la dirección de la Escuela Superior del Partido «Nico López», para que se inserten temas de Género, en los cursos de sus escuelas municipales, que se les imparten a los cooperativistas y campesinos.
- h. Perfeccionar el programa de Género que se imparte a todos los alumnos en nuestra Escuela Nacional «Niceto Pérez», teniendo como base los resultados de los talleres de Diagnóstico realizados en las provincias, regiones y a nivel nacional.
- i. Diseñar un logotipo con enfoque de Género y utilizarlo en todas las actividades que tengan que ver con esta estrategia, a todos los niveles.
- j. Integrar el enfoque de Género en todos los documentos de la ANAP.
- k. Coordinar con los organismos competentes la realización de un Diplomado sobre el tema de Género con los cuadros nacionales y provinciales que atenderán la actividad.

III. Lograr una mayor incorporación de mujeres a las CPA y CCS.

Acciones

- a. Realizar un levantamiento y mantenerlo actualizado sobre el potencial femenino existente en el radio de acción de las CPA y CCS, fundamentalmente las que están incorporadas al trabajo o el estudio. Analizar sistemáticamente sus resultados en los buroes municipales y provinciales.
- b. Crear a nivel de cooperativas, comisiones integradas por miembros de las Juntas Directivas y la FMC, para analizar con las esposas, hijas o nietas de los campesinos y cooperativistas su incorporación a la Organización, mediante el trabajo político.
- c. De conjunto con la FMC, a través de las Casas de Orientación a la Mujer y a la Familia, organizar conversatorios sobre autoestima, igualdad, equidad, liderazgo, jurídicos, etc., dirigidos a que el campesinado y dentro de él sus mujeres, conozcan el

derecho y las posibilidades que tienen al trabajo, a solicitar tierra, a la licencia de maternidad, a estimulación, entre otros.

- d. Continuar trabajando en las cooperativas que tengan condiciones para ello, en la construcción y funcionamiento de las Casitas Infantiles, con el objetivo de lograr una mayor incorporación de mujeres jóvenes al trabajo.
- e. En cada cooperativa, a partir de sus necesidades, organizar cursos de capacitación o adiestramiento, que permitan el acceso de las mujeres a nuevos y diferentes puestos de trabajo en las cooperativas.
- f. Continuar trabajando en el mejoramiento de las condiciones laborales y la atención integral a las compañeras incorporadas, para lograr su permanencia y garantizar una mayor productividad.
- g. Garantizar que en la formulación de los proyectos exista transversalización del enfoque de Género.
- h. Continuar trabajando en la creación de nuevas plazas y controlar que la mayor parte de estas, siempre que cumplan las condiciones, sean cubiertas por mujeres.
- i. Mantener y perfeccionar la realización de los Encuentros de Mujeres Cooperativistas y Campesinas, desde la base hasta la provincia, para analizar los resultados del trabajo ejecutado hasta ese momento y acordar las acciones para resolver los problemas existentes.

IV. Fortalecer el papel dirigente de las mujeres de la ANAP, incrementando su participación en los diferentes niveles de dirección y toma de decisiones.

Acciones

- a. Atendiendo a los potenciales de compañeras con aptitudes de liderazgo en el sector, incorporar un mayor número de mujeres a la lista de reservas.
- b. Confeccionar, sobre bases objetivas, los planes de preparación de cada compañera integrante de las listas de reservas, y chequear su cumplimiento.
- c. Incrementar la selección y envío de compañeras a los cursos de capacitación y entrenamiento que se imparten en las escuelas

nacionales «Niceto Pérez», «Nico López» y las provinciales y municipales del Partido.

- d. Trabajar de acuerdo a las características de cada territorio, para incorporar un mayor número de mujeres a la superación cultural y técnica, a través de la Facultad Obrero Campesina (FOC), los cursos de técnicos medios, la universalización de la enseñanza universitaria, etc.
- e. Incrementar la atención a las mujeres cuadros profesionales de la Organización, en el mejoramiento de las condiciones materiales para realizar su trabajo y los problemas personales y familiares que puedan presentar, de manera que se asegure su permanencia en el cargo.
- f. Sistematizar el trabajo de reconocimiento y estimulación a las mujeres cuadros de la Organización, en fechas tan importantes como el 8 de marzo, el 17 de mayo, el 23 de agosto y el Día de las Madres; en la selección para recibir condecoraciones, tanto de la ANAP como de la FMC, o para ser cuadros destacados, etc.
- g. En los procesos del Congreso, controlar y exigir que las mujeres estén presentes en los comités y buros municipales, provinciales y nacionales, en la proporción que representen con respecto a los hombres, así como que formen parte de las Juntas Directivas de las CPA y CCS.
- h. Promover una mayor participación de las mujeres en eventos nacionales e internacionales, relacionados con temas de interés para nuestra Organización.

V. Fomentar relaciones de trabajo con otras instituciones, organizaciones y movimientos que nos permitan consolidar el trabajo de Género dentro del organismo.

Acciones

- a. Potenciar las relaciones de trabajo con la Federación de Mujeres Cubanas en el asesoramiento y la participación, a la hora de aplicar la Estrategia de Género aprobada por el Buró Nacional.
- b. Establecer relaciones de trabajo con la Cátedra de la Mujer de la Universidad de la Habana, para la capacitación y preparación de los cuadros que atenderán el tema de Género en la Organización.

- c. Desarrollar relaciones de trabajo con el Movimiento Agroecológico «Campesino a campesino», en la Organización.
- d. Estructurar relaciones de trabajo con las organizaciones campesinas e indígenas de América Latina y el Caribe.

Índice

Agradecimientos / 3
Presentación de la ANAP / 5
Un homenaje a la mujer campesina / 7
Nofa de las autoras / 11

Historias de vida

1. Los desafíos de una joven campesina / 15
 2. Una ingenierita con los pies en la tierra / 19
 3. La decisión de luchar / 25
 4. Idalia, la mujer de las primicias / 28
 5. Destellos de cubanía / 35
 6. Me debo a mis campesinos / 40
 7. Una mujer activa siempre está a pie de obra / 44
 8. Cuando madura el café / 49
 9. La Marianita de Las Maboas / 53
- Dos mujeres de Candonguita*
10. Vivo para mis hijos y la Revolución / 57
 11. Mi CPA es todo para mí / 60
 12. La Guajira de las anécdotas / 64
 13. Estoy comprometida con mi Organización / 69
 14. Una heroína de los campos tuneros / 74
 15. Elogio a la responsabilidad de un luchadora / 78
 16. La mujer que salió a la luz / 82
 17. Hoy las mujeres tienen espacio en la ANAP / 86
 18. Una guantanamera fiel a la Revolución / 90
 19. Voy por buen camino / 94
 20. Hago las cosas porque las siento / 98
 21. Mi vida comenzó en Palmira / 102
 22. Estoy enamorada de mi trabajo / 106
 23. Es un orgullo ser presidenta de los campesinos / 110
 24. Si soy revolucionaria, ¿cómo no voy a ayudar a la Revolución? / 113
 25. Campesina por todas partes / 117
 26. Sigo adelante por mi cooperativa / 120

27. De cómo una niña frustrada se convirtió en una mujer plena... / 124
28. Milagros / 130
29. ¡Catalina, es mucha Catalina! / 133
30. Siempre admiré el papel de la mujer campesina / 139
31. Cuando volver atrás puede ser mejor / 144
32. Los retos de una mujer / 147
33. En la vida de Yazmín todo se puede / 153
34. La Coronela / 157
35. Vivo enamorada de mi cosecha / 159
36. Me siento orgullosa de ser campesina / 163
37. En Hato Alegre renacen las tradiciones / 167
38. La presidenta de Guane / 170
39. El despertar de Mimi / 173
40. Mercedes la de la ANAP / 177
41. Para nosotros, la cooperativa es la vida / 182
42. Este trabajo me gusta / 186
43. Eso es lo que hago: dispersar lo que aprendo / 190
44. Organizar es un arte que poseo / 195
45. Una mujer valiente / 199
46. El valor de la dignidad / 203
47. Este trabajo es mi vida / 208
48. La coordinadora de Cañadón / 211
49. Tengo una gran responsabilidad:
representar a las campesinas y los campesinos / 215
50. Una vida en el campo / 220

Sobre logros, aprendizajes y otras cosechas / 225

Epílogo / 243

Glosario / 245

Estrategia de Género de la ANAP / 247

"...No sólo es justo que la mujer tenga oportunidad de desarrollar su capacidad en beneficio de la sociedad, sino también que es necesario a la sociedad que la mujer encuentre todas las posibilidades de desarrollar plenamente sus capacidades"

Discurso en el I Congreso Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas.
1ro. de octubre de 1962

"Ni las palabras ni los homenajes pueden reflejar en su justa dimensión la grandeza de la mujer cubana, ganada a fuerza de su ejemplo incomparable"

Carta enviada con motivo del Día Internacional de la Mujer.
8 de marzo de 1997

Fidel Castro Ruz



Con el apoyo de:

ISBN 978-959-303-007-6



9 789593 030076

 **Oxfam**



Canadian
International
Development
Agency

Agence
canadienne de
développement
international